Toni Muñoz

Solo tú me tendrás

Celos, mentiras y muerte en el crimen de la Guardia Urbana

PENÍNSULA REALIDAD

ÍNDICE

PORTADA
SINOPSIS
PORTADILLA
DEDICATORIA
1. LA DETENCIÓN
2. UN CADÁVER JUNTO AL PANTANO
3. LA RABASSADA
4. LA EXTRAÑA REACCIÓN DE ROSA PERAL
5. ¿QUIÉN ES LA VÍCTIMA?
6. UNA MUJER CONFLICTIVA Y UN CASO DE PORNOVENGANZA
7. EL NOVIO DE TODA LA VIDA Y UN PUÑADO DE INFIDELIDADES
8. «EL HOMBRE DE MI VIDA»
9. «PENSABA QUE VOLVERÍA»
10. ALBERT LÓPEZ, EL TERCERO EN LA SOMBRA

11. «AHORA ME TOCA A MÍ»
12. LA MUERTE DEL BONIATO
13. EL INTERROGATORIO DE ALBERT
14. UN TESTIGO INESPERADO
15. LA INFORMACIÓN DE LOS MÓVILES
16. LA AUTOPSIA
17. UN TRIÁNGULO DE HOMBRES FRÁGILES
18. ESTALLIDO
19. «ES UNA MUJER PROBLEMÁTICA»
20. EL KARMA
21. ALBERT REGRESA A LA VIDA DE ROSA
22. EL TESTIMONIO DE LAS NIÑAS

23. ROSA Y PEDRO EN LA REDACCIÓN DE LA VANGUARDIA

24. EL HARTAZGO DE ROSA
25. UNA BALA DE NUEVE MILÍMETROS
26. SANT JORDI
27. EL JUICIO DE LA PORNOVENGANZA
28. EL DÍA DEL ASESINATO
29. LOS DÍAS DESPUÉS DEL CRIMEN
30. ACORRALADA
31. «ME ESTOY DERRUMBANDO»
32. LOS REGISTROS
33. EL MÓVIL DE ROSA
34. ¿QUÉ PASÓ AQUELLA NOCHE, ROSA?
35. ¿QUÉ PASÓ AQUELLA NOCHE, ALBERT?
36. LA RECONSTRUCCIÓN DEL CRIMEN
37. «EL MUNDO CONTRA MÍ»

38. ¿QUÉ PUDO PASAR AQUELLA NOCHE?
39. UN AÑO DESPUÉS
ANEXO. ENTREVISTA DEL AUTOR A ROSA PERAL EN LA VANGUARDIA
AGRADECIMIENTOS
CRÉDITOS

Visita
Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar
de la lectura

¡Regístrate y accede a

contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas

publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

SINOPSIS

En mayo de 2017 un coche apareció calcinado junto al pantano de Foix, en la provincia de Barcelona. En el maletero, los Mossos d'Esquadra hallaron, irreconocible, el cadáver de Pedro Rodríguez, un agente de la Guardia Urbana. Dos semanas después, la policía detenía a la novia del agente asesinado, Rosa Peral, y a Albert López, ambos miembros del mismo cuerpo policial, por el asesinato de Pedro. Rosa y Albert habían sido amantes durante años —seguían siéndolo, de hecho—, y habían plantado una serie de pistas falsas que inculpaban a Rubén, el exmarido de Rosa, del asesinato. Cuando se descubrió todo, empezaron a culparse entre ellos.

Lo que la investigación destapó a continuación —mentiras, encubrimientos, relaciones paralelas, episodios de violencia policial, pornovenganzas, manipulaciones y chapuceros intentos de taparlo todo— aún está pendiente de juicio, pero de lo que quedan pocas dudas es de que lo ocurrido entorno al triángulo amoroso formado por Pedro, Rosa y Albert no podría haberlo imaginado ni el guionista con la imaginación más desbocada.

Solo tú me tendrás

Toni Muñoz

Celos, mentiras y muerte en el crimen de la Guardia Urbana

ediciones península

A todas las personas que me han ayudado a reconstruir
este crimen y en especial aquellas a quienes este
triste suceso ha segado parte de sus vidas.

A la Míriam i a l'Aina pel seu amor inesgotable.

Aparece calcinado un agente de la Guardia Urbana

La víctima, suspendida por la presunta agresión a un motorista, es marido de la agente de la difusión de una foto sexual

TONI MUÑOZ
Barcelona

Una concatenación de sucesos ha hecho que los dos últimos escándalos que han afectado a la Guardia Urbana hayan convergido en un tortuoso crimen. El cadáver del agente P.G. apareció el jueves por la tarde carbonizado en el maletero de un coche en las inmediaciones del pantano de Foix. Se da la circunstancia de que el fallecido está relacionado con la agresión a un motorista en la Rabassada, un hecho por el que fue suspendido, y es la pareja de una mujer que fue víctima de la difusión de una foto sexual, en el caso conocido como la pornovenganza en la Guardia Urbana.

También una agente de la Guardia Urbana que fue víctima de la difusión sin su consentimiento de una foto sexual suya. Por estos hechos está prevista la celebración de un juicio el 15 de mayo en la Ciutat de la Justícia en el que está acusado un subinspector de la Guardia Urbana. La semana pasada P.G acompañó a su pareja a la vista que tenía que empezar en el juzgado de lo penal número 17, pero que quedó suspendida después de que lo solicitara el abogado defensor. De hecho, el agente presuntamente asesinado fue la única persona que acompañó a la víctima en una habitación reservada para los testigos mientras el subinspector era arropado por una veintena de agentes que acudieron a la ciudad judicial para brindarle su apoyo.

El otro incidente que fue protagonizado por el agente fallecido sucedió en verano en la Rabassada. Fue suspendido de empleo y sueldo por la Unidad de Deontología de Asuntos Internos (UDAI) después de ser acusado de agredir a un motorista que se saltó una señal de stop. En un vídeo que avanzó *La Vanguardia* se ve que el agente lanza una patada al aire que pasa a pocos centímetros del motorista que hizo caso omiso de las indicaciones y sorteó al policía en una peligrosa maniobra. El agente reaccionó persiguiendo al joven de la motocicleta hasta que en un descampado frente a la perrera presuntamente le agredió. Finalmente, el motorista retiró la denuncia y la suspensión cautelar fue revocada. Sin embargo, el agente se encontraba de baja a la espera de que se resolviera el expediente administrativo abierto contra él por esos hechos.●

ACN

La policía científica, ayer en la zona donde se halló el cuerpo

El cuerpo del agente apareció calcinado en el maletero de un coche en llamas en una pista cerca de la vía BV-2115, en Castellet i la Gornal (Alt Penedès). Un excursionista dio el aviso a los Mossos d'Esquadra al ver que había un vehículo incendiándose en una pista forestal.

La víctima, P.G., es un agente de la Guardia Urbana a quien se le perdió la pista hace tres días. Se esfumó hasta que el jueves apareció en el maletero de un coche en llamas. De hecho, su pareja relató esta versión en la declaración que prestó ante los Mossos. A pesar de que la autopsia debe determinar oficialmente la identidad de la víctima y los trabajos para identificarlo serán laboriosos dado el estado en el que quedó el cadáver, los Mossos han confirmado que el vehículo calcinado se corresponde con el de la víctima y además han hallado en el cuerpo una prótesis en la espalda como la que tenía insertada el agente presuntamente asesinado.

La pareja del fallecido es también una agente de la Guardia Urbana que fue víctima de la difusión sin su consentimiento de una foto sexual suya. Por estos hechos está prevista la celebración de un juicio el 15 de mayo en la Ciutat de la Justícia en el que está acusado un subinspector de la Guardia Urbana. La semana pasada P.G acompañó a su pareja a la vista que tenía que empezar en el juzgado de lo penal número 17, pero que quedó suspendida después de que lo solicitara el abogado defensor. De hecho, el agente presuntamente asesinado fue la única persona que acompañó a la víctima en una habitación reservada para los testigos mientras el subinspector era arropado por una veintena de agentes que acudieron a la ciudad judicial para brindarle su apoyo.

El otro incidente que fue protagonizado por el agente fallecido sucedió en verano en la Rabassada. Fue suspendido de empleo y sueldo por la Unidad de Deontología de Asuntos Internos (UDAI) después de ser acusado de agredir a un motorista que se saltó una señal de stop. En un vídeo que avanzó *La Vanguardia* se ve que el agente lanza una patada al aire que pasa a pocos centímetros del motorista que hizo caso omiso de las indicaciones y sorteó al policía en una peligrosa maniobra. El agente reaccionó persiguiendo al joven de la motocicleta hasta que en un descampado frente a la perrera presuntamente le agredió. Finalmente, el motorista retiró la denuncia y la suspensión cautelar fue revocada. Sin embargo, el agente se encontraba de baja a la espera de que se resolviera el expediente administrativo abierto contra él por esos hechos.●

Los Mossos han confirmado que el vehículo pertenecía a la víctima, que llevaba tres días desaparecida

1

LA DETENCIÓN

SÁBADO, 13 DE MAYO DE 2017

Nada más entrar en el despacho de su jefe, el agente de la Guardia Urbana Albert López ve que en aquella habitación hay alguien más. Por la estatura y la corpulencia de aquellos dos hombres no tiene ninguna duda de que son policías, como él. Los agentes de la autoridad albergan un sentido especial para detectarse los unos a los otros. Los hombres son, en efecto, *mossos d'esquadra*. No los conoce, pero sabe que lo están esperando.

En cuestión de segundos, su mundo se desmorona. Los malos augurios que le han sobrecogido en los últimos días no han sido sino una premonición de lo que está ocurriendo en ese momento. Antes de que los *mossos* articulen palabra, Albert López se adelanta.

—Estoy detenido, ¿no?

Lo está. El encargado de practicar el arresto es el inspector Sebastián, que lleva varios días sin dormir, obsesionado por un caso que acaba de dar un paso decisivo. Proceder a la detención de Albert le brinda la oportunidad de conocer de cerca al hombre que tanto ha ocupado su tiempo y el de toda la Unidad de Homicidios de los Mossos d'Esquadra en la última semana.

Son las 13:45 horas. Albert baja la cabeza, como si tuviera asumido aquel desenlace. Como si solo fuera cuestión de tiempo.

—Solo os pido una cosa —requiere Albert.

—¿Qué? —pregunta el inspector.

—No me pongáis las esposas, por favor.

Albert teme que todos sus compañeros lo vean cruzar la comisaría

esposado, engrilletado, según la jerga que utilizan los urbanos. No hay mayor deshonra que ser arrestado en la sede policial, estando de servicio, ante los ojos de sus colegas. Sobre todo si es por el asesinato de un compañero.

El detenido lleva ocho años trabajando en la comisaría de la Zona Franca y es un agente apreciado por sus compañeros. Un buen tipo, muy trabajador, siempre dispuesto a ayudar. Esa mañana ha ido a trabajar a la unidad a la que está adscrito desde que entró en la Guardia Urbana de Barcelona, la Unidad de Soporte Diurno (USD). Los agentes trabajan largas jornadas y concentran todo su horario laboral en tres días: los viernes, los sábados y los domingos. El resto de la semana lo tienen libre.

El sábado 13 de mayo, Albert López entra pronto, dispuesto a integrarse en cualquiera de los dispositivos que su jefe haya planificado. A diferencia de las unidades más especializadas, la USD actúa en una gran variedad de campos. López participa habitualmente en controles de tráfico, en patrullaje callejero o en la persecución de vendedores ambulantes.

Durante los últimos días se ha sentido acorralado. Ha notado el aliento de la policía tras él. De nada han servido las explicaciones dadas en comisaría después del hallazgo del cadáver de Pedro. Ha comenzado a asumir que los Mossos consideran que está implicado en su muerte y ha pensado que la mejor forma de alejarse de todo es no pensar en el crimen. Fuera de la comisaría ha llevado una vida normal. Ha ido al gimnasio, a comer con los amigos y ha salido de fiesta. Nada que no hiciera antes. Pero en la comisaría es imposible abstraerse. Todo el mundo habla de Pedro, de la evolución de la investigación, de los interrogatorios que los Mossos están haciendo a todos los agentes de la comisaría, de las preguntas que planean sobre el asesinato. ¿Quién ha sido capaz de hacer algo tan atroz? No se habla de otra cosa.

La Guardia Urbana de Barcelona es un cuerpo policial conmocionado por el crimen de uno de los suyos. No han pasado ni diez días desde que se encontró el cadáver y los agentes siguen en estado de *shock*. Un agente ha sido asesinado por razones que no están nada claras. ¿En qué andaría metido Pedro para que lo mataran de esa manera tan brutal? Los interrogantes alrededor del crimen se multiplican a medida que pasan los días, sin que lleguen las respuestas. Sus compañeros más directos se preguntan quién puede haber hecho algo así y sobre todo por qué motivo. La presión mediática va en aumento. La imagen del cuerpo está en cuestión para una sociedad que observa la evolución del caso con incredulidad.

El día de la detención, Albert siente que el pecho se le encoge. Es como si le apretaran el esternón tan fuerte que le cuesta respirar. Tiene los músculos entumecidos por la tensión y la mente nublada. Tiene 37 años, es policía y ha arrestado a multitud de individuos a lo largo de su carrera, pero vivirlo en la propia piel es distinto. Con los años, ha logrado un cierto grado de autocontrol para situaciones de tensión. Levanta la vista y apacigua su rabia. Respira hondo. No comprende por qué tanta precipitación, que lo apresen estando de servicio. Se pueden escoger muchos momentos para detener a alguien, lo podían haber hecho cuando ha salido de su casa por la mañana o al finalizar el turno, pero ¿ahora?, ¿por qué en la comisaría? ¿Y qué ha cambiado de ayer a hoy? O incluso, ¿qué ha cambiado justo esta mañana de sábado? La respuesta aflora por sí misma entre la cascada de interrogantes: le han delatado. Y no tiene ninguna duda de quién ha sido. Los últimos días ella ha rechazado todas sus llamadas. Lo esquiva. Seguro que para entonces ya estaba pensando en contarlo todo.

Albert piensa que los Mossos han estudiado un plan para detenerle con la connivencia de su jefe en la Guardia Urbana. ¿Por qué, si no, le ha ordenado ir a recoger esos papeles a su despacho? No ha sido casualidad, de eso no tiene la menor duda. Unos minutos antes le ha pedido que se quite el uniforme y se vuelva a vestir de paisano. Para hacer un recado que no puede esperar: llevar unos papeles a la Unidad de Asuntos Internos de la Guardia Urbana, en la plaza Pi i Sunyer, junto a la céntrica avenida comercial del Portal del Ángel. Albert López siempre ha sido un agente obediente, de los que nunca cuestionan una orden por extraña o peligrosa que parezca.

Con lo que no cuenta es con encontrar en el despacho a dos agentes de los Mossos vestidos de paisano. Es una trampa, sin duda. No hay otra explicación posible. Su superior debe de estar al corriente de que van a detenerlo y le ha obligado a quitarse el uniforme porque no quiere que lo detengan con la vestimenta oficial de la Guardia Urbana puesta. Sería una afrenta para el cuerpo.

Al inspector Sebastián le asaltan las dudas sobre la petición de Albert de no ponerle las esposas. No sabe hasta qué punto puede confiar en él y teme que trate de escapar. Es un agente fornido. Un animal de gimnasio. Aunque no es muy alto, sus pectorales y sus brazos tatuados doblan o triplican a los de cualquier ciudadano medio. Es boxeador aficionado y además asiduo al *crossfit*, una modalidad de entrenamiento de esfuerzo extremo que practica

diariamente en un gimnasio de Badalona.

Albert es un narcisista. Durante años se ha empeñado en esculpir ese aspecto intimidatorio con el fin de ejercer la autoridad que requiere su cargo de policía. A menudo su presencia basta para que sus órdenes sean acatadas sin resistencia por los ciudadanos.

Su aspecto, no obstante, ha cambiado en los últimos días. No hay ni rastro de la frondosa barba hípster que ha lucido en los últimos meses y con la que destacaba entre los demás compañeros, porque era muy poco común ver a un agente de policía corpulento, musculado y con una larga y poblada barba. Se había dejado crecer el vello facial y se había degradado las patillas y la nuca según la moda de los jóvenes modernos de Barcelona. Pero de aquel *look* tan atrevido para un policía ya no queda nada. Un día apareció de repente con una barba rala.

Finalmente, el inspector le concede el beneficio de la duda y no le pone las esposas. Es conducido al furgón policial para ser trasladado a la comisaría de Mossos d'Esquadra de Sant Boi de Llobregat, donde debe prestar declaración a la espera de ser interrogado por el juez.

Antes de salir del despacho, Albert López quiere despejar la gran duda que le quema por dentro.

—Supongo que no soy el único detenido, ¿no?

2

UN CADÁVER JUNTO AL PANTANO

MIÉRCOLES, 3 DE MAYO DE 2017

Eduardo trabaja de panadero. Su jornada empieza a las dos de la madrugada para que el pan y los bollos estén recién hechos a primera hora. Su horario finaliza cuando la mayoría de los mortales inician su día. Muchas mañanas, cuando ya ha acabado de hornear, aprovecha para salir en bicicleta por alguna de las rutas de los alrededores de Vilanova i la Geltrú, que tiene estudiadas después de varios años dándole a los pedales. Es una manera de despejarse y de sentirse activo a sus casi sesenta años. El camino lo escoge cada mañana y depende del tiempo que haga y las ganas que tenga. Es una rutina consolidada a lo largo de los años. Cada día, treinta kilómetros sin falta.

En la primavera de 2017, Eduardo opta por recorrer los senderos que discurren alrededor del pantano de Foix, un paraje verde envidiable muy frecuentado por los aficionados al ciclismo. El parque natural se encuentra a una hora del centro de Barcelona y se extiende por las comarcas del Garraf, el Baix Penedès y el Alt Penedès, en torno al embalse construido artificialmente en 1928 para transformar en regadío algunas tierras vinícolas de la zona que en su día quedaron aniquiladas por la plaga de la filoxera. Los caminos de tierra alternan cuestas empinadas con bajadas pronunciadas en medio de frondosos bosques.

El miércoles 3 de mayo, Eduardo sale a las nueve de la mañana con su *mountain bike* desde Vilanova i la Geltrú por la carretera general en dirección a la zona forestal que colinda con el municipio. El día anterior ha circulado a la misma hora por el mismo trayecto. Tras coronar el pico del

Águila, toma una pista forestal que desemboca en el pantano de Foix. Se adentra en el camino de la Casa Alta, una pendiente cuesta abajo que muere en la carretera que bordea el pantano, en un punto muy cercano a la presa. Cuando faltan cuatrocientos metros para llegar al final de ese túnel natural de árboles y vegetación, ve que el camino se ensancha interrumpiendo la pendiente, como si se tratara de una especie de pista de aterrizaje. Al mirar a la derecha, Eduardo se topa con algo. No lo había visto el día anterior. Es un coche totalmente carbonizado. La acción del fuego ha devorado la tonalidad original; ahora es de un color blanco oxidado. Imposible saber si en realidad había sido rojo, negro o más blanco de lo que parece ahora.

Eduardo sigue cuesta abajo. ¿Quién es capaz de deshacerse de un coche en una zona forestal?, piensa en primera instancia. En ese momento no repara en lo que significa ese hallazgo. Aunque la carrocería está completamente abrasada, no sale humo. La parcela de tierra donde está el vehículo también ha quedado carbonizada. Hay un círculo negro a su alrededor que indica que las llamas se propagaron unos diez metros más allá, sin que llegase a prender la masa boscosa. De haber sido así, se habría provocado un incendio forestal de consecuencias gravísimas.

Al llegar a la carretera, Eduardo interrumpe el pedaleo para analizar la escena. Sopesa la posibilidad de llamar a la policía o a los bomberos, pero el fuego ya está apagado. Si ya no sale humo, para qué voy a llamar a nadie, piensa. Podríamos decir que aquello le sorprende relativamente. En alguna ocasión ya se ha encontrado con vehículos calcinados, abandonados en los márgenes de las carreteras por las que circula. No es la primera vez que ve algo así.

Sigue adelante por la pendiente hasta que al llegar a la carretera se tropieza con un llavero tirado en el suelo. Aquí sí se detiene. Piensa que debe de ser de alguien que lo ha perdido. Baja de la bicicleta y mira la enseña encadenada a un mando para abrir el coche. Es un número 46 de color amarillo con unas letras mayúsculas con la inscripción «The Doctor», sobrenombre con el que se conoce al campeón del mundo de motociclismo Valentino Rossi. Un fan del piloto italiano, piensa el hombre. Al borde de la carretera hay un todoterreno aparcado. Muchos visitantes de ese paraje natural bajan del vehículo para hacer fotos al pantano, acercarse a la presa o internarse en el bosque para dar un paseo. Eduardo cree que el llavero será suyo y lo coloca sobre el capó para que los visitantes lo vean cuando vuelvan. Luego prosigue la marcha, seguro de que jamás volverá a recordar

todo eso. Se equivoca.

A las 18 horas del miércoles 3 de mayo, Xavier, miembro de un club ciclista, sale a pedalear con un compañero por las carreteras que bordean el pantano de Foix. Quedan media hora antes frente a los juzgados de Vilanova y se dirigen hacia el paraje natural por la carretera secundaria, hasta que al llegar al kilómetro 10 giran a la derecha para adentrarse en un tramo de tierra que sube hacia el pico del Águila. Recorren el camino inverso al que por la mañana ha hecho Eduardo. Pocos metros más arriba, a mano izquierda, los dos ciclistas divisan el vehículo. Sin dejar de pedalear, comentan con indignación que es un peligro que alguien haya quemado un coche en esa zona. Como del turismo ya no sale humo, deciden no avisar a la policía ni a los bomberos, igual que el panadero.

JUEVES, 4 DE MAYO DE 2017

Otro ciclista, Joel, de treinta y cinco años, natural de Calafell, decide recorrer la misma zona del pantano de Foix al día siguiente de que lo hayan hecho Eduardo y Xavier. Sale en bicicleta junto a su primo y emprende la misma bajada que desemboca en la presa del embalse en dirección a Vilanova i la Geltrú. Son las once de la mañana del 4 de mayo de 2017 cuando se encuentra con el coche quemado. Al alcanzar la carretera también ve el llavero de Valentino Rossi. Queda claro que las llaves no eran del todoterreno donde las puso Eduardo y el conductor optó por dejarlas tiradas de nuevo en el arcén. Joel recoge el llavero y lo guarda a buen recaudo a la espera de entregarlo a un concesionario. El testimonio de los tres ciclistas será crucial para situar en el tiempo el momento en el que fue calcinado el vehículo.

Dos agentes de los Mossos d'Esquadra patrullan por Vilafranca del Penedès cuando reciben una llamada de la Sala de Mando Operativa de la comisaría. A las 18:10 horas, un hombre que pasaba por el pantano de Foix ha llamado a la policía para avisar de que ha encontrado un coche quemado en una pista forestal cercana a la presa. No era ninguno de los ciclistas que divisó el vehículo el día anterior, ni Joel, el ciclista que lo ha visto justo esa mañana, sino un paseante que iba a pie. Según las coordenadas facilitadas por este hombre, la ubicación exacta es el kilómetro 10 de la carretera secundaria BV-2115. Los *mossos* suben rápidamente al coche policial y se ponen en marcha. Al llegar al lugar descrito, los agentes tienen dificultades para encontrarlo. La sala de mando

los pone en contacto con el vecino, quien les da indicaciones a través del teléfono para llegar a la pista forestal. Por fin lo ven. Es un Volkswagen Golf 1.8 GTI.

Tras una primera inspección ocular, los agentes confirman que el vehículo está totalmente calcinado. La placa de la matrícula no se ha salvado de la quema, pero la numeración permanece visible: B7508UI. Envían una descripción a la sala de control. El vehículo ha sido engullido por las llamas, el interior es un amasijo de hierro, plástico fundido y tapicería reventada. El fondo del maletero es visible desde el exterior solo con asomarse por los huecos donde antes estaban los cristales.

Cuando lo hacen, la imagen que se dibuja ante sus ojos los estremece. Hay unos huesos aparentemente humanos y lo que parece la silueta de un hombre carbonizado. La primera ojeada indica que se trata de los restos óseos de las piernas y parte de la caja torácica. Los agentes avisan de forma inmediata a sus superiores.

El jefe del turno se desplaza rápidamente al pantano de Foix para capitanear los primeros pasos. El caso ha dado un vuelco en cuestión de segundos. El simple abandono de un vehículo pasa a convertirse en un homicidio. La Unidad de Investigación Criminal y la Científica están de camino. Los agentes acordonan la zona.

El inspector Sebastián vive en Cubelles. El azar ha querido que esa tarde se encuentre circulando en bicicleta por los caminos serpenteantes del pantano de Foix, donde aprovecha para perderse cuando tiene algún momento libre. Viste con atuendo de ciclista cuando recibe la llamada notificándole el hallazgo. El inspector duda sobre si debe acercarse directamente en bicicleta hasta el sitio donde se ha hallado el coche calcinado. Está cerca, muy cerca. Tras unos segundos de dudas, lo ve claro. Su casa no está lejos. Pedalea rápido hacia su domicilio, se asea y se prepara para volver al pantano.

La Unidad de Homicidios de los Mossos toma el control. La policía catalana tiene un reparto territorial propio. Al tratarse de un presunto homicidio en la comarca del Garraf, la investigación le corresponde a la Región Metropolitana Sur, cuya sede principal está en Sant Feliu de Llobregat. La Unidad de Homicidios la integran doce personas que acumulan muchos años de trabajo conjunto y que cuentan con un alto porcentaje de resolución de casos.

En ese momento, la principal preocupación de los agentes es poner freno a la guerra de narcos dominicanos que está dejando un reguero de

muertos en Cataluña. Se zambullen en nombres y apellidos, examinan su entorno y repasan las últimas operaciones policiales relacionadas con el desembarco de droga en el puerto. La batalla se libra entre Barcelona y varios municipios del área metropolitana.

Tres días antes de encontrar el cadáver del pantano, dos hombres de nacionalidad dominicana aparecieron cosidos a tiros en el barrio de San Cosme de El Prat de Llobregat, en un ajuste de cuentas por tráfico de drogas. Uno de los cadáveres fue localizado junto a la entrada del piso, con lo que todo indicaba que el pistolero le descerrajó los disparos al abrir la puerta. El otro cuerpo yacía en el interior del domicilio, ejecutado de una bala en la cabeza mientras dormitaba en el sofá. Con esas muertes se elevaban a seis las víctimas por la guerra de los dominicanos solo en 2017, a las que había que añadir los asesinatos consumados el año anterior. A la Unidad de Homicidios se le acumulaba el trabajo y se creó un grupo de coordinación entre las unidades de distintas regiones policiales para hacer frente a la escalada violenta de los narcos dominicanos. Los asesinatos se sucedían. Un mes antes había aparecido el cadáver de un joven con una bolsa en la cabeza ajusticiado de un disparo en un camino cercano a la ciudad deportiva del Barça en Sant Joan Despí. El enfrentamiento se recrudecía y los Mossos esperaban la próxima muerte. Y la siguiente, creyeron, podía haber tenido lugar en el pantano.

Faltan pocas horas para que oscurezca, de modo que hay que trabajar contra reloj para hacer un análisis preliminar de la situación. Los primeros pasos consistirán en tratar de identificar a la víctima y recopilar todas las pruebas para evitar que el paso del tiempo y las inclemencias meteorológicas puedan contaminar el escenario criminal. En cualquier momento, la noticia del hallazgo de un cadáver calcinado copará el interés de la prensa, que se agolpará en el pantano de Foix, y para entonces la policía debe tener unos mínimos indicios de lo que ha ocurrido.

El inspector Sebastián, ya vestido de calle, llega de nuevo al embalse. En ese contexto, todo hace pensar que se encuentran ante una nueva venganza con las drogas como telón de fondo. La primera orden es requerir a la Dirección General de Tráfico los datos del titular de la matrícula y si el vehículo consta como robado. La juez de guardia en los juzgados de Vilanova, Marga Fe Subirats, se persona en la zona junto a un médico forense para proceder al levantamiento del cadáver. Los Mossos se muestran satisfechos con esa asignación pues la conocen de casos anteriores: la titular del Juzgado de Instrucción número 8 de Vilanova

entiende los pasos que hay que dar en cada momento en la investigación, y es capaz de liderar y compartir su criterio con los investigadores.

Al abrir el maletero observan el cuerpo de cerca: es como una estatua de ceniza que se desintegra con solo tocarla. El cuerpo está colocado con la cabeza en la izquierda del maletero, la cadera apoyada en la rueda de repuesto y las rodillas flexionadas con los pies en el lado derecho. A simple vista no puede indicarse la causa de la muerte, por lo que la juez ordena el traslado del cadáver para que se practique la autopsia. El fuego ha desbaratado cualquier intento de identificar a la víctima, como demuestran las primeras apreciaciones que deja escritas el forense en un primer informe:

> Sexo: no se puede apreciar
> Edad aparente: persona adulta
> Posición: decúbito lateral izquierdo
> Hábito externo: una persona adulta quemada plenamente
> Lesiones externas: no se aprecian debido al grado de quemado.

Una de las pocas observaciones que puede hacer el forense es que el cadáver está frío y, por tanto, queda confirmado que lleva varias horas muerto. Manipulando lo que queda del cuerpo, el médico descubre un elemento interesante: la columna vertebral lleva implantada una prótesis de cinco tuercas que tienen inscrito un número de serie. Preguntando al fabricante de las piezas y seguidamente al hospital podrán identificar a la víctima.

El vehículo está aparcado en batería con el morro enfocado al bosque y la parte trasera al camino de tierra. Los *mossos* de la unidad científica indican que, debido al estado de calcinación del coche, ha podido utilizarse un acelerante, probablemente gasolina, que fue vertida desde la parte derecha, la que queda más cercana al asiento del copiloto. Las ruedas están completamente deshinchadas y hay cristales esparcidos por debajo de la carrocería.

Mientras observan, los *mossos* barruntan cómo se debió de producir el crimen. Por un lado, se podría descartar el suicidio porque parece imposible prenderse fuego a uno mismo encerrado en el maletero. Es obvio pues que están ante un homicidio, pero falta por ver si la víctima fue introducida con vida en el interior del vehículo y luego quemada, o el incendio fue provocado para deshacerse del cadáver. Confían en que la autopsia los saque de dudas.

Con la inspección ocular, los policías anotan hasta el más mínimo detalle. Localizan un trozo de cuerda amarillenta a quince metros del vehículo, un fragmento de tela de color blanco con las esquinas quemadas, una llave pequeña debajo del asiento delantero… hasta llegar a dos elementos que llaman su atención y que podrían tener una incidencia crucial en el caso. Los agentes hallan dos trozos de metal que por su forma parecen restos de una bala. En el maletero encuentran un fragmento de 6 milímetros de longitud y en el asiento posterior del vehículo otro trozo de metal de 24 milímetros. Parecen una bala y una vaina, es decir, el proyectil y el casquillo que se desprende al apretar el gatillo. Habrá que analizar las nuevas pistas, que serán enviadas a la Unidad de Balística.

En el pantano ya oscurece. Los agentes necesitan despejar algunas de las incógnitas para poder iniciar la investigación. No se puede seguir analizando el escenario criminal a la luz de las linternas. No se les debe escapar ningún detalle. La comitiva judicial inicia la retirada y los investigadores hacen lo propio dejando un retén de *mossos* a la entrada del cordón policial para evitar que nadie se inmiscuya en la escena.

De pronto, reciben una llamada. La Dirección General del Tráfico informa de que el coche Golf GTI con matrícula B7508UI se corresponde con el conductor Pedro Rodríguez Grande. Al cruzar los datos con el fichero policial se percatan de que el propietario del coche era un agente de la Guardia Urbana de Barcelona.

Con los elementos recopilados de la escena criminal, los agentes de la Unidad de Homicidios inician las gestiones para saber si realmente el cadáver hallado en el maletero es el del agente Pedro Rodríguez o podría tratarse del cuerpo de otra persona que hubiera sido introducido en el vehículo del agente de la Guardia Urbana. Al ponerse en contacto con la prefectura de la Urbana, ésta les informa de que el agente Pedro Rodríguez lleva nueve meses suspendido de empleo y sueldo. ¿La causa? Un incidente en la Rabassada.

3

LA RABASSADA

15 DE AGOSTO DE 2016

La carretera de la Rabassada es una vía secundaria que serpentea Collserola, la montaña que se levanta a los pies de Barcelona y que está presidida por el Tibidabo, su pico más alto. Conecta la ciudad con Sant Cugat del Vallès y es frecuentada por motoristas que buscan conducir unas curvas sin alejarse del núcleo urbano. La Rabassada es igualmente popular por sus carreras ilegales y por eso se ha convertido en un punto habitual de control de velocidad de la Guardia Urbana. Los encargados de llevar a cabo esas inspecciones son los agentes de la Urbana conocidos como KiloMike, tal y como se pronuncian las iniciales KM en el código fonético.

Nueve meses antes del crimen, el 15 de agosto de 2016, la patrulla formada por los agentes Pedro Rodríguez y Darío decidió instalar un control en la Rabassada. Ambos eran conocidos de forma irónica como el Dúo Sacapuntos por su especial empeño a la hora de multar a los infractores. Les encantaba trabajar allí y ostentaban el nada desdeñable récord de interponer dos mil denuncias en un año. Conformaban una pareja que prefería salir a la calle antes que quedarse en la comisaría a rellenar papeleo.

Ese día pidieron permiso a su superior para ir a la Rabassada. Sus compañeros los miraron incrédulos de que quisieran salir con el calor que pegaba afuera. Visto el resultado, sería una decisión que acabarían lamentando.

Pedro y Darío fijaron un punto de control a la altura de la gasolinera de la Rabassada. Era un buen lugar. Los motoristas que subían a Collserola se

topaban con la patrulla al salir de una curva. Los que bajaban, lo mismo. Salían de una curva, encaraban una pequeña recta y se encontraban con la policía.

Eran las 17:15 horas. El agente Pedro Rodríguez le dio el alto a un motorista que acababa de salir de la curva y se dirigía hacia él. Estaba situado en la mediana y dio un paso para colocarse en medio de la calzada y así cortarle el paso. De pronto, el motorista aceleró. Pedro lo vio venir de cara. Iba directo hacia él. El piloto dio un volantazo y sorteó al agente, para seguir adelante a toda velocidad sin parar. ¡Hijo de puta!, gritó Pedro al tiempo que soltaba una patada que a punto estuvo de tocar al motorista. Parecía un gesto de resignación y de rabia como quien da una patada al aire, un reflejo después de que el tipo no acatara su orden.

No todos lo interpretaron de la misma manera. Los trabajadores de la gasolinera también vieron lo que ocurrió y se quedaron pálidos. Revisaron indignados una y otra vez las grabaciones de sus cámaras de seguridad, que habían captado el momento.

Aunque el enojo iba por barrios. Pedro estaba enfurecido al ver cómo un motorista casi lo atropella después de desobedecer una orden para que se detuviera. Los testigos de la gasolinera, en cambio, vieron a un policía lanzando una patada contra una moto con el riesgo de que esta acabara en el suelo.

Cuando se produjo la fuga del motorista, Darío estaba a un lado, tomándole los datos a otro conductor al que habían dado el alto pocos minutos antes. Al ver que el piloto hacía caso omiso a las órdenes de Pedro, su compañero se subió rápidamente a la moto y fue tras él. Lo mismo hizo Pedro. Corrió, se subió al vehículo y pocos metros más adelante ya advirtió que Darío lo había alcanzado y estaba poniéndole la sanción correspondiente. Estaban en un descampado que hay delante de la perrera municipal. El infractor era un chaval de dieciocho años que conducía un ciclomotor de poca cilindrada, con el motor trucado, el tubo de escape cambiado y con ruedas de competición. No quería que lo pillaran y por eso huyó. El joven aguardaba junto a su moto a que Darío le pusiera la multa. De pronto, Pedro apareció como una exhalación. Estaba enfurecido. Bajó de la moto y se fue directo hacia él.

—¡Casi me matas, hijo de puta! ¡Ven aquí! —le gritó.

Lo cogió por la pechera, lo zarandeó y lo tiró al suelo. El joven logró zafarse y empezó a correr por el descampado. Pedro estaba fuera de sí. Le dio una patada al ciclomotor y lo tiró al suelo. Se rompieron algunas

piezas, el retrovisor y el cristal delantero. Luego siguió persiguiendo al joven. Lo agarró nuevamente y le dio un empujón que lo empotró contra unos contenedores. El chaval cayó al suelo. Pedro, lejos de frenarse, se puso encima y subió el puño de forma amenazante con intención de golpearle. Aguantó alzada la mano durante unos segundos, tiempo en el que el joven logró escapar montaña abajo, huyendo de aquel policía desbocado. Darío, mientras tanto, casi no levantó la vista de la PDA y siguió introduciendo los datos del joven. Luego Pedro, sin intercambiar palabra, cogió su moto y se marchó.

El chaval anduvo media hora caminando sin rumbo por la montaña, aterrorizado, hasta que se encontró con unos peatones que le dieron agua y le dejaron llamar a sus padres. Sus progenitores lo encontraron tembloroso, con la camiseta rota y sin las gafas. Las había perdido cuando el policía lo tiró al suelo. Padres e hijo fueron hacia la comisaría de Horta-Guinardó para protestar por lo que había sucedido e intentar recuperar la moto. El joven aseguraría tiempo más tarde que la policía trató de comprar su silencio. Esta fue la conversación que mantuvieron en comisaría, conforme a la versión del joven.

—Te hemos puesto ocho multas por atentado a la autoridad, por intento de atropello y por las irregularidades que presenta la moto. Tú mismo. Te podemos quitar cuatro multas si no denuncias a los agentes.

—De acuerdo —aceptó el joven, aconsejado por sus padres.

—Un mal día lo tiene cualquiera —dijo el superior minimizando la actuación de uno de sus hombres.

El asunto parecía zanjado. La agresión de Pedro a aquel chaval que se había saltado el alto parecía que no iría a más. Pero no fue así.

Suspendidos de empleo y sueldo

El Gobierno municipal liderado por la alcaldesa Ada Colau llevaba pocos meses al frente del Ayuntamiento. Una de las primeras medidas que llevó a cabo fue la reformulación de la Unidad de Asuntos Internos de la Guardia Urbana, que pasó a llamarse Unidad de Deontología y Asuntos Internos (UDAI). El objetivo era ampliar el sentido de un departamento que era estrictamente disciplinario y transformarlo en uno que velara y promoviese las buenas prácticas entre sus agentes. La primera acción de calado consistió en abrir un expediente disciplinario a Pedro y Darío. Luego llamaron al joven implicado y le ofrecieron apoyo para que presentara una

denuncia contra los agentes. El chaval aceptó y el procedimiento se puso en marcha.

Asuntos Internos logró la grabación de la gasolinera en la que se veía la peligrosa maniobra del motorista y consiguieron también la prueba que incriminaba a Pedro: la cámara de seguridad de la perrera municipal enfocaba al descampado justo en el punto donde se produjo la agresión. Pedro y Darío fueron suspendidos de empleo y sueldo de forma inmediata. La propia UDAI presentó en el juzgado todas las pruebas de la agresión. Como suele ocurrir cuando hay una investigación penal abierta, el procedimiento disciplinario quedó paralizado a la espera de lo que decidiera el juez. Aun así, los agentes fueron apartados mientras esperaban la resolución judicial. En un hecho poco habitual, la suspensión de los dos guardias fue publicitada por el Ayuntamiento de Barcelona. El 24 de agosto de 2016, nueve días después de los hechos, el departamento de prensa del Consistorio daba cuenta de lo sucedido:

> El Ayuntamiento de Barcelona suspende a dos agentes de la Guardia Urbana y les abre expediente por una presunta agresión a un conductor. La Unidad de Deontología y Asuntos Internos (UDAI) ha puesto al juez en conocimiento de los hechos y paralelamente ha abierto un expediente disciplinario por una falta muy grave. El Consistorio considera excepcional esta conducta y destaca el buen trabajo diario del conjunto de agentes, que trabajan de forma profesional y eficiente al servicio de la ciudad.

A diferencia de anteriores gobiernos municipales, que esperaban la decisión del juez para depurar responsabilidades, en este caso el Ayuntamiento difundió públicamente el incidente para mostrarse implacable contra las malas praxis. Aquella publicitación generó recelos entre los agentes de la Guardia Urbana. La actuación de Pedro Rodríguez fue violenta e injustificable, pero muchos sintieron que el Ayuntamiento la había aprovechado para exhibir mano dura contra los agentes díscolos y que la nueva unidad, la UDAI, empezaba a dar sus frutos.

La consecuencia fue que Pedro y Darío se fueron para casa, sin trabajo y sin sueldo. El juez aceptó la denuncia del joven y los agentes fueron citados a declarar como imputados por un delito de torturas. Cabe reseñar que Darío podía haberle echado las culpas a Pedro, puesto que fue el autor de la agresión, pero nunca lo incriminó y decidió pasar aquel mal trago cumpliendo la pena sin delatar a su amigo.

El chaval del ciclomotor también declaró ante el juez. Describió la

secuencia, los zarandeos y cómo Pedro se le puso encima y trató de agredirle. Por su parte, el agente reconoció que no estuvo bien lo que hizo, admitió que cogió al joven y lo tiró al suelo, aunque precisando que nunca llegó a golpearle. La causa judicial, sin embargo, tuvo poco recorrido. El joven y su familia querían ser indemnizados por todo aquello y se avinieron a cerrar el caso a cambio de seis mil euros. Darío y Pedro juntaron el dinero, pagaron a la familia del chico y este retiró la denuncia. El juez archivó el caso cuando se cumplían cuatro meses exactos de los hechos. El acuerdo extrajudicial libró a Pedro y a Darío de una condena que podía conllevar incluso penas de cárcel.

La defensa jurídica de Pedro corrió a cargo de un abogado amigo suyo, Francisco Ruiz Palomares. Se conocían desde hacía años y este consiguió zanjar aquel asunto de forma rápida, con lo que Pedro quedó satisfecho. El cierre del procedimiento penal, sin embargo, no extinguió la vía disciplinaria interna en la Guardia Urbana. Los dos agentes fueron suspendidos durante un año de empleo y sueldo.

Pedro Rodríguez empezó a caer en un pozo.

Durante sus años como agente había firmado una trayectoria impoluta. No le perseguía ninguna actuación sospechosa. Sorprende que reaccionara de aquella forma. Días más tarde, según explican desde su entorno, Pedro era un mar de lágrimas. «Se me fue la olla, lo siento mucho», repetía una y otra vez.

¿Qué le ocurrió para que tuviera semejante comportamiento? El propio jefe de la Guardia Urbana, Evelio Vázquez, admitió en una conversación sobre los hechos que lo que pasó en la Rabassada no era normal. La reacción de Pedro fue desmesurada. Algo le sucedía a aquel agente para responder así. Había que escarbar en los días previos para encontrar el posible motivo.

Tras profundizar en el entorno de Pedro, se podía percibir que a nivel personal se encontraba inmerso en una vorágine de cambios que le provocó que estuviera más irascible. El primer factor que agudizó su inquietud fue que pocas semanas antes le comunicaron que debían operarle de nuevo de la espalda y sustituir las prótesis que le habían implantado años atrás. Tener que pasar de nuevo por el quirófano le mantenía tenso y nervioso. Pedro temía las secuelas de una nueva intervención. ¿Y si no salía bien?

Sin embargo, este sería un factor desestabilizador secundario a la vista de la situación personal por la que estaba atravesando. Dos semanas antes del incidente, Pedro se había marchado de casa, abandonando a su mujer,

Patricia, y a su hijo, Pablo, de apenas dos años.

La decisión no había sido sencilla y él se sentía culpable. Era un tipo al que definen como «echado para adelante» pero que en conciencia sabía que aquel paso que acababa de dar era un error. Le pudo el impulso irrefrenable de tirarlo todo por la borda y empezar una nueva vida. Un arrebato irracional que deseaba que tuviera sentido. Por ello había tratado de autoconvencerse de que daba el paso correcto.

«A veces hay que moverse al dictado del corazón», decía. Pedro, un tipo duro, musculoso y vacilón, empezaba a decir este tipo de frases edulcoradas. La explicación era que se había enamorado locamente de otra mujer, Rosa Peral. Hacía apenas unas semanas que se veían, pero, sin saber cómo, ya hacía planes de futuro con ella. Ella era también agente de la Guardia Urbana. Compartían comisaría en la Zona Franca, aunque ella trabajaba en otra unidad, la USD, la de los fines de semana. Pedro sabía que se estaba arriesgando, pero sentía que tenían mucho en común: las motos, los circuitos, su admiración por Valentino Rossi… «Queremos lo mismo», solía decir.

Pedro se encontraba en una situación límite. Su vida era una olla a presión: acabado de separar, alejado de su hijo, esperando una operación de espalda y estrenando una complicada relación. Aquella amalgama de sentimientos a flor de piel se fue cociendo hasta estallar en la Rabassada.

4

LA EXTRAÑA REACCIÓN DE ROSA PERAL

JUEVES, 4 DE MAYO DE 2017

Los agentes de los Mossos d'Esquadra sospechan que el cuerpo carbonizado del pantano de Foix podría corresponder al del agente de la Guardia Urbana Pedro Rodríguez. Es casi medianoche cuando llaman al domicilio de la dirección de Sant Joan Despí que figura en su carnet de identidad. Para sorpresa de los agentes, la mujer que responde también es *mosso d'esquadra*. Su nombre, Patricia.

—Hola, Patricia. ¿Eres la mujer de Pedro Rodríguez?

—Ya no. Llevamos nueve meses separados.

—¿Y sabes dónde lo podríamos localizar?

—Sé que vive en Cubelles con otra mujer, una tal Rosa. Rosa Peral. ¿Ha pasado algo?

—Hemos encontrado su coche quemado en el pantano de Foix. No podemos decirte más. ¿Lo has visto últimamente?

—Pues habíamos quedado en que hoy vendría a ver al niño y no se ha presentado.

—¿Nos puedes facilitar el teléfono y la dirección de Rosa?

—Sí, un momento. Está en la calle Llorers, de Vilanova i la Geltrú.

Patricia cuelga y al momento llama a un compañero suyo de la Unidad de Investigación, que le informa de que han encontrado un cadáver en el coche de Pedro y que, a falta de confirmación, todo indica que podría ser él. La mujer, devastada, no pega ojo durante toda la noche.

Cuando los investigadores oyen que Patricia menciona el nombre de

Rosa Peral se produce un grito de asombro. Muchos la conocen. Los agentes de los Mossos d'Esquadra y la Guardia Urbana coinciden en las horas de patrullaje en la calle y bastantes comparten el primer curso en la Escuela de Policía.

El inspector Sebastián también sabe a quién se refieren. La conoce de su época de agente raso en la Barceloneta, uno de los barrios con más actividad policial, donde se concentran carteristas, manteros y lateros. El destino volvería a unir al inspector y a Rosa Peral tiempo más tarde. Ambos vivían en Cubelles y llevaban a sus hijos a la misma guardería. Allí coincidían y se saludaban cuando dejaban a las pequeñas. En su trayectoria como *mosso*, el inspector Sebastián también estuvo destinado a la comisaría de Vilanova i la Geltrú. Allí coincidió con el marido de Rosa, Rubén. No tenía constancia de que se hubieran separado. Si Rosa tenía una nueva relación con Pedro, esta debía de ser muy reciente.

El nombre de Rosa Peral tampoco es ajeno al resto de los investigadores. La mujer está en boca de todos por el llamado «caso de la pornovenganza» en la Guardia Urbana. Rosa Peral había llevado a juicio a un alto mando de la Guardia Urbana, al que acusaba de haber filtrado una fotografía sexual en la que ella aparecía practicándole una felación. ¿Qué relación podría tener ese caso con el crimen?

Una patrulla de los Mossos d'Esquadra se presenta en el chalet donde viven Pedro Rodríguez y Rosa Peral, en la frontera entre Vilanova i la Geltrú y Cubelles. Es casi la una de la madrugada. Llaman al timbre. Tardan en abrir la puerta.

—Hola, buenas noches, Rosa.

—¿Ha pasado algo?

—Sí. Deberías acompañarnos a comisaría.

—Pues ahora no puedo, tengo a las niñas durmiendo y no puedo dejarlas con nadie. Lo que tengan que decirme, díganmelo aquí.

—Hemos encontrado el coche de Pedro calcinado en el pantano.

Rosa no responde. Se queda en silencio sin mostrar ningún gesto de sorpresa o incredulidad.

—En el maletero del coche hemos encontrado un cadáver y creemos que podría tratarse de Pedro. ¿Sabes si lo habían operado de la espalda?

—Sí, lo habían operado hace unos meses.

Esa respuesta les confirma lo que ya sospechaban. El cadáver es el de Pedro.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

—Hace dos días. Discutimos, se enfadó y se marchó de casa. Pensaba que volvería.

—Rosa, mañana deberías venir a comisaría a declarar.

—De acuerdo.

La patrulla abandona extrañada el domicilio de Rosa. Acaban de comunicarle a una mujer que su novio está muerto y que su cuerpo ha aparecido en unas circunstancias de especial gravedad, calcinado en el pantano de Foix, y ella casi ni se ha inmutado. No ha dado ninguna muestra de desconsuelo.

En días posteriores, los investigadores, al pinchar el teléfono de Rosa, descubrirán que, después de cerrar la puerta a los *mossos*, la mujer no llama a nadie. No efectúa ni una sola llamada. Si la muerte de Pedro la hubiera afectado, lo lógico habría sido que hubiese telefoneado a alguien de su familia. Pero no llamará a nadie.

La investigación también descubrirá que Rosa miente a los agentes cuando les dice que esa noche está sola con sus hijas. En ese momento hay alguien más en su casa: Albert López.

5

¿QUIÉN ES LA VÍCTIMA?

VIERNES, 5 DE MAYO DE 2017

11:22 horas

Los Mossos d'Esquadra, como hacen cada vez que se produce un crimen, difunden un comunicado al día siguiente del hallazgo del cadáver dando cuenta de lo sucedido. En la nota de prensa no informan de la identidad del cadáver ni de que es un guardia urbano de Barcelona.

Área de Comunicación, 5 de mayo de 2017

Los Mossos investigan la muerte de una persona en el municipio de Castellet i la Gornal.

Agentes de Mossos d'Esquadra adscritos al Área de Investigación Criminal de la Región Policial Metropolitana Sur investigan la muerte de una persona pendiente de identificar en Castellet i la Gornal, en la comarca del Alt Penedès.

Sobre las 18 horas de ayer jueves 4 de mayo, los Mossos recibieron un aviso según el cual había un coche calcinado en una pista forestal.

Cuando los agentes llegaron al lugar constataron que había un cadáver quemado en el interior del maletero del vehículo.

Los Mossos se han hecho cargo de la investigación para aclarar los hechos. En estos momentos se está trabajando para identificar el cadáver.

El juzgado de instrucción de guardia ha decretado el secreto de las actuaciones.

Los periodistas nos ponemos en marcha para averiguar nuevos detalles, pero topamos contra un muro. Nadie dice nada. El hermetismo es absoluto. El jefe de la investigación, el inspector Sebastián, ordena mantener un silencio hermético para no comprometer las pesquisas. Las primeras horas

son cruciales y no quiere arriesgarse a que cualquier agente hable más de la cuenta. El nerviosismo se apodera de la prensa. Los jefes de los periódicos, las radios, las webs y las televisiones piden respuestas inmediatas que los redactores no podemos proporcionar. Todas las llamadas a la policía desembocan en un callejón sin salida. «No ha transcurrido el tiempo suficiente.» «Pero ¿quién es la víctima?», preguntamos. No hay respuesta. Pasan las horas y los interrogantes se suceden. La vorágine que envuelve las primeras horas de un suceso es irrefrenable. La cascada de preguntas y la incapacidad de respuestas conducen a una frustración y una presión agónicas. Cada pregunta es una incógnita sin desvelar. Los que, como yo, tenemos el deber de informar desde un medio de comunicación, quedamos sumidos en una apremiante sensación de deber incumplido. ¿De qué sirve un redactor de sucesos si no sabe qué ha ocurrido? El pecho se encoge, la tensión aumenta, las dudas se presentan como un martilleo constante. Nadie coge el teléfono y quien lo hace, prefiere no responder. «Ya hablaremos, ahora no te puedo decir nada.»

Lo que los periodistas ignoramos es que la investigación está en marcha. Los agentes interrogan en ese momento a Rosa Peral, la novia de la víctima, la persona que quizá pueda sacarlos de dudas sobre en qué andaba metida su pareja. A lo largo del día, los Mossos tomarán declaración a todo el entorno de Pedro por si en alguna de aquellas respuestas aparece la pista que les permita tirar del hilo. Los periodistas, sin embargo, desconocemos todo eso. La discreción con la que trabajan los agentes durante las primeras horas impide vislumbrar algún resquicio que conecte el cadáver del pantano con la Guardia Urbana. A pesar del cerrojazo informativo impuesto por el jefe de la investigación, el entorno de Pedro empieza a conocer la noticia de su muerte, que se expande entre sus amigos, entre los cuales hay muchos policías, hasta que al final llega a mis oídos.

20:00 horas

Diez horas después del comunicado de los Mossos d'Esquadra aparece, con mi firma, en *La Vanguardia* la noticia de la aparición del cadáver calcinado de un agente de la Guardia Urbana. La noticia se cuela como invitada en la cena de gala que justo esa noche celebran los Mossos d'Esquadra, un evento ideado por el entonces comisario jefe Josep Lluís Trapero. La información irrumpe en la velada como un misil atronador y logra capitalizar todos los comentarios. No se habla de nada más. El muerto del

pantano es un policía. Los jefes de la Guardia Urbana que también están invitados al encuentro hace solo unas horas que han conocido de primera mano que la víctima era uno de sus agentes.

El evento, que se celebra por tercer año consecutivo, pretende convertirse en una jornada de confraternización entre los propios *mossos* al que también están invitados representantes del resto de las fuerzas de seguridad del Estado. Una jornada de festejo sin más ánimo que el de bailar, tomar unas copas y descargar un ambiente a menudo demasiado enturbiado por las desgracias a las que su labor los obliga a hacer frente. Los periodistas que cubrimos habitualmente la información policial también estamos invitados, pero yo ese día no voy: estoy buscando más información sobre el crimen. Los reporteros se sientan en una de las cincuenta mesas redondas que copan la sala de convenciones del Fòrum de Barcelona, donde se celebra el evento. Superados los postres y la ronda de cafés, los agentes que bailan desenfadados en la pista que se improvisa apartando las mesas hacia un lado, se convierten en preciadas fuentes de información. Los responsables de la Guardia Urbana no se andan con rodeos. Los periodistas se quedan atónitos al escuchar lo siguiente: «No se puede esperar nada bueno de la agente Rosa Peral. Es un pozo de conflictos. Ella y todo lo que la rodea».

Crisis de imagen en la Guardia Urbana

El comentario resulta desconcertante. Es extraño que la primera referencia sobre el asesinato de un guardia consista en desacreditar a su pareja. El nombre de Rosa Peral levanta ampollas en la dirección de la policía barcelonesa. No les ha gustado nada el revuelo causado por el juicio de la pornovenganza. La irrupción del caso en la opinión pública ha sacudido los cimientos de la policía y deteriorado la imagen del cuerpo. Rosa ha arremetido con fuerza contra la cúpula, a quienes acusa de proteger a la persona que divulgó una foto mientras mantenían relaciones sexuales.

La reacción recelosa de la Guardia Urbana también cabe interpretarla en términos de imagen. La percepción de la seguridad es un ingrediente imprescindible para los jefes. Es un elemento intangible que va más allá de si la delincuencia sube o baja, es el sentimiento que embarga a los ciudadanos sobre si se sienten o no seguros. Este concepto va estrechamente ligado a la confianza que la ciudadanía tiene en su policía. Si se producen malas praxis entre los agentes, se proyecta una sensación de

desconfianza entre una población que pasa a sentirse desprotegida. Por eso la cúpula policial es alérgica a los escándalos.

La noticia ocupa portadas en los periódicos y un lugar destacado en los informativos de radio y televisión. El jefe de la Guardia Urbana, Evelio Vázquez, intenta capear el temporal como puede. Nunca antes en sus seis años al frente de la policía barcelonesa y sus casi dos décadas formando parte de la cúpula había afrontado una situación similar. La imagen de la Guardia Urbana está en entredicho.

La crisis de imagen se produce en el peor momento, justo cuando el cuerpo está inmerso en el proceso de cambio que impulsa el nuevo Gobierno de Barcelona, comentado en páginas anteriores. Tiene su origen en el último episodio que amenazó gravemente la credibilidad de la Guardia Urbana: el caso 4F.

Ocurrió el 4 de febrero de 2006, durante el desalojo de una fiesta que tenía lugar en una casa okupada, cerca del Palau de la Música. Alguien lanzó un tiesto o una piedra que impactó en la cabeza de un policía, que quedó en estado vegetativo y al borde la muerte. Cinco personas fueron detenidas y encarceladas por esos hechos. El colectivo okupa y antisistema montó en cólera contra la sentencia y acusó a la Guardia Urbana de manipular las pruebas para incriminar a los detenidos. Uno de ellos, Patricia Heras, se suicidó durante un permiso penitenciario. El polvorín estalló. La imagen de la Guardia Urbana se vio deteriorada al tiempo que arreciaron las dudas sobre su actuación. Un documental titulado *Ciutat morta* aireó la supuesta injusticia, dio voz a los encarcelados, que acusaron a la Guardia Urbana de falsear las pruebas, y alumbró una supuesta connivencia del Ayuntamiento para dejar impunes las malas praxis de sus agentes. La cinta logró sembrar la duda y una oleada de indignación se extendió entre muchos ciudadanos. La imagen de que la policía barcelonesa era un cuerpo corrupto quedó grabada a fuego en el inconsciente de algunos colectivos. Los okupas y la izquierda alternativa de la ciudad, movimientos fuertemente arraigados en Barcelona, impulsaron protestas y manifestaciones para denunciar la injusticia que entrañaba el 4F. La espiral parecía irrefrenable. La Guardia Urbana se mostraba incapaz de contrarrestar los ataques y su credibilidad quedó seriamente afectada.

Entre los activistas que clamaban por la inocencia de los encarcelados del 4F y participaron en las manifestaciones de protesta se encontraban algunos dirigentes del partido Barcelona en Comú, que en 2015 ganó las elecciones contra pronóstico en Barcelona y convirtió en alcaldesa a la

candidata Ada Colau. La policía recibió con los colmillos afilados a la nueva inquilina del Ayuntamiento. Su programa electoral preveía cambios profundos en la Guardia Urbana en favor de una mayor transparencia. A la remodelación de Asuntos Internos se sumó la extinción de los antidisturbios porque no casaban con la mayor sensibilidad que querían imprimir a la nueva policía. Los sindicatos de la policía barcelonesa exhibieron su oposición a las nuevas propuestas y recibieron con recelo la llegada del partido de izquierdas al Consistorio. Muchos agentes manifestaron en privado un cierto desánimo ante la desconfianza que, a su modo de ver, proyectaba el nuevo Gobierno de la ciudad hacia su policía. «Si nos quieren cambiar es porque no les gusta lo que hemos hecho hasta ahora», decían. «Nos quieren eliminar. No les gusta la policía.» Estas expresiones, un tanto exageradas, se extendieron por todos los rincones de las comisarías.

El policial es un colectivo que siente una permanente falta de reconocimiento hacia su trabajo. Se considera menospreciado por una sociedad que no valora lo suficiente la difícil labor que desempeñan para combatir los problemas que afectan a la ciudad. Para reivindicar su labor, recuerdan siempre que, ante cualquier incidente grave, los ciudadanos corren hacia atrás mientras que los policías corren hacia adelante. En 2015, con la nueva situación política, sintieron que debían ganarse la confianza del nuevo ejecutivo y así cambiar la mala visión que, a su parecer, tenían de ellos.

Pero con el tiempo la relación se ha encauzado. El Ayuntamiento y la Guardia Urbana han superado los recelos y se han centrado en mejorar la coordinación. La lógica los ha empujado a llegar a un punto de entendimiento: ambos se necesitan y optan por llevarse mejor, aunque la desconfianza mutua siempre permanece latente. Faltan efectivos, lo que dificulta la labor policial para hacer frente a los nuevos fenómenos que se expanden por la ciudad: los vendedores ambulantes o los narcopisos son problemas que erosionan al Ayuntamiento pero que en cambio no repercuten en la imagen de la Guardia Urbana.

Las relaciones entre ambos, en el momento del hallazgo del cadáver de Pedro Rodríguez, se sitúan en un marco de coexistencia pacífica pero sin que nadie se fíe de nadie. Es justo entonces cuando la Guardia Urbana se enfrenta a tres nuevos escándalos que golpean la credibilidad del cuerpo policial: la Rabassada, la pornovenganza y el asesinato de un agente. En todos convergen los mismos protagonistas: Pedro Rodríguez, y su novia,

Rosa Peral, una fuente incesante de conflictos.

Una vez la noticia desembarca en la esfera pública, el jefe de la Guardia Urbana no puede quedarse callado. Los móviles hierven. La noticia sobre la muerte de Pedro se reenvía de un teléfono a otro. Evelio Vázquez emite una comunicación interna a cada uno de los tres mil quinientos agentes para pedir tranquilidad y anunciar que colaborarán con la investigación para esclarecer los hechos. En ese momento, el jefe de la Guardia Urbana no sabe que la respuesta al asesinato de Pedro Rodríguez cabe buscarla entre los suyos.

6

UNA MUJER CONFLICTIVA Y UN CASO DE PORNOVENGANZA

Hay quien aún recuerda la primera vez que la vio llegar a la Escuela de Policía conduciendo una moto de gran cilindrada, una Suzuki azul y blanca de seiscientos centímetros cúbicos. Llamaba la atención ver a esa chica con una moto tan grande.

¿Quién es Rosa Peral?

La que en mayo de 2017 será la novia de Pedro Rodríguez ingresa con veintitrés años en la academia para ser agente de la Guardia Urbana. Debajo del casco esconde una cabellera morena que recoge con una coleta. Sus grandes ojos de color marrón alimentan una mirada viva, siempre atenta y vigilante, que es en realidad un arma con tres movimientos: enfoca, pestañea y lanza un dardo que narcotiza a su interlocutor y lo une a su causa, sea cual sea. Una leve imperfección en los dientes centrales endulza su semblante rígido. Sus grandes labios abrazan una sonrisa infantil. Rosa es una mujer muy guapa que no cree serlo. Invierte su tiempo en moldear un cuerpo imponente para luego exhibirlo en la discoteca. Su físico es su obsesión. A base de esfuerzo en el gimnasio se esculpe la figura que desea. A Rosa le gusta presumir y ella misma reparte entre sus compañeros un folleto en el que aparece semidesnuda bailando como gogó en la discoteca Bora Bora de Sabadell.

Rosa Peral es una mujer que necesita sentirse halagada y deseada. Y lo consigue fácilmente en un colectivo tan masculinizado como la policía. Ella es una de las catorce mujeres de la promoción del 2006. El resto son

hombres. Hay noventa y tres. La proporción en la Guardia Urbana es aún más baja. En todo el cuerpo hay 242 mujeres por 2.565 hombres. Un 9,4 por ciento.

Rosa estrena carrera en su familia sin tener tradición ni tampoco vocación. Empieza el curso con la intención de pasar desapercibida, o al menos eso es lo que comenta a las primeras personas que conoce. El primer día de clase, sin embargo, levanta el dedo y se presenta voluntaria como delegada. De discreción, nada. Rosa se convierte en el nexo entre la prefectura de la Guardia Urbana y los demás alumnos de su promoción. Es con ella con quien debe contactar la dirección del Cuerpo a la hora de requerir estudiantes para que den apoyo en dispositivos de seguridad de poca complicación: cuando se precisan agentes de refuerzo para vigilar una manifestación o una carrera atlética, un jefe de la Guardia Urbana se lo pide a Rosa y ella lo comunica al resto de su clase.

Las lecciones del primer curso de la Escuela de Policía se imparten de forma conjunta con aspirantes de otros cuerpos de policía local y de Mossos d'Esquadra. Eso cristaliza en relaciones estrechas, incluso íntimas, en las que todos se conocen. Rosa Peral deviene muy popular entre todos. Es una joven amable, sonriente, de trato fácil y muy cariñosa con sus compañeros. Se muestra introvertida en un primer contacto, pero cautivadora en la distancia corta.

Las prácticas se realizan con grupos reducidos. Los aspirantes a policía se entrenan para poner las esposas, reducir a una persona violenta o desenfundar un arma en cuestión de segundos. Rosa Peral actúa con mucha cautela en estos ejercicios. Es poco lanzada. La osadía que saca a relucir al presentarse a delegada del curso se encoge cuando asoman situaciones de peligro. Ahí se empequeñece. Prefiere analizar la situación antes de actuar. A veces no llega ni a hacerlo. Se paraliza.

En una de las clases de Investigación Criminal de la Escuela de Policía se reproduce un escenario como el del pantano de Foix. El instructor les enseña que un cadáver en un coche quemado es muy difícil de identificar ya que el fuego desvanece cualquier rastro de prueba. Las llamas arrasan con todo y la investigación se complica. A los compañeros de Rosa les vendrá a la mente aquella clase al conocer la noticia sobre la muerte de Pedro Rodríguez.

Rosa es empática y muy abierta. Sus compañeros la consideran una tía enrollada. Emplea un tono inocente para dulcificar una voz grave. Logra vocalizar con claridad pese a que imprime mucha velocidad a las palabras.

Las encadena una detrás de otra casi sin respirar, como si condujera una moto de las que tanto le gustan. Con esta velocidad, Rosa responde a las preguntas que le formula un redactor de la revista oficial de la Guardia Urbana, donde aparece fotografiada junto a los tres mejores de su promoción, ella por su condición de delegada.

En el último día del curso, en la jornada de graduación, los agentes posan con sus uniformes y su nuevo número de placa en el majestuoso Saló de Cent del Ayuntamiento de Barcelona. El acto lo preside el alcalde de Barcelona, Jordi Hereu, quien, junto a la cúpula del cuerpo, reparte los diplomas a los recién graduados. Durante la entrevista, Rosa airea el malestar que le provoca la diferencia de trato entre los Mossos d'Esquadra y la Guardia Urbana que ha sufrido en la escuela de Policía. Considera que los urbanos son menospreciados. La formación está pensada para la policía autonómica, y no para policías locales como ella. La entrevista evidencia el enojo de Rosa y también la osadía de arremeter contra la Escuela en la revista oficial de la Guardia Urbana, la que leen todos los jefes y en un día en el que lo más habitual es que todo esté envuelto de buenas palabras, como sí hicieron los compañeros con los que compartía fotografía. La Rosa más descarada empieza a asomar.

¿Cuál ha sido vuestro motivo para acceder a la Guardia Urbana de Barcelona?

Es una policía local grande, con muchas especialidades y donde puedes hacer de todo.

¿Qué trabajos os atraen más?

La UNOC (la Unidad Nocturna Operativa Centralizada), me gusta el trabajo y el horario de noche.

¿Cómo valoráis la etapa de formación?

Hay demasiado aprendizaje de mosso, después llegas aquí y todo está cambiado.

¿Y el curso de acogida?

Bien, pero podríamos haber venido antes aquí y haber hecho más, desarrollar más algunos temas…

¿Qué esperáis de la fase de prácticas?

Aprender y tocar como más tareas mejor.

La verbena de San Juan fue vuestro bautizo en la Guardia Urbana, ¿cómo os sentisteis haciendo de agentes?

A mí me tocó hacer de todo, pero me encontré más cómoda que en la Escuela.

¿Cómo ha sido el trato con el resto de compañeros?

Muy bien, nada que ver con el trato en la Escuela. Aquí llegas y eres un

compañero más, desde el primer día, no hay distinción entre agentes, y la verdad es que esto se agradece mucho.

Primer destino: Ciutat Vella

Rosa Peral supera las pruebas e ingresa en periodo de prácticas en el cuerpo de la Guardia Urbana de Barcelona en junio de 2007. Tiene veinticinco años. Su primer destino es la comisaría de Ciutat Vella, donde pasa a formar parte de la unidad capitaneada por el cabo Óscar.

Por aquel entonces, Óscar tiene treinta y seis años y lleva diez en la Guardia Urbana, donde con gran esfuerzo se ha forjado una carrera prometedora. La Prefectura tiene depositadas grandes esperanzas en él y confía en que algún día ocupará uno de los escalafones más altos del cuerpo. Es un líder y posee todas las cualidades que debe tener un buen policía: la tensión y la iniciativa imprescindibles para reaccionar ante situaciones adversas y la cabeza fría para saber en cada momento lo que hay que hacer. Óscar tiene el rango de cabo y está en la comisaría de Ciutat Vella al mando de la VEP, la Vigilancia en Espacios Públicos, en el barrio del Raval, donde confluyen realidades tan problemáticas como la prostitución y el tráfico de drogas.

Óscar es un ganador. Así lo avala su trayectoria deportiva. Acapara siete récords de España y nueve de Cataluña en la natación con aletas y ha participado en nueve mundiales, de los cuales en dos logró llegar a la final. Su trayectoria como deportista de élite, metódico y trabajador, le vale el reconocimiento de los jefes de la Guardia Urbana, que se convierten en sus grandes valedores. Todos se deshacen en elogios ante ese agente serio y profesional que dignifica al cuerpo con sus actuaciones. Óscar es un diez, asegura Evelio Vázquez en una ocasión. Un chico impecable.

En la revista oficial también aparece Óscar. Le dedican un artículo en el cual es calificado como «el supermán de la natación con aletas» y lo bautizan como «Óscar el torpedo». Aparte de repasar el secreto de su éxito, le preguntan sobre cómo ve el trabajo en la Guardia Urbana.

> Es un cuerpo donde tienes la posibilidad de llevar a cabo tareas muy variadas: policía de proximidad, policía administrativa y temas de seguridad ciudadana. Actualmente soy cabo, pero me gustaría llegar a sargento. Me gustaría poder enseñar a los nuevos agentes, ayudar a crecer dentro del cuerpo. Hay que aprovechar el momento de modernización que está viviendo el cuerpo y combinarlo con la ilusión de los más jóvenes para que la Guardia Urbana sea todavía mejor. Es

un cuerpo que tiene muchos años y que siempre ha funcionado muy bien.

Óscar y Rosa, una relación pasional

Como dice en la entrevista, a Óscar le gustaría poder enseñar a los nuevos agentes a crecer dentro del cuerpo. Y uno de los que está bajo su supervisión nada más entrar es Rosa Peral. La mujer accede como agente en prácticas en junio de 2007 en la comisaría de Ciutat Vella integrándose en el grupo VEP de Vigilancia para Espacios Públicos que lidera el cabo Óscar. Desde el primer momento tienen una química especial. Se sienten profundamente atraídos el uno por el otro y en cuestión de pocos días la atracción irrefrenable desemboca en una relación sexual.

Rosa Peral cae rendida en los brazos de su jefe al poco de entrar en el cuerpo de policía. La mujer sigue viviendo con su novio de siempre, Rubén, pero la atracción por Óscar es incontenible. Cada vez pasa más tiempo en el trabajo para poder estar con Óscar; hace muchas horas extra, casi cuatro cada día y muchas por la noche. Mientras, la relación con Rubén se va deteriorando.

La aventura de Óscar y Rosa se prolonga durante al menos medio año. Los encuentros están más o menos establecidos: una vez a la semana en casa de él, en Corbera de Llobregat. Óscar se acaba de divorciar después de catorce años de relación y tiene toda la casa para él. Los dos amantes se citan bajo la excusa de comer e ir a hacer la siesta. «Hoy si quieres comemos juntos y luego hacemos la siesta» se convierte en un código entre ellos.

Durante esos encuentros se hacen fotografías mientras practican sexo. Estamos a finales de 2007 y los *smartphones* con cámaras de alta definición todavía no han aterrizado en el panorama tecnológico. Para fotografiarse, utilizan una cámara de fotos digital.

Pasan las Navidades. La relación toma una velocidad de vértigo. El enamoramiento estalla como una olla a presión. La aventura adquiere una intensidad difícil de gestionar en secreto.

Hasta que, en febrero de 2008, Rosa pone punto final a la relación con Óscar. Las consecuencias son durísimas.

La pornovenganza

El 23 de febrero, los compañeros, amigos y familiares de la joven reciben

un correo electrónico desde su cuenta personal de Hotmail con una de las fotografías sexuales que se tomaban de forma privada. En la imagen aparece ella sacando la lengua y lamiendo un pene semierecto. El correo va acompañado de un texto:

> Hola soy rosa mira la foto que te adjunto. Desde que salí de la escuela echaba de menos seguir comiéndome pollas de policías. Así que ahora en la guardia urbana ya me he comido la de un cabo y la de un par de guardias follo sin condón asi que más placer para todos. Llamadme al 676xxxxxx.

La foto de la felación se difunde masivamente por todos los rincones de las comisarías sin que nadie pueda frenar aquella espiral perversa. En el ojo del huracán está Óscar, el examante despechado, el protegido de la prefectura, el nadador, el torpedo. Rosa presenta una denuncia contra él el 9 de julio de 2009, casi un año y medio después del envío. La relación con Rubén, su novio, ha superado la tormenta y siguen juntos.

¿Por qué recurre a la vía penal después de tanto tiempo? Rosa dice que está harta. Al principio no le da demasiada importancia, pero la imagen no para de circular y quiere ponerle fin. «La fotografía se sigue enviando, me siento observada por todos mis compañeros de trabajo, me hacen comentarios que me hacen daño. Es una tortura constante», le relata la mujer a la juez. No ha denunciado antes porque tiene «muchos sentimientos encontrados», porque no se veía con fuerzas para afrontar lo que suponía todo el procedimiento. Y, además, Óscar le suplicó que no lo denunciara.

Ante la juez, Rosa explica que en el momento de los hechos recibe llamadas de varios familiares y amigos que le informan de que han recibido un correo suyo con una fotografía de ella realizando una felación. Dice que es un correo que ella no ha enviado ni escrito. Alguien ha utilizado su perfil de correo para enviar esa foto con la única intención de hacerle daño y deteriorar su imagen ante sus amistades y el colectivo profesional. Y tiene muy claro quién ha sido: «Fue Óscar con una cámara digital». Rosa cuenta que era habitual que él le pidiera si podía sacar una foto mientras mantenían relaciones. A ella no le hacía mucha gracia, pero siempre accedía porque confiaba en él. Eso sí, antes le advertía de que tuviese cuidado y no las perdiera. Según ella, todas las fotos que se hacían se las quedaba él; ella no se guardó ninguna.

Uno de los grandes interrogantes es cómo Óscar logró acceder a su

cuenta personal de correo electrónico, blindada por una contraseña. Rosa responde que Óscar tenía la clave porque ella se la dio como muestra de fidelidad. Él tuvo un ataque de celos y ella le dio la contraseña para demostrarle que no tenía nada que esconder.

Lo que Rosa no cuenta es que después de que se difundiera la imagen vuelve con Óscar y prolonga la relación unos meses más. Decide darle otra oportunidad. Es el único que la apoya en esos momentos en los que está siendo señalada por todos y se convierte en la chica de la foto. Es decir, se refugia en los brazos del único hombre que no la desprecia pero que es a la vez el presunto causante de su repudio.

El hombre le jura que no ha sido él, que él no mandó la foto. Ella le cree. La relación con Óscar dura hasta julio de 2009, cuando finalmente Rosa le pone fin de forma definitiva. Pronto inicia una nueva aventura, también a escondidas de Rubén, con el cabo Pablo, otro de sus superiores.

Pablo está totalmente prendado de Rosa y la empuja a denunciar a Óscar. La mujer, con el apoyo de su nuevo cómplice en la Guardia Urbana, recobra fuerzas y desafía a Óscar en los juzgados. En ese contexto, Rosa decide grabar una llamada que recibe de su examante. Él la telefonea porque está dolido y quiere hablar con ella. Rosa aprovecha para grabar la conversación y sonsacarle una confesión con la vista puesta en el procedimiento judicial que ha iniciado contra él.

—¿Se supone que me llamas para que quite la denuncia y sigues sin decirme de dónde ha salido?

—Vale, Rosa, ese correo lo envié yo.

—¿Lo enviaste tú?

—Sí, lo envié yo.

—¿Tú solo?

—Sí, yo solo. Lo envié yo y cuando lo acabé de enviar me di cuenta de lo que había hecho, estaba encabronado.

—¿Y por qué me has hecho pensar durante un año y pico que no eras tú?

—No quería perderte, sabía que si te decía eso… Así de sencillo.

—Una persona que está enamorada no hace eso. Es que creo que no eres consciente del daño que me has hecho en la Guardia Urbana.

—Sí que soy consciente.

—No, no lo eres.

—Sí que soy consciente, he vivido esto contigo. He tenido que luchar contra gente, he tenido que sacarte de ahí, he tenido que pelearme

verbalmente, aunque haya sido yo el responsable.

Traslado a la comisaría de Zona Franca

Tras el escándalo, la mujer es destinada a otra unidad en la comisaría de la Zona Franca, en concreto a la Unidad de Apoyo Diurno, la USD. Según Rosa, el traslado se produce a petición suya. Quiere alejarse de Óscar. Sin embargo, esta versión es desmentida por algunos de sus compañeros. Según relatan, la agente ha protagonizado una actuación polémica. Tiene lugar en la narcosala Baluard, situada al final de la Rambla. Una patrulla se presenta para intervenir ante las amenazas que profiere un toxicómano muy alterado. El hombre blande una jeringa con intención de clavársela a los agentes. Rosa Peral, al advertir el peligro, abandona a sus compañeros y se refugia en un coche. Es esa reacción la que hace, dicen sus compañeros, que la cambien de unidad y la trasladen a la USD, a la Zona Franca.

Sea o no cierta esta última versión, empiezan a aflorar los recelos. La prefectura le cuelga a la agente la etiqueta de conflictiva. Rosa, la delegada de la promoción, la que el día de la graduación arremete contra la Escuela de Policía, es destinada a otra unidad estando, hecho insólito, todavía de prácticas, periodo en el que nunca se cambia de unidad a un agente.

En el momento de la denuncia de Rosa, Óscar ha logrado un ascenso y ostenta el cargo de sargento de la unidad de antidisturbios, la conocida como UPAS (Unidad de Policía Administrativa y Seguridad). Niega haber mandado la foto y apunta a un tercero como el culpable. Se escuda en que, en contra de lo que afirma Rosa, nunca ha tenido acceso a la contraseña de su correo y que, justo quince días antes, alguien le había mandado una foto suya desnudo, pero que no sabía quién había sido. No llega a presentar esa prueba ante el juzgado.

El recién nombrado sargento es imputado por revelación de secretos, un delito que puede castigarse con tres años de prisión. La Unidad de Asuntos Internos de la Guardia Urbana investiga también lo ocurrido, pero no entra a valorar el asunto y lo deja aparcado. Considera que la Justicia ya decidirá. Sin embargo, y de forma cautelar, a Óscar también lo cambian de destino y lo trasladan a la sala de mando hasta que se dicte sentencia. Su nuevo lugar de trabajo es una oficina en la calle Lleida, al lado de las fuentes de Montjuïc. Al ser una medida provisional, el tiempo máximo que puede durar el traslado de Óscar es de dos años. Durante ese tiempo también le retiran el arma reglamentaria.

Rosa está indignada con la decisión. Considera que es una reprimenda muy leve y solo obedece a que Óscar sigue siendo el protegido de la cúpula a pesar de lo que ha hecho. Piensa que lo han asignado a un sitio apartado para que pueda seguir mandando. Cuando le pregunté al respecto, me respondió que todo era un complot orquestado desde las altas esferas.

> El hecho de que a él lo envíen a la sala conjunta, que son unas oficinas que hay en la calle Lleida, no lo hacen como castigo, sino como tapadera para que nadie sepa dónde está metido. Él ahí tiene un cargo no solo de cabo sino de responsable de toda la sala en cuanto a incidencias de un nivel superior, es decir, decisiones por encima de un operador de sala. Ahí no requiere arma, así que nadie le va a mirar mal por no llevarla, ni por el cambio de destino, la mitad probablemente ni se ha enterado del motivo por el que está allí, ya que no era algo diferente ni se entiende como castigo el estar en una sala conjunta.

La instrucción judicial por el caso se demora nueve años. Rosa cambia de abogado en multitud de ocasiones, alegando falta de confianza, hasta que se llega al final sin que nadie la defienda ni acuse a Óscar. Solo lo hace la Fiscalía, que actúa de oficio en un caso que ya está en marcha. La causa llega a la orilla empujada por la inercia del oleaje sin que Rosa se implique en aclarar las cosas. El proceso queda profundamente lastrado. Hay pruebas que, como no se piden, no se hacen. Y en la investigación faltan cabos por atar. Por ejemplo, un paso lógico hubiera sido tratar de averiguar desde qué ordenador se mandó la fotografía, rastreando la IP y acotando la ubicación de Óscar aquel día para saber si pudo haberla enviado él. Pero nadie lo solicita. La investigación queda incompleta y solo arroja que la imagen se envió desde un dispositivo conectado a un servidor público de la Generalitat, del cual se abastecen miles de computadoras, entre ellas las de las comisarías. Rosa también podría haber pedido que se verificara la grabación que hizo ella misma y en la que supuestamente Óscar reconocía los hechos. Debía haberse solicitado una prueba de reconocimiento de voz para cotejar si la voz de la grabación que registró Rosa en secreto era la de Óscar. Y, por último, quizá lo más obvio y evidente: ningún perito comprobó si el pene semierecto que aparecía en la fotografía era el de Óscar. Parece sencillo. Pero no se hizo.

El caso de la pornovenganza, como se bautizaría tiempo después, acompañará a Rosa durante toda su carrera. Siempre está ahí, pero nunca se resuelve. La incomparecencia de un abogado impide que ella presione para pedir las pruebas y que se fije una fecha para celebrar el juicio lo antes posible. El procedimiento flota sin rumbo en los cajones inundados

de papeles de la Ciudad de la Justicia.

Con el tiempo, Óscar logra reconectarse a su prometedora carrera. Después de dos años castigado en la sala de mando, logra ascender a subinspector. Ya es el policía relevante que auguraban sus jefes. Su carrera de subinspector serio y responsable se ve enturbiada solo por la pornovenganza, un caso que permanece tatuado en su expediente sin poder ser extirpado puesto que nunca se cierra. La causa judicial que languidece en los juzgados recibe un último empujón; al fin, tras nueve años, encuentra una fecha para el juicio.

La primera convocatoria se suspende porque los testigos no pueden ir. La segunda también. Hasta que finalmente se señala una tercera fecha: el 28 de abril de 2017. Cinco días después, Pedro Rodríguez, el por entonces novio de Rosa Peral, aparece calcinado en el interior de un coche en el pantano de Foix.

7

EL NOVIO DE TODA LA VIDA Y UN PUÑADO DE INFIDELIDADES

Rubén es un pilar fundamental en la vida de Rosa Peral. Es su apoyo. Su compañero, su amigo. Se conocen muy jóvenes. Su relación se forja en pleno abandono de la adolescencia para dar el salto hacia la etapa adulta, en un puente vital que Rubén y Rosa cruzan cogidos de la mano. Él es la columna maestra que cimienta la personalidad de la joven y evita que se derrumbe.

Rosa tiene dieciséis años y él dieciocho cuando una amiga común los presenta, en una discoteca de tarde, el Music Palace de Cornellà. Congenian desde el primer momento. Ella es una mariposa a punto de sacar las alas, pero tiene problemas de autoestima que le impiden alzar el vuelo. Necesita despojarse del caparazón de inseguridad que la envuelve para brillar con todo su esplendor. Cabellera morena planchada, ojos grandes y un aire inocente y risueño son las armas de una seducción que todavía no ha descubierto. Rubén es alto, imponente y bonachón. Y motero, una pasión por las dos ruedas que con los años contagiará a Rosa.

Rubén ejerce de compañero en todas las facetas de la vida de la joven y ella a su lado se siente protegida. Es dos años mayor, la apadrina y la acompaña en todos sus pasos cuando asoma la etapa adulta. La idea de hacerse policía es cosa suya. A Rubén le gusta la informática y aspira algún día a combatir a los *hackers* desde la unidad de delitos informáticos de la policía. Ese es el origen de una trayectoria que ambos seguirán hasta convertirse en agentes de la ley.

La relación con Rubén se consolida rápidamente. Él es un joven tranquilo, apacible, que se amolda a cualquier situación. Rehúye los

conflictos y sueña con tener un hogar y formar una familia. Su novia asume la misma aspiración, pues concuerda con el concepto de familia tradicional que le han inculcado sus padres. Quizás a base de repetirlo, el sueño se va alimentando hasta que se traduce en una realidad tangible: Rosa y Rubén se van a vivir juntos a Terrassa cuando ella tiene solo diecinueve años y él veintiuno. Rosa está convencida de que eso es realmente lo que quiere: formar una familia tradicional, tener una casa grande, varios hijos, varios perros, varias motos y Rubén a su lado, la columna maestra alrededor de la cual gira todo.

Rosa se ve envuelta en un mar de dudas sobre el camino profesional que debe tomar. Su pasión son los animales, por los que siente un amor casi maternal. En su pensamiento siempre baraja la formación veterinaria como su opción preferida. Es una idea fugaz un tanto ilusoria puesto que sus calificaciones nunca han sido muy elevadas y las notas de acceso a la universidad son altas. Ella es una estudiante mediana, que cursa el bachillerato con la aspiración de incorporarse a la carrera que desea pero sin mucha convicción de llegar a lograrlo. La inseguridad aplaca cualquier esperanza. La prueba de acceso a la universidad no va bien. Suspende la selectividad y ante sí se abre un horizonte incierto. No podrá ser veterinaria. Su sueño profesional, la única idea que hasta entonces había estado presente en su cabeza, se desvanece.

Rosa se apunta a un curso de formación para ser auxiliar de veterinaria mientras sigue trabajando en la discoteca Bora Bora de Sabadell, que le reporta lo justo para vivir. Ya se le ocurrirá algo. Las propinas que consigue cuando sube a la barra de la discoteca la reconfortan. Se siente querida y deseada. El público la jalea con gritos enloquecidos. Baila bien y su cuerpo se contorsiona al ritmo de la música frente al estallido de los más enfervorecidos. El trabajo en el gimnasio surte efecto. La atracción que despierta en los hombres apacigua su sed de sentirse querida. Rosa se reivindica. Es joven y guapa.

La relación con Rubén se le hace monótona. Tiene veintiún años y lleva ya cinco con él. Pero sigue deseando una familia. Rosa es una mujer atrapada en una contradicción: la necesidad de atraer a los hombres, de sentirse deseada, y, al mismo tiempo, la de mantener una relación estable con el hombre de su vida, la persona que le reporta estabilidad. Lo quiere todo.

Rosa y Rubén se compran un piso de propiedad en Terrassa. Él estudia Ingeniería Informática en la Universidad Autónoma de Barcelona cuando

descubre unas oposiciones para ser policía. Se lo comenta a Rosa y le propone apuntarse juntos. Ella no sabe qué hacer, pese a que la idea le seduce. Por fin algo cobra sentido en aquella nebulosa incierta. Ambos deciden presentarse a las oposiciones. Rubén sigue con la carrera, pero decide probar suerte, aunque no la tendrá. Suspende las pruebas de acceso y lo tendrá que intentar de nuevo más adelante. Rosa las aprueba e ingresa en la Escuela de Policía. Por primera vez, vence a la incertidumbre y encuentra una opción estimulante. La mujer se abre camino de forma autónoma sin la necesidad de contar con el apoyo de Rubén. La mariposa despliega sus alas.

Primeras infidelidades

Rosa ingresa en la Escuela de Policía. Es el primer ámbito en el que es completamente autónoma. Puede actuar con libertad sin contar con su novio. Es independiente y eso la reconforta. Engrosa su dosis de autoestima con dos compañeros de clase con quienes mantiene relaciones. Es la primera vez que engaña a Rubén. Hasta entonces no lo había hecho, pero no se siente culpable porque su pareja no tiene por qué enterarse. Rosa lo quiere todo.

La relación con Rubén prosigue con normalidad a pesar de algún altibajo al que el muchacho no da ninguna importancia. No es capaz de atribuirlos a las aventuras amorosas de su novia porque las desconoce. Discuten de vez en cuando, pero él lo circunscribe con cierta resignación a algo que ocurre en todas las parejas. Ambos son convencionales y un tanto conservadores. En alguna conversación con amigas, Rosa, por ejemplo, siempre se muestra contraria al aborto. No puede entenderlo.

Se ha ido a vivir con su novio a una edad muy temprana y algún día desea casarse y tener hijos. Es una relación estable, rutinaria, sin sobresaltos. Sin embargo, el conservadurismo de la mujer se siente amenazado. Quiere una familia, pero necesita sentirse deseada. Y la monotonía en la que se ve sumida con Rubén no ayuda. Rosa madura rápido, pero a juicio de su pareja sigue siendo una niña. Una niña caprichosa.

El paso de la Escuela de Policía a su posterior ingreso como agente de la Guardia Urbana, recién graduada, marca un punto de inflexión. Un paso más hacia un nuevo mundo alejado de su novio. Hacia su plena autonomía sin la influencia de su compañero.

Un nuevo engaño: el cabo Óscar

Rosa desembarca en la comisaría de Ciutat Vella y a los pocos días cae en los brazos de Óscar. Aquello la empuja a desplegar unas dotes a las que hasta entonces nunca había recurrido. Utiliza la mentira de forma sistemática. Hasta entonces lo que había hecho era ocultar las relaciones sexuales que mantenía con compañeros de la Escuela de Policía, pero no buscaba excusas de forma constante para fraguarse una coartada ante Rubén. Ahora lo hace y el engaño se vuelve más sofisticado y retorcido.

Todos los compañeros de la comisaría saben que mantiene una relación con el cabo, aunque nadie lo verbaliza en público. Rosa tiene novio y de vez en cuando este la viene a buscar. Cuando la mujer lo pide, sus compañeros le proporcionan una excusa. Nadie le dice que no. Rosa pone unos ojos de niña buena e insiste hasta que el interlocutor sucumbe a sus encantos. El arma de la seducción empieza a afilarse. La relación con Óscar empieza siendo sexual pero desemboca en una aventura amorosa. Cuando el sexo se convierte en amor, el futuro con Rosa se presenta incierto y complicado.

La mujer disimula ante Rubén porque no quiere perderlo. No quiere que nada cambie. Lo quiere a su lado. El novio prosigue con su vida como si nada ocurriera a sus espaldas. Nunca desconfía. Quizá Rosa tampoco le da ningún motivo para no fiarse. El secreto queda blindado de forma infranqueable entre las cuatro paredes de la comisaría. La relación no se resiente y la mujer está exultante de felicidad, como si su equilibrio fuera una combinación entre la estabilidad que le proporciona su novio y el sexo voraz, desenfrenado y secreto que le aportan las relaciones en la Guardia Urbana.

Solo un episodio está a punto de truncar el equilibrio de Rosa: el envío de la fotografía de la pornovenganza. La imagen se difunde por todas las comisarías y núcleos policiales, pero Rubén nunca llega a verla porque entonces todavía no es policía. La fotografía se envía en febrero de 2008, y todavía falta un año para que apruebe las oposiciones e ingrese en la Escuela. Será policía dos años después que Rosa. Por eso Rubén nunca llega a saber que por las comisarías corre una fotografía de su novia haciéndole una felación a otro hombre. En el correo en el que se envió la imagen se incluyeron hasta cuatro direcciones suyas, pero Rosa se apresuró a conectarse y borrar ese mail. De esta manera se aseguró de que Rubén no la viera.

Las aventuras extraconyugales de Rosa no afectan a su noviazgo, que avanza con paso firme, cumpliendo todos los cánones de lo tradicional, hacia ese sueño alimentado por sus padres y cultivado junto a Rubén. Ambos ejercen ya de policías. Ella en la Guardia Urbana de Barcelona y él como policía local de Sant Sadurní d'Anoia. Rubén descubre que su pasión, más allá de la informática, es el trato con la gente. Todos los policías recién licenciados pasan por un periodo de prácticas en una unidad que se llama Seguridad Ciudadana, que consiste en patrullar por las calles, atender a las personas que lo necesiten o reaccionar ante cualquier imprevisto. Cuando Rubén descubre esa labor, se centra en las personas y se olvida de las máquinas. Abandona la carrera de Informática y se dedica en exclusiva a ser agente de policía.

Con los dos miembros de la pareja asentados, con una plaza fija, los beneficios familiares van en aumento. Se compran un chalet en una urbanización acomodada de Vilanova i la Geltrú, en una calle fronteriza con el municipio de Cubelles. La zona, a cuarenta minutos de Barcelona, está bañada de playas y montañas y tiene el pantano de Foix a pocos minutos. La nueva casa es grande, tiene dos plantas y goza de un jardín exterior, ideal para jueguen los niños que están por venir. La anhelada vida familiar tiene ya su escenario donde empezar a germinar. Rubén compra un Dodge Calliber, un coche de alta gama. Rosa adquiere un Mitsubishi naranja descapotable. También tienen dos motos de gran cilindrada. La vida les sonríe.

Mientras tanto, Rosa encadena una relación tras otra en la Guardia Urbana. Los escarceos son siempre con compañeros, ese es su mundo. Su trabajo es su guarida. Un territorio ajeno a Rubén que está bajo su control, sin interferencias ni injerencias de nadie más allá de su entorno profesional.

Tras la aventura con Óscar llega Pablo. Su relación sigue el mismo patrón que la anterior. Pablo empieza siendo un simple amante cuyas dosis de pasión se acaban convirtiendo involuntariamente en algo más. La afinidad aumenta y el enamoramiento irrumpe en sus vidas de forma inesperada. La evolución de la relación es parecida a la de Óscar. Tanto este como Pablo sabían que Rosa tenía pareja estable. Si querían estar con ella, tenían que pagar el peaje de pensar que no eran los únicos. Esa es la única condición que pone la mujer para estar con ellos. Discreción para evitar que su novio se entere. Pero a ambos les escuece el hecho de no

sentirse únicos. Buena prueba de ello es que quien manda la fotografía quiere asegurarse de que Rubén la recibe y por eso adjunta hasta cuatro correos distintos. En el caso de que hubiera sido Óscar, no pretende solo ridiculizarla ante sus compañeros, sino que busca una consecuencia: que Rubén la deje.

Rosa prolonga los encuentros con Óscar y con Pablo hasta que ambos amenazan su relación con Rubén. Rompe con Óscar no por haber mandado supuestamente la fotografía, sino cuando este le suplica que deje a Rubén.

Lo mismo ocurre con el cabo Pablo. Le reclama ser el único, porque su relación va viento en popa y porque se quieren. Y le pide dejar de amarse en secreto. Pero el escollo que debe sortear Pablo es aún mayor que el de Óscar.

Familia y sexo furtivo

En 2010, Rosa y Rubén esperan su primera hija. Su gran deseo de ser madre, uno de sus objetivos vitales, está a punto de cumplirse. El embarazo coincide con el noviazgo en secreto con Pablo. A pesar de todo, a este no le importa. Está totalmente enamorado, hasta el punto de que se arrodilla y le pide que críen a la niña juntos. Le da igual que sea de Rubén, quiere estar con ella. Lejos de sentirse halagada, Rosa pone fin a la relación. No piensa renunciar a Rubén ni piensa desistir del planteamiento inicial de educar a su hija junto a él. Quiere que su apoyo, su amigo, el hombre que la protege y con el que se siente segura siga ahí, a pesar de todo.

El fin de la relación causa estragos. El cabo Pablo, como responsable de los dispositivos, reúne cada mañana a su equipo antes de que salgan a la calle las patrullas a combatir la delincuencia. Hombre aventurero y aparentemente indestructible, se desmorona ante los demás agentes y llora en público.

La aspiración de Rosa a tenerlo todo se cobra a Óscar y a Pablo como afectados colaterales, aunque ellos ya supieran a lo que se exponían. La personalidad de la mujer se aposenta. Su equilibrio es la familia y el sexo furtivo. Y así seguirá. Las relaciones se convierten en un instrumento de reivindicación. Rosa entra en la Guardia Urbana, un colectivo muy masculinizado, siendo muy joven y arrastrando una gran inseguridad. Siente la desconfianza inicial de los compañeros. Cree que a una mujer no se le presupone la misma valentía y fuerza que a un hombre. En sus años en la institución, Rosa reitera que la Guardia Urbana es un cuerpo

machista. «Tienes que demostrar muchísimo más que un hombre y aun así no te tratan igual», dice. Recuerda que cuando se mandó la fotografía de la pornovenganza ella tuvo que cambiarse de comisaría, que la víctima fue también represaliada. Siente que debe reivindicar su valía constantemente.

Pero Rosa utiliza su propio método para doblegar a los hombres: el sexo. El sexo se convierte en el ámbito en el que ella se iguala e incluso los somete a sus designios. Su amigo Rodrigo, uno de sus confidentes, confirma que el comportamiento de Rosa es el de una mujer que necesita reivindicarse constantemente:

«Rosa es muy buena niña, pero para mí tiene una coraza. Es una persona muy insegura y ella se marca sus objetivos para reafirmarse como mujer. Lo hemos hablado y siempre me ha dado la razón. Ella me decía que desde los dieciséis años ha sido una chica muy insegura, que no se sentía atractiva, y a lo largo de su juventud necesitaba reafirmarse como mujer, verse deseada, guapa... Físicamente entrenaba muchísimo. Yo le decía que no lo necesitaba, que no era solo un culo y dos tetas. Rosa tiene un corazón enorme. Se volcó para ayudarme a colocar a una perrita cuando murió mi madre. Es un trozo de pan. La gente que va opinando de ella dice cosas totalmente incongruentes. Lo que pasa es que su forma de reafirmarse como mujer es llamar la atención, se marca objetivos. Uno cualquiera no podía acceder a Rosa; si había uno que le gustaba, se lo marcaba. La promiscuidad no era en plan "si este me gusta, me lo follo", no era así. Si emocionalmente le gustaba, se marcaba su objetivo».

Rosa no emprende una relación con cualquiera. Lo hace primero con su jefe, el cabo Óscar, un galardonado deportista por quien todos sienten admiración, y luego con otro jefe, el cabo Pablo, un hombre que rebosa valentía. Y son relaciones en las que Rosa se implica emocionalmente, de ahí que los dos hombres acaben destrozados al verse rechazados cuando dan el paso de plantearle una ruptura con su novio Rubén. De hecho, hay una respuesta que da a entender cuán intenso era el vínculo con Rosa. Después del envío de la fotografía de la pornovenganza, en la conversación telefónica en la que supuestamente Óscar confiesa ser el responsable, Rosa le reprocha su comportamiento en estos términos: «eso no lo hace una persona que está enamorada». A ella le importaba el sexo para reivindicarse como mujer y como catalizador para conectar emocionalmente.

Ninguna de las relaciones de Rosa en la Guardia Urbana logra desbaratar su noviazgo con Rubén. Nace su primera hija y la mujer, ya

convertida en madre, se desvive por su retoño. Rubén también se vuelca en su papel de padre. Cubre las ausencias de Rosa en la casa y se apoya en los padres de su novia, que se trasladan de Sant Boi —donde siempre han residido— a Cubelles para estar cerca de su hija y ayudarla en la crianza. La niña caprichosa a la que se refiere Rubén tiene a sus padres al lado de casa para aliviar los primeros momentos de la maternidad.

Rubén es un tipo tolerante, confiado, dedicado a su trabajo, sus hijas y su mujer. En esos años su vida da varios vuelcos. La mudanza al chalet de Vilanova coincide con su acceso a la Escuela de Policía. Trabaja en la policía local de Sant Sadurní d'Anoia y nace su primera hija. El hogar familiar toma forma a velocidad de vértigo. Luego un nuevo salto: Rubén aprueba la oposición para convertirse en *mosso d'esquadra.* Su segunda hija está en camino. Ya solo falta un último detalle: la boda. Al poco del nacimiento de su segunda hija, Rubén y Rosa se casan por la Iglesia en una pomposa ceremonia celebrada en Cubelles.

En la lista de invitados hay una persona muy especial para Rosa. Es el hombre que siempre patrulla con ella, con el que pasa horas al acecho de delincuentes y malhechores. Una persona muy cercana. Su nombre es Albert López.

8

«EL HOMBRE DE MI VIDA»

Tres años y medio después de casarse, Rubén y Rosa se divorcian. Es el punto final a dieciocho años de noviazgo. A una mayoría de edad juntos.

La ruptura se precipita cuando Rubén descubre que Rosa le es infiel con un compañero. Con Albert. Los rumores que a lo largo de los años ha oído respecto a su mujer se confirman. La ha descubierto. Las infinitas broncas, los ultimátums, todos los trucos que ella era capaz de sacarse de la chistera cuando se sentía acorralada, topan con la realidad. No hay nada más que hablar.

Rubén siempre destaca que Rosa es muy escurridiza. Cuando se siente descubierta sabe darle la vuelta a las acusaciones. «Llora, se hace la víctima y acaba haciéndote creer que la culpa es tuya. Es como un gato panza arriba que sabe revolverse.» Pero en esta ocasión, su marido llega al límite y decide no prolongar más esa agonía. Una relación que languidece por culpa de las infidelidades y la desconfianza no debe continuar.

En multitud de ocasiones, él le ha planteado a Rosa que si no es feliz con él lo mejor sería separarse. Pero las veces que sugiere la posibilidad de dejarlo, ella nunca lo acepta. Se resiste a perderlo. Clava su mirada en los ojos de su marido y golpea el interior de Rubén: «No quiero que lo dejemos. Eres el hombre de mi vida». En situaciones límite, Rosa recurre siempre a la misma frase. «Te mira a los ojos y te miente. Te mira tan fijamente que te convence», confiesa Rubén pasado el tiempo.

El marido de Rosa pasa unos días digiriendo el final de su relación. Descubrir que le engaña cuando se va trabajar es lo último que esperaba. Se siente traicionado. «Me encabroné y actué como el novio despechado que nunca fui.»

Rubén rehace su vida

Entonces decide pensar en sí mismo. Encuentra una mujer de carácter que le atrae y le hace sentir bien. Se llama Antonia y tiene hijos, como él. Pasa unos meses de noviazgo a escondidas de Rosa, decidido a romper una relación que solo dilata para poder ver a sus hijas. Cuando la relación con Antonia se consolida, se dispone a poner punto final a su matrimonio con Rosa. Pero antes tiene ganas de vengarse. Pasea frente a la casa de la mano de Antonia. Lo hace adrede: está harto y quiere hacerle daño a su mujer.

Esta no se lo puede creer. Monta en cólera, completamente fuera de sí. Todas las personas de su entorno conocen sus arrebatos, son grandilocuentes y exagerados. Su rostro se enrojece y en el cuello asoma una erupción que tarda días en desvanecerse. La señal de su enfurecimiento puede durar días. Lo cierto es que tiene un grave problema con la frustración. No la tolera ni la asume. No sabe sobrellevar ni digerir los fracasos.

Rosa pierde el control y arremete duramente contra Rubén. «¿Cómo has podido hacerme esto? ¡En mi propia cara!» No lo puede soportar. Su marido, sus hijas, su casa, sus motos, sus coches, sus perros..., el mundo se derrumba delante de ella como un castillo de naipes. Verlo de la mano de otra mujer es para ella mucho peor que un polvo. Y se le ve enamorado. ¿Cómo puede hacerle eso? Pensaba que era diferente. Presuponía que Rubén era un hombre devoto de su familia, incapaz de traicionarla. Le da vueltas sin llegar a entenderlo. A partir de entonces, Rubén tendrá que vérselas con una nueva cara de Rosa que hasta el momento desconocía.

Una mujer despechada

Rubén se marcha de casa después de la Navidad de 2016. A finales de diciembre coge las maletas y ya no pasará la noche de Reyes con sus hijas. Desde entonces las irá a ver dos veces a la semana. Solo se lleva con él a uno de los perros que compartía con Rosa: un pequeño carlino que su esposa le regaló unas Navidades y al que sus hijas llamaron *Lula*, igual que el perro de la serie de dibujos *Pocoyó*.

Podría decirse que casi en el mismo momento en que Rubén sale de aquella casa entra por la puerta Pedro Rodríguez.

Rosa pasa página rápidamente y saca del armario la relación que mantenía a escondidas con este, haciéndola pública a todo su entorno. La

oficializa pocos días después de que su marido se marche de casa. Quiere que todo el mundo lo sepa, sus amigas, su familia, sus vecinos. «¡Mirad qué novio más guapo me he buscado!», escribe en un grupo de WhatsApp adjuntando una foto de ella junto a Pedro que irradia felicidad.

El estallido de ese nuevo amor, proclamado entre su familia y sus vecinos, se anuncia aquel mes de enero de 2017, cuando la pareja cumple en realidad seis meses. Medio año que ha discurrido en encuentros fugaces e intensos a espaldas del marido de Rosa y sin que nadie en la Guardia Urbana sepa que mantienen una relación, a excepción de los amigos más próximos. Nada que ver con lo que Rosa ha hecho durante una década, en la que nunca ha ocultado sus noviazgos con otros policías. En el caso de Pedro, al estar suspendido de empleo y sueldo, no había opción de verlos juntos en las dependencias policiales.

En casa, sin embargo, es todo lo contrario. Rosa exhibe una exultante felicidad y presume de Pedro ante todos sus allegados. Es una forma de demostrarles a todos que está bien, que no ha sucumbido a la ruptura con Rubén, y al mismo tiempo le envía un mensaje a su exmarido: ella también puede iniciar una relación amorosa.

Pedro, entretanto, vive sumido en un calvario a raíz de la agresión de la Rabassada que le obliga a pasar los días tumbado en el sofá sin nada más que hacer. El único rayo de luz que asoma en aquel pozo de oscuridad y que alimenta sus ilusiones se llama Rosa Peral. Es la persona que lo ayuda, que lo acoge, que lo cuida y que lo quiere. Pedro se agarra a la mujer para seguir adelante. Está tan agradecido con el respaldo que le brinda que está dispuesto a hacer cualquier cosa por ella.

A los pocos días de que Rubén se marche de casa, Pedro deja el piso de Castellbisbal que había ocupado desde la separación de su mujer, Patricia, y se muda provisionalmente a Cubelles, a un piso de alquiler, para estar más cerca de Rosa. En la práctica es como si viviera con ella en el chalet que pocos días antes compartía con su exmarido. Rosa tiene por aquel entonces 34 años. Pedro, 38.

Desde el primer día, Pedro ocupa el lugar de Rubén. Rosa le hace jugar ese rol. Quiere que sea padre y marido, tras solo seis meses de relación, y que no tenga otro desempeño vital que hacerla feliz. Suspendido de empleo y sueldo, Pedro no hace otra cosa. Juega con las niñas y se vuelca en la vida cotidiana de una familia que no es la suya. Pasa de ser el amante secreto al marido oficial.

Hacen planes de boda con solo medio año de relación y ya buscan la

manera de tener un hijo. Como es lógico, toda esa precipitación obligará a que ambos se vean empujados a cumplir unas expectativas muy elevadas y hace que la relación nunca discurra por el cauce natural. Su noviazgo es una apuesta en la que se lo han jugado todo, y no se pueden permitir perder. Les empuja no tanto el amor como el dejar atrás todo a lo que han tenido que renunciar.

Apenas se conocen bien. La separación de Rosa lo precipita todo. Ella quiere pasar página cuanto antes, olvidarse de Rubén, y él no tiene nada más. Y al igual que Pedro se apoya en Rosa para superar la suspensión de la Rabassada, la mujer hace lo propio con su nuevo novio para superar el golpe emocional que supone divorciarse de la persona que la ha acompañado durante dieciocho años.

Un divorcio conflictivo

La ruptura es expeditiva. Desde el primer día, Rubén propone a Rosa firmar papeles y ponerse de acuerdo para el reparto del tiempo con sus hijas. Al principio, la mujer se muestra abierta a discutirlo. Da la sensación de que está dispuesta a firmar un acuerdo beneficioso para ambos. Pero esa primera impresión resulta ficticia. Rosa no tiene ninguna intención de pactar. Quiere la custodia de sus hijas en exclusiva. El engaño de su exmarido continúa grabado en su retina. Ha sido Rubén quien se ha ido con otra.

En un primer momento, Rosa se queda con las niñas. Rubén se marcha de casa pero podrá ir a verlas dos veces a la semana. Esas son las condiciones iniciales. Sin embargo, a los pocos días todo se tuerce. Rubén anuncia que quiere la custodia compartida. Aquello se convierte en un ataque que Rosa no prevé. Por primera vez siente que la ruptura puede alejarla de sus pequeñas. Discuten a gritos. Rubén se marcha de la casa con una mezcla de indignación y pesadumbre.

Aquel mismo día Rosa va a la comisaría de Mossos de Vilanova i la Geltrú e interpone una denuncia contra Rubén por amenazas ante la Oficina de Atención a la Víctima del Delito, un departamento específico para víctimas de violencia de género. La denuncia provoca que Rubén se sienta acorralado. Si le condenan por maltrato, las opciones futuras de tener la custodia compartida de sus hijas serán muy remotas, por no decir imposibles. La denuncia también le pasa factura en el campo laboral: el *mosso* Rubén, como marca el protocolo, se ve obligado a entregar el arma.

Sus atribuciones como patrullero callejero no pueden llevarse a cabo sin la pistola reglamentaria, así que se le encomienda una labor de oficina.

Los divorcios sin acuerdo con hijos a cargo discurren por la vía civil de los juzgados. Los jueces deben poner paz y adoptar una decisión que vaya en beneficio de los menores sobreponiéndose a los obstáculos que a menudo interponen los progenitores. Los mediadores e incluso los abogados apuran las opciones para llegar a un acuerdo, pero con Rosa es imposible. Se muestra esquiva, reacia a cualquier tipo de pacto con Rubén. Le hace la vida imposible a su exmarido, que se desespera.

Rosa pone como condición que las niñas se queden con ella y que en ningún momento vayan a dormir a casa de su padre. Alega que las menores necesitan una estabilidad que solo su madre es capaz de darles, con lo que exige que tanto ella como las niñas permanezcan en la casa familiar en la que siempre han estado. La discusión se encona de una forma muy agria.

El juez que debe dirimir el acuerdo tiene una difícil papeleta si quiere decidir sobre el futuro de los hijos de una pareja enfrentada por completo.

Rubén trata de adaptarse al nuevo escenario para que finalmente Rosa se avenga a firmar un acuerdo. Se muda a un piso de alquiler en Cubelles para estar cerca de sus hijas y pide un cambio de turno en los Mossos que le garantice poder pasar a ver a sus pequeñas. Pero Rosa sigue cerrada en banda sin querer llegar a un acuerdo. La tensión entre ambos es máxima.

Hay un episodio que da cuenta de ello. Ha pasado menos de un mes desde que Rubén se marchó de su casa. Corre el mes de enero de 2017. Rubén queda con Rosa en que pasará a recoger a sus hijas por el colegio. Tiene muchas ganas de verlas. Mantenerse apartado de sus vidas, con visitas restringidas a dos días a la semana, golpea un alma ya de por sí resquebrajada por el divorcio.

La mayor, de seis años, está resfriada y no ha ido al colegio. Había previsto llevarlas a la piscina, pero al ver que la mayor no ha ido a clase decide acercarse a verla junto a la pequeña, a la que sí ha recogido en la escuela. En vez de piscina harán algo más tranquilo. Rubén está contento y emocionado, pues desea con todas sus fuerzas poder estar con sus niñas. Pero no cuenta con que su exsuegro, Paco, el padre de Rosa, le cerrará la puerta, soltándole que si pasa será por encima de su cadáver. Tal cual.

La reacción de Paco es la de un padre a quien su hija le ha contado que ha denunciado a su exmarido por violencia de género. El abuelo de las niñas cree que Rubén es un maltratador. Quiere evitar que les haga daño a las niñas.

Rubén saca el carácter que durante años ha dejado aparcado. De todo aquel sueño familiar, solo le quedan las pequeñas y no está dispuesto a perderlas. En ese momento, da un paso al frente: «Por mis cojones que me llevo a mis hijas». El padre coge a su niña en brazos y está dispuesto a pasar por encima de quien haga falta. Paco le cierra el paso frente a la puerta. Se gritan. Rubén sigue adelante. El padre de Rosa le empuja y le golpea en la cabeza. Rubén se sorprende. En ningún momento esperaba que fuera capaz de agredirle con las niñas en brazos. Una de las hijas grita asustada. La otra llora. Finalmente, Rubén recula y con sus hijas a cuestas se refugia en una habitación de la casa desde donde llama a los Mossos, que cuando se presentan le dan la razón. El padre de Rosa no puede oponerse a que Rubén se lleve a sus hijas. No hay ningún papel que lo indique. El juez no ha dictado medidas provisionales que fijen los plazos en los que los progenitores pueden ver a sus hijas. Rubén sale de allí con una hija en cada brazo.

Por la noche Rosa vuelve a casa. Rubén ya ha devuelto a las hijas después de pasar la tarde con ellas. El padre de Rosa le cuenta que Rubén se las ha llevado sin permiso, a pesar de que ha intentado pararle los pies. La mujer en ningún momento informa a su padre de que había autorizado a que Rubén pasara la tarde con ellas. Prefiere alimentar el conflicto y acude junto a su padre a la comisaría de Mossos de Vilanova i la Geltrú, donde poco tiempo atrás había trabajado Rubén. El padre presenta una nueva denuncia contra este por amenazas y Rosa otra por malos tratos. La familia Peral se une contra un enemigo común, el hombre que amenaza con arrebatarles a las niñas.

Rosa asegura que su expareja la ha amenazado y busca la manera de hacerle daño. Relata ante los agentes que Rubén, como es *mosso*, accede a la base de datos policial para buscar la matrícula de su coche y controlar sus movimientos para lastimarla.

Cuando lo citan a declarar, el hombre jura que no ha hecho nada y que el relato de Rosa es inventado y carece de sentido. «Yo no la he amenazado nunca. Solo quiero ver a mis hijas y ponerme de acuerdo con ella, pero no me deja. ¿Cómo puede decir que busco su matrícula para perseguirla?, ¡si yo la matrícula ya me la sé porque el coche lo compramos juntos!»

Pero Rosa sigue sin querer pactar. Está dolida con Rubén porque este la ha dejado para irse con otra. Se ha cargado la familia que tenían.

A principios de marzo de 2017, Pedro lleva dos meses viviendo con Rosa. El divorcio con Rubén todavía no se ha materializado. Otro de los

frentes en disputa es el tema económico. Rosa accede a la cuenta común que tenían y se apropia de dos mil seiscientos euros sin su consentimiento. Cuando lo descubre, el exmarido se apodera de los mil euros que quedan. Aquello origina un nuevo encontronazo. La cuenta sirve para sufragar los gastos mensuales de los recibos de luz y agua del piso que Rosa y Rubén poseen en Terrassa. Rosa llama a la gestoría y pide que deriven los gastos a una cuenta de Rubén para que a partir de ahora lo pague todo él. La gestora le dice que sin el consentimiento de su exmarido eso no puede hacerlo. Al cabo de pocas horas, la gestora recibe una llamada.

—Hola, buenos días. Soy el marido de Rosa, Rubén, y me gustaría cambiar el número de cuenta en el que se domicilian los gastos del piso de Terrassa. A partir de ahora cárguela a esta cuenta, en la que estoy solo yo. Rosa y yo nos estamos separando y me voy a hacer cargo de los gastos del piso.

—De acuerdo, Rubén. Ahora mismo lo hago.

—Devuelva los siete recibos que nos han cobrado este mes y que lo cobren solo en mi cuenta, ¿de acuerdo?

La gestora se dispone a hacerlo, pero durante el trámite necesita consultar con Rubén un último detalle. Busca el teléfono de su cliente en la base de datos y lo llama.

—Rubén, soy Núria, de la gestoría. Que sobre esto que acabamos de hablar de cambiar el número de cuenta...

—¿Cómo? ¿Qué cambio?, yo no te he llamado —dice Rubén extrañado.

—¡Ah!, ¿no? ¿No me has llamado tú? —le pregunta la gestora, aún más sorprendida.

Rubén no había llamado. Alguien se ha hecho pasar por él y el *mosso* sospecha quién puede haber sido. Once días más tarde, el exmarido de Rosa decide presentar una denuncia por intento de usurpación de identidad.

Los Mossos inician la investigación yendo a buscar a la mujer de la gestoría. Reconoce que la voz de sus dos interlocutores era distinta y que le había pedido pagar los recibos en la cuenta de Rubén. Los agentes se ponen en contacto con el número de teléfono que efectuó aquella llamada.

—Le llamamos de los Mossos. ¿Cómo se llama usted, caballero?

—Pedro Rodríguez.

—Señor Rodríguez, cuando pueda, acérquese a una comisaría de Mossos, que le tomaremos declaración.

Pedro Rodríguez ha sido descubierto, no hace falta disimular. El engaño

ha sido tan burdo que era imposible que alguien se lo tragara. Pedro queda imputado por intentar hacerse pasar por Rubén. La realidad, sin embargo, era que quien había maquinado aquel intento para dejar de pagar era Rosa. Pedro había sido empujado a cometer aquel delito. No supo decir que no. El hombre vio la manera de aliviar así la situación económica de la pareja. Él no podía aportar nada porque estaba suspendido de empleo y sueldo, de modo que se avino a participar en aquella estrategia para derribar al exmarido de Rosa, contra quien empieza a acumular un odio visceral que obedece a una única razón: su novia está sufriendo porque cree que Rubén le quiere quitar a las niñas. Y él se une a su causa. La imputación nunca se traduce en ninguna condena porque la muerte se le presenta a Pedro antes de que lo citen en el juzgado.

El conflicto entre Rubén y Rosa va a más. Se dan más situaciones en las que la mujer utiliza a Pedro para que se entrometa. Su novio pasa a convertirse en parte activa de los conflictos de Rosa, como si fuera un súbdito al que paga con amor y sexo. Cada vez que Rubén manifiesta sus intenciones de batallar por la custodia compartida de las hijas, la pareja reacciona. A cada acción, reacción.

La lucha por la custodia de las niñas

Pasan los meses y el divorcio no se resuelve. La pareja quiere aportar argumentos ante el juez que perjudiquen a Rubén y así poder quedarse a las niñas. Sospechan que Rubén ya no vive en Cubelles, como dice, sino que reside en otro sitio junto a su nueva pareja. Quizá si encuentran la ubicación exacta podrán argumentar ante el juez que se ha mudado a otro lugar, desentendiéndose de sus hijas. Para confirmar esta sospecha, deciden contratar a una detective privada que efectúe unos cuantos seguimientos a Rubén, para concluir que, efectivamente, se ha mudado a un apartamento en La Bisbal del Penedès, un municipio a veinte minutos de Cubelles. Sin embargo, la detective no pasa desapercibida. Sus vigilancias son evidentes y Rubén, que es policía, se percata de que alguien lo está siguiendo. Un día, encolerizado, se le encara. La detective huye. Cuando llega a su despacho renuncia al encargo de Rosa y Pedro. El enfurecimiento de Rubén gana enteros.

Las denuncias presentadas contra Rubén acaban en nada. Queda absuelto en un juicio rápido que se celebra a raíz de la denuncia por amenazas de Rosa y las otras dos causas se archivan, tanto la de su exmujer

como la de su exsuegro. La familia Peral queda desarmada de argumentos ante el juez. En una de las vistas que se practican, Rosa llora desconsolada. Jura ante el juez que su exmarido es un peligro y que sufre mucho por sus hijas.

Pero el juez no la cree. Los testigos del colegio, los vecinos y la familia desmienten que Rubén se desentienda del cuidado de sus hijas y pueda suponer un peligro para las niñas. En la resolución, el juez asegura que «no se aprecia una situación de riesgo tal que pueda privar al padre de la necesaria estancia con las menores» e indica que «no se ha acreditado que el padre haya cometido dejación en el cumplimiento de sus deberes, al contrario: siempre que le han necesitado, Rubén ha ejercido su papel de forma satisfactoria». El resultado se ajusta a lo que quería el exmarido. Las niñas vivirán con Rosa y estarán de jueves a domingo con su padre en semanas alternas. La resolución supone un varapalo para Rosa, que ve como todo su esfuerzo ha resultado baldío.

Rubén pasa la primera noche con sus hijas en la casa de La Bisbal del Penedès que comparte con Antonia, a la que se acaba mudando del todo después de obtener el dictamen favorable del juez. Pero la felicidad para este hombre nunca puede ser plena. Al día siguiente, las ruedas del coche de su madre aparecen pinchadas. Las sospechas vuelven a conducir de nuevo hacia una sola dirección. Pero por si fuera poco, el futuro le depara una última desagradable sorpresa. Falta un mes para que el cuerpo de Pedro Rodríguez aparezca calcinado en el pantano de Foix. Pocos días antes, *Lula*, el perro de Rubén, aparece envenenado. El veterinario diagnostica que ha ingerido una pócima para matar caracoles. La sombra fantasmagórica de Pedro, movida por los hilos de Rosa, se cierne sobre Rubén.

9

«PENSABA QUE VOLVERÍA»

VIERNES, 5 DE MAYO
(EL DÍA DESPUÉS DEL HALLAZGO DEL CADÁVER)

Rosa está citada esa mañana en la comisaría de los Mossos. Los investigadores que la visitaron la noche anterior en su domicilio se marcharon de allí con la sospecha de que no lo contaba todo. De que su reacción no había sido la esperable en una mujer que acaba de perder a su novio, que además ha sido hallado asesinado y abrasado en el maletero de su propio coche en el pantano que queda a apenas quince minutos de su casa.

Un grupo de tres agentes de homicidios se dirige a Vilanova para interrogar a Rosa. Mientras tanto, el resto del grupo prosigue con otras gestiones. Tienen que abrir todas las líneas de investigación posibles, por si en alguna de ellas aparece algún indicio novedoso.

Hasta ese momento lo único que saben de Rosa es que está involucrada en el juicio de la pornovenganza. Los medios de comunicación le habíamos dedicado una gran atención. No era para menos: Rosa Peral, una agente de la Guardia Urbana, acusando a un alto mando por difundir una fotografía sexual. Quizás aquello tenía algo que ver. No era descabellado pensar que Pedro pudiera haber ido a ajustar cuentas con Óscar, el exnovio de Rosa, el acusado de filtrar la foto, y que este lo hubiera matado. O quizá pudo ser al revés. Tal vez Óscar, encolerizado, se hubiese desplazado a recriminarle a Rosa que le hiciera pasar por todo ello y Pedro se hubiera entrometido. *A priori* era un escenario que no cabía descartar.

Los Mossos llaman a la comisaría de Ciutat Vella donde Óscar trabaja

como subinspector. Allí no está. Llaman a su móvil. Tampoco. Esperan un tiempo prudencial hasta que logran contactar con un agente que les confirma que Óscar está de servicio. Cuando por fin hablan con él, este les informa de que los días anteriores también ha estado trabajando. La coartada la contrastan con otros agentes que lo confirman. Tema zanjado. No es Óscar.

Otra de las incógnitas que deben despejar es cuándo se produce el crimen. Los Mossos habían encontrado el cuerpo el día anterior, el jueves 4 de mayo, pero eso no significa que lo hubieran quemado ese mismo día. El vehículo no olía a quemado ni desprendía humo. ¿Cuándo lo mataron? Los investigadores escriben la pregunta en una pizarra grande.

El inspector Sebastián es uno de los tres agentes que se desplaza a la comisaría de Vilanova i la Geltrú para presenciar el interrogatorio a Rosa Peral. No ha pegado ojo en toda la noche y está inquieto. Sabe por experiencia que las primeras declaraciones tras el hallazgo de un crimen son cruciales. Los gestos, las reacciones, la manera de narrar los hechos son elementos intangibles que ayudan a estrechar el cerco para cazar al culpable. Y sus compañeros le han comentado que la reacción de Rosa fue extraña, de modo que quiere diseccionarla con sus propios ojos.

Su camino vuelve a cruzarse con el de aquella mujer a la que saludaba en la guardería de sus hijos. La exmujer de Rubén, su compañero en la comisaría de Vilanova. Le gustaría poder dirigir el interrogatorio y enfrentarse cara a cara con ella, pero la cierta familiaridad que hay entre ellos lo desaconseja. Sabe que Rosa no es una testigo cualquiera. Para empezar, es policía y tiene conocimiento sobre las técnicas que se utilizan para los interrogatorios.

Rosa Peral se presenta a las 10:45 en la comisaría de Vilanova i la Geltrú. El sitio ya lo conoce. Rubén ha trabajado allí durante un tiempo y pocos meses antes presentó allí dos denuncias contra su exmarido por malos tratos. Los *mossos* que la ven llegar la arropan, conscientes del momento que debe de estar atravesando, pues acaba de perder a su novio.

El inspector Sebastián aguarda detrás del cristal de la sala de interrogatorios. Va a limitarse a seguir el curso de la conversación con Rosa, sin intervenir. La voz cantante la llevarán dos policías del área de investigación. La mujer lleva una sudadera de color blanco y unos *leggings* negros. Su rostro arroja cansancio por el insomnio y la angustia. Un pañuelo le envuelve el cuello a pesar de que no hace frío. El inspector se sorprende al verla. Comenta con los otros agentes que su aspecto

desaliñado no concuerda con el de la Rosa despampanante que recordaba.

Ha pasado solo un día desde el hallazgo del cadáver y la investigación está muy verde. Los investigadores saben que Rosa puede alumbrar los rincones más oscuros de la vida de Pedro. El interrogatorio está a punto de empezar. Los dos agentes que lo comandan se reparten los papeles. Como si fuera una película, uno será el poli bueno y el otro el poli malo.

Rosa comparece como testigo, lo que significa que no se cierne sobre ella ninguna sospecha, pero sí tiene la obligación de decir la verdad. Si manifiesta algo que la incrimine, los policías deberán interrumpir la declaración y proporcionarle un abogado. Aunque eso en una primera declaración sería extraño: cuente lo que cuente lo darán por válido, puesto que todavía no pueden contrastarlo con nada. La investigación es muy incipiente. Los agentes se plantean aquel primer interrogatorio dentro de una fase indagatoria que sirva de toma de contacto para ahondar en la vida de la víctima y poder encontrar a la persona que tuviera motivos para acabar con ella.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Pedro?

—El martes 2 de mayo.

—¿Qué hizo Pedro aquel día?

—Por la mañana fue a hacer la declaración de la renta. Luego comimos y por la tarde tuvimos una discusión, cogió la moto y se marchó. Y ya no le volví a ver.

—¿Por qué discutieron?

—Él se pone siempre muy celoso de Rubén, mi exmarido. Siempre me reprochaba que no lo había olvidado y que quería volver con él. Estamos en pleno proceso de divorcio. Yo siempre le digo que no, que no se *emparanoie,* que yo quiero estar con él. Pero se enfadó y se marchó. Cuando se enfada coge la moto y se marcha a dar una vuelta para airearse.

Rosa detalla cómo ha sido su noviazgo con Pedro. Cuenta que llevaban ocho meses juntos y que hace dos que él se fue a vivir definitivamente a su casa. Se conocían de antes, compartían el mismo espacio de trabajo en la comisaría de la Zona Franca, pero nunca se habían conocido en profundidad hasta que un día sus vidas empezaron a encajar e iniciaron una relación. Sin embargo, Rosa manifiesta que siempre ha tenido que capear el carácter un tanto malhumorado de Pedro, que atraviesa un momento vital complicado.

—Pedro tiene un carácter muy impulsivo, es de reacciones radicales y se mantiene firme en ellas. Es una persona muy celosa. Tiene un carácter

de contrastes. Pasa de estados de euforia y de alegría a otros más tristes y de enfado. Cualquier cosa le provoca un cambio brusco de carácter, y entonces solo le da vueltas y más vueltas.

—Cuénteme más en detalle cómo fue la discusión con Pedro.

—El martes Pedro se fue a hacer la declaración de la renta, luego volvió a casa y se marchó sin dar ningún tipo de explicación, sin comer ni nada. Entonces yo le dije que por qué se iba. Y él estalló. Me dijo que yo todavía sentía algo por mi exmarido. Pedro a menudo profería amenazas físicas contra Rubén. Tenían una relación muy mala y alguna vez incluso había amenazado con matarlo. Fue una discusión por los problemas que tenemos tanto yo como Pedro. A Pedro se le juntan los problemas que tenía en el trabajo. Es guardia urbano de Barcelona y está suspendido de empleo y sueldo por una denuncia que tuvo por un incidente en la Rabassada. También se le juntaban los problemas que tenía con mi entorno, con mi exmarido, y últimamente estamos inmersos en un juicio contra Óscar, un subinspector de la Guardia Urbana, por unos hechos que ocurrieron en 2008. Además, Pedro estaba yendo al psicólogo y tomaba medicación.

—Usted comenta que Pedro tenía mala relación con su exmarido, con Rubén. ¿Por qué lo dice?

—Tenían muy mala relación. Rubén incluso ha puesto alguna denuncia contra Pedro. Además, me enteré hace poco, porque Pedro me lo comentó un día, que le pinchó las ruedas del coche a la madre de Rubén. Mi exmarido también lo denunció porque Pedro se hizo pasar por él para que cambiara el número de cuenta para pagar los recibos de un piso que tenemos en Terrassa. En marzo, Pedro y yo, como no nos ponemos de acuerdo con mi exmarido por el tema de la custodia de las niñas, decidimos contratar a un detective privado para poder demostrar que Rubén no vive realmente en Cubelles, que reside en La Bisbal y que tiene una pareja estable. La detective finalmente dejó el trabajo porque Rubén la descubrió y la empezó a seguir de forma temeraria, así que ahora Pedro había contactado con otros detectives que debían empezar esta semana.

—¿Y cuándo fue la última vez que supo de Pedro? ¿Hablaron por teléfono o algo?

—Por la noche le mandé un mensaje y me respondió. Fue la última vez que hablé con él.

Rosa muestra el móvil con los últimos mensajes de Pedro, con fecha del martes 2 de mayo. En la foto de su perfil de WhatsApp hay una foto de la pareja: un selfi de Rosa con Pedro. En el encabezamiento de la

conversación aparece el cariñoso nombre con el que Rosa tiene guardado el contacto de su pareja: Mi Niño.

21:11. Pedro: Cosita, no te enfades. Sabes que no te quiero contar para no implicarte en mis cosas. Sabes que cuando me enfado no digo lo que pienso… y el otro día me pasé igual que hoy, pero yo no soy así. Cositaaaa, amor, apago que no quiero que me esté vibrando el móvil.

21:20. Rosa: ¡Joder! Estaba durmiendo a las niñas. Déjate de tonterías. Entiendo que al no decirme nada es que el finde no vamos a la torre, ¿no? Ya sé que no te gusta que te agobie, pero, joder, podrías decirme algo al menos, que no sé si me has bloqueado o es que has cambiado de número para que no te agobie. Si quieres hablar o quieres volver por lo menos contesta, no te tienes que rayar tanto por lo de Rubén y dejarme así por una mierda de pelea, ya te dije que entiendo todo lo que estás pasando y sé que estando bien no me habrías hablado así ni hecho lo que hiciste, pero, joder, como tú dices: después de la tormenta siempre viene la calma. Y no va contigo huir de todo por muy agobiado o enfadado que estés. Llámame y explícame al menos. Creo que me merezco una explicación. Por favor. Amor. No me tengas así. Te echo de menos.

Los agentes asisten a las larguísimas explicaciones de Rosa. La mujer invierte mucho tiempo en cada respuesta. Da rodeos innecesarios. Sus teorías no les acaban de convencer. La experiencia criminal indica que si alguien se extiende demasiado es que tiene algo que esconder. El poli malo empieza ejercer su papel y decide apretarle las tuercas.

—Señora Peral, a mí me parece muy raro que usted, que vive con su novio, con quien tiene una relación estable, en ningún momento se interese por dónde está o a dónde ha ido. La última vez que usted le manda un mensaje es el martes y estamos a sábado. ¿Ya no se interesó más por él? ¿No temió que pudiera haberle pasado algo?

—Pedro es muy especial. Pensaba que necesitaba tiempo para pensar. Quería dejarle espacio, pensaba que volvería.

El inspector Sebastián observa con atención tras el cristal. En las investigaciones hay elementos intangibles, inesperados, que escapan de la

técnica policial y que tienen que ver con la suerte, el azar o la experiencia. Durante aquellas tres horas, el inspector recibe una llamada de un conocido de la Guardia Urbana que le aporta una información relevante. Rosa Peral ha sido durante años la novia de su compañero de patrulla, un agente llamado Albert López. La relación con Pedro la había empezado últimamente, pero ella siempre ha sido conocida en la Guardia Urbana por ser la novia de Albert. Rompieron hace poco tiempo tras pasar juntos cuatro años.

Aquella información sobrecoge al inspector, puesto que Rosa no menciona a Albert en sus explicaciones. Su discurso se concentra en dos protagonistas: Rubén, su exmarido, y en menor medida, Óscar, el subinspector. Y de su versión se deduce que Rubén y Óscar son quienes pueden tener un motivo para matar a Pedro. Pero algo no cuadra. Rosa describe a Pedro como una persona celosa, que trabaja en la comisaría de la Zona Franca y que por tanto también debe conocer a su exnovio, a Albert. Aquello *a priori* podría ser una fuente de conflicto u originar algún tipo de tensión. Pero ella, en cambio, no lo comenta. Hay que preguntárselo para salir de dudas.

Existe un elemento importante que Rosa no calibra: las dos personas a las que trata de apuntar no conocían a Pedro antes de conocerla a ella. Ella es el nexo. Sin quererlo, está apuntando a su entorno y no al de la víctima. Al final, Rosa es una persona que mantiene una relación con Pedro, un compañero en la Guardia Urbana que es impulsivo, a juzgar por su reacción en la agresión de la Rabassada, con el que se acaba de ir a vivir poco tiempo después de divorciarse de su exmarido, y que además está inmersa en un juicio contra un subinspector de la Guardia Urbana acusado de filtrar una foto de una felación. Todo ello denota la gran tensión que envuelve a Pedro pero que procede del entorno de Rosa. ¿En esa tensión pudo Albert jugar algún papel? Si era compañero de patrulla de la mujer, si mantuvo una relación con ella durante cuatro años y ahora sale con otro agente que es muy celoso, habría que preguntarle cómo lo habían digerido uno y otro. Todo indicaba que si Pedro era desconfiado lo debía de llevar mal, y por eso al inspector le choca que Rosa no llegue a nombrar a Albert.

El inspector irrumpe en la sala de interrogatorios, ante la sorpresa de los agentes y de la propia Rosa.

—¿Y Albert? ¿Quién es Albert? —pregunta.

La irrupción del inspector y la pregunta sorprenden a Rosa, que empalidece y se incomoda. De forma tímida, como queriendo desviar la

cuestión, responde:

—Es solo un amigo. Tuvimos algo, pero ya hace mucho tiempo.

10

ALBERT LÓPEZ, EL TERCERO EN LA SOMBRA

Cuando Rosa y Rubén se casan, Albert ya es el amante de la mujer que camina hacia al altar vestida de blanco. Él es el protagonista de la relación más seria que tiene Rosa antes de que, años más tarde, se cruce en su vida Pedro Rodríguez. Llevan cuatro meses de noviazgo cuando la celebración matrimonial interrumpe momentáneamente su idilio. Las nupcias son solo un paréntesis. La relación se retoma cuando Rosa vuelve al trabajo. Por raro que parezca, Albert siempre tolera que ella siga viviendo con Rubén e incluso que llegue a casarse con él. Se conforma con estar presente en su vida, con ser el amante en la sombra ante la familia de ella, y el novio oficial en su entorno laboral. Allí no se esconden.

Rosa y Albert traban amistad cuando Rosa es trasladada a la Zona Franca para integrarse en la USD, la unidad de los fines de semana. Allí, al principio, le cuesta encontrar compañero de patrulla. Tiene fama de conflictiva, una etiqueta de la que nunca logra despojarse desde el caso de la pornovenganza, y quizá también desde el polémico incidente de la narcosala Baluard. Su carrera se ve sacudida por operaciones con claroscuros y tiranteces con sus parejas de patrulla que provocan que nadie quiera trabajar con ella. Incluso su amigo Rodrigo declina acompañarla: «Es como una niña pequeña, muy infantil y caprichosa. Le dije que no iba a trabajar con ella nunca más».

Algunos de ellos recuerdan la temeraria intervención que llevó a cabo Rosa con una mujer que amenazaba con arrojarse al vacío desde una azotea. En aquellas delicadas situaciones, los policías deben mantener la calma y tratar a la persona que tienen delante con sumo cuidado y

comprensión. Sin embargo, Rosa, sin esperar la llegada de un mediador, desafió a la mujer: «Si tienes ovarios, tírate de una puta vez». Sus compañeros asistieron atónitos a aquella maniobra. Intentaron disuadir a Rosa, pero ella se empecinó en que retar a la suicida era la mejor forma de evitar que saltara. Por suerte no saltó, pero aquello demostraba una falta de control intolerable en una agente de policía. Las reprimendas a Rosa fueron muy duras, aunque no llegaron a más. Ella reaccionó con cierto cinismo: «La hemos bajado, ¿no?».

Después de varias experiencias fallidas, Rosa acaba trabajando con Albert, un hombre de pocas palabras, de trato fácil y humor abundante pero simplón. Se adapta fácilmente a las situaciones y es capaz de aguantar las niñerías de Rosa. El resto de los guardias de la comisaría le llaman López, pero ella le llama «Álber». Pasan muchas horas juntos. Las jornadas de los fines de semana son maratonianas, y sin una notable dosis de compenetración con la pareja, las situaciones conflictivas pueden desmadrarse.

La suya empieza siendo una relación de amistad, sin sexo de por medio. Rosa mantiene varias aventuras con otros compañeros de la comisaría que simultanea con su matrimonio con Rubén. Las relaciones sexuales siempre las mantiene con guardias de su comisaría y aquello genera distorsiones en la convivencia entre los agentes. Rompe algunas amistades, crea recelos y situaciones de desconfianza e incluso competitividad entre ellos. Rosa deja una estela de conflicto a su paso por un centro donde trabajan quinientos agentes, la mayoría hombres, y en el que todos se conocen.

Albert es uno de esos agentes, uno más, pero a medida que pasa el tiempo se convierte en un satélite que siempre está en la órbita de Rosa, aunque en los primeros años no llega a eclipsar el matrimonio con Rubén ni las otras aventuras. Él es un hombre tranquilo, un tanto pasota y opaco, nunca se sabe en qué está pensando ni qué pasa por su cabeza, si está feliz o triste. Albert López entra en la Guardia Urbana en 2008 procedente de la policía local de La Llagosta. Los policías locales de otros municipios pueden pedir el traslado hacia otro cuerpo de policía local mediante un proceso interadministrativo. Y así lo hizo Albert, que desde el primer momento es asignado a la USD. No se mueve de allí. Los turnos del fin de semana le permiten tener cuatro días libres que invierte en el gimnasio y en salir a comer con su grupo de amigos. Moldea su cuerpo y sus músculos se hinchan, aunque su personalidad no cambia, si bien de vez en cuando saca a relucir un pronto desaforado, unos arrebatos rabiosos que la mayoría de

sus compañeros desconocen. En su currículum, por otro lado impoluto, constan dos incidentes por impulsos violentos. De uno es absuelto, del otro no.

¿Un hombre violento?

El 27 de agosto de 2012, un grupo de agentes, entre ellos Albert López, trató de ahuyentar a un grupo de manteros instalado en la plaza Duc de Medinaceli, una placita pequeña que se esconde detrás de la Rambla, frente al paseo Colón. Un vendedor ambulante que había extendido una sábana en el suelo en la que reposaban gafas de sol fue atacado de repente por tres agentes de paisano armados con porras extensibles. Uno de ellos no paraba de golpear. Un golpe tras otro. El joven mantero se revolvió. La porra le golpeó en la espalda, en el brazo, en la pierna. El mantero no cesaba de moverse tratando de esquivar los porrazos que le propinaba aquel agente descontrolado.

Una mujer que presenció el incidente les suplicó que parasen: «No le peguéis más, no le peguéis más». La testigo grabó la intervención con el móvil y fue la prueba principal para condenar a Albert por un delito de lesiones. La sanción acarreó que tuviera que indemnizar al mantero con seiscientos euros. El juez aseguró que la actuación del agente fue «excesiva, gratuita e innecesaria», puesto que el hombre no presentó resistencia. Sus compañeros aseguran que fue la única vez que Albert López perdió el control. Siempre era muy profesional en sus intervenciones y no sucumbía al nerviosismo. Aquella vez sí. Pero fue la única, reiteran.

Un doble engaño

En aquellos tiempos, el agente López vivía en Badalona junto a su pareja, con quien llevaba diez años de una consolidada y estable relación a la que pondrían fin meses más tarde. La sombra de Rosa cada vez era más alargada. Vistos los precedentes, no sería de extrañar que aquella reacción descontrolada tuviera algo que ver con los momentos de tensión internos que atravesaba Albert decidiendo si rompía con su pareja para apostar por su compañera de patrulla. A Pedro le ocurrió en la Rabassada: el incidente seguramente pudo ser fruto de la tensión acumulada y la presión que ejercía Rosa. Quizás a Albert le pasó lo mismo. O tal vez son simplemente dos hombres frágiles incapaces de gestionar una ruptura sentimental.

Albert y Rosa son por entonces pareja de patrulla. Pasan muchas horas el uno con el otro y se entienden, se compenetran bien. Hasta que, al final, se produce lo inevitable. La pasión entre ambos estalla como algo previsible. Están juntos y no lo esconden. Albert rompe con su pareja anterior. Pasados los años, sus compañeros de unidad aseguran que desconocían que Rosa siguiera casada por aquel entonces. «¡Era la novia de López! ¿Cómo íbamos a pensar que seguía casada? Sabíamos que tenía hijas, pero pensábamos que estaba divorciada.»

La relación con Albert empieza poco después de que Rosa dé a luz a su segunda hija y poco antes de su boda con Rubén, un mero trámite que quieren cumplir. Albert, por su parte, apuesta por un futuro incierto con Rosa y pasa página de su monótona estabilidad. Ella le proporciona los momentos de alegría, de magia, de esa pasión que tanto ansiaba. No necesita más. Rosa sigue viviendo con Rubén, en Cubelles, mientras comparte con Albert salidas en moto, maratones, cenas, veladas románticas y sexo voraz. El equilibrio es perfecto. La relación se torna estable, hasta el punto de que todos sus compañeros los consideran pareja, pese a que les extraña que no den un paso más: que no vivan juntos, que no ejerzan de novios también fuera del trabajo.

De cara a sus compañeros, la mujer esconde que sigue casada, que vive con su marido y con sus hijas. El engaño es doble. Oculta a Rubén en la Guardia Urbana y esconde a Albert fuera de ella. Mantener sepultada esa doble vida requiere mucho empeño por parte de Rosa. Utiliza dos móviles. Uno para los compañeros del trabajo y el otro para Rubén. Es la misma técnica que ha utilizado antes con otras relaciones. La logística se vuelve complicada, pero Rosa sabe exactamente qué papel jugar con cada cual. En el móvil destinado al trabajo, Rosa tiene una foto de perfil junto a Albert. Todos la ven. A los que sí conocen a Rubén y saben de la existencia de su marido, eso les sorprende. En el otro móvil, la mujer posa junto a su marido y sus hijas. La imagen refuerza el concepto de familia tradicional bien avenida que en realidad solo responde a una mera apariencia.

«Rubén, Eres el hombre de mi vida»

La primera gran crisis con Rubén tiene lugar en 2013, al poco de casarse. El marido busca en unos cajones una documentación cuando encuentra fotos de Rosa y Albert juntos. No son imágenes de la simple amistad que él

pensaba que había entre ellos, sino la prueba de que son pareja. Aparecen cogidos de la mano, bañándose juntos en el mar y besándose.

Hasta entonces, Rubén nunca había querido creer los rumores que le llegaban sobre las supuestas infidelidades de su esposa. Solo eran rumores. Tenían dos hijas, eran una familia. Pero aquello era diferente. Por primera vez en todos los años de relación con Rosa, Rubén se siente herido. Es como una bofetada en la cara.

Evoca todos los momentos que ha compartido con el compañero de patrulla de Rosa, las comidas juntos en casa, incluso con la novia de Albert. En alguna ocasión, al ver la estima que Rosa tenía hacia Albert, Rubén le había invitado a dar una vuelta en moto por las cercanías de su casa en el pantano de Foix. Quería hacerse amigo del compañero de trabajo de su mujer. E incluso lo invitó a la boda. Rosa dijo que no hacía falta, pero Rubén insistió. Por entonces Albert ya era el amante de Rosa y declinó la oferta de la forma más amable y respetuosa que pudo. El hallazgo de las fotos origina la primera gran crisis con Rosa, que se cierra con la mujer mirándole a los ojos y diciéndole: «Rubén, eres el hombre de mi vida». Le da a entender que ha sido un error, que no volverá a pasar.

Lo cierto es que no fue un error. O al menos, no un error entendido como algo pasajero o fortuito. La relación con Albert se estabiliza. El hombre conoce a las niñas y juega con ellas cuando quedan los cuatro en algún centro comercial. Se hacen fotos vestidos con las camisetas del Barça. Se convierten en una familia paralela. Rosa, por primera vez desde que entra en la Guardia Urbana, quiere que Albert desempeñe un papel relevante en su vida, que su relación no se limite a las fogosas aventuras que mantienen de incógnito. Quiere que conozca a sus hijas, a sus amigos, que se aproxime a su familia. Lo presenta como su amigo y su compañero de patrulla, una fórmula que logra no levantar sospechas fuera de su círculo laboral y mantiene a Albert cerca de ella.

Sin embargo, el amante de Rosa no es nada dado a la familia. Sus padres murieron jóvenes y apenas tiene relación con sus tres hermanos. Él se dedica a lo suyo. Pero le gusta Rosa. La duda siempre se mantiene latente. ¿Qué debe hacer? ¿Debe renunciar a su vida para integrarse en la vida de Rosa? ¿Debe él cuidar de una familia que no es la suya? Le gustan las hijas de Rosa, juega con ellas, pero sabe que luego se marchará a su casa sin tener mayor compromiso. Su amante no viene sola, sino en un pack de tres, y aquello no le convence.

Pasan los años y la relación no avanza. Se lo pasan bien y logran un

cierto equilibrio emocional y laboral. Albert está satisfecho y no necesita más, podría pasar así el resto de su vida. Comparte a Rosa con Rubén porque la siente suya. En cambio, ella sí necesita más, pues está profundamente enamorada de Albert, y trata de convencerlo para que se lance y le proponga irse a vivir juntos. Pero la realidad es que él nunca lucha demasiado por Rosa. Es consciente de que le da todas las facilidades para que siga con su marido. Nadie más le va consentir eso. El paso máximo de su compromiso llega cuando Albert le da a Rosa las llaves de su piso de Badalona para que pueda ir cuando quiera.

Mientras espera a que Albert decida si se compromete, Rosa sigue siendo insaciable. Tiene otros encuentros amorosos con compañeros en la Guardia Urbana que oculta tanto a su marido como a su amante. El amor lo tiene bien cubierto por Albert y por Rubén, por lo que representa para sus hijas, pero sigue necesitando el sexo como un factor de ajuste emocional que mantenga engrasada la máquina de la seducción.

Sin embargo, le invaden las dudas y no sabe si quizá debería ser ella la que diera un paso adelante y rompiese con Rubén para iniciar una nueva vida junto a Albert. Este es un tema que siempre sobrevuela en sus conversaciones y tensiona su relación. Finalmente, el hombre da un paso que se queda corto: le propone que deje a Rubén y se vaya a vivir con él a su piso de soltero en Badalona, pero siempre bajo una condición. Tiene que ser sin las niñas. Rosa no quiere ni oír hablar de esa posibilidad. Eso no puede ser una opción. Si en realidad la quiere, tiene que aceptar a sus hijas.

Ese planteamiento supone un chasco para Rosa. Tenía puestas ciertas esperanzas en que Albert aceptara ejercer de padre de familia, pensaba que algún día sucumbiría y lo aceptaría, pero pasa el tiempo y ella se desencanta. La mujer que lo consigue todo, esta vez no puede. Y justo entonces se cruza en su camino Pedro Rodríguez, un hombre dispuesto a dárselo todo y a dárselo ya.

11

«AHORA ME TOCA A MÍ»

La noticia sobre el hallazgo del cadáver del agente de la Guardia Urbana Pedro Rodríguez inunda los medios de comunicación. Las televisiones, las radios y los periódicos escritos y digitales destinan muchas crónicas y conexiones al suceso. El bombardeo informativo llega a cada rincón de cada casa. Lo más relevante es que aparece en la televisión de Eduardo, Xavier y Joel, los ciclistas que vieron el coche quemado en el pantano de Foix antes que los Mossos. Aquel día en que la insólita imagen de un coche quemado interrumpió su pedaleo no le dieron importancia porque pensaron que se trataba de un simple vehículo abandonado. En ningún momento se les pasó por la cabeza que aquel coche destartalado engullido por las llamas era la prueba de un truculento crimen. Al verlo por televisión todo cambia. Un cadáver. Había un cadáver en el maletero. No se lo pueden creer. Es entonces cuando reaccionan. Los tres acuden de inmediato a la comisaría por si su testimonio puede ser de utilidad. Y lo será, pues permitirá acotar el espacio de tiempo en el que fue quemado el vehículo.

Xavier circuló por los caminos escarpados que bordean el pantano y se topó con el coche quemado la tarde del miércoles 3 de mayo. Joel descubrió el vehículo la mañana del día siguiente, el jueves 4 de mayo. Pero el testimonio de mayor relevancia es el de Eduardo, el panadero. Este hombre vio el coche de Pedro a las nueve de la mañana del miércoles 3 de mayo. Según explicó a los Mossos, hacía cada día el mismo recorrido, pero el día anterior no había visto el coche.

—¿Usted también salió en bicicleta el día anterior, el 2 de mayo?

—Sí, fui por la mañana. Siempre a la misma hora, a las nueve de la

mañana, cuando salgo de trabajar.

—¿Y vio el coche?

—No, el martes 2 de mayo no vi el coche.

—Y cuando lo vio, ¿salía humo?

—No, ya no salía humo.

Las explicaciones de este ciclista son fundamentales. De su testimonio se podía concluir que el coche había sido quemado en la madrugada del miércoles. La noche del 2 al 3 de mayo. Aquellos hechos cuadraban con las explicaciones que Rosa Peral les había dado. La mujer había precisado que Pedro fue el 2 de mayo a hacer la declaración de la renta, luego volvió a casa y antes de comer discutió con ella, cogió la moto y se marchó. Pedro le mandó un último mensaje a las 21:20 horas en el que le decía: «No te quiero contar para no implicarte en mis cosas». Por tanto, el crimen se tuvo que producir entre las 21:20 horas del martes 2 de mayo y las nueve de la mañana del día siguiente, que es cuando Eduardo el panadero ve el coche quemado. Había que saber exactamente dónde estaba Pedro Rodríguez y con quién se había encontrado aquel 2 de mayo, el día en el que supuestamente fue asesinado.

Los Mossos inician una ronda de interrogatorios con las personas del entorno de Pedro. Quieren saber si tenía enemigos y descifrar aquel mensaje que apunta que andaba implicado en algo: «No te quiero implicar en mis cosas». El 5 de mayo, después de que la policía encontrara el cadáver y justo el día en que han interrogado a Rosa, los Mossos citan a declarar también a familiares y amigos de Pedro. Pero hay dos que son especialmente relevantes: el padre de Rosa y una de sus amigas.

El padre de Rosa

Paco Peral, el padre de Rosa, es citado a comparecer en comisaría. El hombre siente una profunda devoción por su hija, a la que cuida con una dedicación desaforada. Cuando Rosa se muda con Rubén al chalet de Vilanova que colinda con Cubelles, él y su mujer buscan un apartamento cercano para poder acudir al rescate de su hija cuando los necesite. Son los encargados de cuidar a las nietas cuando sus padres están en el trabajo. Al ser policías, los horarios de ambos no son convencionales y la asistencia de los abuelos es siempre bienvenida. Bajo el abrigo de sus padres, Rosa se siente segura y protegida. Puede caminar por el alambre consciente de que siempre se extenderá una red de protección bajo sus pies que recogerá su

caída. Eso explica que actúe con una pasmosa calma ante muchas situaciones que para la mayoría de los mortales encierran un riesgo desmesurado. Sus padres nunca la cuestionan y la apoyan sin reservas. Haga lo que haga.

El padre de Rosa cuenta a los Mossos que en las Navidades de 2016 tiene a su yerno Rubén comiendo en casa. La relación entre Rosa y su marido da los últimos coletazos, pero no pierden las formas y mantienen la unidad familiar ante los progenitores de ella y ante sus hijas. Es un último esfuerzo navideño en pro de la familia. Lo curioso del caso es que, como el mismo padre de Rosa explica, en la comida de Fin de Año quien ocupa la silla de Rubén es Pedro Rodríguez. Ha pasado apenas una semana y Pedro ejerce ya de padre de familia. A Paco Peral, sin embargo, no le sorprende nada ni le pregunta a su hija. Nunca le cuestionará la velocidad que imprime a la relación con Pedro, a quien sienta en la mesa familiar a las primeras de cambio. Ante los Mossos, el padre se limita a relatar los hechos, angustiado por el asesinato de Pedro y preguntándose, igual que todos, quién podía haber sido capaz de hacer algo semejante. Tenía mucho aprecio hacia el nuevo novio de su hija. «Incluso tenía mejor relación que con Rubén», apostilla. La ilusión de Rosa de ser feliz es una aspiración compartida por su padre, que desea que su hija esté con quien quiera siempre que la cuide y la haga feliz. Y a ojos del padre, Pedro se ajustaba a las expectativas.

Paco Peral acudía cada día a casa de Rosa para hacerse cargo de las niñas, pero el hombre valoraba mucho que Pedro se volcara en integrarse en la familia Peral. «Nunca había visto a mi hija tan feliz, incluso más feliz que cuando estaba con Rubén.» Mirando compungido a los policías, el padre recuerda uno de los últimos momentos que compartió con Pedro. Pasaron un día fantástico en familia, todos juntos en un apartamento que Pedro tiene en Roda de Berà, en Tarragona. Paco, a sus sesenta y cinco años, ayudó al novio de su hija a quitar las malas hierbas de la parcela de la casa. El día se completó con una salida a un parque de atracciones y una comida familiar. Eso fue el 1 de mayo, un lunes festivo. El padre de Rosa asegura a los investigadores que vio a Pedro el 2 de mayo al mediodía.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Pedro?

—El día 2, poco antes de comer. Quedamos con Rosa que iríamos con las niñas al parque nuevo que hay cerca de su casa. Luego fuimos todos juntos a casa de Rosa y allí estaba Pedro y le saludamos. No vimos ningún comportamiento extraño, ni preocupado ni deprimido ni enfadado. Ningún

comportamiento fuera de lo normal. Después de ese día ya no lo vimos más.

IRENE, LA AMIGA

El testimonio de Irene aporta luz a las tempestuosas relaciones que cultiva Rosa. Son amigas, se conocen del grupo de madres del colegio al que llevan a sus hijas. Con los años fraguan una amistad que va más allá de los encuentros fortuitos en la escuela y que se afianza en quedadas con los respectivos maridos y en salidas vespertinas para tomar algo con otras madres del colegio. Irene cuenta en los Mossos que vivió de cerca la ruptura de Rosa con Rubén. Se separan poco antes de Navidad, en noviembre de 2016, pero siguen viviendo juntos. Describe al exmarido de Rosa como «una buena persona, un buen padre siempre atento con sus hijas». Cuando Rosa rompe con Rubén inicia una relación con Pedro, pero Irene enseguida tiene claro por la forma en la que se tratan que aquello no acaba de empezar, que ya llevan un tiempo de relación. Pedro a veces va a buscar a las hijas de Rosa al colegio y cuando coincide con Irene, manifiesta la animadversión que siente hacia Rubén, a quien acusa de ser un maltratador. Cuando esta oye esas palabras salir de la boca de Pedro, se escandaliza porque conoce a Rubén y sabe que no es cierto. Irene se ve en medio de la relación, siente afecto por el exmarido de Rosa y también por la mujer, y no quiere entrometerse puesto que cualquier opinión la obliga a posicionarse en uno de los dos bandos. Intenta poner tierra de por medio, pero las amigas siguen quedando y ella continúa asistiendo a los encuentros. En uno de ellos, Rosa les revela su intención de casarse con Pedro. Tiene una fecha en la cabeza: junio de 2017.

A Irene hay un hecho que la desconcierta después de conocer el asesinato de Pedro. En la memoria se almacenan recuerdos que parecen olvidados pero que resucitan cuando encuentran un vínculo con la realidad. Faltaban cinco meses para que se produjera el crimen. Irene organizó en su casa una comida a la que acudieron Rosa y Pedro. Pasaron un buen rato, charlaron y se divirtieron hasta que Pedro tuvo que marcharse de forma prematura porque le surgió un imprevisto. Lo curioso del caso es que al cabo de poco rato se presentó Albert en la casa. Rosa lo presentó como un simple amigo. Irene desconocía que era el novio de esta en la Guardia Urbana, aunque sí lo había visto en las fotografías que alguna vez le había enseñado. Recordaba su cara, sus ojos saltones, sus

labios finos, su nariz chata, su pelo rapado y su barba rasurada. Lo tenía de frente, pero aquel no era el Albert que recordaba de las fotografías. Su aspecto había cambiado. El nuevo estilo de Albert era igual que el de Pedro. Lucía una poblada barba y se presentó con una moto de gran cilindrada como la del actual novio de Rosa. La sensación que la inquietó es que era evidente que Albert quería imitar a Pedro.

Sentados alrededor de la mesa, Irene se dio cuenta que a Albert no le caía bien Pedro. Aprovechaba cualquier comentario para desacreditarlo. Parecía considerar que debía ser él quien saliera con Rosa después de tantos años de noviazgo en secreto. Una vez ella se había librado de Rubén, quien debía ejercer de nuevo novio era él, y no Pedro. Al final de la velada, Albert estalló con una frase que Irene recuerda bien.

«Ahora me toca a mí.»

12

LA MUERTE DEL BONIATO

Faltan dos años y medio para que se cometa el crimen de Pedro Rodríguez. José Antonio González tiene cuarenta y nueve años y unos rasgos envejecidos marcan su rostro, consumido por la droga. Le conocen como el Boniato. Merodea por los jardines de Miramar, en la montaña de Montjuïc, como una mañana cualquiera de un día cualquiera en la vida de un hombre cuyos objetivos vitales se limitan a robar y a buscar un lugar donde cobijarse. En la zona hay un mirador donde se agolpan los turistas para otear la panorámica de Barcelona. El puerto, la Rambla, el monumento de Colón y el World Trade Center se alzan bajo sus pies.

El 9 de agosto de 2014, en pleno verano, se acumulan en la zona varios vendedores ambulantes que exponen sus bolsos y gafas de sol falsificadas en unas mantas tiradas por el suelo. Al verificar que aquel punto se consolida como un eje de la venta ilegal, la Guardia Urbana decide montar un dispositivo para requisar y denunciar a los manteros. Ese día es sábado y en el operativo participan los agentes de la USD, la unidad de los fines de semana. Los agentes Rosa Peral y Albert López son movilizados. Van vestidos de paisano para que el uniforme no ahuyente a los vendedores antes de tiempo. El objetivo de la jornada es atraparlos in fraganti y denunciarlos. Albert detecta a un grupo de cuatro manteros en los jardines de Miramar y avisa por radio a sus compañeros, que acuden al lugar preparados para actuar. Sin embargo, él se acerca de forma poco discreta y los manteros huyen dejando atrás la mercancía. Prefieren perder unos cuantos euros que tener que enfrentarse a una multa o correr el riesgo de ser deportados porque no tienen papeles. La policía es la policía. No distinguen si son Guardia Urbana, Mossos, Policía Nacional o Guardia Civil.

Para ellos la policía siempre es sinónimo de peligro. A la sorpresa inicial de Albert le sucede la curiosidad. Uno de los hombres que ha huido no era senegalés, como la mayoría de los manteros en Barcelona, sino que parecía español. Ha visto como se escabullía montaña abajo.

Agresión en Montjuïc

El Boniato ha decidido salir corriendo, pese a que él no es mantero, porque se ha sentido acorralado. Minutos antes ha atracado en el Maremágnum a una pareja de franceses amenazándolos con una navaja y robándoles sus teléfonos móviles. Todavía llevaba encima la prueba del delito. El ojo clínico de Albert diagnostica que algo turbio envuelve a ese hombre escuálido y decide perseguirlo. El Boniato se escurre entre los matorrales y el policía le sigue. Trata de zigzaguear, hace un cambio de sentido y vuelve a subir hacia el mirador. Finalmente, Albert consigue alcanzarlo. En ese momento, Rosa Peral y otro agente de nombre Alberto Zamora ya están arriba y logran inmovilizarle. No lo esposan y solo lo retienen mientras le toman los datos. El Boniato no tiene ganas de dar explicaciones. Se zafa de los agentes, saca la navaja, agrede a Rosa Peral en la espinilla y luego le propina un puñetazo. La agresión los pilla desprevenidos. La mujer cae al suelo desplomada y pierde el conocimiento. José Antonio huye. Zamora la atiende y llama a una ambulancia mientras Albert corre detrás del hombre que acaba de agredir a su novia.

Hay cuerpos policiales que prohíben que las parejas sentimentales patrullen juntas. Al trabajar en situaciones de conflicto, se debe minimizar el riesgo y evitar que los arrebatos por cuestiones personales puedan complicar un operativo. Sin embargo, esta norma a veces escrita y otras veces solo aplicada no se estila en la Guardia Urbana. Los responsables saben que Rosa y Albert son pareja, pero nunca han desaconsejado que patrullen juntos. Quizá la situación se ha visto favorecida por el hecho de que Albert es el único de la unidad capaz de lidiar con el carácter de Rosa.

La cuestión es que Albert va detrás de José Antonio. Lo intercepta abalanzándose sobre él, pero el hombre sigue blandiendo el machete y trata de clavárselo a su captor en el cuello y en el estómago. Albert sortea las embestidas del Boniato como puede hasta que da un paso atrás. El agente coge aire, encoge los hombros, flexiona las rodillas y pone la mano derecha en la pistola amenazando con sacar el arma y apuntarle. Como si se tratase de un duelo, José Antonio lo mira desafiante, pero también

recula y se asoma peligrosamente al precipicio que le queda a la espalda. Detrás de él hay una caída de veinticinco metros. El hombre sabe que no tiene escapatoria. De pronto, da un salto hacia atrás y cae rodando montaña abajo. Son varios segundos de golpes, de vueltas, de dolor, de pánico, hasta que un último impacto contra un muro lo frena en seco.

Tres agentes de la Guardia Urbana que estaban en ese momento en la zona lo ven caer y acuden al rescate. Pero, aunque parezca imposible, el hombre hace un último intento para huir. Se pone a gatear e intenta esconder algo que lleva todavía en su mano derecha y que ha logrado mantener sujeto durante la violenta caída. Los agentes le dan el alto y le ordenan que suelte lo que lleva en la mano. José Antonio tiene la cara y las manos ensangrentadas pero no suelta la navaja, como si la tuviera insertada en su propio cuerpo. Al Boniato se le agotan las fuerzas. Balbucea unas palabras ininteligibles y se desploma. El jefe del operativo se acerca y le pisa la mano para que suelte la navaja. Los agentes lo inmovilizan y le ponen las esposas por la espalda. La cara de José Antonio queda pegada al suelo. Pierde el conocimiento y ya nunca más lo recobrará. Los urbanos, con el hombre esposado, le leen sus derechos y le informan de los motivos de su detención, aunque el arrestado ya se ha desvanecido. A través de la emisora de radio interna informan de que hay una persona que ha perdido el conocimiento. Una pareja de sargentos de la Guardia Urbana se persona en la zona y se topan con un escenario que no preveían. Observan que aquel hombre está inconsciente y lleva las manos engrilletadas a la espalda.

«¿Pero se puede saber qué hace este hombre esposado? ¡Quitadle las esposas y llamad a la ambulancia!», exclama uno de ellos.

El médico de la ambulancia socorre a José Antonio y le practica un masaje cardiaco hasta que consigue estabilizarle el pulso, pero él no llega a despertar. La ambulancia lo traslada intubado al Hospital Clínico, donde fallece poco después.

La versión oficial de la muerte del Boniato

Mientras tanto, los agentes de la Guardia Urbana finalizan un informe en el que acusan a José Antonio de intento de homicidio y atentado a la autoridad. Esta es la versión que figura en la minuta policial, el informe que el jefe del operativo redacta para dejar constancia de cuáles han sido las actuaciones llevadas a cabo.

El responsable del dispositivo es una persona muy apegada a Albert y Rosa. Su nombre es Juanjo y al cabo de los años será expulsado del cuerpo por desacatar órdenes y vestir una muñequera de España que incumple las normas respecto al uniforme. El cabo Juanjo es una persona fiel a los suyos. Cuida a sus subordinados con un mayor interés del que muestra hacia el resto de los guardias. Albert y Rosa son de su camarilla. Participan en actuaciones contra manteros pero también en controles de alcoholemia, de drogas o tráfico. A todos los guardias que están bajo las órdenes del cabo Juanjo los embarga un sentimiento de pertenencia al grupo y de fidelidad a su jefe. Cada día, antes de salir a la calle a patrullar, el grupo hace un círculo a su alrededor, ponen las manos en el centro y, como si fueran un equipo de básquet, jalean un grito de guerra: «¡A la caza!».

El cabo es el encargado de redactar esa minuta policial. En determinadas ocasiones ha requerido la supervisión de algún abogado para que sus atestados sean creíbles y no dejar al descubierto grietas que puedan desmontar alguna actuación policial peliaguda.

En este caso, los Mossos d'Esquadra abrieron una investigación que se cerró al poco tiempo. Nadie denunció la muerte del Boniato como un posible homicidio. La policía logró identificar aquel cadáver por medio de las huellas dactilares. La hermana de José Antonio fue avisada rápidamente e inició los trámites para trasladar el cadáver hacia Utrillas, su localidad natal, en Teruel. Nadie se preguntó si el cadáver que yacía en aquella camilla fría de la sala de autopsias con los ojos cerrados, lleno de magulladuras y con una barba de varios días escondía en realidad una muerte criminal. Como si al mal camino por el que discurrió la vida de José Antonio durante cuarenta y nueve años le aguardara aquel único y trágico final.

La detención del agente Albert López por la muerte de Pedro Rodríguez propiciará que se reabra la investigación por la muerte del Boniato, pero no se encontrará ninguna pista que indique que aquella caída aparentemente accidental ocultara un homicidio. Aunque la realidad es que el caso y la redacción del informe policial arrojaban muchas dudas.

Era difícil creer que José Antonio saltara de espaldas para escabullirse. Habría tenido más lógica que el hombre cayese al vacío fruto de un resbalón o que no se percatara de lo cerca que estaba el precipicio y se despeñara. En el caso de que ninguna de estas versiones fuera cierta, solo quedaba una única alternativa: que Albert, con la mirada nublada por la ira, hubiera arrojado al vacío a aquel hombre que acababa de apuñalar a su

novia.

Otro de los argumentos de aquel informe policial que podría ponerse en duda es la lesión de Rosa. ¿Cómo era posible que un hombre acorralado por otros tres coja una navaja con la intención de herir a uno de los guardias y decida clavarle el cuchillo en un sitio tan poco letal como la espinilla? Para cometer semejante agresión, el hombre tuvo que haberse agachado, pero parece difícil puesto que se encontraba rodeado por tres agentes. Tuvo tiempo de sacar la navaja, agacharse, herir a Rosa y huir sin que los policías se percataran. Cuando menos, es extraño.

«Lo he matado por ti»

Todas estas dudas se las plantearon los Mossos. Le dieron muchas vueltas pero apenas hallaron pruebas. Una última posibilidad que se consideró es que al Boniato lo arrojaron al vacío con las esposas puestas. En el momento en que Albert alcanzó por primera vez a José Antonio lo esposó. Mientras Rosa le tomaba los datos, los otros dos agentes se relajaron, pero José Antonio huyó corriendo con las manos a la espalda. Cuando Albert lo atrapó y se desafiaron, el Boniato iba esposado. El hombre se acercó peligrosamente sin darse cuenta al terraplén. Y Albert no lo dudó. Lo empujó montaña abajo. Eso podría explicar que los urbanos que llegaron a la zona encontraran al hombre inconsciente y engrilletado con las manos a la espalda. Hay que tener en cuenta que los sargentos de la Guardia Urbana eran los únicos en aquel escenario que no pertenecían a la camarilla del cabo Juanjo. Otra posibilidad es que a la vista de aquel desenlace que se cobró la vida de una persona los implicados decidieran provocarle un corte a Rosa Peral para justificar que la había agredido y lo hicieran en una zona poco peligrosa como la espinilla.

Y para acabar de arrojar más sospechas al asunto también es difícil de comprender que un hombre pueda caer rodando descontrolado golpeándose de forma violenta contra el suelo a lo largo de veinticinco metros y que en ningún momento suelte la navaja. La sujeta de forma tan fuerte que ni el impacto final contra el muro le hace desempuñar el cuchillo. Sospechoso. Pero todas estas conjeturas nunca se pudieron demostrar. La investigación murió en un callejón sin salida. No había cámaras y los únicos testigos que lo presenciaron todo eran Albert y su compañero Alberto Zamora. Rosa no vio la actuación porque estaba

aturdida por el puñetazo del Boniato. O al menos, eso dijo.

Sea o no sea verdad, el caso acaba archivado. No se puede probar que Albert López empujara al Boniato y se da por válida la información que aparece en la minuta policial redactada por el cabo Juanjo. El único que sabía lo que ocurrió era Zamora, tanto si José Antonio González en realidad saltó de espaldas por el terraplén al sentirse acorralado como si un Albert enfurecido decidió empujarle para vengarse de la agresión a Rosa. Lo terrible de este caso es que Alberto Zamora murió al año siguiente en una salida en moto con Albert. Un ciervo se cruzó en la calzada y se llevó por delante su vida. Un buen agente y una buena persona, coinciden todos sus compañeros. Y el secreto, si es que realmente había algo que esconder, también se marchó con él.

Mientras tanto, en la parte de arriba de la montaña de Montjuïc, después de que el Boniato se despeñara, Albert atendía a Rosa mientras esperaban a que le curasen el tajo superficial de cinco centímetros provocado por el fallecido. Rosa ya había recobrado el sentido. Tiempo más tarde aseguraría que en ese momento, Albert se le acercó y le susurró al oído algo que no ha podido olvidar: «Lo he matado por ti».

13

EL INTERROGATORIO DE ALBERT

VIERNES, 5 DE MAYO DE 2017

Albert López impone autoridad. Su corpulencia es perceptible a cualquier distancia. Luce una tez bronceada fruto de su último viaje, a Cancún, que hizo para olvidarse definitivamente de Rosa. Disfrutó con un amigo del relax, del sol y de la playa que siempre deseó compartir con ella. «Algún día nos tostaremos al sol y no haremos nada más», le solía decir Rosa cuando todavía estaban juntos. Después de la ruptura huye aún más del compromiso y se centra solo en relaciones sexuales esporádicas. «Tengo todo lo que quiero», se jacta ante sus amigos cuando le preguntan sobre su estado de ánimo. Cuando le apetece recurre a Tinder y a Badoo, un par de redes sociales donde puede conocer chicas y quedar con ellas sin otro objetivo que el sexo. A Albert todo eso le complace. Sus músculos constriñen la camiseta de manga corta que lleva enfundada. En el brazo derecho asoman unos tatuajes tribales. Su semblante es tranquilo. Apenas parece afectado por la muerte de Pedro, cuyo cadáver ha sido descubierto el día antes por los Mossos.

El interrogatorio de Albert López permitirá a los agentes empezar a ver algo de luz en un caso que sigue demasiado oscuro. Los esfuerzos se centran en profundizar en el entorno de Pedro Rodríguez, pero con tan solo un par de indagaciones saben que el caso tiene que ver con los problemas que envuelven a Rosa Peral. Entre aquellas, una de las principales es con Albert López. Deben aclarar qué papel jugaba ahora. En la sala de interrogatorios, los Mossos tienen delante a aquel agente con barba hípster, mirada fría, poca empatía y tono de conversación lánguido y apagado. Solo

es un testigo. De momento.

Una relación «solo de amistad»

La declaración se inicia a las 18:18 horas del 5 de mayo. Por la mañana, los Mossos han interrogado a Rosa Peral. A diferencia del torbellino discursivo de su exnovia, Albert López mantiene un tono bajo, casi silencioso. Arroja las palabras con cuentagotas con un registro inocente, como el de un niño que nunca ha roto un plato. Reitera una y otra vez que la relación con Rosa es de amistad. De simple amistad. No hay nada más. Disfraza su noviazgo como algo que se reducía solo al sexo y oculta que en realidad lo suyo fue una relación duradera, que se prolongó durante cuatro años y que a punto estuvieron de hacerla oficial y estabilizarse. Albert, en cambio, marca ante la policía ciertas distancias emocionales respecto a Rosa. Se presenta como el amigo que siempre está ahí, el hombre a quien ella recurre en los momentos bajos.

El agente de la Guardia Urbana revela una fecha: noviembre de 2016. Ese fue el mes en el que mantuvieron su última relación sexual, el momento en que Rosa inició una relación con Pedro. Los agentes miran sus anotaciones y descubren que hay algo que no encaja. Rosa dijo que empezó la relación con Pedro en julio de 2016 y Albert dice que mantuvo relaciones con la mujer hasta noviembre de 2016. Aquel lapso de cuatro meses es demasiado grande para parecer un fallo de la memoria. Piensan unos segundos. Sus ojos repasan las notas. Solo hay una respuesta posible: Rosa engañaba a Pedro con Albert y a Albert con Pedro. Estaba con los dos. Pero los agentes vuelven a mirar sus notas. ¿Y dónde está Rubén? Noviembre de 2016. Ahí Rosa todavía está casada. Rubén se marcha de casa después de Navidad, aprecian en sus notas. Aquello arroja un escenario distinto.

Tres hombres a la vez

Rosa mantenía tres relaciones al mismo tiempo. Y además, no eran simples aventuras sexuales sino que se trataba de idilios con una alta dosis de emotividad. Salía con Albert, con quien llevaba cuatro años de novios y de quien esperaba que diera el paso definitivo; con Rubén, con quien estaba casada en un matrimonio que daba los últimos coletazos pero con quien mantenía un vínculo sentimental muy fuerte porque tenían dos niñas

pequeñas, y por último, con Pedro, el hombre con el que Rosa esperaba llenar el vacío de Rubén y dar el paso que Albert no se atrevía a dar. Aquel triángulo sentimental podía ser una fuente de conflicto.

Los agentes lo anotan y prosiguen escuchando las explicaciones de Albert, que continúa hablando sin levantar la voz ni exhibir una pizca de nerviosismo o incomodidad. El amigo de Rosa, así es como se presenta él, se interesó por ella hace un mes. Hablaron por teléfono y la mujer le contó que la relación con Pedro era un desastre. Que la controlaba en exceso. Describió a Pedro como un novio celoso que no le dejaba hacer nada, que la obligaba a borrar todos los contactos de otros hombres que tenía en la agenda del móvil y le prohibía saludarlo cuando coincidían en comisaría. Rosa, la mariposa que vuela por donde le place, tenía una pareja que le cortaba las alas y aquello le ocasionaba un profundo malestar. Los agentes vuelven a subrayar este hecho como otro punto de posible conflicto.

En busca del desencadenante del crimen

Las primeras horas van a ciegas. No conocen del todo a los personajes, pero subrayan en sus notas aquello que puede ser susceptible de generar una situación de tanta tensión como para desembocar en la comisión de un crimen tan horrible como el de Pedro. El objetivo de los investigadores es encontrar el desencadenante. Hay que visualizar el crimen como un proceso que va mutando y evolucionando. El autor del crimen empieza gestando odio hacia alguien. Aquel odio se va acumulando, va macerando. El asesino al principio lo reprime, se aguanta, hasta que ocurre algo que hace estallar toda esa rabia acumulada. El odio se torna irrefrenable y empuja al asesino a matar. La ira fermentada durante meses podría ser un ingrediente letal, sobre todo en personas incapaces de controlar sus impulsos. Por eso era importante saber qué tipo de relación tenía Albert con Pedro y cómo había finalizado el noviazgo con Rosa.

Albert López mantiene el rictus serio. Inalterable. Rosa le llamó después de la pelea que acabó con la marcha de Pedro. Ejerció de amigo. Según ella le contó, estaba «muy rayada» porque Pedro la había maltratado. La cogió del cuello y la lanzó al suelo, delante de su hija mayor, de apenas seis años. Aquel incidente era una información novedosa. Los investigadores la desconocían y tampoco Rosa había comentado nada de la supuesta agresión. Es cierto que la mujer lucía un pañuelo en el cuello. Quizá fuera por eso, pero en ningún momento lo comentó. Albert continúa. La mujer

temía que Pedro pudiera haber ido a buscar a Rubén, con quien mantenía una disputa constante e incluso denuncias cruzadas. Albert, al parecer, conocía bien los encontronazos entre el actual novio de Rosa y su exmarido. Estaba bien informado. Con su relato dirige las sospechas hacia Rubén, el exmarido, igual que hizo Rosa. Ambos apuntan en esa dirección. Lo hacen de forma sutil y recordando los encontronazos previos con Pedro. La versión parece sólida. La descarga de insinuaciones hacia el exmarido prosigue. «Rosa me contó una vez que Pedro cogió un bate de béisbol y al encontrarse con un vecino le dijo: esto es para la cabeza de Rubén.» Las explicaciones abocan a los investigadores a sospechar del exmarido. Quizá Pedro fue a buscar a Rubén aquel día 2 y el exmarido de Rosa lo mató y luego calcinó su cuerpo en el pantano. Esa podría ser una hipótesis.

Los investigadores deducen que la relación entre Albert y Rosa, a pesar de la reciente ruptura, debía de ser muy cercana. Ambos debían haber hablado sobre quién podía haber matado a Pedro Rodríguez y por eso apuntaban hacia el exmarido con argumentos parecidos. De hecho, el acercamiento de Albert a Rosa se hace más palpable los últimos días, cuando Rosa está rayada y Albert se ofrece a ayudarla. Ella se lanza a los brazos de su exnovio para confesarle que no es feliz con Pedro, que han discutido y que este se ha marchado de casa. Y acto seguido, el exnovio desembarca en su casa, como él mismo asegura.

—¿Qué hizo usted en los últimos días? —le pregunta el encargado del interrogatorio.

—El día 2 de mayo por la mañana tuve que declarar en un juicio y luego me fui a comer con un amigo.

—¿Y al día siguiente?

—Fui a cenar a casa de Rosa con ella y sus hijas, y pedimos una pizza en el Telepizza. Luego Rosa se fue a dormir a las niñas y yo me quedé mirando una película hasta que me quedé dormido en el sofá. A la mañana siguiente me desperté y me fui para mi casa.

Lo que está claro es que Rosa sigue confiando en Albert. Se sigue apoyando en el novio con quien ha compartido cuatro años de relación, pero al que sustituyó por Pedro Rodríguez. Al parecer, el noviazgo debió de acabar bien a juzgar por la estrecha relación y el nivel de intimidad que profesan.

Incoherencias en las versiones de Albert y de Rosa

Pero hay algo del relato de ambos que no cuadra. Rosa ha estado durante tres horas explicando los entresijos de la marcha de Pedro, pero en ningún momento manifiesta que la discusión subiera de tono hasta el punto de que su novio la cogiera por el cuello. Pero en cambio sí se lo cuenta a Albert. ¿Por qué Rosa no se lo ha dicho a la policía? El joven desgrana partes del relato que su examante ha obviado. La cena en casa de ella. Con sus hijas. Comieron pizza. Todos estos son ingredientes de un mismo hecho que Rosa no comenta. Si no tuviera nada que esconder, lo habría contado todo.

Los interrogantes aparecen, pero no hay nada concreto que pueda inducir a sospechar de Albert o de Rosa. Hasta que vuelven a revisar las palabras de Albert: «Me quedé dormido en el sofá. A la mañana siguiente me desperté y me fui para mi casa». La mirada de los agentes se vuelve hacia la otra página en la declaración de Rosa: «Pensaba que Pedro volvería». Ya lo tienen. Eso era lo que no cuadraba. Cuando ambos cenan tranquilamente en casa de Rosa, el cadáver de Pedro todavía no ha aparecido. En principio, ambos no sabían dónde estaba ni que estaba muerto. Además, ¿cómo es posible que Rosa, que mantenía una relación con Pedro, un hombre celoso, invite a Albert a comer unas pizzas con sus hijas sin temor a que su novio vuelva a casa? ¿Por qué Albert pudo gozar de tanta tranquilidad, hasta el punto de ponerse una película y dormir en el sofá sin miedo a que el novio celoso de Rosa volviera en cualquier momento? La respuesta se presenta frente a sus ojos: sabían que Pedro no volvería.

14

UN TESTIGO INESPERADO

El viernes 5 de mayo de 2017, los fantasmas se le aparecerán a Ángel, agente de la Guardia Urbana, cuando conozca la identidad del cadáver del pantano de Foix. Trabaja en la USD y es amigo íntimo de Pedro, de Albert y de Rosa.

—Ángel, no te lo vas a creer. El cadáver del coche es Pedro —le dicen.

Un escalofrío le paraliza. Se le nubla la vista, se siente mareado y tiene que sentarse. Joder, es Pedro. Hacía días que a su alrededor veía cosas extrañas sin saber qué ocurría ni por qué se producían. Eran comentarios a los que no encontraba sentido pero a los que prefería no prestar demasiada atención.

Ángel es un amante de la discreción. No le gusta que le hablen mal de los compañeros ni entrometerse en sus relaciones de pareja. «Que cada uno haga con su vida lo que le plazca.» Lo mismo hizo los últimos días cuando a su alrededor afloraron ciertos comportamientos que presagiaban que algo terrible estaba a punto de suceder, aunque en aquel momento nunca los relacionó ni creyó que hubiera motivos para preocuparse.

Al conocer que el cadáver es el de Pedro, Ángel empieza a atar cabos en cuestión de segundos. Las sospechas que le han desconcertado en las últimas semanas por fin tienen un denominador común, un nexo con el que explicar aquel desenlace trágico.

Amigo de Pedro, confidente de Rosa

Ángel era íntimo amigo de Pedro, con quien quedaba para tomar algo después del trabajo o ir juntos al gimnasio. Este era un tipo fornido, muy

corpulento, al que le gustaba la halterofilia.

También tenía un vínculo estrecho con Albert, con quien compartía horas en la misma unidad. De hecho, fue uno de sus principales apoyos tras la ruptura con Rosa. Albert lo pasó muy mal y Ángel le estuvo ayudando a superarlo, hasta que por fin pareció que lo lograba. Al finalizar la relación, Albert buscaba una nueva pareja de patrulla porque no quería coincidir con su Rosa. No podía ni mirarla a la cara. Ángel estaba libre porque su compañera estaba de baja por maternidad, así que durante los últimos meses patrullaban juntos.

Ángel también era amigo de Rosa, con quien ejercía el papel de confidente. Cada vez que la mujer tenía problemas con Albert, recurría a él para quejarse de que no la quería, no la cuidaba, no era romántico o no le daba todo lo que quería. Lo llamaba por teléfono a cualquier hora. Las conversaciones duraban más de cuarenta minutos y el objetivo no era otro que hacerle llegar el mensaje de su disgusto a Albert. Pero Ángel nunca se sumó al juego. Aguantaba estoicamente aquel derroche de agravios contra su amigo y luego se los guardaba sin comentarle nunca nada. Discreción y no intromisión.

En los últimos tiempos, al ver la relación incipiente entre Rosa y Pedro, Ángel dio un paso al lado. No quería involucrarse. Sabía cómo era ella y no quería que ninguno de sus amigos quedase atrapado en su enredadera. Llevaba tiempo avisando a Albert de que Rosa no le convenía, y cuando Pedro empezó a intimar con ella, hizo lo mismo. Le advirtió de que era una mujer complicada, un torbellino que devastaba emocionalmente a sus parejas. Sin embargo, el único efecto que produjo aquella advertencia fue que ambos se distanciaran. Pedro estaba tan enamorado de Rosa que se enojó con Ángel, con quien ya no volvería a dirigirse la palabra. Ángel se apartó de una relación que creía que podía ser tóxica y en la que su amigo podría salir malparado.

No le faltaba razón. Todos los hechos extraños que percibió a su alrededor tiempo atrás se le aparecen como una revelación.

Ángel se sienta en la silla golpeado por una realidad que antes no comprendía pero sobre la que ahora ya no alberga ninguna duda. El asesinato de Pedro era la pieza que faltaba por encajar en aquel puzle desconcertante. El día anterior, sin saber nada del crimen, los agentes de la Guardia Urbana de la unidad del fin de semana se reunieron en Els Peixaters, un restaurante marinero de arroces y marisco, para despedir a un compañero que se jubilaba. Ángel se sentó en una mesa alargada con más

de una veintena de urbanos. De pronto, aparecieron Albert López y Rosa Peral. Para sorpresa de todos los asistentes, entraron juntos.

«¿Pero estos no lo habían dejado?», cuchicheaban los unos con los otros. Con un simple vistazo, Ángel sintió algo extraño. Observó que Rosa llevaba un pañuelo en el cuello. Eso no era típico de ella, una mujer llamativa a la que le gusta exhibirse no suele esconder partes de su cuerpo. «Esta mujer oculta algo», se dijo. «Quizá lleva un chupetón de Pedro y no quiere que Albert lo vea», bromeó con la compañera que se sentaba a su lado.

La mirada de Ángel escrutó a Rosa durante toda la comida. La tenía delante. Rosa solía comer engullendo un plato tras otro con devoción. Pero esta vez apenas probó bocado. A su lado, Albert, que lucía su habitual estilo hípster, con una poblada barba y la nuca rapada, deglutía todo lo que encontraba a su paso. En su fuero interior, Ángel no entendía nada. Asumió como una traición el hecho de que llegaran juntos, una traición a su amigo Pedro porque creyó que Rosa lo estaba engañando, tal como había hecho en todas sus anteriores relaciones. Nada nuevo. «Ya te lo advertí», pensó. Pero también se lo tomó como una traición por parte de Albert. Después de lo mal que lo había pasado y lo mucho que se había volcado en ayudarlo, de nuevo volvía con Rosa como si nada hubiera pasado. Los observó con detenimiento. No había ninguna muestra de amor y Rosa estaba triste. Sin embargo, una de las fotos que inmortalizó aquel encuentro fue un selfi de Rosa. Ella aparecía distendida sacando la lengua en primer plano con Albert al lado, mientras detrás de ellos posaban el resto de los guardias.

Albert y Rosa se marcharon juntos pero no en el mismo vehículo. La mujer intercambió su coche naranja descapotable por una furgoneta roja que le prestó un compañero. Le dijo que tenía que hacer la mudanza de un sofá y que no tenía cómo transportarlo. «Ya me la devolverás, no te preocupes», le dijo el otro. Durante toda la comida, Pedro ya estaba muerto. Su cadáver será descubierto en cuestión de minutos cuando un paseante avise a los Mossos del hallazgo de un coche quemado en el pantano de Foix.

Ángel sigue sentado recordando la comida del día anterior. El cuerpo de Pedro ya estaba despedazado en el pantano cuando Albert y Rosa entraron juntos en el restaurante. Sus bronquios se contraen y apenas encuentra aire. Todo empieza a cobrar sentido. Mañana del día 5 de mayo. Ángel todavía no sabe que Pedro ha sido asesinado. La noticia irrumpirá en los medios de comunicación por la tarde. Pero esa mañana, a excepción de los

Mossos, nadie sabe nada. Ángel se encuentra en el gimnasio de las piscinas Picornell a Albert López haciendo pesas. El amigo le recrimina que llegara junto a Rosa a la comida del día anterior.

—Tío, ¿qué hacías llegando con Rosa ayer? —le reprocha Ángel a Albert.

—Tampoco voy a estar siempre de malas con ella.

—Tío, debes tener un poco más de orgullo propio, no es plan después de todo el daño que te ha hecho ella y de lo que te estamos apoyando que llegues ahí como si no hubiera pasado nada y no des explicaciones a nadie.

—Ah, no pasa nada, me llamó porque tiene problemas con Pedro, está loco.

Y es entonces cuando empieza el desconcierto de Ángel. Albert empieza a vomitar una retahíla de agravios contra Pedro destacando sus encontronazos con Rubén.

—Pedro se hizo pasar por Rubén para cogerle dinero del banco, ¿sabes? Concretamente, seis mil euros, y el del banco no se fio, llamó a Rubén y luego el otro le puso una denuncia cuando se enteró, lo denunció, no sé por qué lo denunció, y el otro cogió y se fue a su casa y le pinchó las ruedas de su coche, ¿sabes? Pedro está loco.

«¿Y a mí por qué me cuenta esto? ¡A mí qué más me da!», piensa Ángel. Aquella reacción desmesurada, aquel conjunto de improperios contra Pedro y toda aquella información sobre el conflicto que mantiene con el exmarido de Rosa le extraña. Como hombre que rehúye las situaciones problemáticas, opta por no decir nada ni insistir con el tema de Rosa. La conversación, sin embargo, sirve para que se dé cuenta del odio que Albert profesa hacia Pedro, una sensación de repulsa que nunca hasta entonces había verbalizado.

«SI TÚ TUVIERAS QUE DESHACERTE DE UN CUERPO,
¿CÓMO LO HARÍAS?»

La conversación que mantiene el agente de la Guardia Urbana con Albert justo aquella mañana le viene a la memoria como un martilleo constante. La rebobina una y otra vez. El odio a Pedro, la llegada con Rosa al restaurante y ahora Pedro está muerto… Vuelve a atar cabos hasta que su mente evoca un nuevo episodio que lo derrumba.

Era el domingo 16 de abril de 2017. Faltaban catorce días para que se

cometiera el crimen. Aquella mañana de domingo patrullaba con Albert por la plaza de las Glorias. Ambos actúan en el llamado «mercadillo de la miseria», donde el fin de semana centenares de personas ponen a la venta objetos que recogen de los contenedores. De pronto, Albert comenta algo que nada tiene que ver con su presencia en aquel lugar y que Ángel interpreta como parte del humor negro habitual de su amigo.

—Si tú tuvieras que deshacerte de un cuerpo, ¿cómo lo harías?

A pesar de la sorpresa inicial, en ese momento Ángel no le da importancia. Piensa que Albert habrá visto algo en la tele el día anterior que le habrá suscitado aquella duda y le sigue el juego.

—Pues no sé, si hubieras dejado marcas en el cuerpo pues habría que quemarlo para no dejar rastros. Lo metes en un coche, lo tiras por un terraplén para que se prenda fuego a una altura que no lo puedan apagar los bomberos y así nadie se dará cuenta.

Lo que nunca imaginaba Ángel es que aquel comentario jocoso que le hizo a su amigo en un contexto de distensión se convertiría en el *modus operandi* de un tortuoso crimen. Cuando se entera de que el cadáver es el de Pedro Rodríguez, se viene abajo. Sabe quién ha sido. Él le dio la idea de cómo hacerlo. «No me pasó por la cabeza jamás que lo que yo dije se haría y encima con un amigo mío», se lamentará un Ángel desconsolado. Ese viernes se lo pasa llorando. En su interior se debate si debe confesar a los Mossos la conversación que tuvo con Albert y que se había reconciliado con Rosa. Pasa toda la noche en vela sin saber qué hacer. Su mente repasa aquel episodio sin parar. La angustia va en aumento. El fin de semana, además, le toca trabajar con Albert. Está asustado e inquieto pues al día siguiente se encontrará con él. Su mujer le recomienda que diga que se encuentra mal y no vaya al trabajo. Pero no puede hacer eso. Su mujer insiste. «Vigila que no te vaya a hacer algo, toma precauciones», le dice. Y Ángel lo hace: va al trabajo vestido de calle, pero debajo de la ropa esconde un chaleco antibalas. No se fía de su amigo.

Las sospechas del agente Ángel

Es domingo 7 de mayo. Ángel emprende su jornada laboral con la intención de ver confirmadas sus sospechas. No piensa quitarle el ojo de encima a Albert. De pronto lo ve aparecer. Con su mera presencia le da un vuelco el corazón. Cuando lo tiene delante, se le acelera el pulso. «¡Qué hijo de puta!», piensa. «¡Se ha afeitado!» Albert entra a trabajar sin apenas

rastro de la frondosa y trabajada barba que lucía en los últimos tiempos. La cuidaba con mucho esmero. Había adoptado el nuevo *look* después de hacerse un injerto de pelo para repoblarse las zonas donde asomaba la calvicie. Lo sorprendente es que de un día para otro se la quita. Ángel ya no tiene ninguna duda: se ha quitado la barba porque le quedarían restos de gasolina o de queroseno cuando quemó el coche de Pedro con el cuerpo dentro. O para deshacerse de los restos de pólvora que le pudieran quedar en la barba en caso de que le disparara.

—Te has quitado la barba. ¿Y eso? —le comenta Ángel.

—Tenía calor —responde Albert.

«Sí, claro, y cuando hace un mes te fuiste a Cancún, con humedades del 98 por ciento, ¿no tenías calor?», maldice Ángel para sus adentros. El agente de la Guardia Urbana ya no tiene ninguna duda. Han sido ellos. Está tan angustiado que no sabe cómo debe actuar. Pero está decidido a contarlo. Aunque le duela acusar a sus dos amigos, piensa en Pedro. «No soy un chivato, pero él ya no se puede defender.» Se lo comenta a su superior: «Jefe, tengo algo que decirte y creo que si lo digo te va a involucrar en algo grave y en un tema jodido, complicado, y creo que deberías saberlo porque quiero asesoramiento sobre qué debo hacer. Sé que debo ir a los Mossos, pero no sé a qué comisaría».

A las dos de la madrugada, Ángel entra en las dependencias policiales de Sant Feliu de Llobregat, donde se encuentra el grupo de Homicidios que lleva el caso. Allí manifiesta sus sospechas.

—No tengo ninguna duda de que han sido ellos, Albert y Rosa. Vigílenlos de cerca.

15

LA INFORMACIÓN DE LOS MÓVILES

Los Mossos de la Unidad de Investigación sabían que tenían un hilo del que tirar. Había que investigar a fondo la relación entre Albert y Rosa. En las investigaciones tienen una importancia vital las primeras horas, los primeros testimonios, las contradicciones, el entorno de la víctima, aunque a veces pueden intervenir el azar y la suerte, como sucedió en este caso con la aparición de Ángel.

La Unidad de Homicidios de los Mossos se pasa el fin de semana trabajando. Ellos lo llaman «picando». Deben redactar las solicitudes para que la juez de Vilanova que lleva el caso les dé permiso para pinchar los teléfonos de Albert, Rosa, Pedro y Rubén. Después de finalizar los interrogatorios, los agentes tienen ahí un filón y quieren aprovecharlo. La visita de Ángel refuerza la vía abierta contra la pareja, la investigación va por buen camino. Sospechan de Albert y Rosa pero también solicitan conocer la ubicación exacta de la víctima y del exmarido para saber dónde se encontraban en las fechas próximas al 2 de mayo, el día en que se quemó el vehículo, tal y como se dedujo de la declaración que prestó Eduardo, el panadero.

Los investigadores intuyen que el responsable del asesinato de Pedro Rodríguez hará algún movimiento en falso que lo delatará. Ese error se comete a las primeras de cambio. Albert se equivoca al reconocer que cenó con Rosa cuando Pedro estaba desaparecido, cuando aún no se había encontrado su cadáver. Los Mossos sospechan que esa manifiesta tranquilidad podría estar relacionada con su implicación en la muerte.

La juez de instrucción de Vilanova autoriza la intervención telefónica, si

bien no se limita solo a la escucha de las conversaciones sino también a los posicionamientos de los móviles. Las nuevas tecnologías permiten ejecutar un procedimiento llamado triangulación que consiste en rastrear la señal de los móviles con los dos repetidores más próximos y así encontrar el punto exacto en el que se encuentra un teléfono y, por tanto, la persona que lo porta. En los tiempos que corren no es exagerado afirmar que cualquier persona siempre va acompañada de su teléfono móvil. Y en eso consiste este paso de la investigación: los agentes quieren conocer el lugar exacto donde se encontraban Albert, Rosa, Pedro y Rubén los días previos y posteriores al día 2, y por eso triangulan la señal de sus móviles. La juez dicta un auto en el que argumenta por qué las sospechas se ciernen sobre ellos.

> Las pesquisas policiales han conducido a Rosa Peral, pareja de Pedro Rodríguez, quien en su declaración ha manifestado que el día 2 de mayo de 2017 tuvieron una discusión y que el Sr. Rodríguez abandonó el domicilio, siendo la última comunicación mantenida con él vía WhatsApp a las 21:50 horas.
>
> En su declaración, la Sra. Peral destaca los problemas tanto personales como laborales que ambos estaban atravesando, así como la mala relación de Pedro con su exmarido Rubén. Por las diversas declaraciones recogidas, al parecer la Sra. Peral durante un tiempo habría mantenido, simultáneamente, una relación a tres bandas con su marido, Rubén, su actual pareja, Pedro Rodríguez, y un compañero de trabajo, Albert López.
>
> Tanto la Sra. Peral como el Sr. López destacan el carácter celoso del Sr. Rodríguez, incluso este último precisa que le revisaba las conversaciones telefónicas y que a veces le borraba los contactos. Precisamente por eso sorprende que el miércoles el Sr. López estuviese cenando en casa de la Sra. Peral, e incluso que se quedase a dormir, extremos estos no puestos de manifiesto por la Sra. Peral.

Igualmente desconcierta el hecho de que habiendo desaparecido Pedro el martes después de comer, transcurran el miércoles y el jueves sin que por parte de su pareja se ponga esa desaparición en conocimiento de nadie, cuando según la misma, este estaba yendo al psicólogo y tomando medicación. De hecho, según los *whatsapps* aportados por Rosa Peral, la última vez que Pedro se conectó fue el martes 2 de mayo a las 21:50 horas, y a partir de ese momento su teléfono permaneció apagado.

Todas las contradicciones puestas de manifiesto hacen que resulte necesario e imprescindible conocer los posicionamientos de los teléfonos de todos los implicados.

Xavier Esplugas es un hombre que regenta el taller mecánico donde Pedro solía reparar el coche. Este le debía cuarenta y cuatro euros del último servicio. El 2 de mayo a las 9:20 horas le manda un mensaje para recordárselo. A las 10:08 horas, Pedro responde: «Perdona, ¿te viene bien que te lo dé mañana?». Al momento, el mecánico replica: «Cuando puedas, no hay prisa».

A mediodía, Pedro recibe dos llamadas consecutivas de Ignacio, un colega de la Guardia Urbana, a las 12:25 y a las 12:26 h. No responde a ninguna. A la tercera, Rosa coge el teléfono: «Ignacio, disculpa, Pedro está en el lavabo y no se puede poner». Más tarde, cuando el hombre intenta devolverle la llamada, no se oye nada. Al final, la conversación queda zanjada cuando Pedro se disculpa mediante un *whatsapp* alegando que su teléfono está averiado y no se oye bien. A las 19:26 horas, Pedro manda un correo electrónico a su exmujer, Patricia, para decirle que al día siguiente no podrá ir a recoger a su hijo tal y como habían quedado.

> Me ha surgido un imprevisto. ¿Te importa cambiar mañana por el jueves o el viernes, si te va mal?

Cuando Patricia lee el mensaje al día siguiente se enfurece y le contesta indignada.

> ¿Por qué debo cambiar yo siempre los planes para adaptarme a los tuyos?

En ese mensaje, sin embargo, hay algo extraño. Pedro no suele ser tan educado. Es siempre más tajante. A las 19:36 horas, el mecánico Xavier Esplugas recibe un *whatsapp* de Pedro en el que le dice si le puede dejar el dinero hoy.

> ¿Te viene bien que cuando acabemos de cenar pase y te lo deje en el buzón si ya es muy tarde?

Pedro nunca le había pagado en el buzón y solía hacerlo dándole el dinero en mano. A las 19:33 horas, Rosa Peral llama a Pedro Rodríguez. Es el día en el que, según dijo ella, habían discutido y él se había marchado. La mujer le telefonea para saber dónde está. A las 21:30 horas, Pedro le escribe un mensaje de móvil.

Cosita, no te enfades, sabes que no te quiero contar para no implicarte en mis cosas. Sabes que cuando me enfado no digo lo que pienso... y el otro día me pasé igual que hoy, pero yo no soy así.

Y a las 21:49 horas, Pedro le manda un último mensaje:

Amor, apago que no quiero que me esté vibrando el móvil.

Esta es la recopilación de toda la actividad del móvil de Pedro Rodríguez y, por tanto, esos fueron sus últimos movimientos antes de que su cuerpo se consumiera en el pantano de Foix. Pero hay algo que no encaja. La única persona que ve, habla e interactúa con Pedro el 2 de mayo es su novia Rosa Peral. Se marchó al mediodía antes de comer, según dijo ante los Mossos. La otra persona que lo vio fue el padre de Rosa. Lo saludó antes de comer en el jardín de la casa. Aquel día, Pedro solo se pronuncia a través de mensajes escritos. Nadie logra ponerse en contacto con él. Nadie más lo ve. Tampoco responde a ninguna llamada de voz.

Pero hay un detalle de la investigación que cobra especial relevancia. El rastreo de la señal de los móviles consigue determinar la ubicación exacta. Los *smartphones* se abastecen de la cobertura y el tráfico de datos que se canaliza a través de los repetidores. Por sí solos, los móviles generan actividad: las aplicaciones se actualizan, llegan mensajes de publicidad, *whatsapps* de los grupos de amigos... Todo ello queda registrado en unas coordenadas del repetidor que suministra la cobertura. Cuando el tráfico de datos no queda registrado desde un repetidor significa que el móvil está conectado a una red wifi. El móvil de Pedro no registró actividad durante todo el día 2, lo cual quiere decir que estuvo conectado al wifi del salón, e implica que no salió de casa. Las explicaciones de Rosa en las que aseguró que Pedro fue por la mañana a hacer la declaración de la renta, que luego volvió, discutieron y se marchó, quedan desbaratadas. Rosa miente.

Llegados a este punto, los Mossos retroceden en el tiempo. Buscan cuándo fue la última actividad que registró el móvil de Pedro Rodríguez. Descubren que fue el día anterior, el lunes 1 de mayo. Como explicó el padre de Rosa, aquel día lo pasaron todos juntos en familia en el apartamento que tenía Pedro en una urbanización de Roda de Berà. Regresaron sobre las 20:30 horas a sus casas. La última actividad del móvil de Pedro fue a las 20:38 horas. Esa es la hora a la que entró en la casa de la que ya nunca saldría.

El análisis policial debía centrarse en el día 1. Pedro llegó a las 20:38

horas a su casa junto a Rosa Peral. En aquel chalet estaban también las hijas de la mujer. El móvil de Pedro dejó de registrar tráfico de datos. No recibió llamadas, *whatsapps* ni nada, y además quedó conectado al wifi. Sin embargo, el de Rosa sí registró actividad.

Los móviles de Rosa y Albert

A las 22 horas, Rosa realizó dos llamadas a un número que a los policías les es familiar. Los investigadores comprueban que efectivamente consta en su base de datos. Sus sospechas se van confirmando. Era el móvil de Albert López. La primera llamada de Rosa fue infructuosa. Albert no descolgó. Sin embargo, ella insistió una segunda vez y esta sí obtuvo respuesta. La conversación duró cuatro minutos. Nadie, aparte de ellos dos, sabe qué se dijeron durante ese tiempo.

Los Mossos se concentran en revisar dónde se encontraba Albert. El agente de la Guardia Urbana estaba en su casa en Badalona. De pronto, revisando la señal de su móvil, perciben movimiento. A las dos de la madrugada del 2 de mayo, Albert se dirige hacia Cubelles. Llega a casa de Rosa sobre las tres. Permanecerá en el chalet hasta las 10:08 horas de la mañana. Ya no cabe ninguna duda de que las últimas personas que vieron a Pedro con vida fueron Albert López y Rosa Peral. La señal de sus móviles los situaba en la casa, junto a Pedro, algo que ellos han ocultado a la policía. Fue la noche anterior a que su cuerpo apareciera en el pantano. En ese lapso se produjo el crimen. Desde las 20:38 horas, en que Pedro entró en su casa, hasta que Albert López salió a las 10:08 horas de la mañana, las únicas personas que había en el chalet eran Rosa y su exnovio. Al día siguiente ya nadie más vio a Pedro con vida. Con la única excepción del padre de Rosa.

Después de que Albert se marchara de la casa, se produjo el mensaje del mecánico. Y las dos llamadas del amigo de Pedro a las que siempre respondió por escrito. Aquellos mensajes no registraban actividad, lo que significa que Pedro seguía estando en casa. Nunca se marchó a hacer la declaración de la renta. Pero además hay un dato muy significativo. El mensaje que envía Pedro a Rosa diciéndole «cosita, no te enfades sabes que no te quiero contar para no implicarte en mis cosas» tampoco registra flujo de datos. Estaba conectado al wifi. Aunque pretendían simular que Pedro se había ido, la señal de su móvil indica que seguía en su casa. Alguien se estaba haciendo pasar por él, manipulando su móvil, escribiendo esos

mensajes, y la única persona que estaba en casa a esa hora era Rosa Peral. Eso significaba que los últimos mensajes que se intercambiaron los escribió ella con un móvil al lado del otro.

Lo que también descubren los investigadores mediante el rastreo de la señal de los móviles es que Albert López volvió dos veces más a casa de Rosa después del crimen el día 2 de mayo, el día que se quema el vehículo. Una por la mañana y otra por la tarde. Llegó a las 13:50 horas, a la hora de comer, y se marchó a Badalona a las 16:20 horas. Luego volvió a Cubelles a las 20:22 horas. Media hora más tarde, a las 20:58 horas, la señal del móvil de Albert López se desvanece. No hay tráfico de datos. Apaga el móvil. Su teléfono volverá a encenderse a las 00:09 horas, pero ya situado bajo la cobertura de Badalona, una vez ha vuelto a casa.

En el caso de Rosa Peral, su teléfono no se movió del chalet desde las 21:03 horas hasta las 23:03, porque la señal indica que estaba conectado al wifi. Dejó el teléfono en casa. En este periodo de tiempo, se quemó el cadáver de Pedro en el pantano de Foix.

Los investigadores todavía reciben una última bocanada de información novedosa. Detectan que el móvil de Pedro Rodríguez emitía señal a las 21:48 horas, lo que significa que salió de su casa. La señal lo sitúa en una urbanización cercana a La Bisbal del Penedès, justo en el lugar donde vive Rubén, el exmarido de Rosa. Desde ahí, el móvil de Pedro envía el siguiente mensaje a Rosa: «Amor, apago que no quiero que me esté vibrando el móvil». En ese momento, Pedro ya está muerto, lo cual quiere decir que Rosa y Albert lo manipularon sabiendo que los Mossos le seguirían el rastro. Al fin y al cabo, ellos también eran policías y trataron de despistar. A las 23:34 horas, Rosa respondía a Pedro:

> ¡Joder! Estaba durmiendo a las niñas. Déjate de tonterías. Entiendo que al no decirme nada es que el finde no vamos a la torre, ¿no? Ya sé que no te gusta que te agobie pero, joder, podrías decirme algo al menos que no sé si me has bloqueado o es que has cambiado de número para que no te agobie. Si quieres hablar o quieres volver por lo menos contesta, no te tienes que rayar tanto por lo de Rubén y dejarme así por una mierda de pelea, ya te dije que entiendo todo lo que estás pasando y sé que estando bien no me habrías hablado así ni hecho lo que hiciste, pero como tu dices: después de la tormenta siempre viene la calma. Y no va contigo huir de todo por muy agobiado o enfadado que estés. Llámame y explícame al menos. Creo que me merezco una explicación. Por favor. Amor. No me tengas así. Te echo de menos.

Incriminando a Rubén, el exmarido

Rosa mandó ese mensaje después de llegar del pantano a su casa, donde había dejado el móvil. ¿Y por qué fueron a La Bisbal? La respuesta cae por su propio peso. Querían incriminar a Rubén. Ya incluso este último mensaje falso que manda Rosa a Pedro pretende ser una maniobra de distracción a los investigadores para inculpar al exmarido. Su novio ya no podrá leerlo y solo pretende con ello que los Mossos vean el nombre de Rubén y aten cabos con los encontronazos previos que este mantuvo con Pedro. En este caso, llevando el móvil hacia la urbanización donde vivía Rubén, querían simular que Pedro había ido a buscar al exmarido para ajustar las cuentas, para hacerle pagar todo el sufrimiento que infligía a su novia en la batalla por la custodia de las niñas.

De hecho, los agentes revisan sus notas y se topan con las insinuaciones de Rosa y Albert en las que apuntaban a Rubén y lo relacionaban con las disputas judiciales que mantenía con Pedro. En el primer interrogatorio, Rosa en ningún momento comentó que Albert la hubiera ido a visitar a su casa pero, en cambio, sí destacó los conflictos judiciales de Pedro con su exmarido. Era una manera sutil de señalarlo. Y el último mensaje seguía la misma táctica: apuntar hacia Rubén.

Al revisar sus anotaciones, los Mossos comprueban que Albert también actuó igual. En el interrogatorio les contó a los agentes que «Rosa temía que Pedro pudiera haber ido a buscar a Rubén, con quien mantenía una disputa constante e incluso denuncias cruzadas». Todo empezaba a encajar. Solo faltaba comprobar un último elemento: ¿dónde estaba Rubén? Por suerte para él, ese día justo a las 21 horas estaba en el gimnasio, como ratificaba la señal de su móvil.

Rosa y Albert, sospechosos

Con toda esta información, los Mossos logran cercar a los dos principales sospechosos del crimen: Rosa Peral y Albert López. Ya los tienen, pero quieren esperar unos días para ver sus movimientos y saber si alguno de los dos da un paso en falso. Se guardan la baza del padre de Rosa. No entienden qué papel pudo jugar. Para saber el grado de implicación de los sospechosos hay una última pregunta que formularse: ¿quién sabía que Rubén vivía en La Bisbal? En plena ofensiva por la custodia de sus hijas, Rosa había contratado a un detective meses atrás para saber dónde vivía su exmarido, y este lo acabó localizando en una urbanización de esa localidad. Precisamente la urbanización desde la que Rosa y Albert mandaron el

último mensaje desde el móvil de Pedro haciéndose pasar por él.

16

LA AUTOPSIA

El cadáver de Pedro Rodríguez, o lo que queda de él, es trasladado al Instituto de Medicina Legal y Ciencias Forenses de Cataluña. Allí, un equipo analiza los pocos restos que salieron indemnes de la quema. Es un trabajo muy complicado que podría arrojar resultados no del todo concluyentes. La mayoría del cuerpo quedó calcinado, el fuego arrasó con todo y los huesos que se salvaron están muy maltrechos. El análisis se centra en dos fragmentos, uno de la columna y la parte posterior de la parrilla costal, y otro de parte de la cabeza. El equipo forense que participó en el levantamiento del cadáver también recolectó pequeños fragmentos de hueso que se encontraron desparramados por el maletero. Pedro Rodríguez, un hombre corpulento, de voluminosos músculos y cuerpo escultural, había quedado reducido a veintiún pedazos. Los forenses ya avisan de que la tarea que tienen por delante será ardua.

Los especialistas pasan días escudriñando el cuerpo, analizando aquellas piezas ennegrecidas cuando no carbonizadas. La literatura forense indica que cuando un cuerpo arde, el cráneo, el tórax y el abdomen estallan. En el caso de Pedro, la cabeza explotó, y por eso se encontraron una parte del cráneo abierto y pequeños fragmentos esparcidos como una estatuilla de porcelana rota en pedazos. Las consecuencias de la acción del fuego son conocidas. El cuerpo se consume, se contrae y se empequeñece. Las partes más blandas, como los brazos y las piernas, también desaparecen. Esta fue unas las primeras observaciones al analizar el conjunto óseo de Pedro. Se logró recuperar parte de la columna vertebral, un diente, varios huesos calcinados, cinco tornillos de la prótesis lumbar que le fue implantada a la víctima, un par de trozos carbonizados que no se sabía a qué parte del

cuerpo correspondían, costillas churruscadas, una parte del cráneo abierto y dos empastes dentales.

Los forenses se sumergen en las pistas corporales de las que disponen. Deben recrear lo ocurrido a partir de las lesiones que encuentran, recomponer la melodía del crimen a partir de unas pocas notas. Para dar cuenta de lo dañado que está el cadáver, los forenses anotan que no podrán llegar a determinar ni el sexo de la víctima. Por suerte, con el número de serie de las prótesis de espalda se puede identificar a Pedro Rodríguez.

El cuerpo estaba amputado, pero los especialistas lo achacan a la virulencia del fuego. Sin embargo, hay dos partes que arrojan una pista. En las cervicales se aprecia una lesión, en concreto una fractura de las astas del cartílago tiroides. Los especialistas se centran en ese punto. Lo más importante es determinar si esa rotura fue producida antes de la muerte y, por tanto, si podría ser la causa, o bien si, como ocurrió con otras partes del cuerpo, también estalló por culpa del calor extremo. Es preciso determinar si la lesión fue *ante mortem* o *post mortem*. Con una lupa, se aproximan para observar con detenimiento la lesión. En la parte derecha, la rotura es más evidente y parece haber sido producida cuando Pedro todavía estaba vivo.

Causa de la muerte: posible estrangulación

En el informe se indica que es susceptible de compresión vital del cuello. Dicho de otro modo, las astas del cuello se rompieron de forma manual. Pedro fue estrangulado. La conclusión que arroja el estudio es que «el mecanismo utilizado» como causa de la muerte del agente de la Guardia Urbana es una posible estrangulación manual. Sin embargo, reiterando la dificultad de elaborar un examen preciso, los forenses no quieren darlo por definitivo. Hablan del estrangulamiento como una causa posible, pero no como certeza. La posibilidad de que Pedro muriera estrangulado es real, y a pesar de ello no pueden confirmarlo puesto que carecen de casi todo el cuerpo, engullido por el fuego. El análisis forense llega a la conclusión a partir de los elementos con los que cuenta. La melodía sobre cómo se produjo el crimen parece completada, aunque sin convencer del todo a los especialistas, a quienes les hubiera gustado contar con muchas más notas de una partitura que se desvaneció entre las llamas.

17

UN TRIÁNGULO DE HOMBRES FRÁGILES

Casi un año antes de que se cometa el crimen, en junio de 2016, Rosa Peral empieza a fijarse en Pedro. Hablan, flirtean, se gustan, se miran. Pedro está casado y ella también. Se lanzan disimuladamente guiños cariñosos. El novio de Rosa, Albert, anda por comisaría y tienen que ser precavidos. No obstante, ese comportamiento adolescente no pasa desapercibido para las parejas de ambos. Patricia, la *mossa d'esquadra* esposa de Pedro, pregunta a Darío, su compañero también suspendido, sobre una tal Rosa. Sospecha que le está rondando y no le gusta. Pedro y ella tienen un hijo de apenas un año.

Albert López sigue convencido de que únicamente comparte a Rosa con su marido, Rubén. Con nadie más. Su tranquilidad solo se ve perturbada cuando descubre con sorpresa un mensaje de Pedro en el móvil de Rosa. Su novia vive de forma permanente con la mirada pegada a su teléfono móvil. Reduce al máximo la luminosidad de la pantalla para que nadie sepa con quién está hablando. Así es como orquesta sus encuentros y logra organizar sus aventuras sin levantar sospechas.

Albert, ya con la mosca detrás de la oreja, exhibe su contrariedad con Pedro un día en que participan en el mismo dispositivo. Dos patrullas de guardias urbanos desplegados en las fiestas del barrio de Gràcia, que se celebran a principios de agosto, se citan durante una pausa para tomar un café en un restaurante de la Rabassada. Aquel día, Albert, Rosa y Ángel trabajan juntos. En la otra patrulla van Pedro y Darío. Después de aparcar las motos, y ya sentados a la mesa, se percatan de que Albert no se ha presentado. Ángel le pregunta a Rosa que dónde está y ella le replica que

no ha venido porque no le gusta demasiado Pedro.

Rosa fija sus ojos en Pedro

Cuando acaban el café, Ángel, que también es amigo de Pedro, sigue su estela con la moto para dirigirse al punto de control que tiene asignado en las fiestas de Gràcia. Pasadas unas horas, Rosa se le acerca y con mucho secretismo le cuenta que Pedro le gusta y le pide ayuda para saber si el sentimiento es recíproco. El comentario solo pretende involucrar a Ángel cuando la relación con Pedro da los primeros pasos. Quiere que la guíe y la ayude a escoger entre Pedro y Albert puesto que sabe que ambos son amigos suyos. Ángel, alérgico a la intromisión, afronta aquel juego de quinceañeros como una pesada losa.

—Primero tendrías que dejar una relación y luego empezar otra.

—Tú pregúntale a Pedro, va, pregúntaselo —insiste Rosa con una actitud adolescente.

Cuando la nueva vida de Pedro apenas está asomando, dejando atrás su vida familiar y con la esperanza de culminar aquella impulsiva atracción hacia Rosa, la tensión estalla en la agresión de la Rabassada, que le acarrea la suspensión de empleo y sueldo durante al menos un año. Es en este punto cuando Rosa se vuelca, despliega sus alas para acoger a Pedro y ayudarle a alzar el vuelo. Sus amigos, preocupados por su estado anímico, se interesan por él y le ofrecen ayuda. Algunos incluso organizan una colecta para que pueda sufragar los costes del procedimiento penal y del abogado. Ángel se ofrece a pagárselo todo, pero Pedro lo rechaza. Vive en una contradicción. Se siente devastado por las consecuencias de aquella terrible actuación, pero al mismo tiempo está exultante por el apoyo que le brinda Rosa. Lo vive en silencio, como si la Rabassada hubiera servido de excusa para acercarse a ella. En una conversación, Pedro se lo insinúa a Ángel sin nombrarla directamente.

En ese momento, Pedro es un hombre frágil bajo una apariencia de fortaleza, aturdido por la ruptura matrimonial y la separación de su hijo, hundido por la suspensión de empleo y sueldo, renqueante debido a la operación de espalda en la que le han sustituido las prótesis, pero al mismo tiempo ilusionado por la conexión que experimenta con Rosa.

Llega septiembre de 2016. El crimen se producirá ocho meses después. Pedro se aferra a Rosa y la mujer empieza a sopesar la posibilidad de que quizá sea él el elegido, después de que Albert no le garantice el futuro

familiar que desea. Un grupo de guardias urbanos organiza una salida con las motos para comprar lotería en Sort, municipio leridano que vio un filón en el atractivo de su nombre, que significa suerte en catalán, para vender boletos para el sorteo de Navidad. La ruta consiste en circular doscientos treinta kilómetros que culminarán con una comida en un restaurante. Está previsto que Albert y Rosa también acudan, pero la mujer se pierde por el camino. «¿Va a venir Rosa?», le preguntan a Albert. «Se ha dado media vuelta pero no sabemos por qué.» A la vuelta, el novio de Rosa encuentra aparcada en el arcén una moto BMW de color blanco. La mayoría de los guardias ya saben de quién es. La tenían vista en comisaría. Albert también la conoce. Es la moto de Pedro Rodríguez. Desde entonces, Albert López sentirá que su relación con Rosa está seriamente amenazada por la aparición en escena de un nuevo satélite en la órbita de su novia.

Una relación con tres hombres

Lo que desconoce es que Rosa mantiene una relación con tres hombres a la vez. Pedro se esconde tanto del marido de Rosa, Rubén, como de su amante, Albert. Es el tercer invitado a la fiesta, pero no le importa. Está ilusionado, irradia una felicidad que hasta entonces había mantenido soterrada. Tira por la borda los años de relación con Patricia y se centra en conquistar a Rosa. Sabe que está con Albert, que debe mantenerse al margen y esperar a ver cómo evolucionan los hechos. Aun así, Pedro no se conforma con esperar su turno, sino que analiza si de las citas que mantiene en público con Albert se desprende alguna pista que indique que su relación está a punto de terminarse. No los sigue, pero pide a los amigos que van con la pareja que le pasen un informe sobre cada velada.

Una noche hay una cena. Como invitados figuran Albert y Rosa; también Ángel. Pedro insiste en que vaya y le informe del comportamiento de la pareja. Al día siguiente, con una actitud adolescente, pide conocer todos los detalles. Su amigo le dice que se olvide de ella, que es la novia de Albert.

La relación entre Rosa y Pedro toma una velocidad de vértigo. El suspendido por el incidente de la Rabassada se vuelca en forjar una relación duradera. Es lo único que alimenta su ilusión ante una vida que se ha desmoronado. Pedro tiene ganas de compartir su felicidad, pero no puede levantar sospechas por temor a que Albert se entere. El único al que hace partícipe de su idilio es Darío, su compañero de patrulla, que también

está suspendido de empleo y sueldo. A principios de septiembre, salen en moto los tres juntos, Darío, Pedro y Rosa. El enclave por el que discurren es el pantano de Foix. Darío recuerda que la pareja tenía ganas de exhibir su felicidad sin reprimirse. Como si llevaran mucho tiempo queriendo exteriorizar su amor con la libertad que todavía coartaba la presencia de Albert y Rubén en la vida de Rosa. Delante de Darío se dan el primer beso en público, en concreto en el pantano de Foix, un lugar que conjuga la cuadratura del círculo, el inicio y el fin, la felicidad de un enamoramiento fulgurante que culminará allí siete meses más tarde cuando el cuerpo de Pedro se consuma entre las llamas.

Hay que destacar la atracción que siente Rosa por los hombres frágiles. Hombres duros, rocosos, pero con una extrema debilidad interior en contraposición con su propio carácter manipulador y retorcido. Rubén es un hombre bueno y un padrazo que carece del ímpetu para enfrentarse a Rosa por miedo a perder a sus hijas. Es capaz de pasar dieciocho años digiriendo los rumores sobre las aventuras extraconyugales de su esposa con un sentimiento sepultado hasta que finalmente logra sobreponerse y enfrentarse a ella para poner fin al matrimonio. Es a partir de entonces cuando emergerán los problemas con Rosa que mientras mantuvo una actitud dialogante no se produjeron, denuncias y mil obstáculos para acordar el nuevo régimen de visitas a sus hijas.

En el caso de Albert, su apariencia mastodóntica es el disfraz de una personalidad también frágil. Es tímido y noble. No tiene las agallas para enfrentarse a Pedro ni a Rosa, pero apuesta por hacerle ver a la mujer que puede cambiar. Cuando ve peligrar su relación, Albert se somete a una intervención de injerto de cabello para solventar las zonas despobladas de su coronilla. Necesita ganar autoestima. Cree que así logrará reforzar su noviazgo con Rosa y reconquistarla. En su portal de Facebook y en su WhatsApp incorpora como foto de perfil una fotografía del cómic de Lobezno, el hombre lobo de Marvel. Albert se inspira en el hombre lobo, con más pelo y con el coraje suficiente para darle un vuelco a la situación y volver a tener a Rosa. Aunque tal vez con ese nuevo *look* lo único que pretende es asemejarse a Pedro. Después del injerto de pelo se deja barba, igual que el amante de Rosa. Y por último, se compra la misma moto. Pedro tiene una BMW blanca. Él se compra la misma, pero de color negro. Su apariencia física es similar. No excesivamente altos y muy fuertes. Uno hace *kick-boxing*; el otro, halterofilia. Son dos bestias.

En el análisis de la situación que hace Albert, presupone que Pedro es

solo una amenaza y que no mantiene ninguna relación con Rosa. Lo que desconoce es que la aventura ya da sus primeros pasos y que le imprimen una velocidad mucho mayor a la que él le ha dado en los cuatro años que ha salido con la mujer. Habiendo ganado autoestima con el nuevo pelo, la nueva barba y la nueva moto, la relación con Rosa prosigue. Asisten a cenas con compañeros de trabajo e incluso a finales de año van juntos a la cena de Navidad de la Guardia Urbana. Rosa actúa con total normalidad con su novio ocultando que ya sale con Pedro, que su relación transcurre a una velocidad endiablada y que incluso se sentará en la mesa de Fin de Año con la familia Peral. Albert no sabe nada de eso y sigue pensando que Rosa sigue ahí. Por su parte, Pedro también desconoce que su novia no ha roto con Albert. Los dos viven engañados.

Mientras tanto, Rosa busca aliados en todos los frentes. Son amigos de sus parejas que le sirven para saber en qué estado anímico se encuentran y también el medio para vehicular sus quejas de forma indirecta. Se nutre de confidentes e intermediarios. En todas las relaciones lo hace. En el caso de Albert, emplea a Ángel para que le haga llegar las quejas. Cuando empieza a salir con Pedro, Ángel no quiere entrometerse porque también es amigo suyo y ya está cansado de los juegos adolescentes de Rosa. Pero la mujer quiere saber su opinión. En el fondo tiene dudas. Rosa exhibe ante Pedro un enamoramiento desbocado, aunque en realidad está sumergida en un mar de interrogantes.

—Ángel, ¿tú me ves futuro con Albert?

—No.

—¿Y con Pedro?

—Tampoco.

—¿Por qué?

—Porque no sé lo que quieres.

18

ESTALLIDO

ENERO DE 2017

Enero es el mes del cambio. El principio de la caída vertiginosa hacia el abismo. Faltan cinco meses para que Pedro Rodríguez sea asesinado. Después de ser encumbrado como nuevo miembro de la familia Peral ocupando el lugar de Rubén en la cena de Fin de Año, el hombre decide mudarse a Cubelles para vivir con Rosa. No tiene nada más y lo apuesta todo a esa carta. Hacen planes de futuro. A los pocos días ya preparan la habitación del piso de abajo para que sea uno de los espacios de Pedro. Compran un sofá que dejarán sin montar hasta pocos días antes del crimen y con el tiempo pintarán la pared de color naranja, aunque la dejarán a medias.

En esa época de cambios, Pedro resurge de su abatimiento rutinario por culpa de la suspensión como policía solo cuando está con Rosa. Es la gasolina de su motor, el engranaje con el que espera empezar a transitar hacia la felicidad plena. Pedro está en la fase de pleno enamoramiento, esa época vital en la que todo parece al alcance de la mano y en la que se banalizan los inconvenientes y se relativiza la envidia insana que sienten los enemigos ante la satisfacción ajena. De los tres pretendientes en liza, Pedro ha vencido. Se siente ganador porque ha logrado conquistar a Rosa y arrebatársela a Albert. O eso cree él.

«MI REINA»

En el caso del exmarido, Rubén ya no forma parte de la ecuación. Él mismo

abandonó la casa en la que Pedro pasa ahora la mayor parte del tiempo. Este eleva a Rosa a los altares. En su teléfono móvil tiene su contacto guardado como «Mi reina». La mezcla de ilusión, enamoramiento y atracción sexual le empuja a adoptar un comportamiento voraz. Lo quiere todo y cuanto antes, mejor. Quizá por aquella necesidad de apropiarse de Rosa, que antes de llegar él era una mujer para dos hombres, la quiere monopolizar. Quiere que sea solo para él, y para ello necesita poner un cerco a su alrededor con planes de futuro.

A mediados de enero, Pedro organiza una cena con su nueva novia y se tira a la piscina. No quiere esconderse más y quiere proclamar su amor. Ya viven juntos. ¿Por qué esperar más?

—Rosa, ¿te quieres casar conmigo? —Pedro lanza la proposición mientras se saca un anillo del bolsillo.

Ella se sorprende, pero acepta la propuesta, abrumada por el detalle.

—Claro que sí, amor mío.

Llevan juntos unos pocos meses, un noviazgo que solo conoce su entorno. Viven bajo el mismo techo desde hace tan solo dos semanas. La pareja quema etapas a una velocidad inusitada en otras parejas. El enamoramiento, la búsqueda de un espacio compartido, el matrimonio como apuesta de futuro e incluso la paternidad. Todo ello ya se lo plantean de inicio.

—Cielo, te echo de menos, cosita.

—Y yo, mi vida —responde Rosa.

—No paro de ver tu cara, de cómo me mirabas ayer y cómo hablabas de mí. Te quiero tanto.

—¿Cómo te miraba?

—Me mirabas superenamorada y sonriente. Me llenas de vida.

—Es que lo estoy —confirma Rosa.

—Me das fuerzas para poder con todo.

—Mi niño —le dice a Pedro con cariño.

—Y más al ver que me quieres y estás orgullosa de mí. Y enamorada. ¿Qué más puedo pedir?

—Es que lo estoy.

—Mujerón que tengo y loquita por mí.

—Mi niño.

—Mi vida… es que lo eres todo. Y cómo me has hecho cambiar —responde Pedro.

—¿Yo?

—Lo que parecía al principio y lo que somos ahora. Sí, amor, tú... Estoy orgulloso de cómo eres, de todo lo que haces, de lo que llevas, de lo increíble que eres.

—¿Y qué somos ahora? —inquiere Rosa con curiosidad.

—Ahora somos uno, cielo. Para todo. Y al principio no sabía cómo saldría esto. Y de golpe liados hasta arriba. Jajaja. Me encanta.

—Jajaja.

—Y si llega el bebé, imagínate —dice Pedro deseoso.

—Pues sí.

—¿Ves, amor? Estoy hablando contigo y estoy sonriendo. Tú haces eso. Por eso me rompo el culo por arreglar lo que sea y que me sonrías siempre. Porque eso hace que nada me pare. Me das buen rollo y energía.

—Gracias, amor.

Pese a las encendidas declaraciones de amor, la pareja sufrirá un percance a las primeras de cambio.

Albert López pensaba que seguía manteniendo una relación con Rosa y que Pedro representaba solo una amenaza. Esta es la única manera de interpretar el comentario que pronunció en la comida en casa de Irene, la amiga de Rosa, en la que se presentó después de que se marchara Pedro. Allí le dijo «ahora me toca a mí». El que fue su novio durante cuatro años, el hombre que compartió a Rosa con su exmarido, reclamaba ser el primero de la lista una vez se había separado. De hecho, la propia presencia de Albert en aquella comida con los amigos de Rosa solo se explica porque la mujer lo llama y lo invita a ir, pues él no conocía a nadie más en esa reunión. Rosa aprovecha la marcha de Pedro para llamar a Albert. Aunque la actitud que muestra ante Pedro rebosa ilusión y grandes expectativas futuras, en realidad Rosa alberga muchas dudas. Del análisis de sus conversaciones se infiere que no sabe con quién quedarse. O Albert o Pedro. O quizá la mujer lo quiere todo y prefiere seguir con los dos. Si Pedro ejerce ahora el papel que durante mucho tiempo ha desempeñado Rubén, ella puede seguir con Albert. Pedro en el papel de padre de familia y Albert de nuevo como su amante.

Lo cierto es que Rosa nunca corta del todo con Albert. Todo lo contrario. Sigue contando con él, quiere tenerlo a tiro cuando a ella le plazca. Nunca le informa de que Pedro ya vive con ella en su chalet, que es el nuevo padre de familia al que invita a la cena de Fin de Año. Cuando Albert se compra la moto BMW de color negro igual que la de Pedro, conduce hasta Cubelles para enseñársela a Rosa. Su sorpresa es que al

llegar encuentra una BMW blanca aparcada en la entrada y no tiene ninguna duda de a quién pertenece.

—Pero ¿esto qué es? —exclama ante Rosa.

—No es lo que parece, Albert.

—Pues si quieres, me invitas a entrar, nos tomamos un café los tres y me contáis de qué va esto —le reprocha con sorna.

Los nervios se apoderan de Rosa, que no sabe cómo reaccionar. Albert se da media vuelta y se marcha enfurecido. Bloquea su contacto en el WhatsApp y trata de cortar cualquier contacto con ella. Sin embargo, ella no se da por vencida y le manda correos suplicando su atención. Hay una batería de mensajes en los que Rosa solo escribe tres palabras: «Llámame, llámame, llámame». Albert finalmente responde.

—¿Qué coño te pasa? —le pregunta Rosa. Hace dos días que Pedro vive en su casa.

—Puta. No me vuelvas a hablar en tu vida —le responde Albert.

—¿Por qué te comportas así? Qué asco que seas así.

—Porque eres una puta que has estado quedando con ese payaso y mintiendo. Quiero las llaves de mi casa.

—No te flipes porque con él no he quedado. Le pité y le dije que parara porque me había enterado de que los han absuelto por lo de la Rabassada, y seguiré hablando con él cada vez que lo vea porque no me ha hecho nada el chaval.

Rosa se refiere a Pedro como «el chaval», como si fuera un conocido al que solo saluda para interesarse por su situación laboral. Oculta que es su novio y que ya viven juntos.

—¿Por qué quedas con ese cerdo? Yo te he respetado siempre. Me has matado viéndote ayer con él, eso me confirma que sí volvisteis de Sort juntos. Me siento engañado y sucio.

—No quedé con él en Sort ni quedé ayer con él. Le pité y estuve hablando, me dijo de hacer un café, pero le dije que tenía prisa, y solo paré y le pregunté cómo lo llevaba todo. No fui a Sort con él, no te *emparanoies*, por favor. No me apartes porque me haces daño, sabes que estoy en un mal momento. Eres mi apoyo. No te he engañado, no me apartes, anda. Me haces daño y sabes lo que estoy pasando con Rubén y la abogada con la mierda de la custodia.

Rosa reitera que no quiere quedar arrinconada en la vida de Albert. Y este le recrimina que haya abierto la puerta a Pedro hasta que el hombre se ha acabado enamorando de ella. La mujer lo niega y sigue escondiendo que

ya es su pareja.

«Eres una puta»

Parece que Albert logra calmarse y contiene los exabruptos que profiere contra Rosa. Pasan los días hasta que se entera de que Pedro y Rosa no solo son pareja, sino que viven juntos. Se siente engañado. El exnovio es todo furia. Conduce una hora con su coche BMW rojo desde Badalona hasta casa de Rosa. Quiere comprobarlo. Desde fuera grita exaltado: «Eres una puta, cómo puedes hacerme esto. Eres una puta hija de puta. Le voy a decir a todo el mundo lo puta que eres».

Pedro oye los gritos desde el interior de la casa. Ni Rosa ni él salen. Pedro no se lo puede creer. Contiene la rabia. Él, un hombre chulesco capaz de enfrentarse a quien sea, considera que la mejor manera de actuar en ese momento es dejar que Albert se desahogue gritando como un loco desde el exterior del chalet. Por la noche se lo comenta a su amigo Darío.

—Hoy se ha presentado el retrasado del Albert en casa de Rosa y ha empezado a insultarla. Casi salgo y le abro la cabeza.

—¿Para qué? Si antes no iba, ¿y ahora sí que va?

—Ha venido aquí desde Badalona para liársela.

—Qué retrasao.

—Sí, he flipado. Mañana vamos a denunciar a Mossos. Esto ya se ha ido de madre y estoy hasta la polla. Ya me he cansado de hacer de niño bueno. Y encima tragármelo todo. He flipado, macho. Y encima que vaya amenazando de que la va a poner de puta para arriba en el curro... Se le va a denunciar por calumnias e injurias y por acoso. Y como se le ocurra abrir la boca en el curro, seguiré para adelante. Estoy cansado de que la llamen asquerosa, puta, guarra y que se lo va decir a todo el mundo. Si vuelve a mi casa, él mismo —amenaza Pedro.

—Estará mal de la cabeza porque en teoría ya hace medio año que lo dejaron —subraya Darío.

La apreciación de este no es baladí. En realidad no hace medio año que lo dejaron, sino que su relación se rompe en aquellos dos episodios: cuando Albert va a su casa a enseñarle la moto y cuando regresa para comprobar con sus propios ojos si Rosa y Pedro viven juntos. Pese a que ha sido descubierta, Rosa no se rinde y le envía el siguiente correo a Albert:

> Te he querido muchísimo durante estos cinco años y no puedo hacer como tú y dejar de quererte de la noche a la mañana, estoy dándote tiempo, pero no sé estar así. Porfa,

déjame que hablemos, dime lo que quieras, pero déjame hablar, por favor, no siempre las cosas son como parecen.

Rosa sigue insistiendo pero Albert no contesta. Cree que si consigue hablar con él, lo podrá convencer. En esos momentos en los que su engaño ha salido a la luz cobra mayor sentido la definición que hizo de ella su exmarido: «Rosa se revuelve como un gato panza arriba». Y, en efecto, la mujer se resiste como una felina sin dar la batalla por perdida. Tiene siete vidas e infinidad de recursos para solventar las situaciones más controvertidas. Escribe de nuevo a Albert: «Tenías razón en que te echaría de menos, no sé si en algún momento me has echado de menos o simplemente has dejado de quererme o de sentir, pero necesito hablar, por favor».

Finalmente Albert responde:

Eres una puta. No sabes lo que me estás haciendo pasar. Te odio con todo mi corazón. Yo te amaba. Confié en ti y este ha sido el pago, ver tu cara con ese cerdo en tu casa no se me olvidará en la vida. Lo iba a dejar todo por irme a vivir contigo y con las niñas, y ahora he llorado la mayor traición de mi vida. Por favor, no me vuelvas a hablar en tu vida. Todos en la comisaría saben lo que me habéis hecho tú y ese cerdo. No me avergüenzo de ser un cornudo porque valgo más que vosotros. Me dais asco. Mira que había tíos en el mundo y te vas a escondidas con ese para que cada vez que lo vea en la comisaría recuerde la mierda que me siento. No lo he matado porque creo que no lo vales después de esto. Me dais asco y gracias por joderme la vida. Cada vez que lo vea por la comisaría sabré que se folla al amor de mi vida. Por favor, vete a la mierda tú y él, puta, seré señalado de por vida gracias a ti. Te odio, no sabes cuánto. Porque él es un cerdo pero tú le has permitido acercarse y tenerte. Qué asco me das, de verdad. Ni respondas, puta. Te escribo con lágrimas de impotencia, nunca jamás te perdonaré ni a ti ni a él. Y si algún día dejo de ser policía, me importa una mierda esta vida, recuerda. Esto no quedará así, te lo aseguro.

Albert López es un hombre profundamente herido. Sus comentarios así lo evidencian. Está tan afectado que amenaza incluso con acabar con la vida de Pedro. Profiere insultos gravísimos contra Rosa fruto de la ira. Pero ella evita darse por vencida y responde dándole coba de nuevo.

Pedro no me ha tenido ni me tendrá, no te equivoques. Solo tú me has tenido y solo tú me tendrás. Aunque no contestes seguiré aquí, estoy viviendo una mierda y aunque él estuviera en mi casa no pasó nada de lo que te imaginas. Aunque haya cosas que tenga que contarte, no tienen nada que ver con el sexo. Esperaré lo que haga falta, no tengo ganas de estar con nadie.

De nuevo, Rosa oculta que Pedro vive con ella. Y va más allá: alienta la esperanza de Albert.

Tómate el tiempo que haga falta. Además, tengo demasiados problemas con la familia como para centrarme en nada, aunque sí que me gustaría que habláramos, poder explicarte y que entendieras muchas cosas. Mientras tanto iré escribiéndote, no quiero molestarte, pero no tengo nadie más con quien hablar, ni quiero explicar mis penas a la gente.

Tenemos muchas cosas pendientes por hacer:

Ir a la nieve, que mi hija me pregunta y se lo prometiste.

Hacer la ruta 66, en breve saldrán las cautelares de la custodia y sabré disponer de mi tiempo.

Vivir juntos.

Toda una vida de comer en el japo y muchos más sitios por descubrir.

Ir a una isla a ponernos negros y no hacer nada más que estar tumbados.

Hacer ruta con las motos.

Enseñarte a querer y a tener una familia, que en el fondo lo tienes aunque muerto, pero oculto, solo hay que sacarlo.

Salir a correr porque eres mi liebre.

Ir juntos a la unidad de noche o donde queramos ir. Pero juntos, somos uno, ¿recuerdas?

El profundo enfado que siente Albert obliga a sus amigos a cortar también la relación con Rosa. Jordi, uno de los más cercanos, informa a la mujer de que tiene que expulsarla del grupo de WhatsApp en el que están los colegas. Ella lo lamenta, pero aprovecha para seguir jugando al despiste.

—Me sabe mal, Rosa, pero entiende que ya no puedes seguir en el grupo.

—¿Entonces no puedo ir ya más, entiendo? Es que no sé por qué coño Albert se ha empeñado en que me gusta el compañero y no se entera de que el que me gusta es él.

—Arregladlo vosotros y yo con mucho gusto te volveré a meter en el grupo. Y ven siempre que quieras que serás recibida con los brazos abiertos —zanja Jordi.

—Ojalá quiera arreglarlo él. Bueno, te preocupes, no quiero que se enfade contigo. Yo por mí lo arreglaba hoy.

—Déjale tiempo.

—Eso hago. Le estoy dejando hacer y yo me mantengo a la espera.

—Si pudiese hacer algo… pero no está en mi mano.

—Ya, gracias, niño. Yo haré todo lo que esté en mi mano.

La ofensiva de Rosa para volver a aproximarse a Albert continúa. El bombardeo de emails se prolonga durante el 30 y 31 de enero. Manda los correos a escondidas de Pedro, que está ilusionadísimo con casarse e iniciar una nueva vida familiar. Rosa, a sus espaldas, envía una fotografía a Albert en la que aparecen los dos besándose en el mar bajo el título «Quiero esto».

Albert, después de muchos correos de insistencia, acaba la conversación: «Para mí estás muerta».

Pero Rosa es capaz de jugar el mismo partido en dos campos distintos. A pesar de todos los mensajes que envía a Albert, Rosa sigue contestando los *whatsapps* de amor de Pedro.

Quiero decirte algo

Dime.

Espero que no te asuste. Y si es así, dímelo.
Lee hasta el final, ¿vale?

Me estás asustando. ¿Qué pasa?

Siento algo fuerte en el pecho.
Te pedí matrimonio, ¿recuerdas?

Sí.

Me fui allí a vivir por ti para estar juntos.
Estamos prácticamente viviendo juntos.
Y buscamos un bebé. Algo para la vida y para compartirlo
hasta la muerte. Ahora ya sabes lo que siento. Espero
que no me falles nunca.

No te voy a fallar, amor.

19

«ES UNA MUJER PROBLEMÁTICA»

Era inevitable que Pedro sintiese vértigo cuando empezó la relación con Rosa. Por mucha pasión y mucho impulso que demostrara ante ella, su subconsciente tenía en cuenta los avisos que le lanzaban desde su entorno: «Vigila con Rosa, es una mujer problemática». Lo cierto es que durante los primeros meses de su relación a escondidas, Pedro se entera de que su nueva pareja había tenido un novio en la Guardia Urbana durante cuatro años mientras seguía casada con su marido. Aquello le infunde un cierto temor, que enmascara dentro de su coraza de hombre enamorado. El amor pasional está envuelto en una perenne sensación de desconfianza. Siente el miedo a ser engañado y el riesgo de que otro hombre sea capaz de seducirla como hizo él. Se vuelve miedoso y ejerce un control férreo sobre todo lo que hace Rosa, hasta el punto de que llega a obsesionarse con uno de sus hábitos más comunes: chatear con el móvil. Pedro no soporta que siempre esté con la mirada pegada a la pantalla. Si no tuviera nada que esconder, no actuaría con tanto secretismo ni ocultaría qué escribe o con quién habla.

Al principio se marcan planes de futuro y aquello los espolea. En la mente de Pedro sigue resonando la respuesta de Rosa: «No te fallaré, mi amor». Se siente reconfortado. Está seguro de poder enfrentarse a cualquier problema por duro que parezca gracias al apoyo de su Reina, convencido de que él es su único amor a pesar de todo.

La reacción de Pedro

Aquel sentimiento de desconfianza lo mantiene desconcertado. La quiere,

desea imaginar que él la ha hecho cambiar, pero su comportamiento con ella lo delata. No se fía. Y esa irritabilidad se inflama cuando aparece el conflicto. Sus miedos se confirman a los pocos días cuando surge el primer desencuentro.

En esta relación que va tan rápida basta un solo día para que todo se desmorone. Rosa tenía dudas, pero nunca se las expresó a Pedro. Pensaba que podría seguir sintiéndose querida por él y por Albert sin necesidad de alejarse de ninguno de los dos. La mujer manda mensajes de amor a ambos al mismo tiempo, sin plantearse en ningún momento que su exnovio es un hombre profundamente dolido, movido por una actitud despechada que ya demostró cuando se dirigió a su casa para gritarle «eres una puta». Y Pedro está envalentonado. Necesita dejarle claro a Albert que ahora debe quedarse al margen, que acepte que él ha ganado. Y decide mandarle un mensaje.

Deja en paz a mi novia.

El *whatsapp* llevaba implícito varios mensajes: apártate de nosotros, no regreses a nuestra casa, nunca más vuelvas a llamarla puta, no me desafíes y aléjate de nuestras vidas. También incorpora otra consideración de calado: Rosa ahora es mi novia y no la tuya. Pero ese intento de marcar territorio se le vuelve en contra. Albert reacciona enviándole todos los mensajes de amor que el día anterior le había mandado Rosa:

Para que veas lo que me escribe
la puta de tu novia.

Aquella lista de deseos que deseaba cumplir a su lado, la foto de los dos besándose en el mar y, sobre todo, la retahíla de textos en que Rosa ocultaba que Pedro era su novio y en la que decía que solo Albert la tendría. El efecto bumerán le asesta un duro golpe a Pedro que contaminará toda su relación hasta el día del asesinato. El hombre se queda perplejo. Toda la apuesta por un «nosotros» con Rosa se derrumba. Lo ha engañado, tal y como temía. Llevaba un mes conviviendo con ella, hacían planes juntos y todo salta por la borda a las primeras de cambio. Pedro se enfurece. Amenaza con romper la relación, pero la mujer le suplica que no la deje.

La aparente sumisión de Rosa

La mujer utiliza a Darío como intermediario para tomar la temperatura de su relación, temerosa de que algún día Pedro la deje de verdad. También recurre a Darío para que la ayude a convencer a su amigo de que lo suyo vale la pena.

—Niño, dime qué puedo hacer. Tú lo conoces más, no quiero perderlo y se me está yendo.

—Lo veo chungo porque después de lo que ha pasado con Albert y lo mal que lo ha pasado Pedro con el tema... No sé qué le habrás escrito, pero después de cómo te ha tratado Albert, no sé qué puedes hacer. —Darío se refiere a los insultos proferidos por este a la puerta de casa de Rosa—. Pedro lo estaba dando todo contigo y una vez le fallan, ya poco se puede hacer.

—Hemos hablado, es tiempo de cambios. Si antes no me he dado cuenta y he hecho las cosas mal, no voy a jugármela más, no quiero volver a perderlo. Vale mucho más que cualquier gilipollas.

Rosa se compromete a cambiar para demostrarle a Pedro que debe volver a confiar en ella. No quiere desbaratar las expectativas creadas, aquello que tanto había deseado: una familia. Promete que cambiará y ella misma se impone medidas muy drásticas para contentar a su novio. No saludará a Albert y lo bloqueará en todas sus redes sociales, pedirá el traslado de unidad para no coincidir con él y se cambiará el número de móvil. Pone fin a la relación con Albert recriminándole que le enviara los mensajes: «Eres un hijo de puta». Todo para salvar la relación con Pedro. Aquel castigo que se autoimpone coarta la libertad de la que tanto ha disfrutado siempre, y lo hace con el único propósito de no alimentar los celos de su novio. Para Rosa es un enorme sacrificio. Ella no es así.

Pero empieza su penitencia.

La relación con Pedro se salva por los pelos. Él decide darle una nueva oportunidad, pero le dice que se lo tiene que ganar. En todos los mensajes que Rosa le envía después de sentirse descubierta adopta una postura mucho más cariñosa que de costumbre.

Te quiero mi vida. Cosita. ¿Has llegado a casa?
Mi vida. No te vas a arrepentir, de verdad.
Voy a hacerte el hombre más feliz del mundo,
sin mentiras ni nada que te haga daño.

Ojalá pudiera creerte y ver que es verdad
…pero me cuesta.

Ya haré yo, mi vida, para que me vayas creyendo. Mi vida. No pienso hacer nada que te pueda molestar o que te haga dudar. Te quiero demasiado. No tendría que haber hecho nada que te hiciera daño, y te lo compensaré toda la vida, amor. Te lo compensaré toda la vida.

Aquella sensación de deuda eterna con Pedro permanecerá durante los tres meses que pasarán juntos hasta el día del crimen. La mujer adoptará un papel de cierta sumisión, siempre tratando de compensar a su novio, celoso y deprimido. Sin embargo, ese recelo nunca desaparecerá, más bien al contrario: irá aflorando cada vez que surja cualquier roce. Pedro es un hombre angustiado, apartado de la policía, con la duda permanente sobre si habrá hecho bien comprometiéndose con Rosa, renunciando a su vida matrimonial y, sobre todo, renunciando a ver crecer a su hijo todos los días. Necesita sentirse acogido, pero el entorno en el que vive no ayuda. Pasa la mayor parte del día en su nueva casa, con las hijas de Rosa, a las que lleva y recoge de la escuela. Pero no las siente suyas a pesar de que le pone mucho empeño para que aquello se asemeje de forma rápida a una familia. A Rosa la nota cada vez más distante. El episodio de los mensajes a Albert es un punto de inflexión. Las broncas entre ellos a partir de entonces son constantes. Rosa hace esfuerzos para hacerse perdonar y mantener la cabeza gacha. Nunca lo ha hecho. Y aquello la incomoda. Tiene la permanente sensación de que debe seguir pagando por lo que hizo y que ninguno de sus esfuerzos es valorado por Pedro, quien por su parte cree que será cuestión de tiempo que su relación acabe.

Un enfado creciente

En febrero, Rosa tiene un accidente con la moto de competición de Pedro. Van a un circuito y sufre una caída en la que se lastima el pie, una lesión que la obligará a permanecer algunas semanas de baja junto a su novio. El tiempo de plena convivencia sirve para limar asperezas, pero su relación es un auténtico vaivén. Pasan de la euforia más absoluta a las discusiones más virulentas.

El 22 de febrero, la discusión se inicia por una nimiedad. Pedro está solo en casa y cuando aparece Rosa no le da un beso. Eso al hombre le molesta. Siente que lo único que hace en su vida es esperarla, tratar de encajar mientras está suspendido y no hace nada. No cree que merezca semejante trato. Ni un gesto de amor. La discusión sube de tono y él

amenaza con marcharse.

Rosa le reprocha los gritos, porque en las discusiones él levanta la voz mientras ella asiente. La discusión por WhatsApp la inicia ella con tono reconciliatorio, pero acaba derivando en otro rifirrafe.

No te voy a obligar a nada. No vas a tener más problemas ni discusiones. A ver si por ti misma te das cuenta de las cosas. Yo no te voy a decir nada más. Solo da lo que exiges. Y no conmigo sino en todo.

¿Acaso no lo doy? Porque cambio muchas cosas para que tú te sientas bien. Me pongo a recoger para que te sientas a gusto cuando podría haber descansado.

Me da la sensación de que estás agobiada de mí.

Hago todo lo que puedo.

No creo que sientas lo mismo que antes. Es cuestión de tiempo que me digas que lo dejemos.

Tú no te das cuenta de todo lo que hago.

Ya me lo dirás.

No digas tonterías. Lo único que pienso es que me apetece hablar en esos momentos. Pero no me dejas hablar. Y si hablo me chillas y pegas portazos o me amenazas con irte. Por eso me callo y quizás exploto con la mirada.

Con ánimo de zanjar la discusión, Pedro le arroja.

Haz lo que quieras, creas o debas. No te voy a dar más problemas ni discusiones. No es sano para ninguno de los dos.

Es que todo lo hago para que no te enfades.

Si esto lo leyera cualquiera… yo soy lo peor y tú una santa. ¿Cómo puedo ser tan cabrón y malo?

No soy ninguna santa. Está claro que no, pero antes no me chillabas. Podíamos hablar y lo arreglábamos todo.

Sí, porque tragaba con todo. Y tú piensas que lo haces todo bien. Yo soy lo peor. ¿Seguro que quieres a un tío así a tu lado?

Yo decido a quién tener a mi lado, no intentes hacerme cambiar de opinión.

En muchas ocasiones, después de discutir, Pedro da un portazo y se marcha a dar una vuelta con la moto. Necesita calmarse. Rosa está desesperada, no sabe qué hacer. Teme que algún día él ya no vuelva. Los episodios de este tipo se suceden y la angustia inicial de la mujer se torna en apatía y desasosiego. Empieza a estar agobiada por la situación. La llegada de Pedro solo consigue añadir mayor sufrimiento al que ya arrastra por el divorcio del padre de sus hijas, por la batalla judicial por la custodia de las niñas, por la separación de Albert, por la prohibición de hablar con él y por el cambio de unidad en la Guardia Urbana. A todo ello hay que añadir las restricciones con el móvil. Su personalidad se evapora. Rosa se siente coartada. Ella no es así.

Un flirteo vecinal para calmar la ansiedad

El sueño de que la relación con su actual novio pueda cumplir sus expectativas empieza a desvanecerse. En la casa de enfrente vive Gabriel, un vecino con el que Pedro ha hecho buenas migas desde que se mudó al chalet. Salen en moto por el pantano de Foix. Gabriel tiene buena relación con Rosa y a veces se acerca a su casa a tomar café. Empiezan a intercambiar mensajes por WhatsApp que van tomando forma de flirteo juvenil. Lo que empieza como un juego desenfadado se convierte en un torrente de excitación. Se envían mensajes calientes y fotos desnudos o de sus partes íntimas. Una tarde, cuando Pedro se marcha con la moto a airearse después de una discusión, Rosa cita a Gabriel en su casa y se acuestan. Las medidas autoimpuestas durante su penitencia se resquebrajan y por aquella grieta volverá a colarse de nuevo Albert López.

20

EL KARMA

MARZO DE 2017

Dos meses antes del crimen, Rosa y su novio siguen inmersos en una etapa de furor emocional. Su relación es un *dragon khan*. A las subidas amorosas más pronunciadas suceden caídas en picado. Rosa siente que su esfuerzo por apartar a Albert de su vida es baldío. Lleva un mes sin hablar con él y parece que Pedro no lo aprecia. No valora los esfuerzos que hace. Entiende que su novio está pasando un mal momento por el incidente de la Rabassada, pero ella también nota como una losa el peso de la separación de su marido y la lucha por la custodia de sus hijas. Y además, tienen que abordar un nuevo frente. Después de nueve años de espera, el juicio de la pornovenganza ya tiene fecha: el 28 de abril. Aquel compromiso judicial la ha perseguido durante casi una década, como una rémora del pasado. El destino y la inundada agenda de los juzgados han querido que el juicio sea señalado para tres días antes de que se produjera el crimen.

«RUBÉN ES UN HIJO DE PUTA. TENEMOS QUE IR SIN MIRAMIENTOS»

Pero lo que de verdad corroe a Rosa, lo que la hiere profundamente, es que su exmarido la haya dejado por otra mujer. El reflejo de este sentimiento es un *whatsapp* que manda a Pedro para hacerlo partícipe de su odio hacia Rubén. Le envía un enlace a un artículo publicado en una web de autoayuda que guarda un gran paralelismo con las circunstancias que ella misma atraviesa. Dice lo siguiente: «Siempre me he considerado una chica de buenos valores, un tanto conservadora y tradicionalista, y pese a lo que

hice sé que aún lo soy. Vengo de una familia donde me enseñaron que los valores son importantes, y siempre he tratado de seguirlos al pie de la letra […]; siempre he creído en el flujo correcto de las cosas, que tu libertad termina cuando estropeas la integridad del otro, y soy creyente a ojos cerrados del karma: no hagas lo que no quieras que te pase, pues todo regresa, todo regresa, y así comienza mi historia».

La autora del artículo narra cómo era la relación con su pareja: «Estable, sincera, nos comprendíamos bien, la fidelidad era clave para mantener el respeto y seguir solidificando lo nuestro. Un día todo en mí se volvió un mar de confusión. Otro chico llegó a mi vida». La irrupción de este hombre le causó una verdadera sorpresa puesto que «estaba enamorada de mi pareja». Intentó contenerse, sobre todo porque la idea del karma la perseguía. «Pero llegó un día en que no pude luchar más, su manera de enamorarme fue más grande, me envolvió en una perfecta nube de amor. Una cosa nos llevó a la otra y cuando pude reaccionar, el sol del siguiente día ya había salido y yo seguía en sus brazos.» Cuando la mujer adúltera decide, en un alarde de sinceridad, dar un paso al frente y contárselo a su novio, lo sorprende besando a otra mujer. Aquello la destroza. «Tú, mi persona especial, mi novio, el que compartía la idea de la fidelidad y la sinceridad, estabas engañándome con otra, y no parecía un encuentro casual. No pretendo limpiar mi culpa con esto, pero las circunstancias no son las mismas, me engañabas con alevosía y ventaja, pues me enteré de que llevabas meses saliendo con ella. Obviamente te dejé, y revolcándote en la miseria, llorando como un niño, me pedías perdón. Sé feliz de verdad, pero lejos de mí. Hoy más que nunca sé que existe el karma. Mi infidelidad fue tu karma.» Y concluye: «Ahora tú estás sin mí y sin ella, y yo estoy feliz con aquel ser maravilloso que llegó a mi vida para presentarme ese irrefutable principio del karma que no conocía».

Existen coincidencias con Rosa Peral en la historia que relata el artículo que evidencian que lo que realmente le dolía a esta era saber que Rubén se había ido con otra mujer. Ella, que había mantenido una relación sentimental durante cuatro años con Albert López, se sentía herida porque Rubén había encontrado a una mujer con la que llevaba saliendo unos meses antes de dar el matrimonio por acabado. Eso era peor. Engaño con alevosía. Rubén se convierte en el enemigo de Rosa y como consecuencia, también de Pedro.

En ese momento se conjuran para llevar a cabo una ofensiva contra Rubén para lograr la custodia de sus hijas en exclusiva. Pedro se hace pasar

por él para desviar el cobro de las facturas, buscan al detective, le pinchan las ruedas al coche de su madre y la perrita *Lula* es envenenada. Pedro se une al profundo odio que Rosa siente por su exmarido. «Rubén es un hijo de puta. Tenemos que ir sin miramiento ninguno», advierte. La lucha contra el adversario común es el método que la pareja encuentra para solidificar una relación que se agrieta.

El otro frente al que se aferran es la búsqueda de un hijo. «Cosita, quiero nuestro bebé. Así tendremos algo nuestro. Este mes llega seguro...» La pareja se agarra a ese objetivo como si fuera la pócima mágica que resolverá todos sus males. Necesitan pasar página de sus vidas anteriores.

De nuevo la pornovenganza

Y algo que pronto dejarán atrás es el caso de la filtración de la foto sexual. Pedro también se implica en defender a Rosa por el caso de la pornovenganza. No es una empresa fácil. El asunto pretendía desafiar a un alto cargo de la Guardia Urbana. La Fiscalía pedía tres años de prisión para Óscar, que ya se había convertido en un reputado subinspector. La cúpula le brindaba su apoyo, la mayoría de los guardias de Ciutat Vella lo arropaba. En cambio, Rosa está sola, con el único respaldo de su novio. Una de las primeras ideas que tiene Pedro es proporcionarle un abogado. En la causa no estaba personada, no había podido pedir pruebas para incriminar a Óscar, pero todavía estaba a tiempo de que un abogado la representara en el juicio. El elegido es Francisco Ruiz, que había logrado zanjar con éxito la agresión de la Rabassada. Y además, es amigo de Pedro. Asisten a varias reuniones en el despacho que el abogado tiene en el Eixample de Barcelona. En el equipo de defensa también participa Anaïs, abogada y compañera de despacho de Francisco.

Tiempo después esta recordará lo enamorado que estaba Pedro. Se deshacía ante los encantos de su novia. Sin embargo, a todos ellos les sorprendió la apatía con la que actuaba Rosa. En una de esas reuniones, la mujer se quedó hablando con los abogados sobre el caso, pero Pedro tuvo que marcharse. Se levantó y, cuando sobrepasaba la puerta, se giró y en un gesto adolescente dijo: «Ay, cariño, que no te he dado un beso». Rosa, que estaba sentada de espaldas, ni se movió. Pedro se le acercó y la besó de forma cariñosa. Cuando el hombre volvió a encarar la puerta, ella miró a los abogados y enfocó los ojos hacia arriba en señal de resignación mientras soltaba un resoplido. «Está enamorado», dijo, justificando aquella

actitud edulcorada de su novio. Francisco y Anaïs lo comentaron luego: «Madre mía, qué colado está Pedro y qué respuesta más rara ha tenido Rosa, pobrecito». La imagen que desprendía ese episodio era la de un hombre abducido por su novia, que actuaba al dictado de sus designios. En cambio, el enamoramiento de ella parecía estar un peldaño por debajo. Como si se le hubiera pasado. Como si la desgana se impusiera a aquellas elevadísimas expectativas que se habían impuesto.

Un embarazo que nunca llega

Pese a la ilusión por tener un hijo en común, el embarazo que tanto anhelan no se hace realidad. La intensidad de su idilio y las ganas por borrar el pasado y empezar una nueva vida son tantas que acuden a una clínica de fertilidad. Pero la realidad es que Rosa no está a gusto. Sus ganas de que aquello funcione se agotan. Y las respuestas de amor hacia su novio son casi automáticas: «Quiero mi bebé, quiero formar una familia…».

El 29 de marzo, Pedro insiste para que se vayan juntos a la cama, a dormir. Rosa se incomoda. Dice que no le apetece y le pide que se marche al piso que todavía tiene alquilado en Cubelles. Él se sorprende, pero lo respeta. La desconfianza hacia Rosa vuelve a aflorar. Por la noche, se conecta al WhatsApp y descubre que ella está chateando con alguien.

¿Con quién se supone que hablas
casi a la una de la madrugada?

Con nadie.

¿Para eso querías que me marchara?

Puedes venir y comprobarlo. Estaba mirando videos.
Vente. Déjate de tonterías.

Da igual, tú sabrás.

¿Y tú con quién hablas?

Pues contigo.

Pues vente que me tienes aquí.
Si es que quieres hablar o estar conmigo.
No tengo nada que ocultarte.

¿Que vaya allí? Si me acabas de decir
que me fuera. Que estabas incómoda.

Haz lo que quieras.

Pero si he hecho lo que me has pedido
y ahora me dices que haga lo que quiera.
Mira, aclárate con lo que quieres.

Ok, haz lo que te apetezca hacer.

Haz tú lo que te dé la gana, que ya me
has dicho suficientes cosas. ¿Sabes?,
no creo que sepas lo que quieres.

Sí lo sé. Quiero una familia contigo.
Una familia y un bebé y casarme.

Pero la verdad es que Rosa tiene dudas. Muchísimas dudas. Y la figura de Albert López no tardará en reaparecer.

21

ALBERT REGRESA A LA VIDA DE ROSA

ABRIL DE 2017

Pocas semanas antes del crimen, Albert vuelve a escena. Parece que por fin ha sido capaz de pasar página, de recuperarse del impacto de la ruptura con Rosa y ha logrado olvidarla, según comenta a los amigos que lo han arropado desde el principio. Para demostrarlo, el joven exhibe ante sus colegas una agenda repleta de contactos. No le falta sexo ni mujeres a las que conocer. Está desenfrenado y sus amigos lo ven feliz. En su Facebook expone varias fotografías en las que luce sus músculos tatuados entre las aguas cristalinas de Cancún. Llama la atención que no expone casi recuerdos de su vida anterior. Todas esas imágenes de felicidad las cuelga después de la ruptura con Rosa y están a la vista de todo el mundo sin restricciones. Tal vez es una manera de decirle a su exnovia que no la echa de menos.

EL ACERCAMIENTO

La furia inicial que le suscitó saber que su novia lo había dejado para irse con un compañero de comisaría dio paso a otra fase menos virulenta, más sosegada. Albert despliega una nueva faceta basada en la extinción del rencor y en la que se conforma con ser su amigo. Al menos eso era lo que quiere hacer ver a su entorno. Quiere volver a acercarse a ella. Y le manda un mensaje a través de Facebook, una red en la que no hace falta ser amigos para poder hacerlo.

Algún día me explicarás el porqué, no creo que sea pedir tanto, y tranqui que no le diré nada al echao [así se refiere Albert a Pedro, en referencia a su expulsión temporal del cuerpo por el incidente de la Rabassada]. Creo que me merezco una explicación cuando estés preparada para darla. Merci y cuídate tú. Y las rubias, lo creas o no, las echaré a faltar, me caían genial, pero lo hecho, hecho está.

Albert insiste.

Por cierto, y perdona por lo de enviar mails privados al *echao*, estaba enfadado, entiéndelo, tenía razones para ello.

Y concluye con el apodo cariñoso con el que solía llamarla.

Se me olvida TONTALBOTE que lo has sido más que nunca jajaja ;-)

Ese acercamiento en realidad esconde un profundo dolor. Sigue aturdido por el impacto de haber perdido a Rosa. La echa de menos y esa añoranza parece que lo empuja a mandarle los mensajes.

¿Tanto cuesta contestar? Éramos súper buenos amigos y podemos seguir siéndolo, no te cargues eso, porfa, creo que no contestas porque sabes que es así y te da miedo que así sea. Piénsaloooo, se vive muy poco para vivir enfadado o con represalias. Yo lo he entendido, hazlo tú, anda. ¿No te fías de que se lo diga al echao? No se lo diré, confía en mí, porfa, solo confía una vez más. Háblame antes del viernes, porfa, ya sabes el porqué.

Albert entra en un brote de decaimiento. Le manda una foto de las notas de amor que todavía conserva en su cartera. Son *post-its*, unos papelitos de color amarillo en los que Rosa le profesaba su amor eterno:

No dejes que nada ni nadie te enfríe. Te quiero, eso no lo va a cambiar nadie. Me avergüenza cómo fui. Al perderte. He llorado tanto. No te lo imaginas. Hasta ayer no era capaz de pensar en ti sin llorar. Y ahora aún me caen las lágrimas. No sé, eso me ha liberado. Yo jamás lloré. Creo que me ha ido bien. No odio, no siento nada más que vacío sin ti. Pero me lo gané. Así que acepto mi culpa. Yo te advertí que ese te camelaba. No me escuchaste. Debí esforzarme más en amarte como mereces. Lo siento. Y aunque he quedado con muchas ni todas te sustituyen. No me sé expresar mejor y te envié canciones, cada una tenía algo, aunque ni así creo que me expreso. Quería mirarte a los ojos una vez más y charlar pero veo que es imposible.

Los mensajes de Albert se producen cuando Rosa está a punto de volver a trabajar después de varias semanas de baja por culpa de la lesión en el pie. Desde que lo dejaron, no se han vuelto a cruzar. Albert estaba en

Cancún y Rosa, impedida. El primer día en la comisaría no se ven, pero su exnovio quiere preparar el terreno.

> Oye, hoy que has venido a base está todo el mundo con la tontería de a ver cuándo nos cruzamos y tal, los típicos cotillas para meter más mierda en tu persona, supongo, ¿te parece si cuando nos crucemos hagamos como si nada hubiera pasado? Me refiero a que ya veo que los hipócritas de siempre querrán meterse donde no los llamas. Bueno, creo que es lo mejor para todos, ¿no? Y no creo que merezcas más habladurías, me hayas hecho más o menos, no te tengo rencor, de verdad, y eso debería quedar entre nosotros, no ser el chisme de con quién nuevo estás ahora y el cómo, ¿no crees? Bueno, dígnate a contestar para saber a qué atenerme. ¡Anda, que es gratis contestar! Ah, y siento ser el típico ex tocapelotas, jajaja, ni en eso soy normal :p te aguantas, jajaja, ya me dirás TONTALBOTE.

Ante la ausencia de respuestas de Rosa, Albert manda un último mensaje: «Recibido que pasas». Pero aún hace un último intento:

> ¿Por qué me mantienes bloqueado en el WhatsApp? ¿Tan celoso es el echao? En eso has ido a peor, yo no te obligaba a nada en tu móvil, jajaja. ¡Desbloquéame, anda! Si es para que no vea tu foto, con que me borres de tu agenda no la veré. No seas mala, anda. TONTALBOTE, sabes que soy un trozo de pan, que no te buscaré más problemas, confía un poco en mí que nunca te engañé.

Un anillo de compromiso por sorpresa

Aquella insistencia de Albert es como un bálsamo para Rosa, que afronta desesperada otra etapa plagada de conflictos. A pesar del resquemor inicial, la mujer se abre a rehacer los lazos con su antiguo novio, con su amigo. Tal vez pueda ayudarla a salir de ese infierno. No consta en el sumario que Rosa envíe mensajes a Albert, pero está claro que recuperan su relación.

Pasados unos pocos días, Rosa está tomando un refresco con sus amigas en una terraza del Eixample de Barcelona. Un coche de la Guardia Urbana aparca justo al lado y de él sale Albert López, vestido de uniforme. Se acerca a Rosa y sin apenas mediar palabra le entrega un anillo de compromiso y le dice: «por si te lo piensas». El joven da media vuelta y se vuelve a subir al coche. Rosa se queda de piedra mientras sus amigas se debaten entre el estupor y la euforia. ¿Cómo sabía Albert que estaba allí? La explicación más lógica es que se lo hubiera dicho ella. El acercamiento ya se había producido. Rosa lucirá el anillo durante toda la velada. En una mano preserva la insignia de Pedro. En la otra la de Albert.

22

EL TESTIMONIO DE LAS NIÑAS

El exmarido de Rosa, Rubén, nunca fue sospechoso del crimen. Los investigadores revisan su localización y ya ven que no tiene nada que ver. Sucede lo mismo que con el subinspector Óscar. Ambos *a priori* podrían tener un motivo para matar a Pedro, vengarse de Rosa, pero esa posibilidad se desvanece a las primeras de cambio. Tras el crimen, Rubén quiere ayudar y se muestra compasivo con Rosa. A pesar de las múltiples disputas y conflictos entre ellos, él se presta a ayudar a su exmujer, consciente de la necesidad de que sus hijas se críen en un entorno adecuado. Y una madre sumida en una depresión no es lo más idóneo. Esos gestos bondadosos ignoran que Albert y Rosa lo han intentado incriminar.

El fin de semana después del crimen, Rubén observa que su hija mayor está distante, muy afectada por la muerte de Pedro. El fallecimiento del Titi, así es como lo llaman, la ha conmocionado. Ejerció de padrastro pocos meses, pero esto no impidió que le cogieran cariño. La noche en que se cometió el asesinato no había testigos. Los vecinos no oyeron ningún grito. Nadie contó con que las hijas de Rosa, de apenas seis y cuatro años, sí estaban en la casa, y a pesar de su inocencia infantil, algunos detalles se incrustaron imborrables en su memoria. La hija mayor decide contárselos a la novia de su padre, Antonia, a modo de confidencia. La madrastra la lleva a un bar para que hablen del Titi.

La información es muy relevante para la investigación. Antonia se lo cuenta a Rubén, que decide llamar a sus compañeros de la Unidad de Homicidios, pese a que son ya más de las diez de la noche.

—Buenas noches, soy Rubén, disculpa las horas... Mira, acabo de hablar con mi hija mayor. Se ha puesto a llorar, está un poco sensible. Me ha

dicho que el otro día la mami las dejó solas mucho rato, a ella y a Lucía, y que se fue para abajo. La casa tiene dos plantas y dice que estaba abajo poniendo una lavadora y que era mentira, que lo que estaba haciendo era discutir con el Titi. Dice que metieron el coche dentro de la casa, pero que quien estaba era otra persona, era Albert..., porque a Albert también lo conocen.

—De acuerdo.

—Me dice que «yo no lo vi», pero yo le pregunto y contesta que «el Titi, el Pedro, le pegó a la mami».

—Ah.

—Pero que a ellas no, solo a Rosa, que le metió un empujón y luego le pegó.

—¿Qué día fue esto?

—El día en que estuvieron en Roda de Berà. El 1 de mayo.

Una madre manchada de sangre

La juez, el fiscal y los Mossos se plantean citar a declarar a las niñas. Al ser menores de edad deben pasar por un proceso con psicólogos y pedagogos que, tras varias horas ganándose su confianza, pueden extraer parte de la información y calibrar el grado de certidumbre. Es una práctica complicada, que entraña mucha dificultad a la hora de atribuir credibilidad a las palabras de menores tan pequeños, a quienes todo se les presenta como un juego. En una de las paredes de la sala donde se desarrolla esta actividad inocente para que los niños hablen hay un cristal. Al otro lado, la comitiva judicial presta atención al curso del interrogatorio y se encarga de validar su autenticidad. En el caso de las hijas de Rosa, este trámite no se realizó. Un abogado que les fue asignado rechazó por completo que las niñas se sometieran a semejante práctica. Hay un valor que prima por encima de todos: las personas con parentesco directo están exentas de declarar en contra de un familiar. El propio fiscal se negó a llevar a cabo ninguna diligencia de este tipo ante los posibles remordimientos que a las pequeñas les podría acarrear en el futuro haber incriminado a su madre. Lo que sí hizo la juez fue citar a declarar a Antonia, la madrastra y pareja de Rubén, que abundó aún más en las explicaciones.

> La niña le contó que estaba con su hermana en la cama, que su mamá y el coche del Titi estaba dentro (que este hecho ya es raro porque hay una valla), que la mama quitó la valla y no las dejó bajar. Las dejó que se fueran al sofá a ver la tele,

que la mamá y el Titi estaban discutiendo y que su mamá estaba manchada de sangre, que se estuvo lavando con lejía, que tenía toda la ropa y todas las manos llenas de sangre, que luego subió y se acostó con las niñas, que el coche y la moto del Titi se quedaron en la casa durante cuatro días, que cuando la niña salió del cole y volvió a casa ya no estaban ni el coche ni la moto, que el tonto del bote —ese es el apodo con el que conocían a Albert— estaba en la casa, y desde los días que desaparece el coche el tonto del bote va a la casa.

Las explicaciones de Antonia aportan luz a lo que ocurrió aquella noche. Su papel es lo que se denomina en el argot judicial un testimonio de referencia, que cuenta algo que no ha visto pero que le han dicho. Las niñas le aportaron más detalles.

Que alguien entró y en bolsas de basura puso las cosas del Titi, que la mamá se limpió con lejía porque tenía mucha sangre, que estaba triste y se duchó. La mamá dijo que tenía mucha sangre porque había habido una pelea de perros. La ropa del Titi la sacó por la noche un hombre que la niña pensaba que era el Titi. Mientras estaba el coche del Titi no las dejaban bajar abajo. Luego cuando la madre volvió a subir estaba triste y tenía sangre, y cuando la niña le preguntó, le dijo que el Titi se había ido. Varias noches después fue cuando vio salir a una persona con unas bolsas de basura.

23

ROSA Y PEDRO EN LA REDACCIÓN DE *LA VANGUARDIA*

Conocí a Rosa Peral y a Pedro Rodríguez dieciocho días antes del crimen. El 12 de abril de 2017, la pareja vino a la redacción de *La Vanguardia* y me concedió una entrevista. Para explicar cómo acabaron en el diario los dos protagonistas de esta historia hay que remontarse a unos días atrás. Estaba almorzando un bocadillo en la barra de un pequeño bar en el centro de la Ciudad de la Justicia, un edificio de trazos contemporáneos donde se concentra casi toda la actividad judicial de Barcelona. De pronto, me giré cuando delante de mí apareció la foto de una felación. Tras unos minutos de un notable esfuerzo por no atragantarme ante aquella imagen desconcertante, me di cuenta de que la mano que sujetaba el móvil con aquella fotografía era la de Francisco Ruiz, un abogado al que conocía desde hacía poco tiempo y al que había recurrido para contrastar la información sobre la suspensión de dos agentes de la Guardia Urbana por la agresión de la Rabassada. «¿Te interesa el caso?», me soltó. No entendí nada. Él me contó que acababa de asumir la causa en la que su clienta, Rosa Peral, acusaba a un subinspector llamado Óscar de haber filtrado una fotografía sexual para vengarse de que rompiera con él.

Comenté la noticia con los jefes del diario y decidimos publicarla en la doble página de la sección «Tendencias», en otros medios conocida como sección de Sociedad. Convinimos que los policías deben ser ejemplares en su comportamiento, no solo en el ejercicio de sus funciones sino también en su vida privada.

Tenía todo el material. En pocos días me hice con el escrito de acusación de la Fiscalía, que solicitaba tres años de prisión para Óscar, y

conseguí la calificación de los hechos que hacía la propia víctima, Rosa Peral. Había una acusación pública, la acusación de la víctima, y una fecha de juicio señalada. Lo tenía todo listo para empezar a redactar el artículo cuando Francisco me propuso entrevistar a la víctima. Le dije que de acuerdo, que se presentaran al día siguiente por la mañana en la redacción de *La Vanguardia*. Quería que la víctima se sintiera acogida a pesar de la incomodidad que entrañaba el asunto. Rosa Peral llegó a la redacción desprendiendo una luz exuberante. Llevaba un vestido marrón ceñido que llegaba hasta la rodilla, botas altas y el pelo planchado. La belleza de Rosa deslumbró a la redacción del diario. La acompañaban Pedro, un hombre fornido de pelo corto, con vaqueros y un polo verde, y Anaïs, la abogada compañera de despacho de Francisco, ya que él tuvo que ausentarse.

Nunca volví a recordar el nombre del tipo hasta el día en que se encontró el cadáver en el pantano de Foix. Recibí una llamada de un informante que me dijo: «No te lo vas a creer, el cuerpo del pantano es el novio de la chica de la pornovenganza a la que tú entrevistaste». En aquel momento su nombre me vino a la cabeza: Pedro. Lo que no sabía cuando vinieron al periódico es que no era el marido de Rosa, sino su novio.

La verdad es que me interesé poco en su historia personal y me centré en profundizar en las consecuencias que tuvo para aquella joven la filtración de la foto. Nos sentamos los cuatro en un cubículo cerrado que queda apartado de la redacción del diario. Es una diminuta estancia para tomar café y hacer llamadas que permitan aislarse del habitual murmullo. Enfrente y a la izquierda tenía a Rosa, a su lado Pedro, y a mi lado se sentaba Anaïs, que tenía esparcidos varios papeles por la mesa, comprobando que su discurso se ajustaba a lo que tenían preparado. Imaginé que me encontraría a una mujer destrozada, apesadumbrada, golpeada por una acción deleznable que la había convertido en una persona miedosa e inestable.

Pero Rosa empezó a hablar rápidamente. Sin parar. Desenfadada. No se ajustaba al cliché que mi propia mente esperaba. Hay que decir que la filtración se había producido ocho años antes, con lo que era posible que la mujer ya lo hubiera superado. Pero lejos de hablarme de cómo se sentía, durante la primera hora de nuestra conversación Rosa se centró en denunciar los perjuicios que le provocó aquella filtración a nivel profesional en contraposición a su exnovio Óscar, que fue ascendiendo sin penalización alguna. El envío de la fotografía no le pasó factura a nivel laboral y aquello era lo que la carcomía por dentro. Empezó a arrojar un

montón de siglas que en aquel entonces no entendía: USD, USP, UNOC… Al final le dije que fuéramos por partes y ella me dio su versión de los hechos, una historia de celos y despecho provocada por el cabo como venganza porque ella acabó con la relación. «Me convertí en la chica de la foto, una foto que aún sigue corriendo. Y yo estoy harta. Quiero que todo esto se acabe.» Rosa Peral fue abundando en sus explicaciones. En ningún momento mencionó que pocas semanas después de que se enviara la foto ella retomó la relación con Óscar. Según diría más adelante, volvió con él porque era el único que no la despreciaba. Aquello era lo que la incomodaba de cara al juicio, que se la juzgara por haber caído de nuevo en los brazos de la persona que había violentado su intimidad. La acción entrañaba maltrato. Superioridad masculina. Abuso de poder.

¿Una mujer fría?

Pero lo que a Rosa le dolía y la indignaba era la presión a la que fue sometida. «Los jefes de la Guardia Urbana me decían que le iba a arruinar la carrera y que en cambio lo que él me había hecho a mí algún día se olvidaría. Hubo mandos que incluso me retiraron el saludo.» No paraba de decir que su carrera profesional se había visto truncada por esa denuncia. Estaba claro que ese era el mensaje que quería que calara en los lectores: que aquella acción solo la penalizó a ella y Óscar pudo seguir con su carrera. Recordó que en 2015 pidió un cambio a una unidad nocturna y que pasó las pruebas, pero no consiguió la plaza. Lo relataba con hartazgo, como si toda su andadura en la policía estuviera rodeada de fantasmas, de una conspiración contra ella. Sin embargo, como descubrí con posterioridad, Rosa no comentó que Óscar estuvo dos años apartado en otro departamento a la espera de que se aclarara el procedimiento judicial y que la desidia con la que ella abordó este caso, cambiando continuamente de abogado hasta quedarse sin uno, dilató tanto el proceso que Óscar volvió a su puesto y logró ascender hasta dos rangos.

Me desconcertó la frialdad con la que contaba las cosas. En teoría debía estar afectada. Hablaba de la filtración de la fotografía como un hecho más, como si hubiera sido capaz de refugiarse tras una coraza para que no la afectase. Pero yo quería conocer a la mujer herida, no solo a la mujer indignada. Entendí que tenía delante a una agente de policía, una mujer que albergaba una gran capacidad para mantener las distancias, para no expresar más de lo que quería, para alzar un muro entre nosotros en el que

solo se escuchasen sus instrucciones sin que yo las pudiera cuestionar. Ella hablaba mucho y yo asentía.

Insistí y el discurso discurrió por el cauce que yo quería. Quería saber cómo la afectó todo el asunto en lo personal. La repercusión laboral era importante, pero también quería la cara más humana. Quería saber cómo evolucionó aquella joven que a los pocos meses de entrar en la policía vio filtrada una fotografía suya practicando una felación. Cómo vivía y soportaba ver su intimidad saltar por los aires, su privacidad aireada en un puesto de trabajo tan hipermasculinizado como la policía. Cómo marcó ese hecho la personalidad de la joven. Cómo mutiló su confianza en los hombres. Ese era mi interrogante.

«No te preocupes, cariño, todo saldrá bien»

Por fin encontré la vía para internarme emocionalmente en Rosa y resquebrajar su coraza. Tras más de una hora y media, se abrió un poco. «Ha sido insoportable. Entrabas en el trabajo y siempre veías a alguien cuchicheando a mis espaldas. La foto seguía corriendo y no sabía cómo frenarlo.» Rosa empezó a llorar. «Sigo siendo la chica de la foto. Yo ya no sé cómo parar esto. Espero que si condenan a Óscar pueda ser un aviso de lo que les puede pasar a los otros si siguen enviando la foto.» Las lágrimas brotaban de sus grandes ojos marrones, que me miraban fijamente durante toda la entrevista. «No puedo más. No puedo soportarlo más.»

Pedro Rodríguez, que aguantaba estoicamente el relato de su pareja, la rodeó con el brazo y le susurró al oído: «No te preocupes, cariño, todo saldrá bien». Me pareció un acto de enorme dignidad que acompañara a su novia a explicar a un medio de comunicación que había sido víctima de algo así. De vez en cuando interrumpía el relato para destacar las injusticias que había padecido. Se unía a ella para denunciar la presunta actuación negligente de la cúpula de la Guardia Urbana, para arremeter contra el comportamiento de Óscar y deplorar que los otros agentes siguiesen enviando la fotografía.

Cuando acabó la entrevista, le propuse a Rosa ponerle un nombre ficticio en el artículo para proteger su intimidad. «¿Qué te parece María?» «De acuerdo, está bien», me respondió. En aquel momento yo desconocía que ese también era su nombre: Rosa María Peral. Y que en algunos círculos incluso la llamaban con un apodo en inglés: Rosemary. No exagero si digo que Rosa quedó satisfecha con el trato. Luego hicimos una

fotografía en la entrada del diario con la que ilustramos el artículo. Allí, Rosa posó a contraluz en un pequeño túnel mientras el fotógrafo César Rangel apretaba el gatillo de su cámara sin parar, tomando la luz exacta para que la fotografía no quedase oscura pero sin que se viera el rostro. Es la foto que ilustra la cubierta de este libro. El artículo salió al día siguiente. Tenía dudas sobre el título. Estuve un buen rato dándole vueltas hasta que el jefe de la sección, Francesc Bracero, dijo con clarividencia: «Esto hay que titularlo "Pornovenganza en la Guardia Urbana"». El titular causó furor, hasta tal punto que en la propia investigación judicial sobre la muerte de Pedro se alude a esta causa como «el caso de la pornovenganza».

Rosa y Pedro se marcharon de *La Vanguardia* junto a su abogada. Me parecieron una pareja adulta, madura, unida ante la adversidad. Al día siguiente, cuando leyeron el artículo, me agradecieron la sensibilidad con que la había tratado. Desconocía entonces que Rosa era una agente controvertida, envuelta en otras polémicas y que dejaba un reguero de hombres devastados emocionalmente allí por donde pasaba.

Ese mismo día recibí el mensaje de otro agente de la Guardia Urbana con el que tenía mucha confianza. Le daba mucha credibilidad a todo lo que me decía pues las informaciones que me comentaba eran certeras y cuando alguna actuación había sido controvertida no tenía reparos en hacer autocrítica. Tras varios meses de conversaciones podría decir que me unía una cierta amistad y que ya se había convertido en una de mis fuentes de información. Cuando leyó el artículo, me escribió:

> Yo no sé qué milongas te ha contado la Rosa, pero ya te digo yo, que he trabajado con ella, que es una mujer problemática. No te digo yo que Óscar no hiciera eso, porque no lo sé, pero solo te digo que Rosa no es de fiar. La fotografía no corrió por la comisaría ni nadie la ha apartado por eso.

El artículo produjo un considerable revuelo en la Guardia Urbana y en el Ayuntamiento, y trasladó las sospechas a los mandos del cuerpo por haber supuestamente apadrinado a un agente capaz de filtrar una fotografía íntima de su exnovia. Los medios de comunicación se unieron a la oleada de indignación. Empezó una vorágine y una presión que Rosa sentiría en sus propias carnes. El desafío a la cúpula se había elevado a la esfera pública. Sus amigos y su entorno, al conocer el sentimiento de soledad en el que se había visto sumida Rosa a raíz de la pornovenganza, se volcaron en arroparla. Le llegaron mensajes de personas pidiéndole perdón por no haber entendido su dolor, por no haber estado a su lado; incluso

algún jefe policial le comunicó su pesar.

Una de las personas que se interesó por ella fue Albert López. El agente, tras haber visto como Rosa no respondía a sus declaraciones de amor, volvió a intentarlo dándole ánimos para el juicio. Y esta vez ella sucumbió.

24

EL HARTAZGO DE ROSA

Rosa está cansada. No quiere a Pedro. Que yo los viera en *La Vanguardia* juntos, unidos ante el desafío a Óscar por el inminente juicio de la pornovenganza, era solo un espejismo. También para Pedro. Las broncas se suceden. Rosa siente su libertad restringida y no puede más. Además, Albert vuelve a cortejarla y aquello la atrae. Siente unas ganas incontenibles de volver con él. Piensa que quizá ha recapacitado y se ha replanteado lo de vivir con ella y con las niñas, formar una familia. Y hay algo tangible: tiene un anillo que así lo confirma. A las amigas que presenciaron la pedida de mano disruptiva de Albert, Rosa les dice que finalmente se lo ha devuelto. Pero en realidad no lo ha hecho. Esconde la sortija entre sus pertenencias y la luce cada vez que se encuentra con Albert en secreto. Está dispuesta a intentarlo de nuevo. Con Pedro no va bien.

Judit es una agente de la policía local de Badalona que pertenece al grupo de amigos de Albert, del que Rosa fue expulsada después de que la pareja finalizara su relación. La agente de Badalona se interesa por Rosa, quiere saber cómo va su estado de ánimo. El crimen tendrá lugar en quince días.

—Hola, Rosa, ¿cómo estás?

—Bueno, no en mi mejor época.

—Ya no escribes en el Facebook ni nada.

—Ya, estoy superdesconectada, un poco triste.

Rosa quiere mandarle un mensaje a Judit. Quiere dejarle claro que lo pasó muy mal cuando rompió con Albert.

—¿Y con ese chico?

Judit le pregunta por Pedro.

—Con ese chico, fatal.

—¿Ah sí?

—Antes estaba muy contenta porque me daba todo lo que quería, venía a Cubelles, quería casarse… Pero ahora todos los días son peleas. Está celoso de mis hijas. Se enfada por cualquier cosa…

—Qué raro. ¡Qué dices! ¿De las niñas?

—Sí. Es una pasada, si me tumbo con ellas hasta que se duerman se enfada porque dice que le saco tiempo.

—Joder.

—Echo de menos a Albert.

—Buf...

—Albert no era tan *simpático* con todas las tías.

—Pues la cosa con él la veo complicada. —Judit trata de rebajar las esperanzas de Rosa.

—Si él hubiese querido venirse a Cubelles en su momento y hubiera querido una vida de pareja, no lo que teníamos a kilómetros de distancia, sería diferente, pero bueno.

—¿Con Albert? —le pregunta Judit sorprendida.

—Claro. Tú lo sabes. Yo estaba muy pillada con Albert.

—Sí, lo sé. Las cosas entre vosotros se torcieron y ahora ya cada uno a su vida.

—Pero al no querer nada serio y decirme que no me quería…, y tratarme como me trató… Aunque, bueno, eso nunca se sabe. Si él cambiara esa forma de pensar y lo diese todo y yo no estuviera con este chico... Las cosas imposibles solo son un poco más difíciles.

Por primera vez, Rosa, sabiendo que Judit comentará esta conversación con Albert, abre la posibilidad de romper con Pedro y volver con su anterior novio. Es una declaración, una forma indirecta de mandarle un mensaje a Albert. El hombre le acaba de regalar un anillo y el siguiente mensaje que recibe es este. Rosa tiene dudas y le echa de menos.

—¿Pero ahora estás con Pedro o no?

—Sí, aún estoy, pero ya te digo que nada bien.

—Pues a lo mejor se arregla, ¿no?

—Estaba esperando a darle la oportunidad de ver cómo evolucionaba… ¿Que se arregla? Lo dudo.

—Aish. Pues a otra cosa, mariposa.

—Exacto.

Las dudas de Rosa y el mensaje que le hace llegar a Albert hacen presumir que ambos retoman la relación. Lo llevan en secreto, a escondidas de Pedro. Delante de su novio oficial, Rosa se comporta como si se resistiera a soltarlo, como si no se atreviera a poner fin a la relación. Pero su mente ha desconectado. Ya no puede más.

El regalo del anillo ha significado para ella un punto de no retorno. Se esforzará para que Pedro no lo sospeche, pero en su interior sabe que aquello está finiquitado. Un nuevo encontronazo empuja a su novio a una reacción airada. Nota que Rosa está extraña, distante, e intuye que algo ocurre, aunque se equivoca de tercio. Sospecha que su novia quiere retomar la relación con Rubén. Desconoce por completo que el peligro acecha por parte de Albert. El hombre que será asesinado en pocos días arrambla toda la ropa de Rubén que todavía permanece en el piso de abajo y la quema en la barbacoa.

—No la quemes... Aunque si vas a estar llorando delante del fuego y es algo que a ti te hace bien, quémala entonces —le dice Rosa.

—Mira, eres tú la que guardas mil cosas de él y sigues conservándolas. ¿Por qué no le llamas y le dices que te dé una oportunidad? Que te arrepientes y lo echas de menos.

—No te pases.

—Llámale, de verdad, verás cómo manda a la mierda a Antonia y volvéis a ser una familia.

Pedro está muy angustiado. Ve que su noviazgo se va al garete. Nota que Rosa está cambiada y él se lo ha jugado todo para que aquello funcione. Llora frente a la barbacoa mientras quema las pertenencias de Rubén.

Pedro no quiere darse por vencido. Está muy enamorado y piensa luchar.

—Quiero que seamos felices. Creo que algo se nos escapa. Quiero que estemos como nunca. Voy a hacer todo lo posible —le implora a Rosa.

Ella le responde de forma contundente.

—Déjate de tonterías y en vez de rendirte, ponte las pilas. Dices que nunca te rindes. Hazme feliz, porque tú sabes, y que no tenga miedo de que me vayas a dejar. Que sea una normalidad estar juntos.

Y le lanza un aviso.

—Cuando he estado bien con mi pareja y me han tratado bien, nunca me he fijado en nadie más.

Rosa trata de apaciguar la desconfianza que se ha vuelto a despertar en Pedro, pero cuando lo jalea para que se ponga las pilas, ella ya ha vuelto a retomar el contacto con Albert. Como se deducirá más tarde, hablan por Telegram e Instagram, en mensajes encriptados que la investigación no logrará recuperar.

25

UNA BALA DE NUEVE MILÍMETROS

Los agentes de la Unidad Científica de los Mossos d'Esquadra encontraron en el coche calcinado en el pantano de Foix dos trozos de metal que parecían los restos de una bala. En el maletero hallaron un fragmento de seis milímetros de longitud y en el asiento posterior del vehículo otro trozo de metal de veinticuatro milímetros. Parecían un proyectil y el casquillo que se desprende al apretar el gatillo. Los investigadores transportaron las piezas de metal a la Unidad de Balística para que procediera a analizarlas. El encargo consistía en demostrar si realmente se encontraban ante una bala o bien era un trozo de metal fundido. Una de las técnicas que utilizaron los expertos consistió en tomar dos cartuchos como los de las pistolas reglamentarias de la Guardia Urbana y quemarlos a altas temperaturas. No hay que olvidar que Albert, Rosa y Pedro eran policías. El cuerpo barcelonés utiliza unas pistolas de fabricación alemana que disparan cartuchos de calibre nueve milímetros Luger.

Los expertos llevan dos balas al crematorio del cementerio de Collserola para exponerlas a una temperatura de setecientos grados centígrados. Observan cómo la bala se deforma, analizan su composición y la comparan con los trozos recuperados del pantano. Del examen de los dos cartuchos, uno queda descartado porque su forma y su composición no se corresponden con una bala, pero el otro, el fragmento más grande, sí que puede serlo. Es una pieza redondeada, de color dorado, salpicada de una especie de topos de oscuros. Está compuesta por una aleación de cobre, zinc y restos de plomo. Todo indica que se trata de una bala del calibre nueve milímetros Luger como las que utilizan los agentes de la Guardia Urbana. Los investigadores tienen por fin una hipótesis sobre cómo pudo

ser asesinado Pedro Rodríguez. Pudo ser un disparo. Y la idea no es descabellada ya que los tres protagonistas de esta trágica historia tenían acceso a las armas.

El siguiente paso consiste en revisar las pistolas reglamentarias de Albert, Rosa y Pedro. Las armas las encuentran en sus respectivos armeros, una suerte de taquilla donde se guarda la pistola después de cada servicio. Cuando finalizan su turno es habitual que los agentes devuelvan el arma a su sitio. Sin embargo, no existe ningún control. No hay cámaras que acrediten cuándo un agente accede al armero. En las comisarías tampoco existe un registro que certifique la entrada o salida de los agentes. Rosa o Albert entraron en la comisaría, pero no se puede certificar si accedieron al armero. Ella estaba de baja por el juicio de la pornovenganza, aunque aquello tampoco le impedía haber ido a buscar la pistola. La nebulosa de la investigación se vuelve más espesa.

La autopsia indica a partir de los pedazos que pudieron recuperar del cadáver que fue estrangulado manualmente. Es una causa probable pero no definitiva. ¿Y si recibió un disparo? Le podían haber disparado, la bala habría podido quedar insertada en el cuerpo y luego se hubiera desprendido por la acción del fuego, como ocurrió con las prótesis que Pedro llevaba implantadas en la columna.

Las armas reglamentarias de Rosa, Albert y Pedro las encuentran en el armero de la comisaría de la Zona Franca. Como si nunca hubieran salido de allí. Los Mossos solicitan entonces un estudio para saber si han sido utilizadas en los últimos días. La Unidad de Balística las revisa, rebusca si hay restos de pólvora. Sin embargo, cualquier esfuerzo es inútil. No se puede. En la pistola de Pedro se encuentran restos de sangre en la parte del gatillo. No les llama la atención puesto que es habitual que los agentes se pellizquen el dedo al disparar. Pero el elemento más importante que destacan en sus anotaciones es otro: durante la revisión, el especialista cuenta los cartuchos y comprueba que la pistola de Pedro tiene todas las balas. Treinta. El revólver de Albert también. Treinta. En cambio, la de Rosa tiene veintinueve. Le falta una.

En caso de que Pedro hubiera recibido un disparo el día 1 de mayo entre las diez de la noche y las diez de la mañana, algún vecino lo habría oído. Era una urbanización con chalets de dos plantas uno al lado del otro. Había pocos vecinos, pero el espacio era abierto. Un disparo a esas horas de la noche no habría pasado desapercibido. Los agentes van puerta por puerta, pero se topan con una negativa tras otra. Nadie oyó nada. Ni el

ruido de un disparo ni algo que les pareciera sospechoso. Las hijas de Rosa tampoco oyeron un disparo ni les sorprendió ningún estruendo. Los Mossos llegan en sus pesquisas a la casa de enfrente del chalet donde residían Rosa y Pedro. Gabriel los saluda compungido.

—¿Usted oyó algún ruido raro la noche del 1 al 2 de mayo?

—No, no oí nada

—¿Y la noche del 2 al 3 de mayo?

—Tampoco. Si recuerdo algo, me pondré en contacto con ustedes.

Gabriel es el amante esporádico de Rosa. Nunca llega a recordar nada de esa noche. Sin embargo, los agentes encontrarán en el móvil de Rosa unas conversaciones que mantiene con ella la mañana del día 3 en referencia a la noche anterior, la noche en la que el coche de Pedro es calcinado en el pantano. Gabriel le preguntaba:

¿No será vuestra la motosierra?

¿Ein?

Que me ha despertado una motosierra.

Aaaah jajaja. Qué vaaa. ¿Y qué
hacían con la motosierra los taraos?

No sé quién era, se estarían rozando
con ella porque no paraba.

Jajaja. Ayer estaba cortando árboles.
Será eso.

El vecino no oyó ningún disparo pero sí una motosierra. Los agentes vuelven la mirada hacia las conclusiones de la autopsia. El cuerpo de Pedro estaba desmembrado.

La conversación subía de tono y Gabriel tanteaba las posibilidades de acostarse con Rosa de nuevo.

¿Estás con él ahora?

No, ahora no, ¿por qué?

En ese momento Pedro ya estaba muerto y su cadáver se había consumido en el pantano. Es la mañana en la que Eduardo el panadero

acababa de ver el coche pero no llamó a la policía.

Por nada, por saberlo.
Guarda el secreto, ¿eh?

Gabriel emplaza a Rosa a no desvelar nunca que se han acostado.

Nunca.

¿Repetiremos?

Sí, si sigue enfadado, sí.

Rosa apunta que Pedro está enfadado cuando en realidad está muerto. A la vez, demuestra que el sexo es una vía de escape con la que apaciguar su malestar. Se acostó con Gabriel cuando su relación con Pedro empezó a desfallecer.

Mándame algo juju.

Gabriel le pide una foto sexual.

Ahora no puedo que voy a comer.

Tengo algo aquí para que comas.

Jajaja... ¿A ver?

¿Quieres verlo?

Claro.

Gabriel le manda una foto de sus genitales.

Lástima que en la foto no se aprecia
el tamaño.

Ya la probarás bien. Mándame
alguna cerdada y borra todo.

No puedo.

Pues borra todo y en la papelera también.

Sí, claro. Que si no me mata. Ya bastante se enfada a diario por cualquier cosa.

26

SANT JORDI

Sant Jordi es una festividad que en Cataluña es el equivalente a San Valentín. El asesinato de Pedro se cometerá la semana siguiente. La tradición establece que los hombres regalan una rosa roja a su amada mientras que las mujeres corresponden con un libro, aunque también es habitual que la pareja se intercambie libros. Eso es lo que hacen Rosa y Pedro. Es su primer Sant Jordi juntos. Y también será el último. Se profesan su amor con dedicatorias intensas que auguran un camino lleno de obstáculos pero que lograrán sortear. Rosa alude al futuro compartido animando a Pedro a superar juntos los baches. Su escrito no trasluce ninguna de las dudas que alberga. Todo lo contrario. Rosa juega a dos bandas. Lo quiere todo, aunque en ese momento ya se ha decidido por Albert. Eso no es óbice para que en Sant Jordi le prometa amor eterno a Pedro y se lo deje escrito en la solapa del libro ***El bazar de los malos sueños***, de Stephen King.

Por todas las celebraciones que nos quedan por delante, San Valentines, Sant Jordis, aniversarios, boda, nacimiento, etc…

Que este sea el primer Sant Jordi de muchos, que si alguna vez te entran las dudas se te quiten al leer esto, por la vida que tenemos por delante, que nunca se rompan nuestros sueños, y que cuando pasen los años y seamos viejitos digamos: "lo conseguimos", pese a todos los baches que vayamos encontrando para que sepamos pasarlos y al menos uno de los dos tenga fuerza para afrontarlos y levantar al otro, porque en eso consiste nuestra relación, en mantenernos a flote pase lo que pase. No tendremos aún un papel firmado que diga que somos marido y mujer, ni tenemos aún ese hijo en común que tanto deseamos, pero tenemos una

fuerza unidos que envidia el resto, digan comienzo o como quieran decirlo, pero tenemos esa conexión que solo nosotros sabemos, y aunque hoy nos falte dinero me basta con tu presencia y tus caricias, eso es lo que nos quedará de aquí a 40 años, y volveremos a coger este libro, volveremos a leerlo, nos miraremos y sonreiremos.

Te lo digo muchas veces y te lo repito, te quiero como no he querido nunca a nadie, te elegí y hice bien mi elección, elegí una vida a tu lado, y no me rendiré, así que el mes que viene y el otro y los que hagan falta, buscaremos nuestro bebé.

Te quiero! Ahora y siempre.

PD: No olvides que tenemos pendiente también borrarnos los tatoos y hacernos el nuestro, para que cuando muramos y volvamos a renacer sepamos buscarnos, por la conexión que hemos creado en tan solo 10 meses!!! Y con los problemas que detrás llevamos, no te preocupes que pasarán, todo pasa, y cuando vengan los buenos tiempos volveremos a sonreír. No dejaré nunca que te caigas, pase lo que pase y digan lo que digan, he hecho mi apuesta por ti y es una apuesta de por vida!!! No lo olvides. Y no creas que se me olvida, en cuanto consigamos la custodia, a por todas por la compartida de tu hijo, porque nos hemos convertido en una familia! Y no somos los "solteros" de antes.

Ah! Y el domingo que viene me llevas a cenar por ahí, vale, guapo? Que eso también me los has prometido, como lo del crucero, hotel les Cols, París, bebé, boda, una vida, viaje en moto, enseñarme en circuito, ir a Estados Unidos…uf, se te acumula la faena, jajaja, aunque tienes suerte…te doy de margen toda la vida.

¡¡¡TE AMO!!! TU NIÑA

El domingo siguiente Pedro sale a cenar con Rosa. Disfrutarán de su última salida romántica juntos. Ella aprovechará para exhibir la foto de esa última velada como imagen de perfil de WhatsApp y como muestra de cuánto quiere a Pedro.

Por su parte, él le escribe una dedicatoria en la primera página de *Cincuenta sombras liberadas*, tercera entrega de la serie *Cincuenta sombras de Grey*. Pedro está tan enamorado de Rosa que teme que en cualquier momento la situación se vuelva a torcer. En la solapa del libro deja plasmados sus miedos.

Tú sí que sabes que te quiero como nunca he querido a nadie. Sé que hemos pasado por malos momentos, pero al leer lo que me has puesto en mi libro me has hecho pensar…

Solo espero que no se te olvide lo que me has puesto y yo nunca te lo tenga que recordar, ya que son

palabras que han de salir del corazón. Tengo muchísimas ganas de hacer de todo contigo, y consumar lo más grande, que es tener nuestro bebé.

Lo que realmente quiero es toda una vida a tu lado y que no nos volvamos a hacer daño nunca, sea de la manera que sea.

Solo sé una cosa, eres mi vida y yo te entrego la mía, aprovéchala y disfrútala al máximo. Hoy solo tenemos esta.

Te amo, mi niña

A pesar de todas las dedicatorias, Rosa ha retomado la relación con Albert. Dos días después de Sant Jordi le manda cuatro mensajes de voz para que vaya a su casa cuando Pedro se marche a buscar a su hijo a Sant Joan Despí. Aprovechará que su novio oficial pasa toda la tarde con su hijo para ella poderla pasar con Albert.

27

EL JUICIO DE LA PORNOVENGANZA

El 28 de abril empieza el juicio de la pornovenganza. En la Ciudad de la Justicia hay mucha expectación. La entrevista que publicamos en *La Vanguardia* ha generado revuelo y la atención mediática del día se centra en Rosa. La mujer está inquieta. Entra en las dependencias judiciales como víctima y así se siente durante toda la mañana. Solo cuenta con el apoyo de Pedro, que la acompaña en todo momento, ambos resguardados en una sala colindante donde se refugian los testigos antes de declarar. La sala en la que se celebra el juicio está en la segunda planta. Hay que subir dos rondas de escaleras mecánicas para llegar allí. Luego hay que adentrarse en un pasillo donde hay varias puertas. Acusados y testigos esperan en ese corredor, mezclados los unos con los otros.

Rosa llega con Pedro y con sus abogados, Francisco Ruiz y Anaïs. Hacen el paseíllo en comitiva bajo el escrutinio de sus compañeros de la Guardia Urbana, que se congregan para dar apoyo al subinspector Óscar. Rosa me cuenta ese día que se siente juzgada, como si esas miradas punzantes le recriminaran que hubiera denunciado al subinspector por una chiquillada. A mí me sorprendió ver a tantos agentes allí apostados, respaldando a su superior por una acusación tan grave y de índole sexual, que nada tenía que ver con lo profesional.

Tal vez la cuestión se limitaba a que no se creían a Rosa, a quien conocían bien, y que tenía fama de ser problemática y conflictiva. Todos la definían de la misma manera. Una manipuladora, una mentirosa y una lianta. Defendían que Óscar nunca hizo nada, que fue Rosa la que mandó aquella fotografía para hacerle daño, para tenerlo sujeto durante toda su carrera. Aseguraban que habían visto otras imágenes sexuales de Rosa que

también corrían de móvil en móvil por la comisaría. La famosa fotografía que derivó en la pornovenganza podía ser de cualquiera.

A nivel mediático, el asunto generó tanta expectación que incluso la cúpula del cuerpo policial mandó a una subinspectora de la Comisión de la mujer de la Guardia Urbana para seguir el curso de los acontecimientos. Basta decir que Rosa nunca contó con ningún apoyo explícito de sus superiores. Nunca se manifestaron públicamente a su favor.

Un nuevo aplazamiento

El juicio empieza con retraso. Rosa espera junto a Pedro a que la llamen a declarar. Mientras tanto, Óscar departe amigablemente con el resto de agentes. No parece nervioso a pesar de que se enfrenta a una pena de tres años de prisión. Finalmente, la secretaria judicial lo llama.: «Que pase el acusado». El subinspector se sienta en una silla frente a la juez. A su izquierda tiene a su abogado y desde la derecha lo observan Francisco y Anaïs. Luego entramos los periodistas y el público. Como en todo procedimiento, cada parte expone sus argumentos en un farragoso trámite que se conoce como cuestiones previas. El abogado de Rosa propone añadir un cargo más al subinspector, un delito contra la integridad moral. La Fiscalía también lo suscribe. Aquello desconcierta al abogado defensor, que en una reacción un tanto exagerada dice que debe estudiarlo con detenimiento para poder defender adecuadamente a su cliente y pide prorrogar el juicio quince días. La juez mira al fiscal y para ahorrarse problemas decide darle los días de margen que necesita para estudiar bien la nueva acusación. Quizá esa decisión pudo influir en todo lo que vino después.

El juicio de la pornovenganza significaba para Rosa pasar una página relevante de su vida, dar carpetazo a un asunto que la había victimizado sin que nadie pagase por ello. Era la posibilidad de anotarse una victoria ante la cúpula. Vaciar la última bala que le quedaba en la recámara para demostrar que ella era la víctima. Después de años de buscar excusas, de decir que Albert no la cuidaba, y últimamente repitiendo que Rubén se había ido con otra, esta vez encarnar el papel de víctima parecía justificado. Su afectación es real. Porque Rosa sufre. Y en ese momento de su vida vive afectada por todo lo que la envuelve. El juicio de la pornovenganza la compunge y la suspensión solo provoca que su angustia se agudice, igual que lo hizo el divorcio y que Rubén se marchara de casa.

Sin embargo, Rosa nunca llega a empatizar con el sufrimiento de Pedro, a pesar de que este no puede ver a su hijo tanto como le gustaría y que ha puesto su vida patas arriba para vivir junto a ella. Rosa está anclada en sus propios problemas, que la ahogan sin dejar que coja aire. El juicio de la pornovenganza podía haber aligerado su angustia, pero no lo hizo. La vista queda postergada una vez más, como ya había ocurrido en los últimos nueve años. Rosa tampoco ha ganado esa batalla, a pesar del esfuerzo de Pedro por arroparla.

El caso que arrastra desde su entrada en la Guardia Urbana parece no poder cerrarse nunca. Si realmente fue una venganza de Óscar, el delito volvía a quedar impune. Si Rosa había orquestado todo aquello para vengarse de Óscar y mantenerlo sujeto, sometido a su dictado, tampoco había funcionado. Había que esperar de nuevo. Si quería que la venganza se sirviera fría, esta corría el riesgo de evaporarse con el paso de los años.

La muerte de Pedro volverá a dilatar todavía más ese proceso. Francisco y Anaïs informan a Rosa y a Pedro de que el juicio ha quedado pospuesto para dentro de quince días. Se van todos juntos a comer a un restaurante junto a la Ciudad de la Justicia. La pareja les comunica su intención de casarse y tener hijos. Pedro es asesinado tres días después.

28

EL DÍA DEL ASESINATO

El Primero de Mayo es un día festivo, el Día Internacional de los Trabajadores. La fecha no es intrascendente. Es un lunes y por tanto el último día de un fin de semana largo. Esa jornada que acabará en tragedia empieza plácidamente. La familia Peral, con Pedro Rodríguez a la cabeza y los padres de Rosa incluidos, decide pasarla en un apartamento que el joven tiene en Roda de Berà. Van primero al Calafell Slide, un parque de atracciones rural cuyo principal reclamo es un tobogán larguísimo de setecientos metros que hay que bajar con un trineo metálico. En las fotos que inmortalizan la jornada familiar aparece Pedro sonriente junto a las dos niñas. También hay imágenes de Rosa junto a sus pequeñas en el tobogán. Su rostro dibuja una sonrisa de felicidad. Nada parece indicar que tenga dudas sobre la relación con su novio. Comen todos juntos en un restaurante y por la tarde, el padre de Rosa y Pedro se descamisan para limpiar las malas hierbas de una parcela de la torre de Roda de Berà. Paco está encantado con su nuevo yerno, las niñas también y Rosa está radiante.

A las 20:38 horas, la familia regresa a casa. Pedro ya no saldrá de allí con vida. Por la noche llega Albert. Rosa lo llama a las diez de la noche, pero el joven se presenta a las dos de la madrugada. Para entender por qué acude al chalet de Cubelles a aquellas horas hay que pensar cómo pasó Albert aquel día festivo: trabajando. Ha retomado la relación con Rosa. Es como si la herida infligida por los meses de ruptura hubiera cicatrizado, como si su relación volviera a ser la misma que entonces. La diferencia es que ahora no tiene que compartir a Rosa con Rubén sino con Pedro. Y no lo soporta. Le regala un anillo porque quiere que su relación dé un paso adelante que logre liberar a Rosa del órdago de Pedro y vuelva a aterrizar

en sus brazos. Pero a pesar de que ve a la mujer dispuesta a dejar a su novio, ese día en familia le genera dudas.

Como ya se ha dicho, Rosa lo llama a las diez. A partir de ahí se desencadena todo. En el piso de arriba, la mujer y Pedro discuten. El que arremete con más fuerza es él. Está fuera de sí, rabioso. Lo más probable es que haya descubierto la infidelidad con Albert, su gran enemigo. Pedro la empuja y la insulta. Hay una imagen que la hija mayor le cuenta a su madrastra y que es una de las claves de la investigación: las niñas ven a Rosa bajando poco a poco a Pedro por las escaleras hacia el piso de abajo. Su madre lo sostiene por los hombros mientras bajan peldaño a peldaño. En la planta baja se encuentra la habitación privada de Pedro. Allí pensaban instalar algunas máquinas de gimnasio. Hay una pared a medio pintar y un sofá que montaron justo hace quince días. Pero de aquella imagen de Pedro bajando poco a poco hay algo que a las niñas les sorprende. Los niños no siempre encuentran la palabra exacta, carecen de vocabulario, pero eso no impide que pese a su corta experiencia sean capaces de relacionar hechos que quizá ya han visto. El episodio de su madre bajando a Pedro a la planta de abajo les recuerda a una escena que vivieron tiempo atrás. A su padre, Rubén, le dio un día un ataque de lumbago. Lo tienen muy grabado en la memoria porque tuvo que ser atendido por los auxiliares de la ambulancia, que lo atiborraron de calmantes y lo dejaron adormecido en la camilla mientras lo introducían por la parte trasera del vehículo. Les impresionó mucho ver a su padre semiinconsciente, sedado.

El estado en el que vieron a Pedro bajar las escaleras era como el de su padre el día del ataque de lumbago. Adormecido. Sedado.

Drogado.

La memoria de las niñas es selectiva, es infantil, no sigue un hilo cronológico. Las escenas aparecen y desaparecen. Corren el riesgo de esfumarse y mezclarse con otros recuerdos. Son solo niñas. Pero la información que aportan a través de Antonia permite ir encajando las piezas de la investigación.

Otro de los momentos que recuerdan sin dudas es el aspecto de su madre. Después de dejar a Pedro en el piso de abajo, subió de nuevo. Las niñas se quedaron arriba mirando la tele. Cuando apareció iba manchada de sangre y estaba muy nerviosa. Se lavó con lejía y se duchó antes de acostarse con ellas. La siguiente imagen que recuerdan es de Albert. Estaba en el piso de arriba y debatía con su madre sobre qué podían hacer con

Pedro. Las niñas no sabían a qué se refería. No sabían dónde estaba Pedro. En aquel puzle memorístico hay otra pieza. El coche de Pedro, un Golf GTI que introducen en el jardín de la finca. Aquello era poco habitual. Los vehículos de la familia los aparcaban en la calle. Siempre había sitio. Es una urbanización extensa, de chalets unifamiliares y sin apenas tráfico. Pero ese día, la hija mayor ve el coche de Pedro aparcado en el jardín. Para meter el vehículo había que abrir dos puertas que quedaban separadas por un descansillo y quitar unos obstáculos que Rubén, cuando todavía vivía en la casa, había colocado a modo de protección para que no se escaparan los perros. La entrada del vehículo era una maniobra laboriosa y a la niña le pareció fuera de lo común. Su memoria infantil también destaca que su madre no las dejó asomarse por la ventana ni por el balcón, y les prohibió bajar al piso de abajo. Al día siguiente por la mañana, Albert todavía estaba en la casa. Ni rastro del Titi. El coche seguía en el jardín cuando se fueron al colegio.

29

LOS DÍAS DESPUÉS DEL CRIMEN

El comportamiento de Rosa es una de las claves para los investigadores. La actitud con la que afronta la pérdida de su novio es muy sospechosa. No muestra ni una pizca de compasión o pesadumbre. Actúa con una frialdad desconcertante, como si nada hubiera pasado. Como si ella misma se creyera la versión que va difundiendo, como si Pedro realmente se hubiese marchado tras una discusión. La localización de los móviles aporta nuevos detalles cruciales para estrechar el cerco en torno a la implicación de Albert y Rosa en el crimen. Revisan los posicionamientos de los últimos días. El 1 y 2 de mayo los sitúan en Cubelles, en el chalet donde se comete el asesinato. Pero los días posteriores la red de su teléfono móvil los ubica de nuevo juntos en el chalet. En la mente de los Mossos de Homicidios todavía retumba aquella frase de Albert que permitió colgarles el cartel de sospechosos: «Me quedé a cenar unas pizzas el miércoles en casa de Rosa». Se comportan con una pasmosa tranquilidad, cenan juntos cuando supuestamente nadie sabe dónde está Pedro y sin miedo a que pueda volver a casa en cualquier momento. Como una familia. La imagen se repite en los días posteriores. El móvil de Albert queda ubicado en el chalet de Rosa las noches del 3, 4, 5, 6, 7 y 8 de mayo. Todos los días posteriores a la quema del cadáver, Albert y Rosa duermen juntos. La vacante de Pedro queda ocupada desde el primer minuto. Cuando reciben las localizaciones de los teléfonos, los Mossos se sorprenden por la desfachatez con la que actúa la pareja.

El 3 de mayo, los teléfonos de Rosa y Albert quedan ubicados en la zona del puerto de Barcelona. Según fuentes de la policía, allí se reúnen con el que había sido su jefe en la Guardia Urbana, el cabo Juanjo, el mismo que

estuvo años atrás al mando de aquel dispositivo que acabó con la muerte del Boniato. Ese expolicía, jubilado prematuramente de la Guardia Urbana por incumplir las órdenes de sus superiores, se dedica ahora a hacer trabajos por encargo en la zona del puerto. Según sospechan los investigadores, la pareja recurre a él sabiendo que puede conocer la fórmula para forjar una coartada que contrarreste las pruebas que los Mossos recopilen en su contra.

El 4 de mayo a mediodía, Rosa acude, como ya se ha explicado, a una comida con otros agentes de la Guardia Urbana en compañía de Albert López. Al salir intercambia su coche por una furgoneta que le presta un amigo suyo en la Guardia Urbana, al que le dice que es para transportar un sofá que se quiere comprar. En aquel momento su colega no sospecha. Desconoce que Rosa había montado un sofá nuevo junto a Pedro apenas dos semanas antes. Por la noche, los Mossos van a casa de Rosa a informarla de que han encontrado un cadáver que podría ser el de Pedro. El coche es el suyo y ella les confirma que su novio llevaba unas prótesis implantadas en la espalda de una operación reciente. Ya no hay dudas de que era él. Los agentes le piden que vaya a declarar a comisaría, pero ella se excusa diciendo que tiene a las niñas en casa. Como se demostrará poco después, eso no es verdad. Las niñas están con los abuelos. En la casa solo está Albert López, la señal de su teléfono lo sitúa allí. Rosa reacciona con frialdad a la noticia de los Mossos de que el cuerpo de su novio ha aparecido consumido por las llamas en el maletero de su propio coche. No se derrumba ni rompe a llorar. Las tarificaciones de su teléfono también arrojan otro hecho inexplicable: Rosa no llama a nadie aquella noche. Ni a su familia ni a sus amigos. A nadie.

Al día siguiente, Rosa va a declarar a la comisaría de Mossos de Vilanova. Allí la tratan como una víctima. Es su zona de confort. Conoce al personal puesto que allí había trabajado Rubén y meses atrás ella misma había solicitado la ayuda de la Oficina de Atención a la Víctima después de denunciar a su exmarido por maltrato. Su primera declaración arroja ciertas sospechas. Los Mossos ya nunca más la citarán en Vilanova. Quieren empezar a incomodarla. Sin embargo, los primeros días dejan que se adapte a su nueva vida. Quieren ver cómo se desenvuelve ejerciendo el nuevo papel de viuda de Pedro. Al salir de las dependencias policiales, Rosa sabe que la declaración no ha ido tan bien como imaginaba.

El siguiente paso que da la mujer aquel primer día tras el hallazgo del cuerpo de su novio es profundizar en su papel de víctima, de mujer

vulnerable y asustadiza. Quiere dar la imagen ante su entorno de que está en peligro. Si alguien, como por ejemplo Rubén, ha sido capaz de hacerle algo así a Pedro, ella podría ser la siguiente. A través de un mensaje se pone en contacto con su superior en la Guardia Urbana para pedirle que le deje coger su pistola reglamentaria, que tiene guardada en comisaría. La necesita como medida de protección. El caso llega hasta las más altas instancias de la Guardia Urbana, concretamente a la intendente Begoña Alday, encargada de la Unidad de Armas y de Asuntos Internos, que ordena inmediatamente restringir el acceso de Rosa a su pistola a causa de «la posible afectación anímica» que debe atravesar «debido a la muerte de su pareja». Begoña Alday es la misma que preside la Comisión de Igualdad de la Guardia Urbana, quien asistió el primer día del juicio por el caso de la pornovenganza y la responsable que suspendió de empleo y sueldo a Pedro Rodríguez. La intendente se pone en contacto con Rosa, quien le manifiesta que tiene miedo por ella y por sus hijas, y decide asignarle un servicio de escolta. Una patrulla permanecerá los días posteriores frente a la casa de Rosa. Cae la noche del viernes y asoma el fin de semana. Rosa le pide a Núria, una compañera de la Guardia Urbana, que la acompañe a casa con el pretexto de que no quiere estar sola. Le ruega que lleve el arma para así sentirse más protegida. Recurre a Núria porque es una persona de la Unidad de Investigación con quien no mantiene una relación de amistad pero cuyo carácter bondadoso, inocente e ingenuo es conocido por todos en el cuerpo. Nunca desconfía de los demás a pesar de que trabaja como investigadora. La mujer no lo duda y la acompaña. Sin embargo, Núria no es una persona ajena a Pedro. De hecho, no le caía bien después de que hubieran flirteado años atrás. ¿Por qué Rosa acude a una persona que no es su amiga y además no se llevaba bien con Pedro? En ese momento, quizá necesita reafirmarse. Estar acompañada de alguien que odie a Pedro. Que no sienta lástima por él. Rosa le cuenta que su novio tenía cambios de humor repentinos y problemas de dinero, y que se fue después de que discutieran. Se marchó en coche, lo que era muy extraño puesto que normalmente cogía la moto. La noche del viernes también aparece por la casa Albert, que se queda a dormir. Cuando estaba declarando ante los Mossos, Rosa recibió un mensaje de Patricia, la exmujer de Pedro. Quedan en hablar luego. A partir de entonces, Rosa trata de aproximarse a la exmujer de la víctima, reforzando su papel de afectada.

—¿Sabes algo más? —le inquiere Rosa.

—Nena, no sabemos nada.

—Me estaba preocupando. Al llamarte y que saliera apagado he llamado a Darío. Parezco una loca creyendo que le pasa algo a todo el mundo. Le he llamado por si sabía de ti. Porque me salía apagado el teléfono. —Rosa se mete de lleno en el papel de mujer amenazada advirtiendo de que todo el entorno de Pedro puede estarlo.

—Estamos bien.

—Sigamos en contacto, por favor. Que no estoy tranquila.

—Bueno, si es un homicidio habrá que tener cuidado —responde Patricia, que es *mossa d'esquadra*.

—Por eso estoy preocupada, no sé si pillar un arma particular.

—No sé qué decirte, tía.

—Es que estoy de los nervios. Y cuanto más va pasando el día más me rayo. Le he dicho a una compañera que venga a dormir, así no estoy sola. Y por la noche dos es mejor que una por si pasa algo.

—Pues sí, haces bien.

—Seguimos hablando, cuando queráis venir ya sabéis. Esta es vuestra casa tanto para ti como para tu hijo. Llámame cuando llegues a casa, sea la hora que sea. Dudo que pueda dormir.

—OK. Cualquier cosa llama a emergencias —le aconseja Patricia.

—Tendré el móvil preparado con el 112 por si tengo que llamar rápido.

En realidad no existe tal amenaza. Rosa ya sabe lo que ha sucedido y quiénes son los implicados. En lugar de confesar, prefiere acercarse a Patricia. Igual que hace con Núria, quiere encontrar una cómplice que le ayude a ratificar que Pedro tenía un carácter demasiado complicado, en lo que parece un intento de justificarse.

—Pero ¿Pedro estaba metido en algún lío? —pregunta Patricia.

—Qué va. Nada de nada. Por lo menos que yo sepa. Tampoco me metía en sus cosas.

—Yo pensaba que estabais genial.

—Es que estábamos genial. Teníamos las peleas normales de cualquier pareja y encima con peques de parejas diferentes… El problema del curro, mi juicio, la pasta, etc.

—Es que os juntasteis con muchas cosas, pero aun así no justifica lo que ha pasado. Siempre hay baches.

—Aunque haya baches tirábamos para adelante.

—Nosotros también tuvimos épocas más apretados de dinero, pero yo decía igual que tú…Lo material es material, pero él se agobiaba.

Patricia empieza a airear parte de sus intimidades con Pedro. Su

interlocutora permanece atenta para buscar compresión.

—Es que tiene una personalidad muy fuerte e impulsiva —subraya Rosa.

—Demasiado, tía. Y muchas veces interpreta cosas que no son.

—Eso es verdad, es muy susceptible.

—Demasiado.

—Tiene muchas cosas buenas pero también muchos impulsos que le rompen las cosas buenas —remata Rosa.

—Nosotros no discutíamos todos los días, no estábamos mal..., bueno, luego entendí que sí, porque él lo decidió así, no porque fueran cosas como para dejarlo.

—Conmigo pasaba lo mismo. La única diferencia es que yo le iba detrás.

—Le costaba vivir tranquilo, y es una pena porque es un chico que gusta mucho y es bueno.

—Pues sí, lo da todo pero le agobia el día a día. Sin haber vivido tu historia, sé lo que ha pasado, aun sabiendo que él me contaba otra cosa. Como cuando decía que estábamos fatal, alguna vez lo ha dicho y yo me he sorprendido y he dicho: pero si estamos de puta madre. No lo entiendo y me acordaba de ti, me sentaba y le hablaba y le decía que analizara las cosas y al final recapacitaba. Pero tenía que estar cada día detrás —incide Rosa.

—De pronto un día dijo que estábamos así de mal y flipé.

—Eso me suena. Es que me describes lo mismo. Y cambios de humor repentinos porque sí. De levantarse chafado porque sí, o levantarse alegre porque sí, sin razón alguna. Yo me creí lo mismo, eso de tener una familia, de aguantar, estar hasta ser viejitos. Creo que eres muy similar a mí. He llegado a pensar que es caprichoso y que quería cambios cada dos por tres. Aunque su boca dijera que quería una estabilidad, sus actos decían lo contrario.

Rosa hace partícipe a Patricia de su dolor pero sobre todo la implica en su pretensión de arremeter contra el humor cambiante de Pedro. Necesita encontrar cómplices, colaboradores que le den la razón. Quiere corroborar que era un hombre celoso, controlador, con demasiados cambios de humor. Necesita llevar toda aquella corriente de opinión a su terreno. Para Rosa no existe tiempo para el duelo, solo para el autoconvencimiento.

El sábado por la mañana, Núria acompaña a Rosa y a sus hijas a Sitges para participar en un triatlón. La casa ya está vigilada por una pareja de

escoltas. Curiosamente, los investigadores detectan que el móvil de Pedro da cobertura en Sitges, como si estuviera junto a ellas, pero nadie lo ve. De hecho, su cadáver ya se encuentra en la sala de autopsias. Eso significa que Rosa lleva el móvil de Pedro a cuestas, olvidado en el fondo de su bolso. Antes de ir a comer a casa, recibe la llamada de Francisco Ruiz, su abogado en el caso de la pornovenganza. Era íntimo amigo de Pedro y está muy conmocionado. Se interesa por el estado de Rosa, a la que imagina completamente derrumbada por el suceso. Su sorpresa es que la encuentra como si nada hubiera ocurrido. «Vente y quédate a comer, Francisco», le anima ella. El abogado le dice que ya comprará algo de camino y así no tendrá que cocinar. Su mente proyecta a Rosa tumbada en el sofá, con una apariencia horrenda, después de apenas haber pegado ojo durante toda la noche. Sin embargo, al llegar al chalet, la mujer está deslumbrante. Rechaza la oferta para traerle comida y ella misma le sirve un plato en la mesa. Francisco sale de la casa desconcertado. Su faceta de abogado penalista, en la que quizás un comportamiento de ese tipo podía haber despertado alguna sospecha, queda soterrada por el dolor que siente por la muerte de su amigo. La única explicación que encuentra a esa actitud tan extraña es que quizá Rosa está en *shock*. Francisco no quiere incomodarla ahondando en los detalles sobre la marcha de su amigo, solo le pregunta una vez sobre lo qué pasó y se topa con una escueta respuesta: «Discutimos y se marchó». El abogado no quiere profundizar más. No es el momento. Durante la conversación, Rosa comenta que Óscar, el subinspector, tiene una cuenta en Andorra con la que podría haber contratado a un sicario para matar a Pedro. «¿Te parece relevante?», le pregunta. Pero uno de los aspectos que más le incomodan es respecto al juicio de la pornovenganza. Había sido pospuesto para la semana siguiente. Rosa tiene intención de seguir adelante a pesar del asesinato. «Es lo que Pedro hubiera querido», le dice a Francisco. El abogado no puede creer que esté pensando en el juicio cuando su novio acaba de aparecer muerto. «Ya veremos, Rosa. Esto es en lo último que tenemos que pensar ahora.»

A la casa también acude Darío, el mejor amigo de Pedro, que ha ejercido de confesor y mediador en todas las crisis de la pareja. Está hecho polvo por la muerte de su amigo, su compañero de patrulla, el hombre al que no delató en la agresión de la Rabassada para dejar que las culpas fueran compartidas. Darío eleva el concepto de amistad a otro estadio, el del compromiso y la lealtad. Nunca le falla. Lo que no puede entender es que si Pedro se marchó de casa no le llamara para contárselo. Lo mismo le

ocurre con Rosa. Siempre le mandaba mensajes a la mínima discusión para tratar de frenar los impulsos de Pedro de mandar la relación al garete. ¿Por qué esa noche nadie le avisó? Le parecía imposible creer que ninguno de los dos le hubiera contado que Pedro se había marchado de casa. Que hubiese estado dos días fuera y no le llamara. Aun así, nunca le plantea a Rosa esa cascada de interrogantes. Darío acude a casa de su amiga para arroparla, pero esta desprende una aureola de la que desconfía. Darío le pregunta por la furgoneta de color granate que ha visto en la puerta de la casa. «Me la ha dejado un compañero para transportar un sofá.» Su actitud es muy extraña.

Nunca más volverá a dirigirle la palabra. Darío es de los primeros allegados a Pedro que sospecha de Rosa sin tener ninguna prueba. Solo cuenta con el hecho de que no lo llamasen. Pero para aquel hombre leal aquello es definitivo. No le cuadra. Rosa está implicada, no hay otra explicación. Durante el rato que pasa en casa de Rosa ve un hacha clavada en un tronco justo al lado de la barbacoa, en el jardín.

La casa de Rosa se convierte en un torrente de visitas. Todo su entorno laboral la intenta apoyar en ese momento tan duro. Por la tarde, Rosa recibe la visita de dos compañeros, Bodi y Diana, un matrimonio de guardias urbanos que trabajan en la USD. La frialdad con la que actúa Rosa les impacta. «Quedaos a cenar y pedimos unas pizzas. Venga, que ahora va a venir Albert», les anuncia con una ilusión desbordante. La pareja, incomodada, no tiene más remedio que aceptar. Creen que Rosa está en estado de *shock* y todavía no ha asumido la muerte de Pedro. Lo que les parece más raro es que Albert, que había sido su novio y con el que en teoría no tiene ya ninguna relación, se desplace a Cubelles, que está a una hora de Barcelona, un sábado después de trabajar dieciséis horas y cuando al día siguiente le espera otra larguísima jornada laboral.

Sobre el asesinato de Pedro, Rosa les confiesa que sospecha de Rubén por las disputas que ambos mantenían en los juzgados y recuerda el episodio del detective. Cuenta que su exmarido lo descubrió, reaccionó de forma violenta hasta el punto de que casi lo agrede. Albert se pasa la noche jugando con las hijas de Rosa, que lo abrazan y se abalanzan sobre él mientras Diana y Bodi siguen charlando amistosamente con Rosa, cuyo comportamiento no acaban de entender. La actitud de Albert y Rosa es extremadamente íntima y cercana. No arrastran ni una pizca de rencor del pasado, se comportan como cuando estaban juntos. Sin carantoñas pero con complicidad. Hay un momento de la velada que les quedará grabado.

«Albert, córtate la barba que estás más guapo y así te podrás poner más moreno», le sugiere Rosa.

Otro de los momentos que recuerdan de esa cena tan extraña es la indignación que sentía Rosa contra los Mossos por haber llamado a la puerta a la una de la madrugada para informarle de que habían encontrado el cadáver de Pedro. «Vinieron a la una de la madrugada, me despertaron y me dijeron que habían encontrado un vehículo con un cadáver dentro, que era el coche de Pedro y que tenía que ir a declarar. A mí, qué queréis que os diga, pero eso es tener muy poco tacto, y aparte no podía ir porque tenía a las crías durmiendo y no iba a despertarlas para dejarlas con mis padres o con un vecino.»

De regreso a casa, Diana y Bodi comentan aquella reacción: «Si a mí me viene a casa de noche una patrulla y me dicen que han encontrado tu coche con un cadáver dentro, es que me derrumbo. Me da algo, me derrumbo o me da una crisis de ansiedad y tienen que traer una ambulancia, y si tuviera hijos muevo cielo y tierra para intentar que alguien se quede con los niños…». Pasados los días, comentan a los Mossos y a la juez: «Lo de Rosa no nos ha parecido una reacción normal».

Sigamos recapitulando. El domingo 7 de mayo, Albert aparece sin barba en el trabajo. Eso levanta las suspicacias de su compañero Ángel, que por la noche avisará a los Mossos d'Esquadra de que sospecha de su amigo y de Rosa.

La mañana soleada de ese domingo, Rosa recibe la visita de José, el hermano de Pedro, la mujer de este y Patricia, la exesposa de Pedro. Suben al piso de arriba, donde José se percata del desorden que reina en la casa. «Era como si tuviera síndrome de Diógenes», me comentará tiempo más tarde. Le sorprendía que con lo ordenado que era su hermano fuese capaz de vivir allí. Rosa no da síntomas de desfallecer. No se derrumba, al menos, aparentemente. La familia de Pedro está mucho más afectada. José, todavía incrédulo por la pérdida de su hermano, quiere aferrarse a algo que pueda suplir su repentina ausencia. La moto. «Rosa, me gustaría llevarme la moto.» Ella le da largas, le pone excusas y al final cambia de tema. José se queda desconcertado.

Durante los últimos meses de relación entre su hermano y Rosa, no ha querido entrometerse. Había alertado a Pedro en infinidad de ocasiones de que enrolarse en una relación de forma tan precipitada era un error, lo mismo que romper con Patricia, la madre de su hijo, y le había recomendado que aguantase hasta que llegaran tiempos mejores. Pero

Pedro no le hizo caso, su carácter impetuoso le condujo a Rosa, a Cubelles, a aquella casa en la que sería asesinado y que en ese instante estaba visitando, ya sin su presencia. José está en la academia para ser policía local en L'Hospitalet y saca a relucir su faceta policial. Ve claro que Rosa da muestras de una excesiva entereza. Ante la negativa a que se llevara la moto, José lo intenta con parte de su ropa, pero la mujer les impide bajar al piso de abajo. Salen de la casa por unas escaleras del exterior, sin ninguna pertenencia de Pedro y con una sensación de asombro por la actitud de la pareja de su hermano.

Osman es un joven agente de la Guardia Urbana de veintisiete años. Es hijo del primer agente musulmán de la policía barcelonesa y un joven bondadoso que se interesa por Rosa a pesar de haber hablado con ella en contadas ocasiones cuando se han cruzado en la comisaría. Cuando se entera de la muerte de Pedro, le envía un mensaje dándole el pésame. Chatean durante unos días, hasta que una noche Rosa lo invita a casa. Osman, sorprendido, no duda en acercarse. Permanece en el domicilio desde las 21:20 horas de la noche hasta las 2:30 de la madrugada. La mujer busca aliados y para ello despliega todas sus artes de seducción. Le habla de sus relaciones con Óscar, con Rubén, con Albert y con Pedro. Osman y Rosa intiman. La conversación fluye. Cuando pasan los días, el joven contará a la policía todo lo que le dijo Rosa aquella noche. «De Pedro solo me habló maravillas, dijo que era la persona que en todas las relaciones anteriores nunca había tenido, que era un padre para las niñas, que se volcaba en cuerpo y alma por ella, lo que hablaba de él solo eran cosas buenas. Luego, hablando un poco más sobre el tema, dijo que con Rubén no había buena relación y que con Albert tampoco se llevaban bien porque era muy celoso y había discutido varias veces con Pedro.»

La relación entre Rosa y Osman se irá tornando más íntima en los siguientes días.

El lunes 8 de mayo Rosa vuelve a requerir la compañía de Núria para pasar la noche. Dice que se siente sola. Albert también pasa la noche en el chalet. La amiga pasea por la casa cuando descubre unas manchas de sangre en la separación del tope que hay justo en la puerta de entrada del comedor del piso de arriba. También advierte unas manchas rojas en unas toallas. A pesar de trabajar en la Unidad de Investigación de la Guardia Urbana, su instinto prioriza la amistad con Rosa a la desconfianza.

—Rosa, aquí hay unas manchas de sangre, ¿te has hecho daño?

—No, es que la perra tiene el celo.

—¿Y las toallas con sangre?

—Es que a Pedro le gusta hacerlo en cualquier momento y, mira, me coincidió con la regla y me limpié con la toalla.

Núria y Albert se marchan de casa de Rosa juntos a las seis de la mañana. En el coche, Albert le comenta que Pedro solía maltratarla y cogerla del cuello.

Al mediodía, dos madres del colegio al que van sus hijas se acercan hasta casa de Rosa para darle el pésame. Las mujeres se ofrecen para ayudar en cualquier cosa que necesite. Rosa les toma la palabra y les pide que la ayuden a ir a buscar unos muebles que tiene en un trastero en Vilanova. Aunque no lo menciona, el trastero al que hace referencia es aquel en el que Pedro guarda el mobiliario de su antiguo piso, en el que vivía antes de mudarse al chalet de Rosa. Las mujeres asienten con incredulidad, pero se distancian de Rosa. Nunca más la volverán a ver. A los Mossos les contaron que pensaron que la muerte de Pedro era demasiado reciente como para que la principal obsesión de Rosa fuera cambiar la decoración.

El martes 9 de mayo Albert López va a visitar al hospital de Sant Cugat a Jordi, su mejor amigo, que trabaja en la Guardia Urbana de Badalona. Ha sido atendido de una lesión de espalda y lleva cuatro días ingresado. Albert, ya sin barba, le cuenta que el cadáver de Pedro ha aparecido en el pantano y le enseña una noticia de un portal web para confirmarlo. Jordi le dice que no le gaste bromas, que está bajo de ánimo. Albert insiste: «Que sí, que le han pegado un tiro en la cabeza y lo han dejado en un maletero».

Jordi reposa en la camilla del hospital cuando Albert recibe una llamada de Rosa y esta insiste en hablar con su amigo. Charlan sobre cómo crecen sus hijas, que van a hacer triatlón y que les gusta mucho el deporte. Cosas banales. Jordi cuenta a los Mossos que el tono de voz de Rosa era normal y no parecía afectada. El estado de su amigo tampoco presentaba ningún atisbo de pesadumbre. Albert pasa media hora junto a su amigo. Reconoce que en los últimos días se ha quedado a dormir en casa de Rosa para hacerle compañía porque tenía miedo. Y le confiesa que en estos encuentros han mantenido relaciones sexuales.

30

ACORRALADA

Los Mossos citan a declarar al entorno de Rosa, Albert y Pedro. Por ahí pasan agentes de la Guardia Urbana, familiares, amigos, los detectives que siguieron a Rubén e incluso el trabajador de Telepizza que llevó la comida al chalet cuando Rosa y Albert disfrutaron de su primera cena juntos sin Pedro. El grupo de homicidios de los Mossos se adentra en su vida, en sus relaciones, rebuscan en la mochila de problemas que llevan a cuestas y acumulan pruebas suficientes para saber que mienten. El comportamiento de Rosa es sospechoso desde el primer día.

Durante los días posteriores al crimen, los Mossos dejan que Rosa se acomode en su nuevo papel de viuda. Cuenta con el respaldo de sus compañeros en la Guardia Urbana, su padre, su madre y su hermano, e incluso amigos que no lo eran, como Núria y Osman, le dedican parte de su tiempo para superar este momento tan duro. Los Mossos dejan que interactúe, que difunda sus múltiples versiones entre sus allegados mientras esperan los informes sobre las localizaciones de los teléfonos móviles. Cuando los reciben, confirman que sus sospechas eran fundamentadas. Solo pudieron ser Albert y Rosa porque eran los únicos que coincidieron en el mismo lugar del que Pedro nunca salió con vida. Ninguno de los dos en sus declaraciones ante la policía hace referencia a aquella noche.

Han pasado diez días y los investigadores quieren que Rosa se inquiete. Que sepa que no siempre será la víctima. Tiene que empezar a notar que todo lo que oculta puede acarrear graves consecuencias. Para ponerla nerviosa, los Mossos citan a declarar a los padres de Rosa. Saben que no tienen nada que ver con el crimen, pero tratan de sacudir su estabilidad simulando que las sospechas se ciernen sobre los que más quiere. Que sepa

que camina peligrosamente por el alambre, que en aquella arriesgada estrategia de mentiras, un paso en falso puede abocarla al vacío y puede arrastrar a sus padres con ella.

Paco Peral y su mujer son requeridos en comisaría el 9 de mayo. La madre se desentiende de todo alegando que no recuerda nada. En cambio, su marido, muy compungido por el crimen, asegura que el 2 de mayo ve a Pedro, al contrario de lo que indican las señales de los móviles y algunos testigos que intentaron sin éxito hablar con él. El novio de Rosa ya estaba muerto, pero Paco ratifica ante los agentes que lo ve con sus propios ojos. La citación de su padre genera un profundo malestar en Rosa, que empieza a sentir el temblor bajo sus pies. Aquel será el as en la manga que los investigadores se guardarán para acorralarla.

Osman

Rosa empieza a dudar. Se apoya en Osman para que la ayude a interpretar qué significa todo aquello que no controla. Ella es policía, tiene conocimientos básicos de investigación, pero carece de formación para descifrar con exactitud cuáles son los pasos que los Mossos están dando a sus espaldas. Cree que quizás Osman la pueda ayudar, y por eso busca seducirlo. Puede intuir que rastrearán la señal de su móvil, que hablarán con su entorno, pero no entiende por qué han citado a declarar a su padre.

Los Mossos prosiguen con las pesquisas bajo la protección que les brinda el secreto de sumario, una figura jurídica que permite investigar sin que los afectados lo sepan. Y los sospechosos son Rosa y Albert, aunque ellos puedan pensar que sus intentos por incriminar a Rubén están funcionando. En esos momentos de angustia, Rosa se refugia en Osman, que no duda en ir a su chalet de Cubelles a la hora que sea. Las niñas se muestran cercanas, le acarician la barba y él juega con ellas. Esos días Osman sustituye a Pedro y a Albert, que ya lleva dos noches sin ir a dormir a casa de Rosa. La hija mayor insiste en que quiere que sea el nuevo novio de mami. Osman percibe que esa noche Rosa está distinta. Está afectada. La mujer no comprende lo que pasa a su alrededor. Empieza a sentirse acorralada aunque no lo verbalice. La estrategia policial comienza a asfixiarla. Cuando recobra la calma, conversa con tranquilidad con Osman. El joven no pasa la noche allí. Como ya había hecho la primera vez, se marcha del domicilio sobre las 2:30 horas de la madrugada.

Las sospechas de Darío, el compañero de Pedro

La angustia ya no desaparecerá durante lo que queda de semana. El miércoles 10 de mayo, un grupo de agentes de la Guardia Urbana de la unidad motorizada en la que trabajaba Pedro Rodríguez van en comitiva al pantano de Foix para rendir tributo a su amigo. Están profundamente conmocionados. Un círculo de tierra carbonizada y parte de las ramas quemadas de un árbol dibujan con exactitud dónde fue calcinado Pedro apenas unos días atrás. Sus compañeros son incapaces de encontrar una explicación sobre lo que puede haber pasado. Todos menos uno. Darío aguarda en un discreto segundo plano conteniendo las lágrimas. Apenas saluda a Rosa. El único vínculo que los unía era Pedro y ahora ya no está. Está convencido de que ella no cuenta todo lo que sabe. La ve camuflada entre la multitud. La viuda, la mujer que en teoría debería estar más afectada por la muerte de su novio, permanece callada e inmóvil a un lado. No adopta ningún papel principal. Las dudas sobre lo que saben los Mossos consume su envidiable capacidad para orquestar excusas inimaginables que antaño le funcionaban. Ahora no puede. La presión es máxima.

El cerco se cierra

Por la tarde, la sucesión de los hechos le deparará otra sorpresa. Queda con Osman para ir al cine junto con sus hijas al centro comercial Ànec Blau de Castelldefels. Va acompañada en todo momento por dos escoltas. El joven se excusa primero diciendo que no puede, pero luego escribe a Rosa, ilusionado por poder acompañarlas. Mientras miran la película, Rosa recibe una llamada de Francisco Ruiz, su abogado, y le pide a Osman que se quede con las niñas mientras descuelga el teléfono. Esa llamada lo precipitará todo. El abogado le informa de que tiene la intención de presentarse como acusación particular en la causa judicial por la muerte de Pedro y que para «evitar incompatibilidades» tiene que renunciar a defenderla en la causa de la pornovenganza, cuyo juicio está previsto para la semana siguiente.

—No creerás que tengo algo que ver con lo de Pedro, ¿no? —pregunta Rosa con sorpresa.

—Yo no sé, Rosa… —Francisco cuelga rápido para esquivar la contrarréplica.

La mujer vuelve a entrar al cine y pide consejo a Osman para aclarar

que ha entendido bien lo que le ha dicho el abogado sobre «evitar incompatibilidades». El chico tiene alguna intuición, pero decide llamar a una abogada amiga suya que le responde con rotundidad: «Si el abogado quiere llevar el caso de la familia de Pedro y renunciar a su defensa es porque cree que la van a acusar. Ahí está la incompatibilidad». O sea, Francisco le confirma que es sospechosa de la muerte de Pedro. Aquello acentúa el nerviosismo de Rosa, que a partir de aquel momento decide cambiar de estrategia. Los Mossos observan cómo sin hacer nada el movimiento de su abogado les ayuda a acorralarla. Es un paso más en el objetivo que buscan: ponerla nerviosa.

Un plan para desviar las sospechas

Como si tuviera el don de la ubicuidad, a la salida del cine y justo en el momento en el que la invaden las dudas, aparece el cabo Juanjo, el especialista en construir coartadas. Rosa se aleja de Osman y de sus hijas y mantiene una larga conversación con su exjefe en privado. Nadie sabe lo que se dicen. La última vez que se vieron fue en el puerto de Barcelona junto a Albert. Ahora Rosa lo había citado a solas. Los investigadores creen que busca la manera de desmarcarse. Ante la nueva situación, Osman se ofrece para pasar un rato más en casa de Rosa. Esa noche, la mujer empieza a poner en práctica su nuevo plan. Cenan y mantienen una larga conversación que ella se encarga de conducir hasta detenerse en la relación con Albert. A pesar de que conoce a Osman de dos tardes, el joven siente que Rosa ya le tiene confianza y le cuenta sus intimidades. Sobre Albert le cuenta que «es muy agresivo, muy violento», la llama a todas horas. En esos momentos, el reloj que tiene vinculado al móvil no para de encenderse. Es Albert. No para de llamar. Osman la cree. Lo está viendo con sus propios ojos. Entonces Rosa recurre a otro elemento para ganarse la confianza de su interlocutor. Le enseña los mensajes del mes de enero en los que Albert la insultaba y amenazaba con matar a Pedro.

> Si algún día dejo de ser policía, me importa una mierda esta vida, recuerda. Esto no quedará así, te lo aseguro.

Todo forma parte de lo mismo. Rosa hace partícipe a Osman de su sufrimiento para hacerle ver que es la víctima. Le dice que Albert la amenazaba muchas veces y lo había hecho en el pasado, como demostraban esos emails. «Es un psicópata y un *tarao*.» El joven no sale de

su asombro.

—¿Pero tú todo esto se lo has contado a los Mossos?

—No, es que tengo mucho miedo de Albert, me ha amenazado con matarme a mí y a mis hijas. Una vez se presentó en el colegio de las niñas. Una vez no, muchas veces.

—Pero si tú hablas y a Albert lo detienen, ¿dónde está el problema? —pregunta Osman con ánimo tranquilizador.

—Albert tiene dos hermanos que han estado en la cárcel, son muy violentos. Si lo detienen, los hermanos vendrán a por mí y a por mis hijas.

Albert no para de llamar a Rosa. No entiende que ahora no le conteste cuando en los últimos días han hablado sin problemas. Osman solo llega a leer un mensaje de los que le manda, y es todo menos amenazante: «Yo soy un hombro en el que te puedes apoyar para llorar». En realidad, Albert y Rosa se intercambian mensajes conscientes de que su teléfono está intervenido por la policía. En los *whatsapps* refuerzan su papel de personas ajenas a la muerte de Pedro. Incluso aprovechan una noticia que insinuaba que el crimen podría corresponderse con la mafia. «¿Ves?, ya te decía yo que este estaba metido en algo», le escribe Albert a Rosa. En ese momento se sienten impunes, a salvo de cualquier sospecha. Los mensajes que intercambian van en esta línea.

Pero con lo que no cuenta Albert es con que Rosa ya ha cambiado de plan y ha decidido incriminarlo para salvarse ella. La ausencia de respuestas incomoda a Albert, que insiste una y otra vez. Osman está abandonando el domicilio de Rosa y esta no para de recibir llamadas. «Es Albert, no para de llamarme.» En ese momento la mujer se pone a temblar. «Tienes que hablar con los Mossos», insiste Osman.

La posibilidad de ir a hablar con la policía de forma voluntaria para incriminar a Albert se va cociendo a fuego lento como una opción plausible. Significa jugárselo todo a una carta. Una apuesta al todo o nada. A partir de ese momento, en cualquier conversación, Rosa apunta a Albert como sospechoso. Pasa de sugerir la culpabilidad de Rubén a señalar a su exnovio. Hay demasiado en juego. Su amigo Rodrigo, del que se había distanciado, se interesa por ella y decide visitarla. Él será el que reciba una información que puede ser crucial. Rosa se remonta a enero. Le confiesa que se peleó con Pedro después de que este descubriera los mensajes que se intercambiaba con Albert. «Me dijo que para él eso había sido una traición y luego me cogió del cuello.» A raíz de aquello la relación quedó afectada. Pedro se volvió más seco con ella. En la nueva estrategia de Rosa para

incriminar a Albert revela unos hechos que hasta entonces no le había contado a nadie. El día del crimen hubo otra discusión: «Nos peleamos y me cogió del cuello. Entonces llamé a Albert», le cuenta. Rodrigo ya no pregunta más.

Los Mossos saben que Rosa empieza a estar presionada. Saben que su abogado la ha dejado y sacan a jugar la baza que llevan unos días guardándose. Creen que está cerca de confesar que ella presenció lo que ocurrió la noche del 1 de mayo. Es en ese momento de máxima presión cuando los Mossos vuelven a citar a los padres de Rosa. Quieren que su hija acabe sucumbiendo. Interrogan a su madre, que, como ya dijo en la primera ocasión, no recuerda nada. Los agentes se centran en Paco Peral y ya no lo tratan con tanta delicadeza. Le aprietan las tuercas. Lo abordan como si fuera sospechoso, conscientes de que luego se lo contará a Rosa. Le insisten una y otra vez en si vio a Pedro el 2 de mayo.

—Sí, lo vi.

—Pero ¿cómo fue? ¿Lo saludó, habló con él? —reiteran los investigadores.

—Lo saludé y le di la mano —zanja Paco Peral.

Mientras tanto, Rosa no entiende por qué la policía cita a sus padres. Ella sabe que no tienen nada que ver. Le manda un mensaje desesperado a Osman: «Han llamado a mis padres a declarar de nuevo. No entiendo nada». Su angustia la paraliza, la presión le nubla la mente, empieza a autoconvencerse de que quizá la mejor opción sea hablar con la policía y acusar a Albert.

Osman toma las riendas de la situación para ayudar a su nueva amiga. Organiza un comité de crisis con una abogada de confianza. Se citan en un prestigioso despacho del centro de Barcelona. Rosa parece abatida. Viste una sudadera violeta de Pedro que le va ancha y unos *leggings* negros. Por primera vez verbaliza que tiene miedo, que se siente amenazada. Se desconoce el contenido de lo que cuenta a los abogados, pero la conversación se prolonga durante seis horas. A la vista de lo que expondrá posteriormente, es posible deducir que su relato tiene como único objetivo incriminar a Albert.

Rosa pasa al ataque y va sin frenos. Está tan desorientada que no advierte los riesgos. Menosprecia la capacidad de los Mossos de encontrar testigos que corroboren que Albert estuvo en su casa porque ella lo invitó. Como Bodi y Diana, que recuerdan cómo anunció con ilusión: «Quedaos a cenar, que va a venir Albert». Rosa no calcula que hablarán con todo su

entorno y todos ratificarán que en ningún momento se mostró amenazante y estuvo jugando con sus hijas como si fuera su padre. Que incluso mantuvo relaciones sexuales con ella.

Al final, la abogada le recomienda que hable con los Mossos porque ante aquellas explicaciones tan confusas una cosa tiene clara: o cuenta lo que sabe o la detendrán. O todo o nada.

Con la posibilidad del arresto sobrevolando el ambiente, Rosa accede a hablar con la policía. Osman le organiza el encuentro. A través de una amiga que trabaja en los Mossos consigue una vía directa con los investigadores. Cuando Rosa llama al teléfono, los agentes ya la están esperando. Su plan está funcionando.

—Quiero deciros que sospecho de alguien. Porque he estado pensando… Ya sé que os dije que primero sospechaba de Rubén o de Óscar, pero cada vez veo más claro que es otra persona. —Rosa da varios rodeos hasta que el investigador decide arrancarle las palabras.

—Pero ¿de quién sospechas, Rosa?

—Creo que fue Albert.

—De acuerdo. Mañana ven a comisaría y nos lo cuentas.

Rosa ha sucumbido a la presión. Va a hablar y los Mossos saben que su versión será distinta a la de la primera vez. Antes de colgar, sin embargo, Rosa pone una condición.

—Que no venga el sargento aquel, que no me gustó cómo me hablaba. Prefiero que vengas tú, que eres más amable.

Rosa no quiere que el *mosso* que ejerció el papel de poli malo en la primera declaración esté en el interrogatorio del día siguiente. Rosa hace de Rosa hasta el último momento.

31

«ME ESTOY DERRUMBANDO»

El sábado 13 de mayo es el día en el que Rosa ha quedado con los Mossos para declarar voluntariamente. Está citada en la comisaría de Sant Feliu de Llobregat. La podían haber citado en Vilanova, pero le piden que comparezca en otro centro. Quieren que le quede claro que ahora ya no es una víctima. Rosa se despierta a las siete de la mañana. Como en los últimos días, lo primero que hace es intercambiarse *whatsapps* con Osman para desearse buenos días.

¿Has podido descansar un poquito,
verdad?

Un poquito. Algo es algo.

Poco a poco.

Tengo ganas de soltarlo todo y
confiar que me pondrán protección
a mí y a mis hijas.

Ahora desayuna algo, te sentará bien.

Durante el trayecto de Cubelles a Sant Feliu, Rosa va acompañada de su hermano. Está acostumbrada a lidiar con todo tipo de conflictos y siempre es capaz de salirse con la suya. Esta vez, sin embargo, no está segura. Desconoce qué pruebas tienen los Mossos en su contra. Antes de empezar la declaración, le indican que tendrá la condición de investigada, lo que antiguamente se conocía como imputada. Eso no significa otra cosa que la

confirmación de que la policía considera que está implicada en los hechos. Los imputados, a diferencia de los testigos, cuentan con una serie de prerrogativas, como el derecho a mentir. Por tanto, todas las explicaciones con las que Rosa pretendía convencer a los investigadores quedarán en entredicho desde el principio. Solo ese hecho ya indica que es muy difícil que los Mossos la crean. Como imputada, es obligatoria la asistencia de un abogado que la asesore. La primera hora en la comisaría transcurre en busca de un abogado. La abogada de confianza de Osman no puede hacerlo y recurre a uno de oficio que le asigna el Colegio de Abogados. En ese intervalo de tiempo comparte las dudas con su amigo.

—Lo harás bien, Rosa. Sé fuerte —la anima Osman.

—No lo soy, niño. Me estoy derrumbando. Esto parece una pesadilla. Y todo por ser buena. He llamado y me van a asignar un abogado de oficio. Que al rollo de estar investigada todo el mundo le quita hierro, pero a mí no me gusta nada.

—Llámame cuando termines. ¡Mucha suerte!

La declaración de Rosa

Dos agentes se sientan ante la imputada. Son las 13:34 horas. Esto es lo que relata ante la policía.

> Aunque hasta el momento solo había pensado en Rubén como autor del homicidio de Pedro, en los últimos días y después de darle vueltas tengo sospechas. Sospecho de Albert, que ha sido compañero mío en la Guardia Urbana y es mi expareja. El fin de semana del 30 de abril, Albert me estuvo llamando pero no le contesté. La noche del 1 al 2 de mayo a las dos de la madrugada, Albert se presentó a mi casa, me picó al timbre y le dije que se marchara de allí y que no me buscara problemas. Estuvimos hablando cerca de un par de minutos y luego se marchó.
> A la mañana siguiente, sobre las nueve o las diez, Albert se volvió a presentar en mi casa diciéndome que no encontraba el móvil y casualmente dijo que se le había caído en la calle donde había aparcado el coche. Y en efecto allí seguía el teléfono. Me dijo que sabía que Pedro no estaba en casa e insistió en tomar algo. Yo fui muy tajante y le dije que se marchara de allí. Pedro había ido a hacer la declaración de la renta y volvió muy pronto, luego fuimos al parque con las niñas.

Rosa trata de despistar a los investigadores. Sabe que han rastreado la señal de sus móviles e intenta justificar que la señal del teléfono de Albert estuviera situada en su casa toda la noche diciendo que se le había caído el móvil. Por tanto, según ella, el móvil estaba, pero no él. Esas explicaciones demuestran que le había dado muchas vueltas intentando reconstruir las pruebas con las que contaba la policía y buscando una coartada que fuera capaz de encajar todas las piezas.

> Por la tarde, Pedro y yo tuvimos una discusión sin importancia. Pedro estaba agobiado por sus circunstancias personales, tanto laborales como familiares, ya que no veía a su hijo todo lo que quería. En ningún momento hubo violencia física, más allá de retirar una mano o un ligero empujón. Después de la discusión, Pedro se marchó. Me extrañó que no se hubiera llevado la moto puesto que siempre que se enfadaba se iba con ella. Sobre las diez, Albert me mandó un mensaje y me dijo que venía hacia mi casa. Se presentó y me empezó a preguntar si Pedro me maltrataba y que por qué no le contestaba los mensajes. Albert me vio seria. Fue entonces cuando le dije que habíamos discutido con Pedro y que se había marchado. Me preguntó dónde podía haber ido y yo le dije que en alguna ocasión le había escuchado decir que iba a machacar a Rubén con un bate de béisbol. Como me veía tan preocupada, me propuso acompañarme a casa de Rubén para quedarme más tranquila y que viera que Pedro no estaba allí. Cuando llegamos a La Bisbal del Penedès, a casa de Rubén, no vimos a Pedro ni tampoco su coche. Y ahí sí que me quedé más tranquila.

Hasta ese momento, Rosa trata de dar sentido al rastro de las localizaciones del móvil que ella sospecha que han recopilado los Mossos. El itinerario que describe encaja. Si los investigadores se guiaran únicamente por la señal de los teléfonos, aquella explicación, aunque retorcida y rocambolesca, podría tener algún sentido. Sin embargo, hay que recordar que los investigadores contaban con varios testimonios de personas que intentaron contactar con Pedro el 2 de mayo y no lo consiguieron. Porque ya estaba muerto. Solo el padre de Rosa corrobora esta versión diciendo que lo vio y lo saludó. Ella intenta despistar a los investigadores situando el crimen el día 2 de mayo, el mismo día en que el cadáver fue calcinado en el pantano. Sin embargo, los investigadores están seguros de que los hechos se prolongan durante dos días. La noche del 1 al 2 de mayo se comete el crimen. Durante el día 2, Rosa y Albert piensan en la forma de deshacerse del cadáver. Y al final lo introducen en el maletero de su coche, dan un rodeo con su móvil por casa de su exmarido para incriminarlo y luego queman el vehículo en el pantano de Foix. Esa es la secuencia.

Los investigadores le preguntan:

—¿Y no llamó a Pedro mientras iba junto a Albert hacia el pantano?

—No, porque con las prisas Pedro se dejó el móvil en casa.

Ese aspecto también era nuevo. En la primera declaración, Rosa había enseñado los mensajes que le había mandado Pedro después de marcharse.

En cambio, esta vez admite que el móvil se quedó en casa, con lo que no era posible que los mensajes los hubiera mandado él. Los investigadores, gracias a las localizaciones de los móviles, habían detectado que aquel mensaje se mandó utilizando la red wifi de la casa de Rosa. O sea, que se lo mandó ella. El intento de manipulación quedaba al descubierto. ¿Qué sentido tenía que en el primer momento dijera que los mensajes se los había mandado Pedro y ahora afirmase que se olvidó el móvil en casa? Los Mossos observan aquella contradicción, pero no dicen nada. En los próximos días tiene que declarar ante la juez y no quieren quemar todos los cartuchos a las primeras de cambio.

Todas esas explicaciones denotan un cambio de estrategia. Una nueva versión que difiere de la inicial en la que Rosa intenta incriminar a Rubén. Ahora trata de implicar a Albert insinuando una actitud sospechosa de su exnovio, aunque sin arrojar alguna pista determinante. En ningún momento cuenta si Albert se peleó con Pedro y le mató. Y tampoco dice en qué momento se produjo el crimen. Ella mantiene que su novio se marchó por la mañana a hacer la declaración de la renta. Hacienda responderá a un requerimiento policial diciendo que no constaba que Pedro Rodríguez Grande hubiera ido a cumplimentar sus impuestos aquella mañana. Luego, Rosa prosigue diciendo que Albert se presenta en su casa y la acompaña al pantano. No revela ninguna actitud amenazante, solo lo describe como un amigo que se presta a ayudarla. Todo suena muy extraño.

La detención de Rosa

La declaración finaliza a las 15:24. En ese mismo momento queda detenida. Los agentes no se creen sus explicaciones. Está mintiendo. Rosa pensaba que tenía alguna posibilidad de encajar todas las piezas, pero iba a ciegas. Desconocía todo lo que tenían contra ella. La investigación no se limitaba solo a rastrear la señal de su móvil. Los Mossos se habían sumergido en la vida de Rosa y de Albert. Eran los únicos que tenían un motivo para matar a Pedro. Albert y Rosa acababan de retomar su relación y Pedro les sobraba. Albert lo odiaba porque le había quitado la novia. Y Rosa estaba

exhausta de tener un novio controlador que no le dejaba hacer lo que siempre había hecho con Rubén: chatear, flirtear con otros chicos, hacer su vida. Esta es la tesis de los investigadores. Ellos fueron los últimos que lo vieron con vida y se lo ocultaron a la policía.

Uno de los aspectos más sorprendentes del caso es que Rosa es capaz de recobrar la memoria, como si se tratara de una revelación, cuando se siente acorralada. Y tiene claro que debe sacrificar a Albert, su novio, el hombre al que invita a cenar a casa, del que recibe un anillo de compromiso y con el que pasa hasta ocho noches seguidas después del asesinato de Pedro. De pronto, pasa a convertirse en una amenaza, en un hombre violento y en un psicópata solo cuando ella siente de cerca el aliento de la policía. Sin embargo, la declaración ante los Mossos no es tan contundente. Es consciente de que el cadáver de Pedro está quemado, que será muy difícil hallar la causa de la muerte, por lo que cree que eso la puede salvar a ella y también a Albert. Rosa deja margen de maniobra a su exnovio, o actual pareja, según se mire, para que se defienda.

Para analizar el comportamiento de Rosa es preciso fijarse en este aspecto: es una mujer egoísta. Solo piensa en ella. Si fuera cierto lo que dice, lo habría contado desde el principio por amor a Pedro, por el dolor que su familia está soportando. Pero las únicas muestras de tristeza, de duelo, de miedo, aparecen cuando siente que su plan no está funcionando, cuando la pueden detener, cuando su vida amenaza con desmoronarse. Nunca porque Pedro haya sido asesinado.

Cuando los Mossos esperan a Rosa esa mañana de sábado en la comisaría de Sant Feliu de Llobregat ya saben que la van a detener. Todo se precipita cuando ella los llama para decirles que quiere declarar voluntariamente. Su intención era arrestarla dos días más tarde, el martes, 15 de mayo. Pero esa premura por incriminar a Albert acelera la detención.

La caída de Albert

Lo mismo sucede con Albert López. Los Mossos tienen la intención de arrestarlo también el martes, pero la visita de Rosa a la comisaría obliga a practicar la detención de forma simultánea. La policía monta un dispositivo especial para arrestarlo y lo hacen con rapidez.

Albert trata de buscar una explicación a lo que está ocurriendo, aunque la única explicación posible es que Rosa lo haya delatado. El hombre, que va afeitado, se resiste a creerlo. Pero las evasivas de los últimos días así lo

indican. Rosa se ha mostrado esquiva, ha evitado sus llamadas y no le ha respondido los mensajes.

Los Mossos trasladan al detenido a la comisaría de Sant Boi de Llobregat para evitar cualquier contacto con Rosa Peral. Los agentes tratan de convencer a Albert de que la mujer está en otra comisaría acusándole del crimen. Él se resiste a pensar que lo ha incriminado. «Os estáis equivocando.» No se lo quiere creer.

32

LOS REGISTROS

DOMINGO, 14 DE MAYO DE 2017

Tras las detenciones de Rosa Peral y Albert López, los agentes del grupo de Homicidios junto con la policía científica de los Mossos se dirigen a los respectivos domicilios de la pareja para buscar pruebas que apuntalen la acusación. En casa de Albert encuentran un aspirador Roomba embozado con el pelo de la barba que se había afeitado hacía pocos días. En su habitación, los agentes hallan la caja vacía del anillo que le regaló a Rosa y una fotografía de ambos celebrando la culminación de la Spartan Race, una carrera de obstáculos de diecinueve kilómetros que corrieron juntos. Aquello confirma que Albert sigue enamorado de Rosa, con quien ha compartido los momentos más felices de su vida y con quien tiene intención de seguir haciéndolo, como indica que la caja del anillo estuviera vacía. Esa caja vacía también demuestra que Rosa no le devolvió la sortija. En el domicilio también encuentran restos de sangre en la suela de unas zapatillas y en unas toallas de baño. Su coche es revisado. Cuando abren el maletero descubren que desprende un fuerte olor a gasolina. Albert pudo transportar allí el combustible con el que prendieron el coche y el cadáver de Pedro.

EN CASA DE ROSA

Pero el registro más relevante es en casa de Rosa, en la escena del crimen. Una patrulla de agentes queda con el padre de la sospechosa a fin de que les deje las llaves para entrar en el domicilio. Los agentes quieren

escudriñar toda la vivienda poniendo especial atención en el piso de abajo, donde la hija mayor explicó que su madre había bajado a un aturdido Pedro. Luego, según el testimonio de la niña, su madre había vuelto a subir con la cara ensangrentada. Por tanto, el objetivo es encontrar sangre y el arma del crimen, aunque los investigadores son conscientes de que han pasado dieciséis días desde los hechos y tanto Rosa como Albert han tenido tiempo de sobra para deshacerse de todo.

Los agentes hacen un barrido por toda la casa. Buscan salpicaduras de sangre, aunque a simple vista cuesta detectarlas. Para ello, utilizan un reactivo químico que, cuando se apaga la luz, ilumina los restos de sangre con un color azul fluorescente. Los agentes empolvan todos los objetos y rincones que encuentran a su paso. La casa estaba muy desordenada. Cuando apagan la luz, varios puntos azules se iluminan por todas las estancias de abajo. Casi todas las manchas y gotitas se detectan en la habitación de abajo, la misma estancia en la que Rosa quería cambiar el sofá a pesar de que habían montado uno apenas dos semanas antes, donde Pedro quería un gimnasio. Se encuentran tres manchas en el suelo, salpicaduras en unos botines de color beige y en un par de botas negras. En otra habitación se encuentran restos en una camiseta y en una pared. Y en el patio exterior, tres manchas en el suelo. En el baño, los Mossos también localizan los restos que había visto Núria, la amiga de Rosa: en la montaña de la ropa sucia encuentran sangre en tres toallas blancas, en una toalla marrón y en la pared. Los análisis de ADN que realizan con posterioridad arrojan que solo la sangre encontrada en la habitación de Pedro y en el exterior se corresponde con la de la víctima. El ADN de las toallas es una mezcla de Rosa y Pedro. La gran duda que se suscita para la investigación es cómo puede haber sangre en la casa si, según la autopsia, Pedro murió estrangulado. En ese momento, los investigadores recuerdan que los forenses apuntaron que el cuerpo presentaba las extremidades amputadas. A todo esto hay que recordar que el vecino de la casa de enfrente que mantenía una aventura a escondidas con Rosa, envió un mensaje en el que le preguntaba a la mujer si había estado utilizando una motosierra. Todos esos indicios conducen a un resultado: el cadáver de Pedro pudo ser descuartizado. Y eso provocó un baño de sangre.

El registro prosigue en las otras habitaciones de la casa. En el piso de arriba, los Mossos también se encuentran con un domicilio muy desordenado. Hallan hasta tres televisores, uno detrás de otro, como si el nuevo modelo adelantara al anterior, y montañas de ropa y zapatos por

todas partes. Uno de los encargos que también tienen los investigadores es hallar la medicación que tomaba Pedro. Durante el primer interrogatorio, Rosa manifestó que Pedro iba al psicólogo y tomaba medicación. Buscan en los cajones, pero las pastillas del fallecido no aparecen; tampoco la receta.

Los agentes descubren en un armario un conjunto de ocho cartuchos del calibre nueve milímetros como el que disparan las armas reglamentarias de la Guardia Urbana. Puesto en contexto, ese hallazgo tampoco es extraño. Según me confirmó su exmarido, Rosa había formado parte del equipo de tiro de la Guardia Urbana. Es habitual que los agentes acumulen balas en casa y, además, todos los agentes consultados coinciden en una cosa: es habitual llevar balas sueltas en los bolsillos y muchas veces se te pueden caer y perderlas. A Pedro se le podía haber caído alguna bala en el maletero y Rosa podía haber perdido la bala que le faltaba a su pistola. Además, como ya se ha visto, la posibilidad de la muerte por arma de fuego es prácticamente descartada por los investigadores.

Con todo aquel escenario, a pesar de todas las pruebas que recopilan, los Mossos carecen de una prueba directa que incrimine a los acusados, como restos de ADN de Rosa y Albert en el cadáver o en la escena del crimen. Nada de eso aparece porque ellos mismos se encargan de dejarlo todo limpio. Los vestigios de ADN en el cuerpo de Pedro fueron arrasados por las llamas, y el hacha o la motosierra que utilizaron para desmembrarlo, en caso de que hubiera sido así, tampoco fueron encontrados. La única vinculación que hasta ese momento tenían de Rosa y Albert con el crimen era que ambos habían mentido sobre su ubicación, que sin embargo sí había salido a la luz gracias la localización de su teléfono móvil. Pero no había ni una sola prueba que los incriminara de forma directa. Solo podían ser ellos porque eran los únicos que estaban a la hora del crimen en el lugar del crimen.

Sin embargo, los investigadores siguen escudriñando la vivienda de Rosa, mirando todos los rincones, revisando el patio, rebuscando entre cajones. Hasta que, al abrir un armario, dentro de un bolso de Rosa, encuentran algo: el móvil de Pedro. Es la prueba directa que buscaban. Eso sí la relaciona con los hechos. En su última declaración, Rosa había reconocido que el móvil de Pedro lo habían dejado en casa, pero olvidó que sí se lo llevó a casa de Rubén y al pantano, consciente de que la señal sería rastreada. Con esa maniobra querían simular que Pedro fue a buscar al exmarido, se peleó con él y acabó quemado en el pantano. Anduvo con el aparato los días posteriores cuando este ya estaba apagado. Por esa

razón, la señal del teléfono lo situaba junto a Núria y a las niñas en un triatlón en Sitges tres días después de morir. Pero sobre todo, el hallazgo del teléfono de Pedro aporta un salto cualitativo a la investigación, no solo porque vincula a Rosa con los hechos sino porque además le otorga un papel hegemónico. La prueba clave la tiene ella.

La comisaría de la Zona Franca

El operativo policial para registrar las pertenencias de los dos acusados se extiende también a la comisaría de la Zona Franca. Revisan y chequean las taquillas de ambos. En el puesto de Albert se localizan siete calendarios de un sindicato de la Guardia Urbana del año 2013. En la portada aparecen Albert y Rosa posando con el uniforme policial. El chico se sujeta el cinturón con los brazos en jarra. Rosa a su lado mira coqueta a la cámara con las manos a la espalda en un gesto tímido. Albert guardaba el calendario como recuerdo. Eso es lo único de interés que se encuentra. La taquilla de Rosa, en cambio, está a rebosar de objetos. Se hallan seis teléfonos móviles que supuestamente utilizaba para orquestar los encuentros sexuales secretos con otros policías. En todo aquel embrollo de relaciones y aventuras, Albert juega un papel esencial, como demuestran algunas de las pertenencias encontradas. En cambio, no hay ninguna foto de Pedro. La policía descubre nueve fotografías de Rosa con Albert y una réplica del mismo calendario en el que posan los dos. Aun así, esas no son las únicas imágenes que conserva. También hay fotografías sexuales con otros hombres. La taquilla de Rosa es un espacio de intimidad, de preservación de lo suyo, donde se orquestan sus planes y sus secretos se mantienen a salvo. En este sentido también llama la atención el hallazgo de varios números de placa de policías, los llamados TIP (Tarjeta de Identidad Profesional). Hay una decena de insignias como las que los agentes suelen lucir en la solapa enganchadas con un velcro. Quizá la cesión del TIP se trate de un gesto de amistad, de un recuerdo, de un regalo. Sin embargo, los investigadores creen que Rosa guarda todos los números de los agentes con los que ha mantenido relaciones sexuales. Como si fuera una especie de trofeo. Una colección de triunfos. Es, a su juicio, un elemento más que ayuda a entender su personalidad. Una mujer que acumula relaciones, simultanea y enlaza experiencias, ávida de poder y de capacidad de dominación en un mundo de hombres. Apoderarse de los números de identificación de los policías es la recompensa, la prueba que demuestra sus

insaciables ganas de conquista y de victoria.

«Quiero decir la verdad»

Cuando los agentes de la Unidad Científica finalizan el registro en la vivienda de Rosa Peral, una patrulla se acerca a casa de su padre para devolverle las llaves. Está muy afectado por la detención de su hija. Recibe a los agentes entre lágrimas y les dice que quiere confesar. Estos le comunican que no tiene por qué hacerlo, que como familiar directo queda dispensado de decir nada que pueda perjudicar a su hija. Paco Peral insiste: «Quiero decir la verdad». Los agentes aguardan expectantes. «El día 2 de mayo al mediodía, sobre la hora de comer, no vi a Pedro. Solo vi un coche BMW de color rojo. Por la tarde, mi hija me llamó para que me quedara con las nietas. Me dijo que mintiese a la policía y dijera que vi a Pedro.» Las piezas empiezan a encajar. Hasta entonces era la única nota discordante de la investigación que sostenía la coartada de Rosa. Ahora su versión se derrumba. El padre de Rosa no vio a Pedro porque estaba muerto. Y lo que sí vio fue el coche de Albert, que estaba en casa de Rosa supuestamente planeando la forma de deshacerse del cadáver.

33

EL MÓVIL DE ROSA

Los Mossos se apropian del móvil de Rosa Peral y se adentran en su vida. Descubren todas las discusiones que tiene con Pedro, las súplicas a Albert para que no la deje, los mensajes que manda a sus amigos para dejar claro que es a él a quien quiere y no a Pedro, un hombre que la controla y con quien no para de discutir. El móvil de Rosa es la puerta de entrada a su personalidad y a su forma de pensar. Es un mundo plagado de subterfugios, puertas traseras, mentiras, engaños y falsas apariencias, el medio con el que urde planes y orquestra encuentros. Y todo en busca de algo que satisfaga su sed inconformista: la apariencia de una familia estable, pero sin las ataduras que coarten sus escarceos amorosos. Los agentes se zambullen en aquel torrente de mails, mensajes de WhatsApp e imágenes que les permite contextualizar toda la investigación. Revisan las fotos. Momentos de felicidad con Albert, también con sus hijas y con Rubén, y capturas de los últimos meses de la vertiginosa relación con Pedro. El fallecido aparece disfrazado junto a Rosa y sus hijas esforzándose para que aquello se parezca a una familia lo más rápido posible al margen de las broncas, discusiones o dudas que emergían en su relación. En la galería de imágenes aparecen fotos en la cama con Albert, y algunas explícitas con Pedro que los Mossos dejan fuera del sumario judicial para preservar su intimidad. Los investigadores las analizan una por una. Son imágenes que transpiran la cotidianidad de Rosa, desde excursiones con niños y comidas de patatas fritas y carne rebozada pasando por cenas íntimas con las parejas y episodios de sexo salvaje. Aquellas serían estampas rutinarias, de momentos de felicidad que merecen ser exhibidos si no fuera porque durante algunos meses la vida de Rosa es compartida por tres hombres a la

vez. El álbum puede resumirse en tres aspectos: familia, ocio conyugal y sexo.

Una de las fotos muestra cómo Rosa se fotografía la mano con el anillo de compromiso que le regala Albert. En un enfoque más amplio, se puede ver que Rosa lleva un anillo en cada mano: en una el de Pedro y en la otra el de Albert. Aquello demostraría que recibe el ofrecimiento con ilusión, y no con el pavor hacia Albert que describe ante los Mossos cuando es detenida.

Hay fotos que se acumulan en las galerías de los teléfonos que parecen no aportar nada. Hay imágenes insignificantes, que a veces incluso carecen de belleza visual o de emoción. Son la simple plasmación de un instante que no tiene intención de ser recordado. Una foto enviada por WhatsApp mientras se monta un mueble puede ser un buen ejemplo. Se toma la imagen para informar a la familia de que se está manos a la obra. Para dar cuenta de un momento. Aquello ocurrió con una imagen tomada en la habitación de Pedro. El fallecido aparece montando un sofá en el que iba a ser su espacio personal dentro de la casa, en la habitación donde acabó siendo asesinado dos semanas después. En la imagen aparece Pedro de espaldas, sin camiseta, montando el sofá. En la fotografía siguiente el trabajo está finiquitado y la hija mayor de Rosa aparece sentada probando la comodidad del mueble. Es un sofá negro con patas de color madera. En el fondo aparece una pared a medio pintar de color naranja. Los *mossos* que participaron en el registro de su casa también tomaron fotos. El color de aquella pared no les era familiar. No recuerdan haber visto un muro de color naranja. Su intuición, como otras tantas veces en este caso, tampoco les falla. Al comparar las fotos del registro observan que entonces la pared era blanca y no había ni rastro de aquel sofá.

Una pared pintada y un sofá

El hallazgo desencadena un nuevo registro en casa de Rosa Peral. Efectivamente, aquella pared había sido pintada de color blanco de forma chapucera. Los agentes ya no dudan. Rosa y Albert pintaron la pared porque querían esconder algo. Y lo más probable es que fueran las salpicaduras de sangre que salieron despedidas durante el crimen o en el posterior descuartizamiento. Además, el sofá desapareció. Si lo desmembraron, lo hicieron allí. El sofá pudo quedar empapado de sangre. El flujo circulatorio del cuerpo de Pedro debió de salir propulsado hacia la

pared proyectándose a su vez hacia un par de botas y hacia el suelo, que se iluminaron cuando los *mossos* los empolvaron con reactivo azul. En el nuevo registro también se encuentra una gotita de sangre en la bombilla de la misma habitación. La proyección de la sangre llegó casi hasta el techo. Según los especialistas en ciencias forenses, cuando la persona está muerta su sangre no circula y por tanto no salpica al ser descuartizada. ¿Por qué, pues, salió despedida hasta tan arriba? Si lo hubieran troceado en vida, los gritos despavoridos de Pedro habrían despertado al vecindario, un hecho que no ocurrió. Las niñas habrían oído algo así, pero no dijeron nada de eso.

En cualquier caso, la habitación fue pintada de blanco. Eso explicaría que Albert volviera por la mañana y por la tarde el día 2 de mayo, con Pedro ya muerto. El objetivo debía ser enmascarar el crimen. Solo así quedarían justificadas las evasivas de Rosa para mostrar el piso de abajo a las personas que venían a verla para darle el pésame. Entre ellos, el hermano y la exmujer de Pedro, a quienes no deja llevarse ninguna prenda del fallecido porque están en el piso de abajo. Quizás olía a pintura y quería evitar levantar sospechas.

Y por último, cabe preguntarse cómo se deshicieron del sofá. Los agentes miran sus anotaciones y lo ven claro. Rosa pidió una furgoneta a un compañero durante la comida de guardias urbanos con la excusa de que quería cambiarse el sofá. Su novio había sido asesinado hacía tan solo dos días, pero ella se empecinaba en que tenía que cambiar el sofá. Las madres del colegio se quedan algo desconcertadas ante la obsesión de Rosa por cambiar los muebles. ¿Por qué tanta prisa? La única respuesta lógica es que el sofá escondía algo.

34

¿QUÉ PASÓ AQUELLA NOCHE, ROSA?

Rosa y Albert pasan el fin de semana en el calabozo a la espera de declarar ante la juez, que debe decidir después de escucharlos si los envía a prisión provisional o los deja en libertad.

El martes 16 de mayo es el día de la verdad. La magistrada que ha capitaneado toda la investigación, dando órdenes para pinchar teléfonos, para hacer seguimientos y para practicar los arrestos, tiene delante de ella a Rosa Peral y Albert López. Cuando sobre los acusados pesan cargos como los de homicidio o asesinato, lo más habitual es que guarden silencio. En algunos casos solo responden a su abogado y desisten de contestar al juez o al fiscal. Lo que pocas veces se ha visto es que la principal acusada decida hablar durante tres horas, respondiendo a todas las partes y manteniendo un discurso ordenado y sin aparentes fisuras. Rosa Peral quiere demostrar que no tiene nada que esconder. Que ella es la víctima de todo esto. Ella misma ha dado el paso de ir a ver a la policía porque está desesperada, tiene miedo de Albert y no puede callárselo más. Según dice, ha pasado toda esa semana paralizada por el miedo sin poder reaccionar. Cuando llega, el vendaval Rosa Peral se apodera de la sala de juicios. Tiene respuestas para todo. Va vestida con la misma ropa con la que visitó a la abogada amiga de Osman, una sudadera de color violeta que era de Pedro y unos *leggings* negros. Está sentada frente a la juez, esposada. A su lado, de pie, la custodian dos agentes de los Mossos d'Esquadra.

> Cuando volvimos a casa, acosté a las niñas y nosotros (Pedro y yo) nos pusimos a recoger la ropa que teníamos abajo para lavar y para doblar. Al no haber estado en

casa teníamos faena. Albert no paraba de mandarme mensajes diciéndome que quería venir, que quería que hablásemos, que me lo había prometido, que iba a hablar, que iba a venir, que además me iba a ayudar en casa, que después de lo del juicio (de la pornovenganza) que yo había tenido el viernes quería venir, y le dije, bueno si quieres espérate a que se duerma Pedro y hablamos, que no, que voy a ir, que sí que sí, hasta que se presentó en casa y cuando se presentó saltó la valla. Era de madrugada, igual la una, no lo sé. Entonces cuando salta la valla yo salgo corriendo, Pedro estaba dentro y cuando voy a salir corriendo Albert me pide el móvil, me dice que le dé el móvil, que le dé el móvil, y le veo que salta la valla con una mochila y con un palo que sobresalía de la mochila y me enseña que lleva el arma reglamentaria, hace así y me dice «dame el móvil, te he dicho que me des el móvil», le doy el móvil, lo tiro al suelo y me voy corriendo para arriba y cuando subo cierro la puerta con llave y bajo todas las persianas; en ese momento empiezo a escuchar muchos golpes, muy fuertes, no sé cuantos golpes llegué a escuchar pero eran muchos golpes y muy continuos. Al cabo de una hora o cerca de dos me grita y me dice que me asome o que baje o que si no va a subir a por las niñas y entonces me asomo y digo «¿qué quieres?». Y lo veo con una braga tapado hasta aquí, con ropa oscura y con un hacha en la mano, con guantes como de jardinería y el hacha llena de sangre y con salpicaduras en la cara. Entonces él me dice baja y dame las llaves de la casa y del coche de Pedro y cojo y se las tiro, y vuelvo a meterme en mi casa, y me dice, no te escondas, no se te ocurra llamar a nadie; intenté llamar pero no funcionaba el teléfono de casa, me di cuenta de que el teléfono de casa no tenía línea porque no funcionaba, mi móvil no lo tenía, me lo había quitado él; entonces seguí oyendo golpes, escuché también entrar y salir varias veces de casa porque la puerta de fuera como es metálica se oye cuando se cierra y se abre. Arriba ya, cuando escuché tantos golpes encendí la tele y la (niña) mayor se había despertado y estaba preguntándose porque había tantos golpes, les puse la tele y me tumbé con ellas; luego, al cabo de, no sé, al cabo de un rato, igual pasó otra hora, igual serían las cuatro de la mañana, vio que el coche lo había metido dentro de casa, el coche de Pedro, y me volvió a llamar y me dijo: «baja o subo yo, baja o subo yo», y cuando bajé para ver qué había pasado lo vi que estaba limpiando, vi que el coche estaba cerrado y estaba limpiando todo el suelo, estaba con la fregona, estaba con los guantes, y me dijo «limpia o subo a por tus hijas, más te vale que te pongas a limpiar o subo a por tus hijas», y me puse a limpiar. Entonces mi hija mayor empezó a llamarme «mamá, mamá» y le dije «métete para adentro que los perros se han peleado», y le dije «que le ha mordido el *Flaco* a la *Coni* —así se llaman los perros— y estoy curándole. No te preocupes que no les pasa nada». Entonces Albert me dijo «no toques nada, no llames a nadie, te doy el teléfono de Pedro y a partir de ahora vas a hacer lo que yo te diga, vas a coger y vas a hacer vida normal, vas a hacer como si Pedro contestara a los mensajes, «yo me voy a ir a un juicio y cuando vuelva quiero que todo siga su normalidad, quiero que me enseñes los mensajes como si Pedro hubiese contestado a quien escriba y como no hayas contestado a ningún mensaje o haya algo raro, me voy a enterar, y como en el juzgado me encuentre a algún compañero, y algún compañero diga lo más mínimo me voy a

enterar también y voy a venir a por ti y a por tus hijas», y le dije que no iba a hacer nada. Y le pregunté: «¿Qué has hecho con Pedro? ¿Qué es lo que le has hecho? ¿Por qué hay tanta sangre? ¿Por qué estás así? No lo entiendo, ¿y por qué me tienes que decir a mí estas cosas de que no diga nada?», y me dice «voy a dejarte aquí una mochila que luego vendré a buscar, pero tú no la mires, simplemente déjala aquí, la mochila no la toques, la dejas y no la toques», y él se fue. Yo seguí limpiando porque me dijo que cuando volviera quería verlo todo perfectamente limpio y limpié lo que pude ver, eran manchas de sangre.

Es sorprendente la fuerza narrativa que imprime Rosa. Recuerda cada detalle, se relame con los diálogos. Pero hay elementos que no controla. Da apariencia de normalidad a hechos que no lo son. Por ejemplo, le dice a Albert: «bueno si quieres espérate que se duerma Pedro y hablamos». Lo cita a altas horas de la madrugada en su casa, una vez se duerma su novio. Como mínimo es inquietante.

Rosa relata que se fue al parque con las niñas, a las que luego dejó con sus padres porque «sabía que Albert volvería, aunque no sé con qué intenciones». Al regresar a casa, el coche de Pedro seguía aparcado en el jardín.

Lo iba a abrir, pero no tuve valor para abrirlo ni nada y estuve esperando a que volviera Albert, y cuando volvió, volvió otra vez con el arma, seguía teniendo el arma. Lo que sí miré es en la mochila esa que me dijo que no mirara. Vi el hacha y tenía muchas manchas de sangre. Albert vuelve al mediodía, sobre la una, no recuerdo exactamente. Me dice: «por la noche vas a hacer lo que yo te diga, y ahora sobre todo no llames a nadie, si te llaman contesta, voy a mirar tus mensajes, voy a ver tus llamadas, no quiero ver ninguna llamada al 112, no quiero ver ninguna llamada que no sea de tu entorno». Explica que Pedro se ha enfadado y se ha ido; cogí e hice lo que me dijo, no llamé a nadie, no dije nada, vi a mis vecinos, que me preguntaron por Pedro, y les dije que nada, que estaba enfadado y que nada más, que yo iba estar sola porque estaba agobiada en casa y que les dejaba las crías a mis padres. Luego por la noche Albert me dijo: «que tus padres no sepan nada, les dices que te vas a cenar con alguien, les dices lo que quieras pero no les digas absolutamente nada y que ellos tampoco llamen al 112». Le dije «¿qué les voy a explicar a mis padres si tampoco sé qué les tengo que explicar?». Y me dijo que me subiera a su coche y que cogiese el móvil de Pedro y le dijera dónde vivía Rubén. «Pero yo no sé llegar donde vive Rubén», y le dije «yo solo sé llegar si lo pongo en el GPS» y le dije «ponlo tú» y me dijo «no, no, ponlo tú, espérate, tu móvil», y cogió mi móvil y me lo metió en el buzón de mi casa. «Así me ahorro que vayas a llamar a nadie», me dijo. Y cogí y pusimos el GPS en el móvil de Pedro, me dijo «vas a poner en el móvil de Pedro el GPS». Cuando llegamos allí me dijo «ahora te vas a enviar unos mensajes como si él te los enviara a ti, escribe lo que te dé la gana y luego al

final pon que vas a apagar el móvil», yo le dije que Pedro no escribe esas cosas y me dijo «da igual, tú pon que vas a apagar el móvil y haz creer que Pedro tiene algún problema, que está metido en algo, lo que sea, invéntate lo que quieras». Escribí varios mensajes y me apagó el móvil. Luego volvimos a mi casa y me dice «todavía no te puedes ir, ahora lo que vas a hacer va a ser esto», me dio las llaves del coche de Pedro y me dijo «toma las llaves, ahora vas a coger el coche y me vas a seguir hasta donde yo te diga». Y le dije «¿qué tengo que hacer?, ¿qué vas a hacer conmigo», y me dijo «si haces lo que yo te digo no te pasará nada, pero si no lo haces entonces sí que te pasará a ti, pero no a ti, voy a ir a por tus hijas y lo vas a sufrir tú».

Rosa relata su versión de los hechos de corrido, sin apenas respirar. Quiere proporcionar una explicación al comportamiento incomprensible que tuvo durante los días posteriores al crimen, una actitud que, según ella, fue consecuencia de las amenazas de Albert López.

La exposición de Rosa prosigue. Ella coge el coche de Pedro con el móvil de su novio también a bordo, Albert su BMW rojo y ponen rumbo al pantano.

Nos fuimos por la carretera del pantano, y le seguí por donde él me dijo, y luego él dejó el coche al principio del camino, se bajó del coche y me dijo «párate un momento», me paré, sacó de su coche dos bidones de color rojo como de gasolina y cuando sacó los bidones me dijo «ahora ve poco a poco, vamos más arriba y dejamos el coche», y le dije: «¿qué me vas a hacer?» y me dijo «bájate del coche y te vas a ir a mi coche y te vas a esperar allí», y le dije «pero ¿qué vas a hacer?» y vi que empezó a abrir los bidones de gasolina, y pensaba que me iba a prender fuego a mí, que me iba a hacer algo, no sé, y salí corriendo, me fui a la carretera cuando oí una explosión muy fuerte, no quise mirar para atrás, pero luego cuando seguía corriendo por la carretera no pasó ningún coche y el único que pasó fue él y entonces me alcanzó. «Súbete al coche porque tú corriendo eres tonta, no vas a llegar a ningún sitio, yo con el coche me voy a ir a tu casa y me da igual que estén tus padres, no ves que tengo el arma». Ya me dejó en casa y me dijo «a partir de ahora te voy a vigilar, ahora no voy a subir porque están tus padres pero te voy a vigilar y voy a vigilar hasta que se vayan tus padres, y no llames a nadie porque te repito que voy a mirar día tras día tu móvil, no me llevo tu móvil pero voy a mirarlo día tras día». Y al día siguiente, el miércoles, él hizo sus cosas pero me dijo «por la noche pienso venir, y por la noche vas a pedir pizzas y voy a venir, por la noche vamos a comer pizzas y vamos a ser una familia como la que teníamos que haber sido antes de que apareciera Pedro».

Esta es la versión de los hechos que expone Rosa una vez detenida. Los días anteriores opta por no decir nada por miedo a que pueda hacerle daño

a sus hijas, a pesar de que Albert no siempre está con ella. Rosa incluso pone voz a las supuestas aterradoras conversaciones que mantiene con Albert. No sabe qué pruebas tiene la policía contra ella. Tal vez intuye que pueden haber encontrado el hacha, por eso trata de enhebrar una explicación que resulte convincente. Pero lo que parece claro es que en ese relato hay un hacha, es un elemento que ella misma sitúa en la escena del crimen. En los dos escenarios, sin embargo, su casa y el pantano, ella no tiene visión directa de lo que ocurre. No observa ni cómo presuntamente Albert mata a Pedro ni ve cómo quema su coche.

—¿Usted discutió con Pedro? —le inquiere el fiscal.

—No. Albert me dijo «di que discutiste con Pedro el martes». Pero yo no discutí, yo con la única persona que discutí fue con Albert, que me puse muy nerviosa de verle entrar saltando la valla con una mochila con guantes en las manos.

Después de que la juez, el fiscal y los abogados defensores escuchen ese rocambolesco relato, el fiscal Félix Martín le hace una pregunta que no por resultar obvia carece de importancia.

—¿Y usted no le preguntó qué había hecho?

—Me dijo «no tienes que preguntar». Le pregunté mil veces y me dijo «no te voy a contar nada».

—¿Usted cuántos años lleva de policía?

—Once.

—¿Y en todos estos días que ha pasado sola no ha tenido posibilidad de llamar a ningún amigo, compañero o jefe para explicar esta situación?

—Pero aunque sea policía, ¿usted cree que hay alguien en quien realmente pueda confiar? Si yo por decir algo le digo a ella (señala a una *mossa* que la custodia) «no le digas nada a él» (señala al otro *mosso* que también la custodia), es posible que ella diga «oye, mira lo que me han contado de ti». Pero es verdad, que parece que no se dé cuenta la gente, que aunque solo sea por cotillear preguntan y hablan, la gente no guarda los secretos.

Con estas explicaciones, Rosa Peral parece no darse cuenta de la gravedad de las acusaciones que pesan sobre ella ni de lo extraño de su comportamiento. Es policía y no avisó a nadie. Todo el relato es retorcido, pero lo más difícil de creer es que siendo agente de policía no hiciera nada por detenerle, y además estando rodeada de compañeros policías.

El intento de acusar solo a Albert

Llega un momento de la declaración en que Rosa decide desgranar la personalidad de Albert, un hombre con el que salió durante cuatro años, con el que quería retomar la relación después de los altibajos con Pedro. Pero, según ella, con él siempre se sintió aterrorizada. Asegura que no reanudaron la relación sino que después de un parón en que Albert se enfadó volvieron a ser amigos.

> Él tiene una obsesión conmigo, está muy obsesionado, me enviaba mensajes con fotos de su casa, que se ve que tiene un cuadro enorme en su comedor, un cuadro más grande que la tele, no te sabría decir el tamaño, pero es un cuadro enorme en el que salgo yo. Nadie que no esté obsesionado después de no tener una relación tiene un cuadro en su casa en el que salgo yo, y tiene también un corcho en su habitación, del que me envió una foto, con fotos mías, y lo seguía teniendo, por la foto que me envió, como queriéndome decir «sigo teniéndote presente, sigo queriendo contigo esta vida». Y no solo eso, que él mismo me lo había dicho, me vino un día, sin venir a cuento, sin haberle dicho nada, me vino a Barcelona, que estaba yo con unas amigas, y sí que me lo medio insinuó que me iba a traer un anillo, y me trajo un anillo de compromiso, esto fue hace nada. El anillo no se lo devolví el mismo día, sí que es verdad que el mismo día como me lo medio tiró así, como toma, piénsatelo, que estaban mis amigas delante y dijeron «y este te trae un anillo, pues vaya manera más fea de traer un anillo». Se lo devolví y le sentó fatal, se enfadó muchísimo con eso también.
>
> El problema es cuando luego se ha pensado que eso le daba pie a tener algo conmigo, y yo con él no he querido, si llevaba cuatro años tonteando con él y no he tenido nada serio, no lo he tenido ahora ni lo voy a tener porque no es una persona que a mí me dé confianza, es una persona que me ha contado demasiadas cosas que no me han gustado, cosas de su pasado que a lo mejor son tonterías, pero no me han gustado. Tiempo atrás me dijo que hace años cogió a un vagabundo y que cada vez que pasaban por ahí los perros le ladraban y como le molestaba que ladraran quemó al vagabundo, lo metió en una fábrica y lo quemó junto con los perros, me dijo que salió en las noticias y todo; yo no sé en qué año sería, pero me lo comentó como riéndose del hecho, como si eso fuera algo normal, como si no fuese tan raro. Tuvimos también una actuación que me hizo desconfiar de él, tuvimos una actuación en Montjuïc, que un hombre me vino con una navaja y me dio en la pierna y él salió corriendo detrás de ese hombre y cuando yo llegué abajo el hombre estaba muerto y pregunté que qué es lo que había pasado y me dijo que él lo había matado y que no quería que nadie me tocara, que no quería que nadie se acercara a mí. Son cosas que a lo mejor solo dijo para vacilarme, a lo mejor el hombre simplemente se murió porque..., no lo sé, son muchas cosas que a mí me han dado mucho miedo, y sigo teniéndole miedo y temo que si se acerca a mí sea capaz de cualquier cosa, no le da miedo nada, él me lo ha dicho muchas veces, no tiene nada

que perder, yo sí, yo tengo dos hijas, tengo una familia, mi vida es normal, no tengo nada raro, tengo a mis padres, tengo a mi hermano, que es ingeniero y que lleva veinte años con su mujer, y mis padres que llevan toda la vida juntos. Su día a día es diferente, es de estar solo siempre, y él me ha recriminado muchas veces eso, el que él estuviera solo, y es como que por mi culpa él está solo, porque yo no lo he integrado nunca en la familia. Y más cosas no me han gustado de él, por eso no he querido tener una relación.

En esta última parte del relato sorprende que Rosa no cite a Pedro como parte de su familia, que lo excluya. Sobre Albert dice que le da miedo y que por eso nunca lo ha presentado ante su familia. Su relación se ha limitado al «tonteo» pero nada serio. Eso dice, cuando los mensajes que intercambió con los amigos de él el mes anterior desprendían todo lo contrario. Y a una amiga le confesó que era Albert el que no quería nada serio, pero que si cambiaba de opinión ella le iba a dar una oportunidad. El relato de Rosa queda debilitado cuando se repasa el contexto.

El abogado de Albert, que asiste a ese terremoto de descalificaciones hacia su cliente, le hace una pregunta.

—Usted dice que a Albert no lo conocían en su familia, pero sus hijas sí lo conocían, ¿no? Tenía incluso un mote, ¿verdad?

—Sí, pero lo habían visto en ocasiones contadas.

—¿Cuál era el mote?

—Lo llamaban Tontodelbote.

—O sea, no era tan desconocido, ni jugó un papel tan insignificante en su vida. Tampoco le debía infundir tanto miedo si dejó que se acercara a sus hijas. Las fotos que aparecen en su móvil así lo atestiguan. Hay multitud de imágenes con las niñas. Además, en una de las veladas en las que comieron pizza tras el crimen, Albert jugaba y se revolvía en el suelo con las niñas.

Un objetivo: aparecer solo como encubridora

La estrategia de Rosa busca culpar a Albert y conseguir la menor pena para ella. Admite que fue una encubridora que evitó delatar al verdadero asesino porque tenía miedo. La clave es que el delito de encubrimiento se castiga con penas que van de los seis meses a los tres años de cárcel. *Peccata minuta* si se compara con las penas de quince a treinta años de cárcel que comportan las condenas de homicidio o asesinato. Su abogada, Georgina Benages, en el interrogatorio le pregunta si es consciente de que,

con las declaraciones que ha hecho, está asumiendo a nivel penal una responsabilidad, está confesando un delito de encubrimiento.

> Sí, y no lo justifico, pero la situación no es fácil. Y a lo mejor piensas atrás y dices, podías haber ido a Mossos, podías haber dicho esto. Es muy fácil mirar desde fuera, es muy fácil mirar *a posteriori* y situarlo todo, pero cuando estás en la situación no piensas más que en que las niñas sigan vivas y que yo siga viva, no piensas en nada más. Y dices, ¿por qué no bajaste a defender a Pedro? ¿Realmente voy a poder defender a un tío que pesa noventa kilos enfrentándose a Pedro? O sea, los dos pesan alrededor de los noventa kilos, no sé si lo sabéis, no sé si los habéis visto, pero Pedro era fuerte, era muy fuerte, tenía unos brazos enormes y una espalda enorme, hacía culturismo, y además hacía pesas y estaba en forma; y Albert, tampoco sé si lo habréis visto, pero también es muy fuerte, es incluso más alto que Pedro y es muy fuerte, una corpulencia que realmente... ¿Crees que si me hubiera quedado abajo a defender a Pedro yo habría podido hacer algo? Porque yo no paso de sesenta kilos, y por mucho que lo intente, por más opciones que tenga, si viene él con un hacha y tiene un arma guardada, ¿qué opciones tengo?

Rosa exhibe un poderío narrativo difícil de superar. Cuenta hasta el último detalle de un sinfín de situaciones y con una velocidad de vértigo. Si está mintiendo, su capacidad para orquestar excusas es envidiable. La declaración la prepara con su abogada media hora antes de que la citen, en los calabozos. Rosa va más allá de lo pactado. Refuerza su papel de víctima. No es nada que no hubiera hecho antes, aunque ahora lo hace delante de un juez. Hasta entonces siempre se ha salido con la suya. Esta vez no le servirá.

La magistrada no se la cree y señala en su auto que «Rosa trata de ofrecer una imagen de mujer frágil, vulnerable, pasiva y de subordinación». Le parece muy sospechoso que «en ningún momento cuando se queda sola abra el coche de Pedro, que Albert había metido en el patio, y ello a sabiendas de que debía ser consciente de que en su interior podría hallarse el cuerpo. Pero más difícil resulta creer que en esos momentos no llame a la policía, cuando en su poder se encuentra la supuesta mochila en cuyo interior existen objetos de los cuales podrían sacarse ADN o huellas, así como el cuerpo del fallecido». Rosa se autoinculpa de haber encubierto a Albert, debido al miedo que le tiene por las supuestas amenazas hacia sus hijas. Sin embargo, su actitud dista mucho de esa imagen. De hecho, el jueves a mediodía acude a una comida con compañeros de trabajo, de la cual existen fotografías, y se muestra sonriente y dicharachera.

Recordémoslo: en una de las fotos exhibe una amplia sonrisa sacando la lengua a la cámara.

La juez la envía a prisión, a la espera de lo que se decida en el juicio.

35

¿QUÉ PASÓ AQUELLA NOCHE, ALBERT?

Es el turno de Albert. Tenía la intención de no declarar, pero su abogado, que ha presenciado la declaración de Rosa, lo empuja a hacerlo. Tiene que contrarrestar la cascada de acusaciones de su exnovia. El hombre se presenta como el amigo al que acude Rosa después de haber matado, pero curiosamente tampoco sabe nada de cómo se comete el crimen. Albert viste vaqueros y una chaqueta negra. Luce una incipiente barba de pocos días. También va esposado. Cuenta lo siguiente ante la juez.

El 1 de mayo ella me llama muy nerviosa y me dice que había discutido con su pareja, con Pedro, y estaba muy nerviosa, llorando, que si podía ir por favor para prestarle ayuda emocional. Yo iba de camino a casa, yo plegaba a las 20 horas. Días antes, en la semana anterior, ya me había dicho que discutían mucho. Entonces me dice que si me podía pasar, que a Pedro se le había ido un poco la mano y no sabía si estaba por allí y tenía un poco de miedo. Luego, cuando llegué, me dijo que estaba durmiendo. Ella me llama sobre las ocho, pero yo le digo que ahora ceno y tal y luego si quieres me paso y hablamos, y dice «sí, sí, ahora no, ahora no que Pedro está muy nervioso». Yo ceno y tal y sobre la una que acabo de cenar me dice «vente ahora que se ha dormido» y digo «vale, pues voy». Fui, paré en la puerta de la casa y me dijo «no, no subas arriba que está durmiendo». Me abre la puerta de fuera, que es la que da al patio, y yo pensaba que íbamos a subir para hablar y me dice «siéntate aquí», a la izquierda hay un banco y unas mesas. Y empezamos a hablar y tal, ¿qué te pasa?, estaba muy desconsolada, como muy ida, con lagrimones, casi chillidos, y yo le decía «vas a despertar a las niñas» y decía «no, no, es que tú no sabes lo que ha pasado y tal». Y de golpe dice «vete ya que se va a despertar», y digo «pero si acabamos de empezar», «no, no vete». Me echó tan rápido que incluso me dejé el teléfono en la terraza, que me di cuenta a medio camino

porque quería poner música en el móvil que está conectado al sistema de audio del coche y no lo tenía, y digo «ahora ya no vuelvo» porque al día siguiente a las once tenía un juicio del trabajo. Entonces, cuando al día siguiente me levanto, voy por allí por las curvas, recojo el móvil y me voy al juicio, que llegué casi justo.

El relato de Albert es algo dubitativo, no tiene la firmeza de Rosa y carece de verosimilitud en algunos aspectos. El joven realiza un trayecto de una hora en coche desde Badalona hasta Cubelles para hablar con Rosa, pero, según él, ella no le cuenta nada. Tras unos minutos, y ante la ausencia de explicaciones, decide marcharse sin rechistar. Además, se deja el móvil y en vez de ir a recogerlo vuelve al día siguiente repitiendo una hora de viaje a pesar de que tiene un juicio a las once de la mañana. Este argumento ya fue utilizado por Rosa el día que fue detenida. Dijo entonces que a Albert se le cayó el móvil. El objetivo era el despistar a los investigadores y justificar que la señal de su móvil lo ubicara en el chalet de Rosa, la escena del crimen, durante toda la noche.

Al día siguiente, recibo una nueva llamada de Rosa que me obliga a anular una comida con unos amigos. Me dice «oye, que no estoy bien y tal, que estoy llorando otra vez. ¿te puedes venir?». Y le digo que he quedado para comer y me dice «ya, pero tú no lo entiendes, tienes que venir, tienes que venir», muy histérica, entonces me digo ¿a que ha vuelto y la ha pegado?, yo es lo que creía, verás tú que le ha pegado, y, bueno, les digo a mis amigos que no voy y me voy otra vez para allí. Cuando llego a la casa me dice «me puedes cortar leña y tal que quiero hacer una barbacoa» y digo «vale». Me pongo a cortar leña y digo «pero vamos a hacer la barbacoa ¿o no?» y dice «sí, sí, que ahora voy a por carne». Voy cortando, corté muchos trozos y tal. Y a todo esto me baja al final un trozo de pollo con patatas y digo «pero no íbamos a hacer barbacoa». Me extrañó un poco.

Es importante señalar que los dos acusados, tanto Albert como Rosa, van a ciegas. Intentan explicar unos hechos que se ajusten a las pruebas que ellos deducen que tienen los Mossos. Deben de imaginar que algún testigo había escuchado el ruido de los hachazos y Albert busca la manera de justificarlo. ¿Por qué, si no, saca a relucir un hecho tan secundario? ¿Qué pinta una barbacoa en un caso de asesinato? Tal vez la barbacoa no existió, pero sí trataron de desmembrar el cuerpo de Pedro. Por eso dice que corta leña «en muchos trozos». La barbacoa, como él reconoce, no llega a encenderse. De hecho, recordémoslo, el amigo de Pedro, Darío, ve un hacha clavada en un tronco cuando va a darle el pésame a Rosa. Aquella hacha desaparece antes de que los Mossos practiquen el registro en la casa.

Nunca la encuentran.

El caso es que simplemente me dijo «es que tengo que decirte una cosa, que estoy muy nerviosa, que no sabes lo que ha pasado», y digo «¿pero qué ha pasado? ¿No íbamos a hacer una barbacoa?», y llorando muy ida me dice «ven un momento», y vi que tenía el coche de Pedro ahí dentro, que nunca tiene el coche; y me abrió el maletero y tenía el cuerpo dentro. No lo pude ver bien porque me dan mucho asco. Cuando vamos a un accidente yo siempre me pongo a señalar porque no soy capaz de coger a un herido. Entonces le dije «cierra, pero ¿qué coño has hecho?», me discutí con ella. Y me dijo «es que tú no sabes la que me lio ayer, estuvimos discutiendo mucho, me cogió del cuello y dije que esta es la última vez, esta es la última vez», y dije «pero, tía, tú estás mal de la cabeza. ¿Cómo coño has hecho esto?» y dijo «bueno, ¿me puedes ayudar o no?» y, a ver, en principio pensé en llamar a la policía, pero como empezó a llorar, mis hijas, mis hijas, y aunque hayamos estado juntos tenemos una relación de amistad, me supo tan mal, y sé que no hice lo correcto, y le dije que la intentaría ayudar en todo lo que pudiera. Me dijo que si podía comprar gasolina para quemarlo y después de discutirlo un rato le dije que vale.

Después de comprar gasolina, vuelvo, se la doy y me dice «no, me tienes que seguir con el coche y yo te guío». Ella coge el coche con el cuerpo y yo voy detrás con mi coche. Entonces vamos circulando, damos un rodeo muy grande, no sé hasta dónde fuimos porque yo esa zona no me la conozco, sé que condujimos dirección Tarragona, y volvimos al pantano y me dijo «aquí en este descampado, espérate aquí». Tiró para arriba con el coche, yo la esperé en el mismo camino un poco más atrás, le echó la gasolina, porque yo me asomé, le echó la gasolina, empezó a arder y a mí incluso me vino una llamarada y nada, me dijo «vámonos». Nos fuimos en el coche y ya está.

La juez, un tanto incrédula ante aquel relato, le pregunta si Rosa le contó algo de cómo lo había matado.

No, cuando me enseñó (el cadáver) le dije que si estaba loca, porque me chocó mucho la situación, incluso tenía ganas de vomitar. Me dijo que había discutido en la habitación, que las niñas se habían despertado y que eso no lo toleraba, y que la había cogido del cuello o algo así delante de la hija mayor, y, claro, eso no lo podía tolerar, dijo. Yo dije «me da igual lo que haya hecho pero esta solución no es normal, esto no es normal, y menos de lo que trabajamos». Creo que ella más que nadie debería saber los canales para solucionar estas cosas. Estuvimos discutiendo de eso, que ella como policía no podía hacer eso, porque nosotros en teoría debemos dar ejemplo, y si hay unos medios para solucionar algo, esa no es la manera de solucionar las cosas. Ella me dijo de todo y ya está.

El fiscal también encuentra muchas lagunas en el relato de Albert. No

entiende que no la denunciara siendo policía, pero a la vez que tampoco supiera nada, ni cómo lo mató ni cómo quemó el cadáver.

—¿Usted en esos días compró en algún establecimiento un hacha, unas tijeras o unos guantes por indicación de ella?

—Un hacha sí, semanas antes, porque me dijo que quería cortar leña.

—¿Cuándo la compró usted?

—Dos semanas antes o así, me dijo que la necesitaba para cortar leña.

—¿O sea, que dos semanas antes mantenían relación hasta el punto de confianza de que usted le comprara cosas?

—No, en realidad era para hablar. Porque ella me dijo «¿Tendrías un hacha para cortar leña, que no tengo?», y luego mi sorpresa fue que cuando llegué allí y la puse en la madera que estaba al lado de la barbacoa ya tenía otra, y le dije «¿Pero si ya tienes una para que me haces traer otra?».

—Y cuando vio el eco mediático de lo que ha pasado, ¿qué pensaba usted de todo esto?

—Le he estado diciendo todos los días que dijera lo que había pasado, pero no me ha hecho ni caso. Ya le aseguro yo que nunca me meto en problemas. Y si le pregunta a mis compañeros de trabajo, soy superprudente, y ahora me he visto envuelto en esto por gilipollas, por ir allí y seguirle el rollo.

La juez también considera que Albert está mintiendo. Dice que «su versión resulta totalmente ilógica y carente de sentido, y sobre todo incomprensible para una persona de su profesión». Igual que para Rosa, pide su ingreso inmediato en prisión, donde seguirá hasta la celebración del juicio.

36

LA RECONSTRUCCIÓN DEL CRIMEN

A mediados de junio, Albert López y Rosa Peral cumplen su primer mes en prisión. Él en la cárcel de Quatre Camins, en un módulo especial para policías, jueces y personalidades de renombre, a quienes se aloja en un espacio alejado de los presos comunes para evitar que su integridad corra peligro. Rosa, por su parte, lleva un mes en la prisión de mujeres de Wad-Ras, una pequeña cárcel de Barcelona. Albert y Rosa no se han visto ni una sola vez. No han hablado desde aquella frenética semana. Aunque sus estrategias de defensa son contradictorias y se culpan mutuamente, ambos toman muchas precauciones para no desvelar la causa de la muerte de Pedro.

Los Mossos, junto con el fiscal y la juez, preparan la reconstrucción de los hechos con los dos acusados y quieren que se vean, que sepan que se están enfrentando, que cada uno oiga al otro lanzarle duras acusaciones. Hay varias fórmulas para realizar la reconstrucción, pero en este caso la estrategia consiste en que ambos se vean, se sorprendan al oír cómo se incriminan en unos hechos que su contrincante niega. Es el 14 de junio. Ha pasado un mes y medio del asesinato.

Albert y Rosa vuelven al escenario del crimen. Los Mossos, la juez y el fiscal creen que ninguno de los dos dice la verdad. Hay elementos que ellos mismos sitúan en la escena, pero les dan un uso alternativo. Por ejemplo, la famosa hacha. Están convencidos de que había un hacha, pero el exnovio de Rosa asegura que la compró para cortar leña y hacer una barbacoa. Los Mossos custodian a Albert, que lleva una gorra y unas gafas de sol para que los periodistas que estamos fuera del chalet no podamos verle el rostro. Entra en la casa. Minutos antes lo ha hecho Rosa, que lleva una camisa de

rayas verticales negras y blancas. Durante la ronda que hace por la casa contando cómo se fue al piso de arriba refugiándose de Albert, el fotógrafo de *La Vanguardia* Llibert Teixidó inmortaliza una de las imágenes icónicas del crimen de la Guardia Urbana. Rosa Peral está en el piso de arriba cuando sale a una especie de balcón. Delante de ella va la juez, que curiosamente ese día lleva un vestido también a rayas blancas y negras, pero en su caso horizontales. Rosa camina esposada con la cabeza gacha cuando de pronto levanta la mirada un segundo en dirección a la prensa. En ese instante el fotógrafo dispara. La mirada penetrante de Rosa observa el mundo que se desvanece delante de ella con unos ojos que mezclan maldad, angustia y lástima. Es una combinación de todo. Rosa puede serlo todo en aquella foto. La asesina o la víctima injustamente acusada. Ella detesta esa foto porque se ve mala. Me lo hará saber tiempo después.

Durante la reconstrucción de los hechos, los Mossos sitúan a Albert a unos metros de distancia para que no pueda hablar con su exnovia, aunque sí oír su relato. Saben que el hombre es el eslabón más débil de la pareja. Durante el interrogatorio, ella tenía más interiorizado su papel. Quería ser la víctima. Si esto fuera el teatro y los acusados estuvieran interpretando, la crítica diría que las dotes artísticas de Albert dejaban mucho que desear mientras que Rosa lograba encandilar al público. Seducirlo, como siempre había hecho. Tutea a la juez y le explica su versión mientras la mira fijamente a los ojos. «Todo lo que os estoy diciendo es para que os deis cuenta de que mi intención es ayudar y que se aclare que yo no tengo nada que ver.» La versión de Rosa no convence a la juez ni al fiscal. Ella al fin y al cabo era la novia del muerto y en ningún momento pidió auxilio. La mujer recuerda aquella noche de terror en la que estaba doblando ropa hasta que, tras la irrupción de Albert, sube al piso de arriba y no para de oír golpes. Los agentes reproducen el ruido asestándole un hachazo tras otro a un maniquí que han colocado en la habitación del crimen. La juez y el fiscal comprueban desde el primer piso, donde supuestamente se refugió Rosa, si su relato concuerda y los impactos son perceptibles desde su posición. Rosa prosigue mientras Albert lo escucha todo desde la distancia, encolerizado. Es como una olla presión que se va caldeando, hirviendo, hasta que está a punto de estallar. El joven no puede más al escuchar cómo Rosa miente sin parar.

—Señoría, quiero hablar. Quiero declarar ahora mismo.

El plan casi funciona. Casi, si no fuera porque el experimentado abogado de Albert frena sus intenciones de airearlo todo. Siempre quedará

la duda de qué es lo que hubiera dicho, aunque todo apunta que quería confesar y que, por tanto, todo lo que había escuchado de la boca de Rosa, como lo que había dicho él hasta entonces, era mentira. Albert se sentía traicionado. No se creía que Rosa pudiera llegar a incriminarle.

Cuando llega el turno de Albert, este responde con un tono desenfadado. Luce una barba casi tan poblada como antes del crimen. Nada más empezar sus explicaciones, modifica los hechos. Primero dice que no vio el cuerpo de Pedro en el maletero del coche porque no lo abrió. Y segundo, y esto es lo más importante de toda la reconstrucción, admite que el día del crimen saltó la valla para entrar en la casa. Quizá piensa que los investigadores han hallado huellas en la puerta de acceso y tiene que justificarlo. La única explicación posible es que si salta la valla es para que Pedro no se entere, puesto que todavía estaba vivo. Su abogado se lleva las manos a la cabeza, consciente del error que acaba de cometer su cliente. «He creído que era mejor decir la verdad. El otro día estaba bajo mucha presión», dice su defendido.

37

«EL MUNDO CONTRA MÍ»

Rosa tiene asignada una celda individual en la prisión de Wad-Ras. Es la encargada de limpiar las duchas. Lleva apenas un mes en la cárcel, pero su llegada al centro provoca expectación. Todo el mundo la conoce. Es Rosa Peral, la acusada por el crimen de la Guardia Urbana; su imagen está en todas las televisiones de España y su caso inunda los medios. En la cárcel, las internas pueden ver la tele y leer periódicos por internet. No tienen comunicación con el exterior más allá de cartas y contadas llamadas de teléfono a unos números previamente asignados. Rosa tiene autorización para telefonear a siete números. Sus padres, su hermano, sus abogados, sus hijas y Osman, quien en poco tiempo deja de tener contacto con ella al sentirse utilizado y manipulado. Como si fuera un icono pop, la convicta recibe muchas cartas de admiradores que la animan a perseverar para demostrar su inocencia. En la cárcel difunde por todos los rincones que está injustamente acusada.

Desde que entra en prisión, Rosa no ve a sus hijas. Rubén tiene la custodia en exclusiva y el psicólogo al que acuden las menores desaconseja que vayan a visitar a su madre sin la presencia de un educador social. Rosa se niega. Se está perdiendo ver crecer a sus hijas aunque hable casi cada día con ellas por teléfono. Su contacto se reduce a ocho minutos en cinco llamadas semanales. Las echa de menos. Rubén descuelga el teléfono y pone el manos libres para que las niñas hablen con su madre. Cuando le preguntan por la cárcel, Rosa lo evita. Cambia de tema. El dolor que le provoca su situación lo canaliza gestando un profundo odio hacia Rubén. Es a él a quien culpa de todo.

Su aterrizaje en Wad-Ras no deja indiferente a nadie. El carácter de Rosa dinamita la estabilidad del centro. La ley de la cárcel aconseja que las mujeres al entrar busquen protección. Se crean alianzas, vínculos estrechos. La seguridad, en muchas ocasiones, se paga con sexo. La llegada de la agente de la Guardia Urbana a prisión empieza como un ligero vendaval que acaba convirtiéndose en tsunami. Los grupos, las alianzas, las amistades que estaban consolidadas y aportaban una cierta paz a la prisión saltan por los aires. Rosa empieza trabando amistad con algunas presas. Se inmiscuye en grupos de amigas cohesionados, los acaba rompiendo, enfrentando a las unas con las otras y cuando dejan de interesarle, las rechaza. Y lo hace evidente. Cuando se cruza por los pasillos les da un pequeño golpe con el hombro para que quede constancia de que no son sus amigas. El grupo implosiona y las amistades desaparecen.

En Wad-Ras, las presas tienen libertad de circulación. Van de una celda a otra hasta la hora de dormir. Hacen actividades. Por la noche, miran la tele, se pintan las uñas o charlan. Una de las internas que suele ir a la celda de Rosa a tomar té es Anyuli, una venezolana de treinta y seis años reclusa por un delito de incendio por el que le piden una pena de dieciocho años de cárcel. Trabaja en el almacén de la cocina como auxiliar. La agente de la Guardia Urbana la ayuda con clases de catalán, de inglés y de matemáticas. Traban amistad y por las noches intercambian impresiones y confidencias mientras comparten infusión. El interés de Rosa por Anyuli se torna más intenso cuando descubre que mantiene una relación sentimental con un sicario encarcelado en la cárcel de Brians 1 con quien se cartea a menudo. A Rosa se le iluminan los ojos. «Tienes que ayudarme a conquistarlo para que mate a Rubén.» Esa es la versión que acabará contando Anyuli ante el juez y que consta en el sumario judicial.

Según relata Anyuli, al principio no da importancia a aquel comentario, pero empieza a preocuparse cuando se repite en cada charla como una obsesión. En una conversación pide que haga magia negra para matar a Rubén. Y en otra insiste en saber «quién puede vender un arma para matar a Rubén, porque le quiere quitar a las niñas y le está puteando la vida». «Tiene que morir y punto.» El odio visceral que siente hacia su exmarido se vuelve proactivo. Quiere pasar a la acción. Según le cuenta a la interna, si mata a Rubén la custodia de sus hijas recaerá en sus padres. El sicario que se cartea con Anyuli se llama Antonio Carlos y tiene cuarenta y nueve antecedentes penales, algunos por homicidio y secuestro. Rosa insiste para

que su amiga se lo presente y le haga la propuesta de matar por encargo a su exmarido. «Si te lo follas hará lo que tú le digas», le aconseja. Los intentos de Rosa por convencer a Anyuli van a más. Quiere que intermedie con su novio sicario y, si no quiere, ella está dispuesta a convencerlo a cambio de treinta mil euros y dos vis a vis en prisión. Los vis a vis son los encuentros íntimos que se conciertan con las reclusas para mantener relaciones sexuales. Para tratar de ganarse el favor de su amiga, le ofrece el chalet de Cubelles para que monte un club de prostitución de lujo, pero Anyuli no está por la labor.

A las charlas vespertinas se les une Jennifer, una interna chilena que llegó al centro dos meses antes y que está en la celda de enfrente. Rosa está en la 1 y ella en la 3. La mujer también escucha los planes para acabar con la vida de Rubén. En ocasiones la oye gritar: «Lo mataré, por mis hijas que lo mataré». El plan que tiene en mente pasa por encargar el asesinato. Ella sufragará el coste y elaborará la logística. A sus dos amigas de la cárcel les detalla los itinerarios y las rutinas de su exmarido que facilitarían la comisión del crimen. Les aporta los horarios en los que lleva a las niñas al colegio, el trayecto que realiza por carreteras secundarias. A veces va en moto y otras en coche. Esos caminos recónditos, repletos de curvas zigzagueantes entre la vegetación, serían el escenario ideal para matarlo. «Cuando coja la moto para ir al trabajo se puede poner un hilo de pescar para cortarle la cabeza, o si va en el coche, pegarle un tiro», sugiere Rosa.

Durante su jornada de trabajo en la cocina, la interna venezolana le comenta la fijación de Rosa Peral con su exmarido a uno de los empleados. El cocinero pasa una semana pensando si debe contárselo a las autoridades. La casualidad hace que un familiar suyo conozca a la madre de Rubén, que le da el teléfono de su hijo. El cocinero de la prisión lo llama y le advierte del presunto plan que urde su exesposa para acabar con él. Rubén se queda aterrorizado. Primero le quieren colgar el muerto de Pedro y ahora Rosa intenta contratar a un sicario desde prisión para que lo mate. Eso por no recordar los enfrentamientos por la custodia de las niñas, los seguimientos con los detectives, las ruedas pinchadas de su coche o la muerte de su perrita. El odio que le provoca a su exmujer es incuestionable. Rubén interpone una denuncia en los Mossos d'Esquadra y a partir de ese momento tendrá que ir escoltado las veinticuatro horas del día. A pesar de todo, siempre sigue descolgando el teléfono casi cada día para que sus hijas hablen con su madre. Nunca falla.

Un juzgado de El Vendrell abre una investigación e imputa a Rosa por un delito de preparación de homicidio contra su exmarido. Las causas se le acumulan. También en la cárcel le informan de que otro juzgado ha reabierto la investigación de la muerte del hombre que cayó por un terraplén en Montjuïc. En este último caso, los Mossos, por orden de la juez, revisan el caso atendiendo a la potencialidad criminal que han descubierto en Rosa y Albert. En su día, cuando ocurrió todo, nadie dudó de ellos. Ahora, tras su detención por la muerte de Pedro, se considera que ha aflorado una capacidad de matar que quizás ocultaron cuando murió aquel hombre al que apodaban el Boniato.

En prisión, imputada por el homicidio de Pedro, por la muerte de un hombre en Montjuïc y por el intento de asesinato de su exmarido, la credibilidad de Rosa Peral se desvanece por completo.

En Wad-Ras la situación no es mejor. La directora del centro está al corriente de la nueva investigación abierta por el supuesto plan para matar a Rubén y realiza un control especial a Rosa. El terremoto Rosa Peral solo deja devastación en las relaciones en las que se involucra. Con ella tiene disputas. Rosa quiere ser la monitora de las actividades del gimnasio, pero la directora se lo deniega. Quiere a una persona responsable al frente, un referente para el resto de las internas y que no genere conflictividad. Mientras tanto, Anyuli y Jennifer son trasladadas a otro módulo de la prisión después de alertar a la directora del centro de las intenciones de Rosa con su exmarido. La describen como una mujer que disfraza su interés bajo una aparente relación de amistad, que es muy manipuladora y siempre consigue lo que quiere. La directora de Wad-Ras, después de varios enfrentamientos alentados por Rosa Peral, pide trasladarla a otra prisión. Para justificar su decisión expone que «Rosa suele crear vínculos intensos con las otras internas del centro. Crea grupos cerrados que duran poco tiempo. Cuando la relación entre estas internas se rompe, se crea un alto nivel de hostilidad entre ellas. Seguidamente, Rosa Peral busca la manera de perjudicar a las reclusas que habían formado parte de su entorno de relación, creándoles un estado de desequilibrio emocional importante. Por este motivo, la mayoría de estas internas describen a Rosa como una mujer manipuladora, mentirosa y simuladora de un estado de ánimo depresivo para reclamar la atención de los profesionales». Todo le pasa a ella. Como si tuviera un imán para atraer los conflictos. El mundo se pone en su contra. Tras la expulsión del centro, el nuevo destino de Rosa Peral es la

cárcel de Brians 1, situada en Sant Esteve Sesrovires, a cuarenta kilómetros de Barcelona.

En su nuevo destino, Rosa se muestra más precavida. Se encierra en sí misma y evita acercarse a las otras presas. Probablemente vive el momento más duro desde su detención. Todavía está sorprendida de que Anyuli y Jennifer la hayan delatado. Ella lo niega todo ante el juez y asegura que las mujeres actúan movidas por despecho. «Están enamoradas de mí», alega. Para restar credibilidad al testimonio de Anyuli resalta que es una mujer que «tiene cuatro novios por carta a los que nunca ha visto y una novia en Wad-Ras. Eso no me parece muy normal».

El juicio definitivo por la pornovenganza

En el mes de octubre, ya en Brians 1, Rosa Peral es citada a declarar en el juicio de la pornovenganza, que quedó pospuesto tras la muerte de Pedro. Es jueves, 26 de octubre. Rosa aparece esposada. Tiene buen aspecto. Va vestida con pantalón y jersey negros, el pelo recogido con una coleta y unos pendientes azules. Vuelve al mismo escenario medio año después, sin Pedro y encarcelada. Ahora está imputada por tres casos de homicidio aunque allí acude como víctima. A su lado se sienta como acusado su exnovio, el subinspector Óscar, que se enfrenta a tres años de cárcel. En el estrado no hay nadie que la represente, después de que el abogado Francisco Ruiz también la abandonara al sospechar de su implicación en el crimen de Pedro. A pesar de no tener a nadie que guíe su testimonio, el relato que hace sobre la filtración de la fotografía sexual es estremecedor.

El juicio empieza con el acusado, Óscar, negando que hubiera mandado la fotografía, y para ello subraya que el pene que aparece en la imagen filtrada no es el suyo. Debía de ser el de otro amante de Rosa. Un séquito de sus acólitos en la Guardia Urbana son citados a declarar y respaldan las tesis del subinspector confirmando que habían visto más fotografías de Rosa con otros hombres pero del mismo estilo.

Cuando le toca el turno a Rosa, el interrogatorio se vuelve desagradable. Y más que nada porque allí ella es la víctima y no la acusada. Se destina la mayor parte del tiempo a recordar que cuando se produce el envío masivo de la fotografía, la mujer tenía novio y que a los pocos días, y a pesar de todo, vuelve de nuevo a caer en los brazos del subinspector. «El resto de la gente me veía como una puta, por eso me acerqué a él. Yo seguía siendo la chica de la foto», explica Rosa

descorazonada. El abogado defensor opta por arremeter contra ella, imprimiendo mucha virulencia a sus preguntas y sus insinuaciones, hasta el punto de plantear si después del envío de la foto Rosa se siguió maquillando como prueba de que no le había afectado. La mujer se desmorona y empieza a llorar. El azar quiere que justo detrás de la silla de Rosa se siente su padre. Al entrar no lo había visto. El padre contiene la rabia ante aquel derroche de agravios contra su hija. Paco Peral pone sus manos sobre los hombros de su hija, que trata de sofocar las lágrimas, y la masajea con fuerza para reconfortarla. Rosa se sorprende ya que no sabe quién es, pues ha entrado en la sala cabizbaja sin apenas mirar a su alrededor. Cuando siente el contacto, su cuerpo hace un ligero movimiento en un efecto reflejo. Se vuelve y, de pronto, se topa con los ojos de su padre. «Ay, hola», le dice mientras se seca las lágrimas. Rosa pone una mano sobre las manos de su padre, que siguen estrujándole las cervicales cariñosamente mientras ella responde a las agresivas preguntas del abogado de Óscar. Está prohibido que alguien toque a la testigo, y más cuando está detenida, pero en ese caso se hace una excepción. Quizá la juez no olvida, a pesar del ruido que la envuelve, que allí Rosa es la víctima y entiende su sufrimiento, que sea la chica de la foto y que tenga que soportar ese vergonzoso interrogatorio. Es la propia juez la que incluso llega a amonestar al abogado defensor para que no se pase de la raya.

A pesar de la cierta comprensión que Rosa despierta en la juez, lo cierto es que su credibilidad está por los suelos. En el asunto solo cuenta como prueba su propia palabra, y esta desde luego está muy desprestigiada. Ni la juez ni la fiscal pueden obviar los resortes manipuladores de la mujer.

El caso de la pornovenganza quedó contaminado por ello y todos los déficits que hubo en la instrucción dejaron la investigación en un desierto probatorio en el que solo afloraban las palabras de Rosa pero sin nada que las sostuviera. La juez acabará absolviendo al subinspector Óscar meses más tarde, al considerar que no había pruebas suficientes que demostraran que el acusado fuera el autor del envío de la fotografía. El caso de la pornovenganza quedaba extinguido nueve años después. El primer frente judicial se salda con derrota para Rosa. En su vía crucis judicial todavía quedan tres causas más, y esta vez como acusada.

El testimonio de Anyuli y Jennifer

De vuelta a la cárcel de Brians, Rosa piensa que el episodio con las otras

presas que habían desvelado sus presuntas confidencias estaba zanjado, pero no es así. Aun se vivirá un capítulo más. Las dos reclusas, Anyuli y Jennifer, declaran en el juzgado por el plan de Rosa para matar a su exmarido. Sin embargo, arrojan nuevos y reveladores detalles sobre el crimen de Pedro que supuestamente les ha confesado Rosa. Pistas hasta entonces desconocidas. Las internas también se lo cuentan a la juez. Esa información permite rellenar los huecos no resueltos sobre la muerte de Pedro.

Sus dos amigas de presidio subrayan que Rosa les confesó que habían matado a Pedro porque la quería dejar después de descubrir que se acostaba con otro. La mujer no podía soportar otro varapalo sentimental después de que Rubén la hubiera dejado para irse con otra. «Pedro debía morir», les aseguró sin mostrar ningún atisbo de arrepentimiento. En aquellas confidencias también les detalló cómo se produjo el crimen: «Yo primero lo envenené y luego Albert lo mató». De hecho, les explicó que Albert era capaz de matar por ella como ya había hecho con el hombre de Montjuïc. «Dijeron que se lanzó él solo y no era verdad. Albert y yo estaremos juntos para siempre», solía afirmar.

El veneno es el elemento clave que hasta entonces nadie conocía. Las hijas de Rosa lo habían insinuado, pero en aquel momento ese detalle no había sido publicado por los medios, así que las presas no pudieron saberlo. Por lo tanto, o bien se lo inventaron, o bien Rosa se lo confesó. Todo parece indicar que su testimonio era certero. Cuando hicieron estas confesiones eran amigas y no se había producido ningún rifirrafe entre ellas. Tampoco obtenían ningún beneficio penitenciario puesto que estaban en prisión preventiva. Lo único que les podía conllevar airear todo aquello eran conflictos. Quizá Rosa hizo aquellas revelaciones confiada en que quedarían resguardadas entre los muros de la cárcel. Que no se filtrarían y que si era así, contaría con el descrédito adjudicado a las presas. Pero lo sorprendente del caso es que lo que dijeron las reclusas era novedoso y se ceñía al testimonio de las hijas de Rosa cuando comentaron en qué estado habían visto a Pedro bajar las escaleras. El relato era coherente y arrojaba verosimilitud a lo que hasta entonces ya era una sospecha fundada. El relato cuadraba.

Rosa se congratulaba al ver que los investigadores no habían descubierto que lo envenenó. «Qué tontos son los Mossos, se creen que le han disparado una bala», les dijo a sus compañeras. De hecho, en el aula de informática en la que las reclusas tienen acceso a internet, aunque de

forma restringida, las internas sorprendieron a Rosa buscando información sobre si se podía saber la causa de la muerte de un cadáver calcinado. También preguntaba si las conversaciones por Instagram podían ser recuperadas por la policía, puesto que a través de esa red social había puesto celoso a Albert.

Anyuli y Jennifer destacan en su declaración la reacción iracunda de Rosa cuando no consigue lo que quiere. No tolera el fracaso. Se pone roja y se le enrojece el cuello, desde el que asoma una erupción fruto de la rabia.

La investigación contra Rosa por planear la muerte de su exmarido acabará en nada. No se puede demostrar si esas eran realmente sus intenciones y el juez decide archivar el caso por falta de pruebas. Pese a ello, Anyuli y Jennifer se convertirán en las testigos más importantes para acusar a Rosa en la investigación por la muerte de Pedro.

38

¿QUÉ PUDO PASAR AQUELLA NOCHE?

Toda la información que contiene este libro ha sido contrastada con multitud de fuentes de la investigación y con el entorno de los acusados y del propio Pedro. También ha sido de una enorme valía el sumario judicial de todas las causas abiertas contra los dos implicados. Pero en este enrevesado puzle faltan piezas. La quema del cadáver no permite dilucidar qué pasó con exactitud la noche del crimen. Sólo Rosa y Albert lo saben. La juez de instrucción de Vilanova que ha investigado el caso durante un año y medio junto con el fiscal Félix Martín, así como el grupo de Homicidios de los Mossos capitaneado por el inspector Sebastián, tienen su propia teoría de lo que ocurrió aquella noche, aunque hay detalles que se desconocen. No se puede saber si hubo ensañamiento o alevosía porque no se sabe exactamente cómo murió Pedro. La acusación del fiscal se limita a afirmar que Rosa y Albert «dieron muerte» a Pedro Rodríguez sin concretar cómo. Eso, de rebote, puede acabar beneficiando a los dos acusados, que quizá vean rebajada la gravedad de los delitos que se les imputan en el juicio.

Un jurado popular deberá decidir si son inocentes o culpables. Puede quedar la duda de si uno de los dos es inocente. O de si uno es más culpable que el otro. O de si quien orquestó el crimen fue la misma persona que lo ejecutó.

¿Fue Rosa quien, en un ataque de furia, quiso deshacerse del novio que la atosigaba, coartaba su libertad y amenazaba con dejarla? ¿Quién maquinó y orquestó un plan para deshacerse de su novio y al mismo tiempo culpar a su exmarido, con quien mantenía una disputa por la custodia de sus hijas?

¿O, por el contrario, fue Albert quien, movido por el odio hacia Pedro, irrumpió en casa de Rosa para matarlo y retomar la relación con su exnovia? ¿O fueron los dos quienes lo planearon?

Uno de los elementos con los que cuentan los investigadores y la acusación para incriminarlos es su comportamiento en los días posteriores a la muerte de Pedro. Rosa asegura haber estado paralizada por el miedo. Sostiene que no supo reaccionar y que se sometió a los designios de Albert. Pero ¿realmente fue así? ¿O siguió haciendo una vida normal, cambiando a Pedro por Albert? ¿Es ella en realidad la víctima y se la ha acusado injustamente? ¿O lo es Albert, el amigo que se prestó a ayudarla y que quizá se ha visto traicionado e involucrado en un caso en el que solo tendría un papel accesorio como cómplice? En resumidas cuentas: ¿tienen ambos el mismo grado de participación?

Sea cual sea la verdad, la realidad es que ambos se han cuidado mucho durante la instrucción de culparse mutuamente y de no desvelar ningún elemento que ayude a esclarecer ni un ápice la manera en que fue asesinado Pedro Rodríguez. Y esto, sin ninguna duda, es sospechoso. Sobre el papel todo indica que, si alguno de los dos no tuviera nada que esconder, habría confesado y acudido a la policía desde el primer momento. Por eso, tanto el fiscal como la juez instructora y los Mossos que han investigado el caso se inclinan a pensar que ambos están involucrados. Hay que recordar que el primer día que Albert y Rosa van a declarar ante los Mossos, todavía sin la etiqueta de sospechosos, tratan de incriminar a Rubén aludiendo a las diputas judiciales que este mantenía con el fallecido. De ahí puede deducirse que ambos compartían una estrategia que, según los investigadores, salta por los aires cuando Rosa siente que está a punto de ser detenida y decide salvar su pellejo acusando a Albert.

Hay muchos elementos que se desconocen, está claro. Pero los implicados, sin querer, han dejado al descubierto pequeños resquicios de luz en su relato por los que puede asomar la verdad. En capítulos anteriores se han contado las versiones de Albert y Rosa. En este, plantearemos una hipótesis sobre lo que pudo suceder aquella fatídica noche del 1 de mayo a partir del relato que la Fiscalía y de la acusación particular han construido tras un año y medio de instrucción judicial, a lo que se suma el contexto que proporciona la investigación periodística.

Un día familiar que acaba en muerte

Rosa Peral y Pedro Rodríguez pasan el lunes 1 de mayo de 2017 en Roda de Berà, en compañía de las hijas y de los padres de Rosa. Vuelven a casa a las 20:38 horas, como demuestra el hecho de que los dos teléfonos móviles, tanto el de Rosa como el de Pedro, se conectan a esa hora a la red wifi del inmueble. Se inicia entonces una discusión entre la pareja que sube de tono, según oyen las niñas. El motivo de la pelea se desconoce, pero los investigadores creen que Pedro pudo haber descubierto que Rosa había retomado la relación con Albert. Quizás Pedro ve unos mensajes o cualquier otro indicio que lo hace enfurecer.

Según relata la hija mayor de Rosa, Pedro monta en cólera. Agarra a su madre y la empuja. La niña presencia los hechos y se lo cuenta a la novia de su padre, Antonia. Albert también sostiene, cuando es citado a declarar ante los Mossos, que Pedro agredió a Rosa, según le confesó ella misma. Rosa lucirá un pañuelo en el cuello los días posteriores. Asegura que es para taparse una erupción que le aparece cuando está nerviosa. Yo mismo vi esa erupción cuando la entrevisté en prisión un año y medio después de los hechos.

Las niñas ven como Pedro recoge sus cosas, lo que puede interpretarse como que tiene intención de marcharse de casa. De confirmarse esta teoría, sería la segunda vez que Pedro hallaba pruebas de la relación entre Rosa y Albert. Hay que recordar que una semana antes, el día de Sant Jordi, Pedro le había expresado sus temores en la dedicatoria del libro que le regaló a Rosa: «Espero que no nos volvamos a hacer daño». También que tenían planes de boda, estaban yendo a una clínica de reproducción asistida para ser padres y él se había mudado a Cubelles para estar con ella y con sus hijas.

No hay que olvidar tampoco que dos internas de Wad-Ras, el centro en que fue internada Rosa tras el crimen, declararon que el móvil del crimen fue que ella «no podía soportar un nuevo fracaso sentimental» tras la ruptura con Rubén. Las declaraciones de las internas son significativas, porque permiten llenar el vacío de este puzle inacabado, pero la fiabilidad de su palabra también puede ponerse en duda. En prisión puede haber enfrentamientos y rencillas personales que se nos escapan. Rosa, al conocer las acusaciones que sus compañeras de reclusión, respondió que actuaban por despecho, porque una de las mujeres estaba enamorada de ella.

¿DROGADO?

Las hijas de Rosa Peral le describieron una escena de aquella noche a su madrastra. En ella, Pedro bajaba la escalera de la casa mientras su madre lo sostenía por los hombros. El hombre parecía ir medio drogado. En el caso de que así fuera, ¿cuándo y cómo fue drogado? Una opción sería que, en un intento de hacerlo recapacitar, Rosa le propusiera tomar algo de beber y charlar con calma. En aquella bebida pudo enmascarar una dosis extra de los antidepresivos que tomaba Pedro. La receta y los medicamentos no aparecieron cuando los agentes registraron la casa. Las presas que compartían módulo con Rosa en Wad-Ras aseguran que esta les desveló que ella «envenenó a Pedro y luego Albert lo mató». En esa circunstancia, la quema del cadáver pudo ser la mejor opción para no dejar rastro de la droga en el cuerpo de Pedro.

Si Pedro tomó una dosis extra de medicamentos debió de sentirse aturdido. Su amigo Darío sostiene que los medicamentos le afectaban mucho. Cualquier calmante lo dejaba fuera de juego. Si ese fue el caso, Rosa quizá necesitara ayudarle a caminar, tal como vieron las niñas.

El hecho de que lo acompañara hacia el piso de abajo es un elemento importante. Rosa no conduce a Pedro a la habitación que compartían ambos y que se encontraba en el piso de arriba, sino que lo lleva a la planta inferior. Este movimiento indica que quizás Rosa ya barruntaba algo. En la planta de arriba es donde vive la familia. En la planta baja solo hay un vestidor y una habitación a medio pintar de color naranja con un sofá que habían montado dos semanas antes. Pedro quería habilitar esa zona como gimnasio.

La llamada

A las diez de la noche, con Pedro supuestamente ya en el piso de abajo, Rosa Peral llama a Albert. No logra contactar con él a la primera. A la segunda llamada, Albert por fin responde. Hablan durante cuatro minutos. Lo que le dice en esa conversación es una incógnita.

Si se analizan los tiempos, parece claro que aquello no fue una llamada de auxilio. Rosa telefonea a Albert a las diez de la noche, pero este no se presenta en su casa hasta las dos de la madrugada. Son cuatro horas de diferencia: demasiado tiempo para un grito de socorro. Rosa le pudo pedir que fuera a verla. Quizás iban a mantener un encuentro para verse y charlar, y para ello Pedro debía estar dormido. O tal vez querían asegurarse de que la dosis de los medicamentos hiciera efecto. Ella, en su declaración,

reconoce que le dijo a Albert: «Bueno, si quieres espérate que se duerma Pedro y hablamos». La gran duda que suscita este punto es si Pedro ya estaba muerto por entonces o solo dormitaba en el sofá del piso de abajo.
Existe una línea fina que separa la frontera entre lo premeditado y una acción espontánea. Albert y Rosa pudieron haber pensado en matar a Pedro, pero sin definir un plan concreto. O quizá simplemente el hecho de que Pedro quisiera romper la relación y tratara de marcharse de casa precipitó los acontecimientos. Ello explicaría que la noche del 1 de mayo Rosa y Albert tomaran tan pocas precauciones y se olvidaran del rastro que dejaban sus teléfonos. El desplazamiento de Albert al chalet de Cubelles es perfectamente rastreable. Lleva el móvil consigo. ¿Quizás porque en aquel momento no sabe que se verá envuelto en el crimen? Es posible que Rosa no le informe de nada, que no le diga que su novio yace en el sofá del piso de abajo. Quizás sólo le pide que vaya a verla. O tal vez Albert es plenamente consciente de que va a enfrentarse a Pedro, pero se olvida de que su teléfono podrá ser rastreado.

¿Asesinar a Pedro?

«Albert es capaz de matar por mí», les contó Rosa a las presas de Wad-Ras. Según los investigadores, la idea de matar a Pedro podría haber aflorado en Albert tres semanas antes, cuando le regala un anillo de compromiso a Rosa. Consideran que ese es un punto de inflexión, también para Rosa. La mujer se vuelve a sentir atraída por él, su relación con Pedro va fatal y quiere volver con su exnovio, como le sugiere a Judit, la amiga de Albert. La investigación considera ese momento un punto de no retorno. «Pedro tenía que morir», es lo que les dijo Rosa a las presas en las confesiones de alcoba en su celda.
Dos semanas antes, Albert López se compra un hacha en el bazar chino que hay cerca de su casa. Él mismo lo reconoce durante la reconstrucción y admite que la lleva a casa de Rosa. Esa misma semana, mientras patrulla con su compañero Ángel, le pregunta cómo se desharía de un cadáver y este le responde que quemaría el cuerpo dentro de un coche. Esa idea se llevará a cabo casi al pie de la letra.
Uno de los grandes interrogantes es por qué Albert le estaría dando vueltas a la idea de matar a Pedro. Según explicó él mismo en la reconstrucción, Rosa le dijo que estaba siendo víctima de violencia de género. No se lo dijo a nadie más de su entorno. Solo a su exnovio despechado, con quien trata

de retomar la relación y que profesaba un profundo odio hacia Pedro. Las internas de Wad-Ras también sostienen que Rosa les dijo que las semanas anteriores al crimen ella quiso poner celoso a Albert.

Saltar la valla

La forma sigilosa en la que entra Albert a la casa es sospechosa. En lugar de acceder por la puerta, salta la valla. Si entra así es porque supuestamente no quiere hacer ruido, para no despertar a Pedro. De esta acción también puede deducirse que por aquel entonces quizá el agente de la Guardia Urbana aún sigue con vida. En algún momento Pedro es estrangulado, según revela la autopsia. Recordemos que Rosa les contó a las presas que ella lo drogó y Albert lo mató. Ni Rosa ni Albert presentan arañazos ni rasguño alguno en los días siguientes, con lo que puede establecerse que Pedro apenas opuso resistencia ni pudo defenderse. La tesis de que fue drogado podría encajar con este supuesto. Pedro, que pesaba noventa kilos y hacía culturismo, sin duda se habría resistido.
Pero el informe forense no es concluyente sobre la causa de la muerte. Rosa asegura ante la juez que Albert se presenta con su pistola reglamentaria, aunque nadie oye ningún disparo aquella noche. Todos los vecinos lo corroboran al ser interrogados por los Mossos. Lo único que empuja a pensar en un disparo es el hecho de que a la pistola de Rosa le falta una bala. Pero la lógica indica que, de haberse producido, alguien lo habría oído. Siempre quedará la duda de por qué Albert le dice a su amigo Jordi cuando está ingresado en el hospital que «al novio de Rosa le han pegado un tiro en la cabeza y lo han dejado en un maletero». Rosa, en cambio, desmiente esta teoría en la cárcel y les dice a las presas: «Qué tontos son los Mossos, se creen que le han disparado una bala».

El descuartizamiento

En el piso de abajo hubo sangre. Mucha sangre. De eso no hay duda. La pared de la habitación queda teñida de rojo. El sofá también. Cuando los Mossos registran la casa no encuentran ni rastro del sofá, y la pared que estaba a medio pintar de naranja ahora es de color blanco. Quizás el olor a pintura es el motivo de que Rosa prohíba al hermano de Pedro y a su exmujer Patricia que bajen al piso de abajo cuando acuden a recoger algunas de las pertenencias del difunto. Como ya se ha dicho, dos días

después del crimen Rosa toma prestada una furgoneta y alega necesitarla para trasladar un sofá. El mueble desaparecido, cabe recordar, lo habían comprado quince días antes.

En el piso de arriba se escuchan golpes procedentes de la planta inferior. Lo cuenta la hija mayor. Luego ve a su madre manchada de sangre, según le explicará a su madrastra. Rosa, durante la reconstrucción, también asegura que oyó impactos desde la planta de arriba. Lo explica, supuestamente, porque debe pensar que hay vecinos que oyeron los golpes y trata de justificarlos. Cuando la niña sorprende a su madre con la cara manchada de sangre, esta le cuenta que los perros se han peleado. Luego se ducha. En las toallas del baño y en las paredes aparecerán restos de sangre detectados por el reactivo lumínico azul Bluestar, así como ADN mezclado de Rosa y Pedro. La niña no consigue dormirse y su madre la deja en el sofá para que mire la tele. Le pone el volumen alto. Los golpes prosiguen. La Fiscalía y la acusación creen que Pedro pudo ser descuartizado. El descuartizamiento de un cuerpo inerte es una tarea complicada. El cadáver se vuelve rígido y los músculos se entumecen. Es un proceso que se conoce como *rigor mortis*. El cuerpo empieza a endurecerse entre cuatro y seis horas después de la muerte. Dependiendo de las horas que llevara muerto Pedro, el cuerpo podría haber estado más o menos rígido. La diferencia la marcaría la proyección de la sangre: cuanto menos tiempo hiciera del fallecimiento, más habría salpicado. Los Mossos encontraron sangre en una bombilla, de modo que las salpicaduras llegaron hasta muy arriba.

El cuerpo de Pedro es colocado en el maletero. La maniobra no es sencilla. Cogen las llaves del vehículo, las del llavero con el 46 de Valentino Rossi, y entran el Golf GTI de color azul oscuro en el jardín del chalet. Para ello hay que abrir la puerta principal y retirar los obstáculos de un descansillo que Rubén colocó para que no se escaparan los perros. El coche entra muy justo. La niña mayor, que no puede dormir, lo ve allí y se extraña. Ni Pedro ni su madre habían aparcado nunca el vehículo en el jardín. El maletero queda encarado hacia la casa, supuestamente para que la distancia para transportar el cuerpo desde el sofá sea la más corta.

La juez considera en uno de sus últimos autos que el cadáver no pudo haberlo transportado una única persona. Cree que para cargar el cuerpo fueron necesarias al menos dos. Pese a las declaraciones de Rosa y Albert, cree que ese simple hecho los implica a ambos. Los dos niegan haber visto el cadáver y sostienen que su papel se limita a acompañar al otro a quemar el cadáver, pero sin participar de ello. Ninguno de los dos, según sus

propias palabras, sabe cómo murió el agente de la Guardia Urbana. Pero Pedro pesaba mucho. Noventa kilos. Por eso, la juez considera imposible que una sola persona fuera capaz de cargar el cuerpo en el maletero. Tuvieron que hacerlo los dos para lograr levantarlo e introducirlo en el coche. «Albert y Rosa cargaron el cadáver de Pedro en volandas», subraya en su escrito. En caso de que hubieran logrado descuartizarlo, el resto de las partes las pudieron poner en unas bolsas de basura que Albert se lleva al día siguiente. De hecho, la niña dijo haber visto unas bolsas así. Lo cual explicaría que también se encuentren restos de sangre en el maletero del coche de Albert.

Deshaciéndose del cuerpo en el pantano

Está a punto de amanecer. El cadáver está ya en el maletero. Rosa limpia con lejía el suelo del exterior y la habitación del piso de abajo. Ella misma lo confiesa en la reconstrucción, aunque dice que lo hace porque Albert la amenaza. Luego se acuesta junto a sus hijas. Por la mañana, lleva las niñas al colegio y les dice que el Titi se ha marchado. Albert acude a un juicio en el que debe declarar en la Ciudad de la Justicia, pero la vista se suspende. Rosa se queda sola en casa, con el cadáver de Pedro en el maletero del coche aparcado en el jardín. No llama a nadie ni pide auxilio, dice que porque Albert la controla. Afirma que en ese momento no sabe dónde está Pedro. Según su versión, tras la irrupción de su novio la madrugada anterior, ella se refugió en el piso de arriba y no vio nada. Por su parte, Albert aquel día anula una comida con sus amigos para volver a casa de Rosa. Los investigadores creen que ambos traman su coartada en ese momento.

Cuando anochece, cogen el móvil de Pedro y conducen con él hasta los aledaños de la casa de Rubén, en La Bisbal del Penedès, a media hora en coche desde Cubelles. Rosa lleva el coche de Pedro, con el cuerpo en el maletero, y Albert la sigue con su BMW de color rojo. Ella es la única que conoce la ubicación gracias al detective que contrató en plena disputa por la custodia de sus hijas. En la entrevista que me concedió en prisión, Rosa me aseguró que cuando condujo hasta el pantano «no sabía que llevaba el cuerpo de Pedro en el maletero». Desde la puerta del chalet de su exmarido, Rosa Peral manda un mensaje con el móvil de Pedro a su propio teléfono, que ha dejado en su casa. «Amor, apago que no quiero que me esté vibrando el móvil.» Ella asegura que es Albert quien la obliga a

hacerlo. Según los investigadores, el objetivo es despistarlos y simular que Pedro, que mantiene unas cuantas disputas judiciales con Rubén, ha ido a buscarle y este lo ha matado. Llevan hasta allí su móvil para probarlo.
La intención de incriminarle queda desbaratada porque Rubén ese día no está en casa. Ha ido al gimnasio. Cuando cae la noche y empieza a oscurecer, Albert y Rosa se adentran —ellos mismos lo admiten— en la zona boscosa del pantano de Foix. Rosa está más familiarizada con la zona porque vive al lado. Albert también la conoce por un par de salidas en moto que ha realizado por el pantano. Una la hizo con el exmarido de Rosa cuando este, que no sospechaba que era el amante de su mujer, quiso ganarse la amistad del compañero de patrulla.
Esa misma tarde, antes de llegar a casa de Rosa, ha parado en una gasolinera (lo reconoce él mismo) para comprar dos bidones de combustible. Cuando es detenido, los Mossos notan un fuerte olor a gasolina en el maletero de su coche. Con el combustible se rociará el coche de Pedro. La explosión pudo quemar algunos pelos de su poblada barba hípster.
Días más tarde, mientras cenan amistosamente con Diana y Bodi, Rosa le pedirá a Albert que se corte la barba, porque sin ella está «más guapo». Él le hará caso y al día siguiente aparece con una barba rala. Aquello despierta las sospechas de su amigo Ángel, que lo pondrá en conocimiento de los Mossos d'Esquadra.

El móvil del crimen

La gran duda que suscita este caso es por qué Rosa actúa de la forma en que lo hace. Si realmente fue víctima de malos tratos y acabó con la vida de su novio para defenderse, parece extraño que no lo contara. El argumento que utiliza Rosa para justificar su comportamiento, el miedo insuperable a Albert, de quien dice que hasta le controlaba el móvil, no se corresponde con el hecho de que en aquellos días intercambió fotografías sexuales con el vecino de la casa de enfrente. Aun así, ella insiste en que estaba paralizada por el terror que le inspiraba Albert. En la entrevista que le hice en prisión insistió en que: «Si no fuera policía, nadie pensaría que mi reacción no fue normal».
Albert se presenta como el cómplice que se limita a ayudarla, pero entra en la casa saltando la valla, supuestamente porque Pedro seguía con vida. Se deduce que el crimen pudo ejecutarse a partir del momento en que él entra

en la casa.
Rosa nunca acude a la policía. Dice que los Mossos no se la hubieran creído porque no tenía ninguna prueba. Visto con perspectiva, ella tenía el móvil de Pedro. Los Mossos lo encontraron en su bolso durante el registro de su casa. Además, estuvo las primeras horas tras el crimen con el cadáver de Pedro en el maletero de su coche aparcado en el jardín.
El crimen se produce tras un año de gran intensidad emocional para Rosa y Albert. Rosa se ha divorciado de Rubén. Albert ha buscado una nueva vida lejos de Rosa. Ella, como demuestra el artículo que envió, piensa que el karma la ha premiado con un nuevo novio, Pedro, pero que la relación no funciona. Pedro, a diferencia de Rubén, la controla. Tiene miedo a que su novia pueda mantener otras aventuras o engañarlo con Albert. La libertad de Rosa se ve restringida. Y eso la ahoga. Albert vuelve a aproximarse a Rosa y todo apunta a que retoman la relación. Pocos días antes del crimen, este le regala un anillo. En una fotografía, Rosa luce una sortija en cada mano: una de Pedro y otra de Rubén. Por si fuera poco, tiene por delante el juicio de la pornovenganza, en el que desafía a la cúpula de la Guardia Urbana. La presión que soporta es brutal. A esto se suma la disputa judicial con Rubén por la custodia de sus hijas, lo que más quiere. Sus compañeras en prisión llegan a revelar que Rosa urde un plan desde la cárcel para matar a su exmarido por medio de un sicario. «Lo odio y le quiero muerto», dicen que les dijo. La palabra de las internas puede ponerse en duda, pero lo que afirman, de ser cierto, da pistas de los sentimientos de Rosa hacia Rubén. Si el crimen hubiera salido bien, el exmarido hubiera sido el perjudicado. Y Albert no tenía ninguna disputa con Rubén. Este punto, sin duda, juega en contra de Rosa. Los investigadores sospechan que en el trasfondo del crimen está la voluntad de Rosa y Albert de volver a estar juntos, deshaciéndose de Pedro y de Rubén al mismo tiempo.
Después de prender fuego al coche, Albert acompaña a Rosa de vuelta a su casa. Él prosigue hacia su domicilio en Badalona. Ambos lo cuentan en la reconstrucción. Al día siguiente, Eduardo, el panadero ciclista, ve el coche carbonizado cuando va a dar una vuelta al salir del trabajo. No avisa a la policía. Rosa se olvida de que lleva el móvil de Pedro en el bolso. Por la noche, Albert, Rosa y sus hijas cenarán todos juntos en el chalet donde se produjo el crimen. Pedirán pizza.

39

UN AÑO DESPUÉS

Ha transcurrido un año del crimen de Pedro Rodríguez. Su grupo de amigos organiza un acto íntimo de recuerdo. He pasado tanto tiempo buscando respuestas a su trágico final que la familia y amigos de Pedro me brindan la oportunidad de compartir con ellos el dolor de su pérdida. Se reúnen por la mañana frente a la comisaría de la Zona Franca para ir en comitiva hacia el pantano de Foix. Con las motos, por supuesto. El escenario criminal no se ha evaporado aún un año después. Un círculo de tierra quemada permanece inalterable en el lugar exacto donde fueron calcinados el coche y el cadáver de Pedro. El rastro ennegrecido parece que se resiste a esfumarse hasta que aflore toda la verdad de lo que ocurrió.

Sus amigos se colocan en semicírculo frente a la zona cero. Ahí están Eva, Dani, Darío, Javi y una decena de amigos próximos. Su hermano José, que no conocía al grupo de colegas de Pedro, contiene las lágrimas, emocionado. Tampoco falta a la cita su amigo Francisco Ruiz, el abogado de Rosa en el caso de la pornovenganza, uno de los primeros en sospechar de ella. En el suelo, junto a aquella tierra quemada, hay fotos de Pedro con sus amigos en los Sanfermines. La imagen es de hace unos años, viste de blanco y lleva el pañuelo rojo habitual de las fiestas. Sonríe a la cámara mientras rodea con los brazos a sus amigos. Está exultante de felicidad. Así solían verle. Alegre y sonriendo, bromeando sin parar. Destacan su carácter impulsivo y testarudo, pero también la devoción con la que se volcaba en ayudar a los suyos. Javi, un guardia urbano de la unidad de motos, recuerda que durante los años en que trabajaron juntos, cuando se enfadaban lo primero que hacía Pedro al llegar a casa era llamar para pedir disculpas. Daba igual quién hubiera cometido el error, prefería zanjar el

asunto antes de que su amistad corriera peligro.

Por eso lloraba desconsolado después de la agresión de la Rabassada. Se había equivocado. Un error imperdonable. Un hecho que le marcó hasta el final de sus días. Quién sabe qué habría ocurrido si no hubiera agredido a aquel motorista que se saltó la orden y si hubiese estado bien de ánimo. Tal vez no se habría aferrado a una relación que le hacía sufrir, empecinado en que funcionara porque no tenía nada más. Era un joven implicado. En su trabajo y en su vida. Lo daba todo. Como lo dio con Rosa. En la zona donde fue quemado el cadáver también reposan flores en señal de recuerdo. Eva coloca con mucha emoción un ramillete delante del árbol que lo presenció todo y que todavía presenta las primeras ramas oscurecidas por culpa de las llamas. Darío, que ya ha vuelto al trabajo tras el incidente de la Rabassada, llega al pantano en bicicleta como parte de un plan de recuperación tras una caída en moto. Era su mejor amigo. Se ha reincorporado a la Guardia Urbana, pero se ve incapaz de patrullar sin su compañero. El Dúo Sacapuntos es historia. En breve le pedirá al jefe refugiarse en labores de oficina. No se ve con ánimo de salir de nuevo a la calle a combatir a la delincuencia. Los policías, la mayoría tipos duros, se despojan de su coraza al recordar a su amigo mientras fijan la mirada en los ramos que brotan debajo de aquel árbol. Se abrazan efusivamente. Darío llora desconsolado. A su hermano le obsequian una fotografía de Pedro. Posa frente a la moto de patrullaje enfundado en el uniforme de la Guardia Urbana. La imagen va acompañada del escudo del cuerpo policial y de su número de placa. Su entrada en la policía era un motivo de orgullo y abrió un camino hasta entonces insólito en su familia. Su hermano le sigue los pasos en la Guardia Urbana de L'Hospitalet. Dice gracias sin apenas encontrar aire.

A la cita no asiste Patricia, la exmujer de Pedro. El día anterior acudió con su hijo de dos años, al que Pedro deseaba ver más y que en parte explica la razón de su tristeza en los últimos tiempos. Renunció a despertar y a ver cada día a su hijo por una vida con Rosa. Patricia y su hijo le quisieron rendir homenaje en soledad, en un silencio solo interrumpido por el murmullo lejano del agua y el crujido de los árboles sacudidos por la leve brisa de mayo. El viento levanta la cinta que envuelve las flores y aparece su último mensaje.

«De tu hijo Pablo, que te echa de menos.»

ANEXO

ENTREVISTA DEL AUTOR A ROSA PERAL EN *LA VANGUARDIA*

Tras la historia de un crimen hasta la cárcel de Brians

Barcelona, 29 de noviembre de 2018

Rosa Peral (35 años) lleva un año y medio en prisión, acusada de matar a su novio (Pedro Rodríguez) junto con su expareja, Albert López, que también está encarcelado. Los tres eran guardias urbanos de Barcelona. Los Mossos, la juez y el fiscal sospechan que ambos habían retomado la relación y perpetraron el crimen para poder estar juntos. Luego se deshicieron del cadáver introduciéndolo en el maletero de un coche y prendiéndole fuego en una pista forestal apartada del pantano de Foix. Los Mossos creen que, para despistarlos, los dos acusados trataron de culpar al exmarido de Rosa (Rubén), de quien se estaba divorciando y con quien mantenía una disputa por la custodia de sus hijas. Desde que fue detenida, Rosa Peral ha culpado a su expareja Albert López de cometer el crimen y alega que el miedo la frenó a incriminarle. Todo el caso gira en torno a ella. Los celos y las tormentosas relaciones que simultaneaba fueron el escenario que anticipó el crimen. Cuando la instrucción está a punto de finalizar, Rosa Peral recibió a *La Vanguardia* en un locutorio de la prisión de Brians 1 el pasado domingo.

¿Cree que la opinión pública tiene una imagen de usted que se ajusta a la realidad?

Están creando un monstruo, pero yo veo un monstruo en Albert. Están

diciendo que soy fría y manipuladora y yo para nada soy así. Están dando una imagen de mí que ni los psicólogos de aquí dicen que yo sea así. Yo me considero muy familiar, hogareña, curiosa. Para nada fría. Soy muy empática. Empatizo mucho con todas las personas.

¿Usted mató a Pedro?

Por supuesto que no. No tengo tan poca humanidad como para matar a una persona. Con el daño que me han hecho a mí toda la vida, con lo de la pornovenganza, por ejemplo, yo no puedo y nunca he pensado en hacerle daño a nadie. Y ¿por qué iba a querer matar a Pedro? Me lo daba todo y me ayudaba en todo.

¿Según usted le mató Albert? ¿Qué relación tenía con él?

Me daba miedo. Siempre me había dado miedo. Puedo ser valiente, pero me da miedo. Que él me daba miedo es algo que sabe todo mi entorno. No es tan descabellado que yo reaccionara de aquella manera. Yo ya había visto cosas de él que no me habían gustado. Albert es un psicópata, no tiene empatía ninguna.

¿Y, según usted, por qué lo hizo?

Lo hizo porque él quería. Porque yo en dos días le había dado a Pedro más que a Albert en cuatro años.

Y si le daba tanto miedo, ¿por qué salió con él cuatro años?

Son muchas cosas. Sentí compasión por él. No tenía familia, tenía hermanos en la cárcel. Él estaba solo y yo pensaba «pobrecillo, no puedo dejarle de lado». Él tiene un humor muy negro, un carácter muy negro. A mí nunca me ha gustado.

Pero si no le gusta, quince días antes del crimen Albert le regaló un anillo de compromiso.

No me lo esperaba. Me lo regaló porque las otras chicas con las que estaba no le llenaban. Yo más que de pareja le hice de madre. Dicen que soy muy manipuladora, pero si soy tan manipuladora, ¿cómo puede ser que nunca consiguiera que viniera a vivir conmigo a Cubelles? Yo nunca lo he convencido.

Según su versión, aquella noche Albert saltó la valla del jardín de su casa, entró y mató a Pedro. Usted se refugió en el piso de arriba junto a sus hijas. No

entiendo que siendo usted policía no se entrometiera.

Por muy valiente que sea, mi corpulencia es la que es. Estando mis hijas arriba no me la podía jugar.

Pero Albert fue a su casa porque usted lo llamó, si no, no hubiera ido...

Aquella noche me manda muchos mensajes y me incomoda. Le llamo para que me deje en paz. Me dijo que venía y yo, cuando lo vi llegar, iba decirle que se fuera, pero lo vi con esa cara que no pude reaccionar y me aparté. Debo de ser miedica, pero me entró pánico.

No tiene lógica que ni aquel día ni los días posteriores usted no llamara a la policía...y pudo hacerlo porque no siempre estaba con Albert al lado...

Él me tenía controlada. No podía hacer nada. Me miraba el móvil. Cuando vinieron los Mossos a mi casa a decirme que habían encontrado el coche de Pedro, Albert estaba en mi casa controlándome.

Pero, Rosa, a mí lo que no me cabe en la cabeza es que no llamara a la policía. Usted lo tenía muy fácil, es policía, todos sus amigos son policías...

No sabía de quién podía fiarme. Ellos siempre me hablaban de Albert y no sabía en quién confiar.

¿Por qué mintió a los Mossos?

Porque estaba amenazada por Albert. Pensé que si Albert veía que me estaban interrogando, iba a ir a por mí. No podía jugármela. No sabía quién podía estar contacto con Albert.

¿Y por qué hizo mentir a su padre?

Porque Albert me dijo que tenía que encontrar a alguien que dijera que había visto a Pedro el martes (al día siguiente del crimen) y se lo dije a mi padre.

Pero es usted quien conduce el coche de Pedro hasta el pantano.

Yo no sabía que llevaba el cuerpo en el maletero.

Pocos días después del crimen, volvió al pantano con sus compañeros para rendir homenaje a Pedro.

Estaba muy asustada. El sitio no lo recordaba ni me lo acababa de creer.

Era un lugar que para mí no era conocido.

Decían sus compañeros que después del crimen de Pedro no parecía afectada.
Lo llevo por dentro. Yo por ejemplo intento no llorar delante de las niñas. Las dejo en el cole y quiero dejarlas al margen. Lloro cuando ya estoy en casa. Y cuando venía gente a cenar a casa lo hago para no estar sola con Albert.

Ahora estamos en Brians 1, pero usted fue trasladada de prisión después de un conflicto con otras presas en Wad-Ras.
Las presas mintieron para incriminarme. Mintieron porque querían algo conmigo. En la cárcel todas son bisexuales. No solo dijeron que yo quería matar a Rubén, sino que quería matar a la directora de la prisión con unas tijeras. Yo solo diré que estaba en un taller de costura y tenía unas tijeras así de grandes y nunca hice nada.

¿Hay algo de lo que se arrepienta?
De no haber protegido a Pedro y haber pensado solo en mis hijas. Tenía que haber pensado también en lo que le podía pasar a Pedro.

Si queda absuelta, ¿le gustaría volver a la Guardia Urbana?
Pues no me lo he planteado. La verdad es que tengo vocación de policía, pero lo primero que haría si quedara libre sería ir a ver a mis hijas.

¿Quiere pedir disculpas a la familia de Pedro?
Me gustaría pedir disculpas por no haberme metido en medio cuando entró Albert. Si no hubiera sido policía, nadie habría pensado que mi reacción no fue normal.

Un año y medio de investigación

La instrucción judicial por el crimen de la Guardia Urbana llega a su fin. Los Mossos han realizado una investigación en la que concluyen que los dos acusados, Rosa Peral y Albert López, son los autores de la muerte de Pedro Rodríguez, el novio de ella. La prueba principal con la que cuentan es la geolocalización de sus móviles, que los sitúa a ambos en la hora y el lugar del crimen: el chalet de Cubelles que Rosa compartía con Pedro. El hecho de que el cadáver fuera calcinado desvaneció todas las pruebas

biológicas. Si Pedro fue envenenado, como apuntaron las presas con las que Rosa estaba enemistada, el fuego lo engulló. Si recibió un disparo tal y como sugirió la juez en varios autos, tampoco aparecieron las heridas de bala. La autopsia arrojó un resultado probable: Pedro fue estrangulado con las manos. Además, según las pesquisas ambos trataron de despistar a los investigadores haciendo ver que el crimen se produjo al día siguiente. Llevaron el móvil de Pedro simulando que seguía vivo y lo trasladaron a las cercanías del domicilio donde vivía el exmarido de Rosa, sabedores de que los Mossos rastrearían la señal. Así parecería que Pedro habría ido a buscar al exmarido, con quien mantenía unas disputas, y tras una pelea mortal habría acabado calcinado en el pantano. El objetivo, según los investigadores, era incriminar al exmarido. Una de las hipótesis es que el cuerpo fuera descuartizado antes de ser quemado, a juzgar por los restos de sangre que se encontraron en una habitación cuyas paredes fueron pintadas después de los hechos. La principal hipótesis es que se trata de un crimen sentimental.

Rosa Peral y Albert López aguardan en prisión el cierre de la instrucción judicial y la celebración del juicio. En este tiempo, Rosa ha sido imputada y desimputada en dos casos: la muerte de un mantero en Montjuïc y la preparación del asesinato de su exmarido.

AGRADECIMIENTOS

La investigación del crimen de la Guardia Urbana ha sido un capítulo de mi vida al que necesito ponerle fin. Estoy exhausto. Hablar con las personas involucradas de algún modo en una tragedia de este tipo no es agradable. He intentado empatizar con todos los implicados, y lo he hecho tratando de entender sus posicionamientos y su manera de actuar y compartiendo su sufrimiento. Pero la inmersión en este caso ha sido tan apasionante como traumática.

Volcarme en la muerte de Pedro también ha significado renunciar a mi propia vida. Míriam y Aina seguro que agradecerán que me tome un respiro. Míriam se ha convertido en una experta en el caso. Aunque su firma no figure en los ejemplares de este libro, ella conoce todo lo que aquí se cuenta y también sabe lo que he obviado. Su afilado instinto periodístico me ha guiado cuando el horizonte aparecía tapado por una nebulosa espesa. Nuestra hija Aina, lo más bonito de nuestras vidas, se acostumbró a que su padre se pasara horas frente al ordenador pese a sus intentos de que jugara con ella. Una y otra han sido el aliento que necesitaba cuando a punto estuve de desfallecer y tirarlo todo por la borda.

Zambullirme en una muerte tan trágica también ha supuesto apreciar más mi vida y todo lo que tengo. Entender lo que nos configura como lo que somos. Dar las gracias por ello a mis padres, a mi hermana, a mi *iaia* Laura, a mi tía Olga por contagiarme la pasión por el periodismo, a mis suegros, a los amigos y a los compañeros periodistas de sucesos Punsí, Guillem, Javi, Enrique, Rebeca y Mayka. Hablar de esta muerte me ha permitido comprender cómo lo más preciado puede esfumarse de un día para otro por un sinsentido y cómo las relaciones personales pueden traspasar límites inimaginables.

Haber entrevistado a los protagonistas de un crimen días antes de que se

produjera supuso para mí un impacto del que todavía no me he recuperado. De pronto, la mujer con la que había hablado un buen rato y a la que había tratado entre algodones porque era la víctima de la filtración de una foto sexual, se convertía en la presunta asesina de su novio, el hombre que había tenido sentado a mi lado, un tanto apretujado, en un rincón de la redacción de *La Vanguardia*. Desde aquel día en que supe que el cadáver encontrado en el pantano de Foix era el de Pedro Rodríguez me embargó una curiosidad voraz que me empujó a preguntar, a escarbar y a internarme en sus vidas. Las dudas, las incógnitas, los interrogantes que envolvían el crimen venían a mi mente a todas horas. Me he pasado un año y medio hablando de lo mismo. Quería saber lo que había ocurrido. De esta obsesión nace este libro.

En el sumario judicial está casi todo. Los interrogatorios, los indicios, las principales líneas de la investigación… Pero faltaba escuchar a los testimonios cara a cara. Eso es lo que he querido que estuviera aquí. Sus vidas antes del crimen. Las que anticiparon ese terrible suceso. Y para ello he tenido que hablar con personas para las que lo ocurrido ha supuesto un lastre. Víctimas colaterales para quienes la muerte de Pedro es también el final de una parte de sí mismos. El crimen ha dejado sin padre a un niño; a unos familiares, sin hijo, hermano, primo o sobrino; a un entorno, sin amigo… Esto ha sido para mí lo más doloroso.

Por eso quiero dar las gracias con especial cariño a José Antonio Rodríguez y a Darío por abrirme la puerta a la vida de Pedro. También a sus amigos Eva, Dani y Xavi. Tampoco quiero olvidarme de Rubén, otra de las víctimas colaterales, a quien trataron de inculpar injustamente y que debe vivir escoltado con miedo a que un sicario venga a por él.

Una fuente que no puedo desvelar fue la que me advirtió de que el cadáver hallado en el pantano era el Pedro Rodríguez. No puedo decir su nombre pero sí puedo, al menos, agradecerle aquí la ayuda prestada. Muchos cafés y cigarrillos sucedieron a aquella llamada. Nuestras conversaciones a lo largo del siguiente año y medio han girado siempre sobre este asunto, al que no hemos parado de darle vueltas tratando de encontrarle una explicación. El día del hallazgo del cuerpo en el pantano de Foix también telefoneé a Francisco Ruiz, cuyo apoyo ha sido vital para poner en contexto el crimen y lo que significó para Rosa el caso de la pornovenganza.

Por razones de privacidad no puedo revelar tampoco el nombre de los agentes de la Guardia Urbana que me han ayudado, pero sí puedo agradecerles que confiaran en mí, y asegurarles que la confianza es mutua.

Este suceso no merece enturbiar el meritorio trabajo de los cerca de tres mil agentes que integran la Guardia Urbana de Barcelona. No puedo acabar sin hacer una mención especial a los Mossos d'Esquadra, sin los cuales no habría podido entender la magnitud de la investigación que llevaron a cabo, y a Ramon Perelló y a Ana Camallonga, por las grandes dosis de paciencia empleadas para poner orden a mi caótica organización.

Este libro ha supuesto un año y medio de desgaste, dándole vueltas a un único caso. A una trágica muerte. Seguiré con atención el juicio a Rosa y a Albert. Pero luego, aviso, paso página. Vuelvo a mi vida.

Solo tú me tendrás
Toni Muñoz

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la fotografía de la portada, César Rangel – *La Vanguardia*

© Antoni Muñoz López, 2019

© del recorte de prensa: Archivo *La Vanguardia*

Toda la información que contiene este libro procede del sumario judicial del caso y ha sido contrastada con fuentes de la investigación y con el entorno de Rosa Peral, de Albert López y de Pedro Rodríguez.

Algunas de las personas que aparecen en el libro lo hacen bajo nombres supuestos, para proteger su identidad.

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2019
Ediciones Península
Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2019

ISBN: 978-84-9942-766-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltallerdelllibre.com